A person wearing a clown costume and a blue hood is riding a motorcycle on a dirt road. The motorcycle has a yellow bag on the back with some text on it. The background shows a rugged, mountainous landscape with a river in the distance. The top of the image is decorated with a cluster of colorful balloons in shades of red, orange, yellow, green, and blue.

KILOMETROS de SONRISAS

19 meses, 32.000 kilómetros ofreciendo espectáculos de clown a
20.000 personas de las más humildes de Sudamérica.

ÁLVARO NEIL El Biciclown

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, óptico, de grabación, de fotocopia o de pedales, sin permiso previo y escrito del editor. Se autoriza la transmisión oral.

Portada: Desierto de Atacama (Chile)

Contraportada: Actuación del Biciclown en Sucre (Bolivia)

© 2004-2013, texto y fotos, Álvaro Neil

Edición del autor. Primera edición: 2004

Segunda edición, corregida: noviembre de 2004

Tercera edición, revisada y mejorada: diciembre de 2008

Cuarta edición, revisada: octubre de 2013

Diseño: Víctor Merino

Ilustraciones: Jaime Herrero

Revisión y mejoras (tercera edición, salvo cubiertas; cuarta edición): Marcos Cruz (corrector@alinome.net) y el autor.

ISBN: 84-609-2191-3

Depósito legal: AS 2.914-2013

Impresión: Imprenta Narcea, S.L. Impreso en España – Printed in Spain Impreso en papel reciclado

Kilómetros de sonrisas

Álvaro Neil

Nota a la cuarta edición

Aún no se han cumplido diez años de la primera edición de este libro y ya estamos lanzando la cuarta. Tratándose de un libro auto- editado, ajeno a los grandes canales de distribución y venta, es un hecho sorprendente. Pero lo es más aún que yo siga dando pedales y que incluso esté a punto de llegar a La Paz (Bolivia): allí aterricé en avión el ocho de octubre de 2001 para dar inicio al proyecto Kilómetros de Sonrisas. Ahora llegaré en bici y lo haré tras haber dado una vuelta al mundo de más de ciento veinticuatro mil kilómetros que dura ya nueve años. Pero mis sentimientos son muy próximos a los de aquel día, puesto que la sensación de infinitud de espacio y tiempo que otorga desplazarse en bicicleta como un nómada por la Tierra, formando parte de los lugares que tus ojos acaban de conocer, es lo más cerca que se puede estar de la inmortalidad sin ofender a los dioses.

Quisiera dedicar esta cuarta edición a quienes tras leer estas páginas experimenten esa quemazón interior, ese ardor de corazón que exige pasar de la lectura a los hechos y agarrar la bici por los cuernos.

Álvaro Neil, octubre de 2013

Al@s que contribuyeron a que los 31.547 kilómetros en bici fueran de sonrisas.

www.biciclown.com

Indice

KILÓMETROS DE SONRISAS

[Libro Primero • Nadie te ha pedido venir aquí](#)

[El motor de los sueños](#)

[Un cortante silencio](#)

[La dialéctica del don](#)

[Vás a morir](#)

[Casullas con radio incorporada](#)

[La licencia de conducir de don Samuel](#)

[Primeras bajas](#)

[Una reparación milagrosa](#)

[El restaurante de Coca](#)

[La patrona de los trasportistas](#)

[El Tambo](#)

[La digestión de las despedidas](#)

[Las llantas de Bengoa](#)

[Ochenta y nueve años de vitalidad](#)

[Los pájaros hacen trampa](#)

[Carne o carne](#)

[Eso de la felicidad](#)

[Un equilibrio mortal](#)

[Un día completo](#)

[El museo de Trudy](#)

[Apuesta perdida](#)

[La peor carretera del mundo](#)

[El pan de la Patagonia](#)

[Tres preguntas incómodas](#)

[Tierra del Fuego](#)

[Donde se acaba la Tierra](#)

[Libro Segundo • Yo estoy aquí para servirte](#)

[Palpando el euro](#)

[Adolfo Hernández, la Vuelta a España y un frío de morirse](#)

[El termo mágico](#)

[No queda harina](#)

[Cambio ginecólogo por dentista](#)

[Sin Maxi no sigo](#)

[Ángeles con forma humana](#)

[Un hotel de cerdos](#)

[Asturianos en Santiago de Chile](#)

[El heladero del desierto](#)

[Los géiseres del Tatio](#)

[Una frutería en la frontera](#)

[Despertado por un parto](#)

[Salmonella Typhi](#)

[Doctores bola roja](#)
[Un espectáculo de milagro](#)
[La gran casa de ciclistas en Trujillo](#)
[Tres clientes para el Chimborazo, mal negocio](#)
[Cadenas para el viaje](#)
[Colombia](#)
[Unos berracos en La Línea](#)
[Salvados por la nariz de payaso](#)
[Un taller de sol a sol](#)

[Libro Tercero • Aquí te puedes quedar el tiempo que quieras](#)
[Herr Chops](#)
[Un abogado vividor y un padre arquitecto](#)
[¿Dónde está el pañuelito?](#)
[Sólo un día](#)
[Você é meu filho?](#)
[Günter en taparrabos](#)
[Lucha de hamacas](#)
[Más allá de la imaginación](#)
[La copia sin el original](#)
[Brasil no es fácil](#)
[Sin tiempo para el último tiro](#)
[El dulce sonido de la manga](#)
[Mi forma de rezar](#)
[Chopería Roma](#)
[Romina](#)
[Cuando uno viaja, también viaja con uno el universo](#)

LIBRO PRIMERO

Nadie te ha pedido venir aquí

*El día de hoy será tu herencia,
y nada más, porque todo se logra y se pierde en un día.*

Luis Rosales

El motor de los sueños

A las cinco de la mañana, en una desvencijada sala de espera del aeropuerto de São Paulo (Brasil), hacía recuento de mis pertenencias: cámara de

fotos, pasaporte, libreta de direcciones... ¿Libreta de direcciones? Primera baja. Había olvidado en Oviedo la libreta con los teléfonos de contacto que durante meses estuve recopilando.

Habría sido mejor que hubiera dejado de repasar la lista, pero me resultaba difícil evadirme. Mi espíritu aún estaba en España, porque, como suele ocurrir, los detalles de última hora son muchos más de los que pensamos y ocupan toda nuestra atención. En mi caso no era un asunto trivial. Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados.

Tras cinco años trabajando en una notaría de Madrid decidí renunciar a la seguridad del sobre a fin de mes, por un sueño: recorrer el mundo en bici.

Vivía de alquiler en la capital y, dos semanas antes del viaje, tuve que hacer la mudanza a la casa de mi madre, en Oviedo. Para ahorrar dinero contraté el servicio con una persona que ofrecía «portes económicos». La mudanza me salía tan barata porque yo debía ayudarlo a meter todo en su furgoneta y viajar con él desde Madrid para descargar en Oviedo. Quedamos en mi casa a las ocho de la mañana, pero al ver que no llegaba comencé a bajar algunas cajas. Tres horas más tarde el tipo seguía sin aparecer, pero para entonces yo ya tenía todos mis objetos personales en la acera. Lo llamé por el móvil y se excusó diciendo que, como ese día terminaba la Vuelta Ciclista a España en Madrid, había muchas calles cortadas. Mi cabreo y mi dolor de espalda se esfumaron cuando lo vi aparecer. No era agradable contemplar mi ropa, mis muebles y mis recuerdos, a la vista de todo el que por allí pasaba. Parecía que me hubiesen desahuciado.

—No va a caber en la furgoneta —fue lo primero que dijo al llegar.

—Pues tiene que entrar, porque no tengo dónde dejarlo —le contesté.

Metimos lo que pudimos y el resto lo subimos de nuevo. El alquiler del apartamento finalizaba ese mismo día a las doce de la noche y debía dejarlo vacío.

Lo único que se me ocurrió fue llamar a un amigo. Afortunadamente era domingo:

—Viti, ¿estás en casa?

—Sí, ¿por qué? —respondió sorprendido; ya me había despedido de él ayer.

—Por nada. No te muevas, que voy para allá.

Por culpa de la Vuelta Ciclista, nos costó dios y ayuda atravesar Madrid a las dos de la tarde y llegar hasta su casa. Mi cara de preocupación fue suficiente para que Viti aceptara meter en su cuarto todo lo que traíamos. De nuevo a descargar la furgoneta y a subir cajas y más cajas. ¿Por qué acumularemos tantas cosas innecesarias?

Volvimos a mi barrio, llenamos la furgoneta con el resto de las cosas y pusimos, por fin, rumbo a Oviedo. A las dos de la mañana llegábamos a nuestro destino. Por suerte mi madre vivía en un primer piso. Al terminar la mudanza del primer cargamento, el hombre quería que lo acompañara a Madrid para traer el resto.

—Ni loco. Me he pasado toda la noche embalando, y luego subiendo y bajando cajas..., estoy muerto. Te pago el doble de lo acordado y el próximo fin de semana te subes lo que quedó en casa

de mi amigo.

Aunque no pareció muy convencido, regresó solito a Madrid. A los dos días yo debía tomar el avión para comenzar el viaje.

Con el estrés de los últimos días en España, que me hubiera olvidado la libreta de direcciones era lo mínimo que me podía haber pasado. ¡Al menos no había olvidado la bici!

Ésta viajaba en la bodega del avión junto con el resto de mi equipaje. Tras la experiencia de la mudanza, tener que meter mis pertenencias en cinco bolsitas me parecía sencillo. Calcetines, ¿dos o tres?: dos. Calzoncillos, ¿tres o cuatro?: uno. Y así con todo.

—Senhoras e senhores passageiros procedentes de Madrid, o vôo da companhia Varig número 7830 com destino a La Paz está pronto para decolar, embarquem por favor!

La dulce voz de la mujer, hablando en portugués por la megafonía del aeropuerto, me devolvió a la realidad. Mi espíritu ya había llegado.

Cuando el avión aterrizó en la capital más alta del mundo, a cuatro mil setenta metros de altitud, sentí una pequeña molestia a la altura de la garganta. No era un picor, más bien una leve inflamación. Estaba acojonado.

Una vez en tierra, desembalé la bici, le ajusté el manillar, coloqué los pedales y las ruedas, y les di aire. Varios taxistas observaban con interés la operación. Ya imaginaban que, al tener la bici, no iba a precisar de sus servicios. Pero lo que ellos miraban con mucho interés era la caja de cartón en la que la traía.

—¿Quieres la caja? —pregunté al que tenía más cerca.

—Claro, si a usted no le importa —me dijo con naturalidad.

Empezaba a tener conciencia de dónde estaba. Si una caja de bicicleta era un bien deseado, ¿qué pensamientos les provocarían la bici, el reloj o el saco de dormir?

Coloqué las alforjas en los dos portabultos y descendí a la gran urbe desde El Alto, que es como se llama el pueblo en el que está el aeropuerto de la capital. El cuentakilómetros de la bici no funcionaba. ¿Acaso le afectaba el mal de altura? Varios días más tarde me di cuenta de que había colocado del revés la rueda que sujetaba el sensor del cuentakilómetros.

Al llegar a las primeras casas de La Paz me detuve en una plaza atestada de coches que iban y venían amenazando con llevarme por delante. No sabía si torcer a la derecha o a la izquierda, si continuar recto o quedarme parado. No tenía a dónde ir. Empecé a buscar pensiones, y me quedé en la que me hacía mejor precio. Con lo que me costaba pagar el alojamiento allí no me hubiera llegado en Madrid ni para ir al cine. Doce interminables horas estuve tirado en la cama de aquella oscura habitación. Sentía que mi cerebro se iba a salir del envase. Debido al mal de altura, aquí denominado soroche, me costaba gran dificultad respirar. Subir la bici cargada con las alforjas hasta el tercer piso de la pensión me había agotado. No en vano eran cerca de cincuenta kilos de peso.

Tenía la nariz taponada por una hemorragia nasal, lo que me obligaba a tomar aire por la boca, con la consiguiente sequedad de ésta. La idea de que no hacía ni un mes tenía trabajo, coche y apartamento en alquiler, me trepanaba el cráneo aumentando mi malestar.

Mi idea inicial se parecía poco a mi proyecto final. En un principio pretendía recorrer Sudamérica en bicicleta y hacer mis espectáculos de clown en algunas ciudades para sacar algo de dinero. «¿Y por qué no actuar gratis?», pensé una tarde en un sugerente atasco de Madrid. Podría ser algo así como una ONG sobre dos ruedas, que va regalando sonrisas a la gente más humilde. Todo proyecto que se precie debe tener un nombre, y si voy a darme una paliza de kilómetros, mejor que sean dulces, alegres... «Kilómetros de sonrisas». El proyecto ya tenía nombre.

Sería algo así como un payaso que recorre los países haciendo reír. Rápidamente se me vino a la cabeza la organización Payasos sin Fronteras. Les conté el proyecto y quedaron encantados. Me apoyarían con un seguro de accidentes por si las moscas. Lo que más deseaba era no tener que utilizarlo pero lamentablemente, o afortunadamente, no todos nuestros deseos se cumplen. Ramón, un cliente de la notaría, se ofreció a poner a mi disposición su empresa, NT Consulting, para crear una web donde ir narrando mi viaje. En pocos días nació bicyclown.com.

Infructuosamente busqué patrocinio para este proyecto solidario: Acción Contra el Hambre, Cáritas Internacional, Cruz Roja... A todos les encantaba la idea pero nadie aportaba ni una miserable peseta. Desilusionado, pero decidido a llevar a cabo la empresa, vendí mi coche para financiar el proyecto. Kilómetros de sonrisas sería un proyecto «autofinanciado». Como comprendí mucho tiempo después, los verdaderos sueños sólo tienen un motor: el corazón de quien los ideó.

Un cortante silencio

Dejé las cosas en la pensión y fui a la embajada de España a preguntarles por los de Escuelas Sin Fronteras. Era una ONG boliviana que, poco

antes de salir de Madrid, había contactado conmigo por correo electrónico para ofrecerme su ayuda. Sabían de mi proyecto por los medios de comunicación. Se habían comprometido a ir a buscarme al aeropuerto pero, salvo que se hubiesen disfrazado de taxistas, no aparecieron. El policía nacional de la embajada me aseguró, con marcado acento sevillano, no conocerla:

—Ni idea, quillo.

Fue con el único con el que pude hablar, porque la agregada cultural estaba reunida con el embajador, y éste con el responsable de asuntos internos, y éste con la responsable de las taquillas, y..., bueno, me fui al patio del edificio a reunirme con mi bici. Me facilitaron, no obstante, un listado de direcciones de ONG españolas y comencé a llamarlas, desde una cabina de teléfonos que se hallaba a cien metros de la misión diplomática. Mi intención era contactar con personas interesadas en mi espectáculo, convivir con ellos y empaparame así de la realidad de aquella olla a presión que era La Paz. Después de gastar en inútiles llamadas el dinero destinado a comer ese día, arrojé en una de las escasas papeleras de la calle el listado y regresé a la embajada.

Por fortuna para mí había terminado la reunión, y Elena, la asistente de la agregada cultural, me invitó a comer un emparedado y me solucionó la papeleta. Llamamos desde su oficina al Instituto Domingo Savio, regentado por los salesianos, y tan pronto supieron de mi proyecto ya me estaban esperando con los brazos abiertos.

Me subí en la bici y anduve por la caótica ciudad los más de diez kilómetros hasta el instituto. Percibía en el aire olores desconocidos para mí. Me sentía emocionado por el reto al que hacía frente. Tenía la impresión de que era un extraterrestre. La gente me miraba, al menos eso pensaba yo, como si nunca hubiese visto un ciclista con alforjas. Haciendo eslalon entre los coches que circulaban de lado a lado, llegué a mi destino dos horas más tarde. El sol comenzaba a ocultarse detrás de los altos cerros y el frío amenazaba con hacer de las suyas.

En el Instituto Domingo Savio me aguardaba el padre Luis, español. Tenía más de setenta años, y era de corta estatura, pero todavía daría sopas con hondas a más de un joven. Era el director del centro. Las normas de convivencia con ellos eran bien simples:

—Nos levantamos a las seis de la mañana a rezar. A las siete el desayuno. Tú puedes ir directamente al desayuno —me dijo.

Ya no tenía que volver a la pensión; mi preocupación básica, que consistía en procurarme un lugar de descanso, estaba cubierta. Además, el padre Luis amenizaba los desayunos con increíbles historias de la cultura boliviana, que mi guía de Sudamérica de más de setecientas páginas de papel biblia ni siquiera mencionaba. Como la del matrimonio silviñacui: Según una curiosa costumbre matrimonial, los novios, antes de casarse, viven juntos un tiempo que puede llegar incluso a los dos años. Si ven que la cosa no funciona pueden separarse sin problemas. Aunque hayan tenido hijos. Y si les va bien y se quieren casar, la comunidad les construye una casa, pero

si en el futuro abandonan el pueblo no pueden venderla. Y si después de casados se separan, están obligados a devolver los regalos que recibieron; y si ya no los tienen, deben entregar en su lugar otros de semejante valor.

El mundo de estos pueblos, tan primitivo a primera vista, se regía por normas en las que imperaba el sentido común. Como estudiante de leyes que yo había sido, me sorprendía la sencillez con la que resolvían estos problemas matrimoniales, que en Occidente provocan el colapso de los tribunales.

Pero la leyenda más impresionante que me contó fue la del pueblo aymara que habitaba el poblado de Achacachi. Sus habitantes eran tan fieros que entre sus costumbres se hallaba la de comer gente. Sobre esa leyenda gira la novela *Martina*, del boliviano Roberto Laserna, en la que un hombre viola a su criada. Al quedarse embarazada, él la despide. Tiempo después, ella encuentra trabajo en otra casa; allí acude invitado a un banquete su antiguo señor, el hombre que la había violado. Ella, esa noche, como venganza, mata a su propio hijo y lo cocina. Después lo sirve como plato principal para que su padre se lo coma.

Al escuchar las historias del padre Luis, pertenecientes a una cultura tan diferente a la mía, dudaba de si la gente entendería mis bromas durante los espectáculos.

No en vano, era la primera vez que viajaba a este continente. Actuar gratis no me eximía de responsabilidad artística y profesional. Las actuaciones que quería ofrecer en Sudamérica no diferían en intensidad emocional de las que llevaba haciendo durante más de quince años en España. Pronto saldría de dudas, porque al día siguiente estaba previsto el espectáculo para todos los chicos del turno de tarde del Instituto Domingo Savio. Eran más de ochocientos. Salió bien, aunque comprendí que tenía que adaptar un poco la puesta en escena. Al llegar al número del «culobasket», nada más anunciarlo, se produjo un cortante silencio. Proseguí, a pesar de ello, y al finalizar me dijeron que esa palabra, «culo», suena en esas latitudes demasiado fuerte, como el peor de los agravios.

Tras cinco días en el Instituto Domingo Savio conviviendo con el «triumvirato», como así se autoproclamaban el padre Luis, el padre Pastor y el hermano Guillermo, me mudé a casa de Valeria, la directora de Fundarte (Fundación para las Artes).

La dialéctica del don

No había en La Paz, y por supuesto tampoco en Bolivia, un organismo dedicado a las artes. Por eso ella decidió crear Fundarte. Valeria vivía

soła, aunque en el quehacer diario le echaba una mano Justine, su simpática empleada, que hablaba aymara conmigo como si yo la entendiera.

Gracias a Valeria logré contactar con las personas del Instituto Internacional de Integración, que dirigían el proyecto Escuelas sin Fronteras. A esas alturas yo ya ni me acordaba de ellos. Eran los que habían quedado en ir a recogerme al aeropuerto a mi llegada a El Alto.

Claudia, una de las integrantes de ese proyecto, quedó conmigo para almorzar. Si no llego a ir con ella no sé qué hubiera pedido. La carta venía en aymara y español, pero no entendía ni papa.

—Masaco mixto y majadito —le dijo en aymara al camarero.

—¿Para beber?

—Mocochinche para los dos —le respondió con rapidez.

—No bebo mucho alcohol —le dije.

—Tranquilo, es un refresco.

—¿Y qué es lo que has pedido para comer? —le pregunté con ansiedad.

—Son platos de aquí. No te preocupes, es lo más normal que había en la carta.

—¿Y lo que lleva ese hombre a la espalda es también normal? —le pregunté. Un hombre de aspecto enflaquecido pasó al lado de la ventana del restaurante cargando dos pesados fardos. Ya había visto otros como él en días anteriores.

—Es un aparapita. Son indígenas aymaras que se pasan la vida cargando enormes bultos a sus espaldas. Calzado con unas simples sandalias, pisando la mitad de las veces el suelo con sus propios pies, llegan a cargar hasta refrigeradoras (neveras). Para ganarse unos cinco dólares al día, se levantan a las cuatro y media de la mañana y destrozan su espalda trasportando esos enormes bultos. Acuden a los mercados a buscar clientes entre las mujeres que hacen la compra, quienes los tratan muchas veces peor que a animales.

A Claudia se le quedaba la comida fría con tanta explicación. Yo aprovechaba para llenar los dos estómagos: el intelectual y el otro.

—Seguro que no conoces la «dialéctica del don» —me dijo ella.

—Pues no.

—Es la filosofía aymara de la vida, en donde todo se repite cíclicamente. Han nacido pobres y nada lo puede cambiar. Aunque, por ejemplo, les enseñen nuevas técnicas de cultivo con las que obtener mejores cosechas, poco a poco las abandonan y vuelven a sus antiguas costumbres. Por eso Bolivia es una nación pobre. Siempre lo será —sentenció esbozando su nívea sonrisa.

Eso me recordaba lo que le había ocurrido a Elena, la chica de la embajada. Camino de su trabajo una heladora mañana, se ofreció a comprarle toda su mercancía, algo de fruta y verdura, a una de tantas mujeres que vendían en la calle, en un improvisado puesto. Así podría irse a casa y atender a sus hijos. Pero la mujer se opuso. Le objetó que si le vendía todo a ella, luego no sabría

qué hacer el resto del día con su tiempo.

Terminamos de comer. Recorrimos las calles de la capital. Subiendo los brutales desniveles de La Paz, me costaba trabajo arrastrar simplemente el peso de mi cuerpo. ¿Cómo podían hacer esos hombres, los aparapitas, para acarrear una nevera? ¿Pasar toda su vida llevando los bultos de los demás? La «dialéctica del don» no era suficiente explicación para tanto dolor.

Al día siguiente debíamos ir a Copacabana, a orillas del lago más alto del mundo, el Titicaca. En lengua aymara «titi» significa gato salvaje; «caca» hace referencia al color azul de sus aguas.

También sobre ese lago Claudia sabía una historia:

—La patrona de Bolivia, la Virgen de la Candelaria, tiene una imagen al lado del lago, en Copacabana. A pesar de ser original y del riesgo de que pueda ser robada, no la reemplazan por una copia porque temen que, de hacerlo, el lago se desborde de tristeza, inundando con sus aguas la capital.

Dejé a Claudia en el trabajo y me fui al cine. Sólo siete personas estábamos en la sala esa tarde, a pesar de que la película era boliviana, o tal vez por eso.

Por la noche fui con Valeria y unos amigos a un boliche, un bar en el que acostumbran a organizar fiestas. En ese boliche estaba el director de la película que acababa de ver. También asistieron a la fiesta el jefe de la Confederación de Cine de Bolivia, modelos, actores... Celebraban el cumpleaños del dueño de una productora. Al dar las doce de la noche pusieron un disco de «cumpleaños feliz» y descorcharon una botella de Moët & Chandon que bebimos a morro. Todo el mundo cantaba la célebre cancioncita. Yo también, para qué ocultarlo. Aunque deseaba estar en otro lado. No sintonizaba con ese ambiente tan chic.

Mi mente estaba más allá, más cerca de personajes como el protagonista de la novela *Vidas y Muertes*, de Jaime Sáenz:

«Una noche de invierno con cielo despejado y sin lunas, te vas al Altiplano; sin hablar ni decir nada a nadie. Una vez en el alto avanzas unos diez, hasta quince kilómetros en el camino, en dirección al Huyna-Potosí, y luego después de verificar si no hay luces a la vista, que aun en la distancia pudieran romper la milagrosa oscuridad que ahora te rodea, te apartas del camino y te internas poco a poco en el descampado sin mirar arriba; y mirando por el contrario la tierra que pisas, habiendo avanzado con extrema lentitud por espacio de diez minutos más o menos y habiéndose acostumbrado a la oscuridad tus ojos, te detienes siempre sin mirar arriba.

»Ahora el silencio es muy grande. Por primera vez en tu vida, percibes tu propia presencia. Estás solo. De pronto el resplandor del cosmos, que se cierne sobre tu cabeza, se hace perceptible y te permite mirar no ya la tierra que pisas, pero el planeta que habitas. En este momento deberás cerrar los ojos y tenderte muy despacio, con la cara al cielo y quedarte inmóvil. Siempre con los ojos cerrados; no lo olvides. Ahora eres sacerdote oficiando una ceremonia ritual. Esperas un tiempo, el tiempo circula en tus venas con un soplo de júbilo que te sobrecoge. Esperas aún; y luego abres los ojos. Es probable que sientas tus dedos arañando la tierra con súbito arrebató de temor, buscando un asidero para no caer, para no caer del cielo.

»Tamaña experiencia jamás se vivió. Tus centros vitales y el aura, tu cuerpo putrescible, y el alma que te hace sentir que eres tú, habrán sido tomadas por vibraciones de inimaginable poder.

»Y de retorno en la ciudad, poseído por ingentes energías que sin duda te inducirán a meditar, habrás de dar gracias al cielo, habida cuenta de que el júbilo no consiste sino en la búsqueda de un vivir en lo profundo».

Camino de Copacabana con la gente de Escuelas sin Fronteras, nos detuvimos a visitar las ruinas de Tiahuanaco, que tampoco escapaban a las leyendas. Para empezar se discutía su origen

porque las figuras halladas vestían pantalón corto, algo impensable a esa altitud donde hacía un frío aterrador. Por otro lado, afirmaban que los monolitos de Tiahuanaco tenían vida propia y no les gustaba que los cambiaran de lugar. Y así ocurrió, dicen, con el monolito que ahora estaba situado enfrente del estadio de fútbol de La Paz. Cuando lo cambiaron de lugar se perdió la Guerra del Pacífico con Chile en 1879.

Tiahuanaco, como lugar mágico, era una zona llena de energía. Los bolivianos pensaban que hasta los cuidadores de las ruinas, que tanto tiempo pasaban allí, tenían poderes sobrenaturales. La gente los miraba con cierta admiración.

Al fallecer, a los habitantes de esta ciudad situada en medio del altiplano los enterraban con llamas, porque consideraban que este animal los guiaría en la otra vida. Y aún hoy en día, cuando se construye un edificio también se colocan en sus cimientos fetos de llamas. Se afirma, incluso, que en las grandes obras civiles, como los puentes, entierran a personas cuya desaparición nadie notaría, como desplazados, idiotas, mendigos...

El motivo de mi viaje a Copacabana, a orillas del lago Titicaca, era hacer mi espectáculo como fin de fiesta en el encuentro de Escuelas Sin Fronteras, que reunía a maestros y escolares venidos de Chile, Argentina, Perú y Bolivia.

Vicente, director del proyecto Escuelas Sin Fronteras, me detalló las dificultades con las que se encontraban los alumnos en la frontera:

—Hay en las aduanas (nosotros las llamamos «trancas», porque están trancadas) cuatro candados y cuatro llaves, una por departamento: Aduana, Policía, Drogas y Migración. Si por la mañana falta alguna llave, la puerta de la aduana no se abre y los chicos que tienen que cruzar al otro lado para recibir clases no van a la escuela ese día.

—Además existe el problema de los horarios —prosiguió Vicente—. La frontera de Perú abre veinticuatro horas, pero la de Bolivia solamente ocho. Así que si cruzas a Perú y se te hace tarde, te puedes encontrar con la frontera de Bolivia cerrada.

Vicente hablaba con la templada indignación de quien se enfrenta a diario con estos problemas.

—Los chicos que van en autobús a clase asisten impasibles a que, cada día que atraviesan la frontera, el autobús sea fumigado, por dentro y por fuera. Y aunque según la ley con sólo su cédula de identidad deberían poder pasar, les exigen también el pasaporte.

—Y luego están los abusos ya conocidos. Cuando se celebra la fiesta de la Virgen de la Candelaria, el cuatro de agosto, hay una gran multitud que acude a Copacabana. Aunque no es preciso pagar por entrar, los funcionarios se sitúan en la loma de arriba y el que no paga diez bolivianos no entra. Ahora ya hay un acuerdo con las autoridades competentes para que se pague solamente «la voluntad».

Llegamos a la ciudad de Copacabana y me dediqué toda la mañana a organizar el espectáculo del día siguiente. Se desarrolló sin problemas una vez que suprimí el concurso del «culobasket». Aunque no hubo fotos. Carlos, el cámara de televisión que se comprometió a sacarlas, me juraba en la cena que apretó el botón de mi cámara. Sin embargo no funcionó a pesar de tener las pilas nuevas.

—Serán cosas del lago —le dije.

Vas a morir

Estaba ansioso por comenzar a pedalear por el altiplano boliviano. Quirlig, que así se llamaba mi bici, también. Esa palabra significa en alemán

«viva, despierta». Le puse ese nombre por dos motivos. Primero, porque la chiquilla debería cuidarse por sí sola. Yo no iba a estar todo el día con ella. Viajando sin compañía, no podía vigilarla cuando me iba al baño. Y, en segundo lugar, porque cuando pronuncias Quirlig, te queda una sonrisa en la cara.

Para probar el material que emplearía en Sudamérica fui a pedalear por Suiza una semana. Allí Quirlig fue bautizada, con leche suiza, por su madrina. Y en honor a ella, la comandante Maxi tiene la bandera de ese país pintada en el timón de dirección de su avión.

A la comandante Maxi la encontré en uno de mis viajes en bici por España. Tirada en un polvoriento camino, en inminente peligro de muerte, a merced de que cualquier loco la aplastara con las ruedas de su todoterreno. La bella dama aguardaba su fatal destino, pilotando un avión de madera de proporcionadas dimensiones. Sin pensarlo dos veces detuve mi bici y la recogí. Viaja conmigo desde aquel día en la bicicleta, bien asentada en el portabultos delantero. Algunos niños me preguntan por qué mi bici tiene un avión. Yo les suelo contestar que se fijen bien, que es un avión el que va tirando de la bicicleta.

Pero ahora era yo el que tenía que tirar de ambas: Quirlig y la comandante Maxi. No sentía muchos deseos de pegarme con los pequeños autobuses que recorren La Paz sin orden ni concierto. Bastaba que un viandante levantase un poco la mano, aunque fuera para rascarse la oreja, para que el minibús cruzase tres carriles y fuera a cargar al pasajero. Hubiera sido demasiado peligroso para empezar, así que metí la bici en uno de esos minibuses y subí hacia El Alto, donde estaba el aeropuerto.

Pronto aprendí algunas reglas del viaje para salir indemne del mismo. La primera consistía en que no debía parar nunca dentro de un pueblo a quitarme la ropa, y menos aún si había mercado. Eso fue lo que hice tras pedalear quince kilómetros. Tenía calor y me sobraba ropa, así que me detuve en una pequeña villa que parecía semidesierta, abrí las alforjas y..., en cuestión de segundos me encontré rodeado por diez o más hombres que miraban con demasiado interés mis pertenencias. Presentí el peligro y, con las alforjas medio abiertas, me largué sin darles tiempo a satisfacer toda su curiosidad. A mis espaldas oí decir:

—Ah, el gringuito tiene miedo... Preferí no mirar para atrás.

Tiempo después, tal vez meses, comprendí que el miedo que había sentido aquel día no era real. Era mi inseguridad, mi falta de confianza, mi imaginación, la que había causado mi nerviosismo. Y ese miedo lo reflejaba en mi comportamiento. Como si fuera un mal olor, aquellos hombres lo presintieron.

Durante el viaje, mucha gente me preguntaba si no tenía miedo.

—Casi nunca —solía contestar— porque, como aprendí un día, el miedo puede hacer que suceda lo que temes.

Tras el incidente imaginario, llegué a Patacamaya y pedí asilo político en una escuela para

pasar la noche. Era un lugar muy humilde (el baño no hubiera pasado la más benévola inspección de sanidad) y sin embargo era el lugar perfecto para mí. Me dejaron dormir pero, al día siguiente, cuando quise irme, encontré la puerta de salida cerrada con candado. El guarda, que vivía en la escuela, no me quería abrir si no le daba dinero. Le expliqué que me habían dejado dormir gratis, pero a pesar de que hablábamos el mismo idioma no quería entenderme. Me puse un poco más serio y por fin pude salir a la carretera.

Tal vez hubiera sido mejor no haber salido de allí, porque esa mañana tendría que pasar mi «bautizo andino».

La escasa información con que contaba me hizo sufrir más de la cuenta, puesto que no sabía que ese día tendría que ascender a 4.495 metros. Yo veía que mi altímetro indicaba 3.700 metros y, como el final de etapa estaba a una altitud de 2.570 metros, me las prometía muy felices. Pero el puerto de La Cumbre se interponía en mi destino.

Para apoyar mi buen humor, una cholita (campesina) a la que compré agua, al saber de mis planes de querer llegar a Cochabamba en dos días, me dijo:

—Vas a morir.

Yo pensé que algún día ella también, pero ella se refería a que yo moriría en el intento de llegar a Cochabamba.

Casi acierta.

A diferencia de los Pirineos o los Alpes, donde a una subida le sigue un marcado descenso, en los Andes me sentía como una bola en una máquina de petacos.

Cuando creía que estaba en la parte más alta, me detenía a ponerme ropa de abrigo para el descenso. Y es que, a pesar del fuerte sol que quemaba la piel y la dejaba tostadita como si fuera la de un pollo a la parrilla, en cuanto llegaba el descenso el frío andino se reía del sol. Pero tras la bajada de unos dos kilómetros, se alzaba una pared de un kilómetro. De nuevo paraba para quitarme el exceso de ropa. Y cuando llegaba arriba, la carretera descendía. Otra vez a colocarme paravientos, guantes, gorro..., parecía una vedette. No sé cuántas veces repetí la operación.

Ese día estuve casi ocho horas en el sillín, intercaladas con un par de horas para descansar. Fueron casi ciento veinticinco kilómetros subiendo y bajando. Eran ya las seis de la tarde cuando encontré a orillas de la carretera un pequeño lugar para colocar la tienda. Limpié el terreno de piedras, las más grandes, porque las pequeñas quedarían impresas en mi espalda durante la noche, y planté la tienda.

Estaba muerto y me acordaba de la premonición de la cholita. No tenía mucha comida, ni ganas de prepararla, pero saqué el hornillo y cociné arroz. Añadí una pastilla de caldo concentrado para darle algo de sabor y me lo tragué con poca convicción. A las cuatro cucharadas no podía más. Aún no estaba aclimatado a la altitud y el día había sido extremadamente agotador. Me fui a dormir. Eran tan sólo las ocho y media de la tarde, pero comenzaba a oscurecer. Aunque la carretera se hallaba a no más de cincuenta metros, mi campamento estaba lo suficientemente escondido para que nadie me molestara. De lo que no podía huir era de mi estómago. Tan brutal esfuerzo me pasaría factura por la noche. Un corte de digestión o la insolación que pillé subiendo, a pesar de ir bien tapado, me provocó una fuerte diarrea. Esa noche salí catorce veces de la tienda a visitar los matorrales.

Casullas con radio incorporada

Los primeros días eran muy duros, pero no sólo por la altitud, sino también debido a mi falta de ritmo. No tenía claro dónde parar; si llegar al

pueblo más cercano o si acampar en mitad del campo. El mapa de mi guía de Sudamérica no contenía información muy precisa de los lugares en los que podía abastecerme de agua o comida. Así me ocurrió varias veces que me quedé sin agua o sin alimentos.

Pronto se terminó también el asfalto, quedando al descubierto los verdaderos caminos de Bolivia: pistas de piedras y polvo. No estaba dispuesto a sufrir más de la cuenta, y sobre todo a exponer la bici a pruebas muy duras recién comenzado el viaje. Con la segunda diarrea, tomé una camioneta en Tora que me sacara de mi debilidad y me llevara a Aquiles.

El obispo de Aquiles no estaba, pero lo sustituía Valerio Veiss, un mecánico italiano de origen muy humilde, casado con una atractiva boliviana. Tenían tres hijos. Con uno de ellos, de doce años, me fui a recorrer el pueblo y a buscar conexión a Internet, que, por supuesto, no encontramos. Una de mis necesidades durante el viaje era ir actualizando la web. Más tarde hallaría una línea de Internet, la del padre Juan Carlos, que era un cachondo. Me había entrevistado para un programa de radio que se emitía ese domingo, y al terminar la entrevista se colocó un auricular en la oreja. Estaba siguiendo las evoluciones de su equipo de fútbol. Me llegó a confesar (¡un cura confesándose a mí!) que, si tenía que celebrar misa y había partido, se metía la radio en el bolsillo y por debajo de la casulla disimulaba el cable del auricular.

Volví a casa de mis amigos. Allí Valerio estaba ayudando a su mujer a meter helado en unas bolsas transparentes y alargadas, que ella vendía a la hora del recreo para sacar algo de dinero.

—Hay que buscar un complemento del sueldo para llegar a fin de mes —me confesaba Valerio, insuflándole aire a otra bolsita.

Era hermoso y sorprendente al mismo tiempo ver en una sociedad tan machista a un hombre colaborando en las tareas domésticas con su mujer. La cocina estaba en silencio y sólo se oía el sonido del cucharón rascando los restos de helado en el fondo de la cacerola. Al día siguiente los chicos y chicas se comerían en el recreo un poco de helado y mucho amor.

Cuando llegué a Sucre, Quirlig y la comandante Maxi estaban llenas del polvo del camino. Yo también. Con un aspecto poco deseable me encaminé a la Fundación Cultural La Plata para ofrecerles mi espectáculo. No les había llegado el correo electrónico que les había escrito días atrás, así que tuve que contar de nuevo toda mi vida. Me alojaron en una pensión y planeamos hacer el espectáculo a los dos días. Tendrían tiempo de movilizar a todos los colegios de la ciudad, y podrían acudir a las televisiones para difundir el proyecto.

Para construir las calles de esta histórica ciudad, aún continuaban utilizándose adoquines, hechos a mano, uno a uno, que eran colocados en perfecta simetría por manos expertas. Para pagar a los obreros que hacían el trabajo, bastaba contar el número de hileras de adoquines que habían hecho ese día.

Pedalear por esas calles era un peligro porque por menos de nada las ruedas se metían entre las juntas y me iba al suelo. Dejé la bici en la pensión y nos dedicamos a preparar el espectáculo.

Tras varias entrevistas en las televisiones y en las emisoras de radio, conseguimos que hubiera cerca de dos mil personas en la actuación. Mi interés era, más que el número, que fuese gente humilde. Pero cualquier alumno de un colegio de allí lo era. Les gustó mucho el espectáculo y al terminar me ofrecieron un sobre con el equivalente a cien euros. Me negué: les dije que si querían se lo podían dar a una fundación alemana que había conocido el día anterior y que trabajaba con personas deficientes mentales. Esa fundación, según me habían contado los voluntarios, no recibía ayudas del Gobierno. Insistieron en que aceptara el dinero pero me mantuve firme.

—Si lo acepto —les dije— se lo voy a dar a la fundación, así que será mejor que se lo den ustedes directamente, si quieren.

La licencia de conducir de don Samuel

Abandoné Sucre y me reencontré con las pistas de piedras y polvo, y con la diarrea. Me arrastraba por la carretera a cinco por hora. Las campesinas

me sobrepasaban caminando, girando sus cabezas sorprendidas, y con cara de no comprender nada. ¡Estos gringos tienen una manera muy rara de buscar la felicidad!, parecían pensar.

En Villa Carmen un conductor detuvo el coche y se ofreció a trasladarme al siguiente pueblo. No tenía fuerzas ni para subir la bici a la baca del coche. En mi botiquín llevaba antidiarreicos y algunos sobres de suero fisiológico. Tomé uno. Evidentemente lo mejor para la diarrea no es subir puertos de los Andes. No recordaba haber sufrido tanta debilidad en toda mi vida. Bolivia, quería creer, sería la parte más dura del viaje.

Al llegar a Potosí la carretera estaba cortada por una barricada de piedras y muebles viejos. Todos los vehículos estaban bloqueados. Bajé la bici del coche y entré a Potosí pedaleando. En la época de esplendor de esta ciudad hasta las herraduras de los caballos eran de plata. Ese metal convirtió a Potosí, en el año 1650, en una de las ciudades más grandes y ricas del mundo. Hoy en día tiene tres veces menos habitantes que hace cuatro siglos.

En el año 1545 el indio Huallpa perseguía una llama por estos parajes y la noche lo sorprendió cerca del cerro. Para atenuar un poco el frío encendió un fuego que dejó ver un resplandor blanco. Era plata de altísima calidad. La historia de esta ciudad, a más de cuatro mil metros de altura, cambiaría por aquella «llama».

Cien años más tarde se podía ver en sus calles sombreros de París y Londres, sedas y tejidos de Damasco, perlas de Panamá y alfombras de Persia. Es lo que hoy llamaríamos globalización.

El cerro de Potosí cada año es menos alto. Su corazón está lleno de bocaminas y la tierra extraída que no sirve se va acumulando en su exterior formando otra pequeña montaña. Las heridas del cerro de Potosí, en forma de agujeros, son las heridas de un pueblo que sacrificó miles de vidas para la gloria del imperio español.

Al utilizar mercurio para la extracción de la plata, el cabello y los dientes de los trabajadores se caían. Para soportar las bajas temperaturas y permanecer muchas horas en el interior del cerro, mascaban hoja de coca. La gestión de la coca fue un negocio que ofreció amplios dividendos a la Iglesia. El dominico fray Domingo de Santo Tomás ya lo denunció en 1550 al Consejo de Indias:

«Potosí es una boca del infierno, que traga a indios por millares y donde los indígenas son tratados como animales sin dueño».

El esplendor económico de Potosí se reflejaba no sólo en sus edificios, casinos, salones de teatro y juego, sino también en sus burdeles, que acogían a las más bonitas prostitutas de toda la región.

Llegaron a existir treinta y seis iglesias, muchas de las cuales han ido desapareciendo, como la de la Compañía de Jesús, reconvertidas luego en cines. Algunas otras aún se mantenían, como la de San Francisco, a la que se accedía por la calle de los ladrones, así llamada porque era donde tenían sus despachos la mayoría de los abogados.

Por la calle de mis colegas, los abogados, llegué a la iglesia de San Francisco. Los franciscanos me acogieron en su convento y me cedieron una celda para descansar. Sólo quería dormir y que al despertar hubiera desaparecido el dolor de vientre que aún me torturaba.

Parecía que mis deseos fueron oídos porque así fue. Me entrevisté con Marcela, de la Oficina Española, quien removió todos sus contactos para conseguir que, en dos días, el Coliseo estuviera lleno de gente para el espectáculo. Acudí con ella a varias radios y televisiones en mi habitual campaña de prensa, y pegamos carteles por toda la ciudad.

En el convento donde estaba alojado, los padres mantenían a la perfección la regla franciscana de austeridad. Las comidas eran muy básicas. Pero tanto arroz le hacía bien a mi estómago, que se iba recuperando. Antes de comenzar a comer siempre rezaban, y al terminar también. Es una costumbre que, sin quererlo, he ido adoptando después en mi viaje. Más que rezar, me detengo unos segundos a reflexionar que soy un privilegiado por poder comer, puesto que hay muchas personas que no lo harán. Tomar conciencia de ello me ayuda a hacer mejor la digestión.

En Potosí aprendí a entender un poco más el firmamento gracias a un padre franciscano muy mayor, que se había traído un gran telescopio desde Italia. El padre Sergio se había construido en la azotea de su iglesia un mirador privilegiado, al que subía cada noche envuelto en sus ásperos y gastados ropajes, acompañado de algunos jóvenes con los que compartía la ilusión de ver las estrellas. Tal vez porque nos encontrábamos en la azotea de la iglesia, el cielo parecía muy cercano.

Las noches de Potosí eran frías, aquí el clima no andaba con medias tintas: o te congelaba o te quemaba. Con razón decían que en esta ciudad solamente había dos estaciones: el invierno y la del tren.

Al día siguiente me levanté a las seis de la mañana y, tras desayunar algo con Hilario y los demás franciscanos, fui al Coliseo a preparar el espectáculo. Para las diez de la mañana ya había casi ochocientas personas. Mucha gente adulta, tanta como niños. Ya me había acostumbrado a actuar para este público, un poco tímido en principio pero que, sin embargo, cuando se reía lo hacía desde dentro.

El director del Diario de Potosí era español, y me llevó en su resplandeciente

4x4 a visitar la montaña que hizo surgir esta ciudad y de la que continuaban sacando metal. Tras más de cuatrocientos cincuenta años de explotación del cerro, éste aún tenía mucho mineral que ofrecer. Con toda la plata extraída del cerro de Potosí se podría construir un puente hasta Madrid. Eso lo decían en el siglo XVII; hoy quizá se podría inaugurar una buena autovía y una línea de alta velocidad. Otro dicho popular afirmaba que también se podía haber construido dos puentes de la misma extensión juntando los huesos de los cuerpos de los campesinos y esclavos que murieron trabajando en las minas durante la explotación del cerro.

Tras la visita al lugar desde el que se divisaba con mayor nitidez la pobreza de Potosí fuimos a ver su fábrica de pasta y fideos. Además del periódico y la fábrica, era el dueño del equipo de fútbol local, el Real Potosí, con los colores del Real Madrid. Un potentado en toda regla; lo que no impidió, sin embargo, que fuera multado.

—Pero, don Samuel —le decía el policía—, ¿cómo va usted tan rápido?

—Es que tengo prisa, mi hijito, debo llevar a esta importante persona de España a conocer la ciudad.

El agente le pidió la licencia de conducir. Don Samuel aprovechó para colar en las primeras páginas un billete de diez bolivianos que el funcionario encontró, como por casualidad, y se guardó con cansino gesto en el bolsillo de su camisa deseándonos buenas tardes.

Decidí que ya había visto bastante de Potosí y me preparé para abandonarlo al día siguiente. Debía poner rumbo a la Quiaca, la frontera con Argentina. Bolivia, definitivamente, había sido una prueba muy dura para mis comienzos en Sudamérica. El calor excesivo, la altitud, los caminos pedregosos y polvorientos, las diarreas...

Primeras bajas

Cuirlig tenía la rueda trasera golpeada. ¡Y no llevaba ni tres mil kilómetros! Sabía que los caminos de Bolivia estaban tratando mal a mi bici, pero no pensé que fuera para tanto. Ahora tenía que buscar un taller donde revisarla. Se había establecido una unión entre ella y yo, desde el primer día. Si ella estaba bien yo lo estaba; pero si, como sucedía en ese momento, algo fallaba, me causaba gran dolor. Para mí, era mucho más que una bicicleta. Era el sentido real de ese viaje. Era, al menos, la mitad de mí. La otra mitad era el clown.

Viajar en bici es mucho más que viajar. Es recuperar el sentido tradicional de los viajes, como otrora, cuando la gente se desplazaba lentamente por los caminos. Atravesaba lugares, convivía con las personas de las villas y ciudades por las que discurría su vagar. Hoy en día, con los medios de transporte tan veloces, viajar es sinónimo de llegar cuanto antes. Si hubiera una máquina que trasladara a las personas de un lugar a otro en segundos, ahorrándoles el viaje, tendría gran éxito de ventas. El viaje ya no interesa. Lo que se desea no es ir sino llegar al destino. La bici en cambio te permite disfrutar del viaje. Subido en ella hueles el camino, hablas con la gente que te encuentras, sientes las arrugas de la tierra en tus propios brazos y piernas. La conexión entre tú y la tierra es la bicicleta. No es extraño, por ello, que muchos de los que viajamos en bici por el mundo hablemos con ella, le deseemos buenas noches, le demos las gracias por subirnos un puerto, y gritemos «¡Mierda!», cuando no hemos podido evitar un bache.

Alguno de los cientos de baches de Bolivia debió de ser el que rompió la rueda trasera de mi querida Quirrig. Debía repararla cuanto antes. Sin ella el viaje cojeaba.

La rueda trasera estaba fuera de su eje y se frenaba con el roce de las zapatas del freno. Para evitar tener que hacer aún mayor esfuerzo pedaleando, quité el freno trasero. Así por lo menos en las subidas no jugaba con desventaja; pero en las bajadas me olvidaba de que sólo tenía el freno delantero y me las veía para detener la bici. En la frontera de Bolivia con Argentina tuve el primer percance con la policía. El soldado me pidió que abriera las alforjas para inspeccionarlas. No fuera que llevase algún artículo de contrabando. Desoyendo lo que aconseja hacer en estos casos Benedetti, «en la aduana hay que abrir la valija y cerrar la boca», y con la seguridad que me proporcionaba hablar el mismo idioma, le respondí:

—No las voy a abrir. Me lleva más de una hora volver a meter luego todo en su sitio.

El soldado, atónito por mi desfachatez, me ordenó con la seguridad que le daba su pistola:

—Ven conmigo a ver al comandante.

El comandante estaba en la cocina tomando mate. La primera vez que yo probé esa infusión fue en La Quiaca. Una mujer me invitó a su casa y me ofreció mate. Al tiempo que vertía agua caliente de la tetera al mate, mascaba hojas de coca y fumaba. No puedo olvidar fácilmente su sonrisa, con sus dientes verdes ofreciéndome un poco más de mate. La boquilla de la que yo debía chupar era la misma que ella utilizaba.

El comandante al menos no mascaba coca. Tampoco me ofreció mate. Al escuchar la historia que le relató el soldado, me miró y me dijo:

—Che, ¿así que no querés abrir las bolsas?

—No; es que me cuesta mucho luego meter todo dentro y además un payaso como yo no puede llevar nada malo en ellas.

—¿Cómo que payaso? —me preguntó dejando a un lado el termo del agua caliente.

Le expliqué el motivo de mi viaje. Se interesó sobre todo por el tema de los malabares. Decía que siempre le habían gustado; tanto, que acabé enseñándole a mover tres pelotas en la cocina del destacamento.

Mientras yo tomaba un mate con unas galletas que me habían ofrecido, el comandante se agachaba una y otra vez a recoger las pelotitas, en un intento desesperado de hacer malabares.

—Siempre quise aprender —me confesaba al tiempo que rompía a sudar. Estuve con ellos más de una hora. Era el tiempo que me hubiera llevado sacar todo lo que tenía en las bolsas y guardarlo de nuevo.

Las carreteras de Argentina, sobre todo en el norte, estaban jalonadas de carteles dirigidos a los conductores para que moderasen su velocidad: «Maneja con la cabeza, tu pie derecho no piensa» o «El cielo está lejos pero si se apura llegará muy pronto».

Pero la literatura no sólo aparecía en los letreros de la carretera; también se percibía en todo tipo de anuncios de restaurantes. En uno de ellos vi un letrero que reve laba la sabiduría popular: «Aquí no se roba, el Gobierno no acepta competencia».

Dos meses antes de que estallara la grave crisis económica de Argentina, con los cambios de presidente, la devaluación monetaria y las revueltas sociales, yo había escrito en mi diario:

«Las personas con las que voy hablando me transmiten la sensación de desazón, de que esto va a estallar cualquier día, y de que la equivalencia dólar-peso no se puede sostener».

El diecinueve de diciembre de ese año, el Gobierno argentino devaluaba la moneda. Ya tenía una nueva forma de ganarme la vida a mi regreso a España: analista económico. El pueblo argentino se olía que aquello iba a ocurrir, mas, curiosamente, sólo parecían desconocerlo los dirigentes políticos. Aunque muy posiblemente lo sabían, y tan sólo se preocuparon de salvar sus muebles.

Una reparación milagrosa

En Salta pretendí arreglar la avería de la bici que ya me estaba preocupando demasiado. Como siempre, me dirigí en primer lugar al arzobispado, a buscar un lugar donde dormir, pero el obispo estaba en Roma viendo al Papa, así que me fui a ver al sustituto. El padre Dante era el obispo auxiliar; me escuchó un tanto distraído y, cuando consideró que había pasado un tiempo prudencial, se levantó y volvió con algo de dinero para que me buscara la vida. Aquel gesto para quitarme de en medio me molestó. No había entendido que no quería dinero, solamente un lugar donde descansar..., en fin, un poco de hospitalidad. Cuando rechazé su dinero puso cara de no entender nada. Le pedí en cambio una carta de recomendación. De mala gana la redactó y me fui.

Al salir, encontré una bicicletería para Quirlig, donde me aseguraron que con un golpecito certero me dejaban la rueda como nueva.

Seis y media de la tarde. Tras desmontar la rueda y tratar de centrarla descubrieron, poco antes de dar el golpecito mágico, que la llanta estaba rajada.

¡Había hecho casi cinco mil kilómetros con una rueda rota! No tenía más solución que cambiar la llanta trasera. Llamaron a un almacén y les vendieron una llanta de treinta y seis radios. No era muy buena pero no tenía elección. De camino a buscar la nueva llanta paré en la Casa del Peregrino. Me dieron un lugar para dormir y volví al taller. Allí me esperaban sus dueños, el padre y el hijo. No tenían apenas herramientas porque habían abierto la tienda el día anterior. Al no contar con un extractor de piñones, decidieron «pasar» la llanta, es decir, aflojar todos los radios y pasarlos uno a uno a la nueva llanta sin sacarlos del eje.

Ocho de la tarde. Con paciencia y algo de conversación iban sacando uno tras otro los radios de la antigua llanta y metiéndolos en la nueva. Afortunadamente para mí, yo era el único cliente de la tienda.

Diez de la noche. Cuando se pusieron a centrar la rueda nueva se dieron cuenta de que los radios de mi rueda antigua eran demasiado largos para la llanta nueva. Llamaron al almacén donde compré la llanta, que de milagro aún no había cerrado, y pidieron que les vendiesen los radios de la medida correcta. El hijo fue en persona a por treinta y seis radios nuevos mientras el padre desmontaba la rueda que había tardado dos horas en armar. Con un extractor de piñones de fabricación casera desmontó el eje y empezó a tejer la nueva rueda con los radios recién traídos. Montaron la nueva rueda y tras centrarla... el freno trasero pegaba en la llanta.

Once y media de la noche. Regularon el freno trasero y ajustaron el cambio.

Doce de la noche. Salía de la tienda con Quirlig curada.

Les pagué lo acordado, pero como no tenían para darme la vuelta y todos los comercios estaban cerrados, fui a una pizzería a cambiar dinero. El apetecible aroma despertó mi hambre. Desde la mañana no había probado bocado. Regresé al taller para invitarlos a una pizza. Yo pagué una y ellos otra. Hablamos del futuro, de la casualidad de que justo ayer abrieran la tienda, de la posibilidad de traer bicicletas de segunda mano de España y venderlas allí...

Por fin, a la una y media de la mañana, me acostaba en la Casa del Peregrino. Una mezcla de agotamiento físico y de felicidad por tener la bici arreglada me impidió, sin embargo, conciliar el

sueño.

El restaurante de Coca

El paso de El Infiernillo hacía honor a su nombre. Había llegado el día anterior hasta su base y me levanté a las cinco y cuarto de la mañana para

tener tiempo suficiente de coronar. Fueron dos horas y media de ascensión ininterrumpida, a una media de ocho kilómetros por hora. En ese momento el altímetro marcaba tres mil cuarenta y cinco metros. Aunque lucía un sol radiante, no me calentaba lo suficiente. A lo lejos se contemplaba todo el valle y, aunque no alcanzaba a verlo, a casi cien kilómetros debía de estar San Miguel de Tucumán. Había subido El Infiernillo y me había ganado «el paradisillo» de la bajada. La única persona que vivía allá arriba, en una diminuta cabaña, se acercó para hablar conmigo:

—Abrígate bien, porque ahí abajo está lloviendo.

Empecé el descenso tras enfundarme toda la ropa que tenía. La niebla pronto lo cubrió todo. El firme estaba en pésimo estado, lleno de agujeros e improvisados parches, y algunos caballos cruzaban por mitad de la carretera. No se veía a dos metros, y yo estaba bajando a más de treinta kilómetros por hora. No era precisamente una bajada para disfrutar. Me dolían las manos de ir frenando continuamente, y en las cervicales sentía toda la tensión acumulada del descenso. Por momentos echaba de menos la subida.

Muy pronto la lluvia ya me había calado hasta los huesos, a pesar del impermeable de Gore-Tex, las botas de Gore-Tex y los guantes supuestamente impermeables. Anhelaba sostener una taza de té caliente entre mis manos, pero no había dónde parar. Atravesé Tafi del Valle y continué el descenso. Llevaba más de una hora descendiendo cuando una furgoneta redujo su marcha y se ofreció a llevarme. No sin esfuerzo le dije que prefería continuar en bici. Insistió, pero mantuve mi deseo de continuar en bicicleta.

Al poco tiempo de irse me arrepentí de haber rechazado su oferta.

Aquello no terminaba nunca. Tras la bajada se acumulaban largas rectas. A la vera del camino vendían mandarinas. Compré un kilo y me las comí sobre la marcha. Tal vez podía llegar a Tucumán ese mismo día. Ya había descendido casi tres mil metros y Tucumán se encontraba a trescientos sobre el nivel del mar.

Las rectas y el tráfico eran mi compañía cuando la tarde llegaba a su fin. Tenía bastante dolor en las rodillas, debido a las diferencias de temperaturas de ese día y al esfuerzo brutal al que las había sometido. El haber comido tan poco desde que salí por la mañana antes de atacar El Infiernillo colaboraba sin duda al excesivo desgaste. Varios ciclistas me pasaron a toda velocidad. Iban a rebufo de un camión, a sólo veinte centímetros del parachoques trasero, para evitar el viento y poder rodar así a sesenta kilómetros por hora. Si el camión tocaba un poco el freno su muerte era segura.

A lo lejos una mancha negra se alzaba en el horizonte. Comenzaban a surgir pequeñas naves a lo largo del camino. La mancha tenía forma de edificios de varias alturas. Era San Miguel de Tucumán. Creía que ese día no terminaría nunca. Varias veces pensé en parar y tirarme en cualquier lugar a dormir, pero otro sentimiento me invitaba a continuar. Habían sido ciento

cincuenta y cinco kilómetros y más de ocho horas en el sillín de la bici. O disminuía el ritmo o iba a desfallecer. Me costaba mitigar el hambre de avanzar en el mapa de Sudamérica.

El arzobispado ya había cerrado a las seis de la tarde, así que fui al seminario. Tras esperar una hora, el padre Luis me redactó una carta para poder alojarme en la Casa de la Divina Misericordia. Atravesé Tucumán y llegué a la casa. La regentaban Fátima y Sergio, un matrimonio encantador que, con más cariño que medios, dirigían este hogar en el que se hospedaban familiares de personas que tenían que ser operadas en el hospital, o transeúntes excepcionales, como yo.

Cuando me tumbé en la cama, pensando que me había ganado un buen descanso, me esperaba otra guerra. Tenía que defenderme de los B-52: los mosquitos sanguinarios. Perseguí unos cuantos antes de irme a dormir y me unté los brazos y la cara con la loción que había comprado en España. La tenía en el fondo de las alforjas, porque no pensé que la fuese a necesitar hasta llegar a Brasil.

Al día siguiente Fátima y Sergio me prepararon un rico desayuno y me pusieron en comunicación con el periódico local, donde me hicieron más tarde una entrevista. El fotógrafo me contó que quería irse a las islas Canarias a vivir. No tenía nadie allí, simplemente las conocía de algún folleto de turismo. Con variantes, ese era el sueño de muchos argentinos: Bucear en su pasado para resucitar a su abuelo español o italiano, y así recuperar su nacionalidad europea. Con ella podrían obtener el documento que les abriese las puertas de un futuro que no tenían en su propio país. Para los argentinos, como para el resto de los sudamericanos, el futuro se llamaba ahora «papeles», con los que justificar su presencia en suelo europeo. Si a los emigrantes españoles que se fueron hace años a «hacer las Américas» les hubieran pedido «papeles», ninguno habría encontrado su futuro allí.

Yo no creo que se pueda cerrar las puertas a nadie bajo el pretexto de tener papeles o no tenerlos porque, para empezar, nosotros no hemos colocado las puertas. Nacer aquí o allí es pura casualidad y no nos da derecho a llamar a nadie extranjero.

Me dirigí a la oficina local de cultura y pregunté por el responsable. Hablaba por dos teléfonos a la vez y atendía otra visita. Todos le reclamaban lo mismo: querían cobrar. Llevaban meses trabajando sin recibir su salario y el tema se estaba poniendo feo. El Gobierno local, ante la carestía del dinero, había emitido una moneda propia que sólo tenía validez dentro de la provincia. Fuera de esa provincia esa moneda era papel mojado.

En medio de esa situación dramática me presenté yo, ofreciendo un espectáculo de clown gratuito, pero sólo para la gente más humilde.

—¿Humilde? —me espetó el director cultural—. Humildes somos todos ahora.

—Sí, pero los habrá más —le contesté.

Quedamos en continuar al día siguiente para seguir perfilando el término «humilde». Acababa de sonar otro teléfono.

En un local de Internet estuve luchando con las máquinas más de tres horas para actualizar la web con nuevas fotos. No se trataba tan sólo de subirlas. Debía contar una historia de cada una de ellas y, luego, si la conexión era suficientemente rápida, enviarlas a España. Allí la empresa NT Consulting me las guardaría en cedés hasta mi vuelta. Pero también debía contestar los correos de la gente que me mandaba ánimos electrónicos. En ocasiones como aquella echaba de menos un pequeño ordenador en el que poder ir haciendo ese trabajo por el camino. Las muchas horas que me pasaba en mi tienda bien podía haberlas destinado a escribir textos y contestar los anteriores correos. La mayoría de los que me escribían no eran antiguos amigos, sino personas desconocidas, de uno y otro lado del «charco» que, enterados del proyecto a través de los medios de comunicación, querían manifestarme su apoyo. Los amigos, cuando escribían, solían decir que su

vida era demasiado monótona como para contarme nada. Estaba claro que el que tenía algo que contar allí era yo. Al menos, eso pensaban ellos. Y en parte no les faltaba razón, porque al día me ocurrían tantas cosas, tantos encuentros personales, que me daría para escribir un libro a la vuelta. Es evidente que lo hice.

A la mañana siguiente tenía una entrevista en la radio. La periodista me preguntó dónde iba a comer ese día. Le respondí que no sabía, que no tenía un lugar, y decidió preguntar a su audiencia si alguien quería invitar a su casa al «gallego». Sabido es que los españoles, cualquiera que ser su región de origen, pasan a ser «gallegos» cuando pisan la Argentina. Llamaron varias personas, y concerté con una de ellas una cita a ciegas. Me preguntó por teléfono qué quería para comer y cuando llegué, a las dos de la tarde, había preparado todo lo que le había dicho que me gustaba. Me dio las instrucciones para ir hasta su casa. Vivía lejos del centro, pero Quirlig parecía que conocía el camino. Creo que en España nadie llamaría a la radio para invitar a comer a una persona que no conoce.

Coca residía sola en una casa muy humilde. Su marido ya había fallecido y ella vivía para agrandar a sus nietas. Éstas vinieron durante el café y casi la riñeron a su abuela por lo que había hecho. Ella me confesó que nunca antes había llamado a la radio para nada, y menos para invitar a alguien a comer, pero le había gustado mi voz y pensó que tenía que ser una buena persona. Al terminar de comer me invitó a que echara la siesta, cosa a la que no me pude negar. Dormí media hora en una habitación de invitados mientras ella se dedicaba a recoger los platos. Al irme de su casa me obsequió con mermelada que ella misma había preparado.

Por teléfono (¿cómo si no?) el encargado cultural me confirmó que podría hacer el espectáculo, aunque había un problema. Coincidiría con el partido de la despedida oficial de Maradona y no iría demasiada gente. Tal vez por eso no acudió él; me refiero al encargado cultural, no a Maradona. O quizá fue porque seguía buscando dinero con el que pagar los sueldos de sus empleados.

El salón de actos del comedor de San Cayetano, vacío y destartado sólo media hora antes, se pobló de chicos y chicas que asistieron encantados a una hora de diversión inesperada. Vino Coca, acompañada de sus nietas, y disfruté viéndola reírse. El que me ayudaba con la música del espectáculo se lo pasó tan bien que se olvidaba de parar el cedé en las partes que le había indicado. Aquel día Maradona tuvo un rival fuera del campo.

La patrona de los trasportistas

Durante días, el camino fue una pura recta, una cinta gris que cortaba los vastos campos, y en donde lo único claro era la ruta a seguir. Siempre al Sur. Maxi no se divertía especialmente pilotando en aquel lugar. La hélice de su avión giraba con tanto ímpetu que parecía salirse del eje.

De forma invariable, como si fuera el hambre que me atacaba al final del día, a la una de la tarde se levantaba un fuerte viento en contra. No podía hacer nada para librarme de ese enemigo cobarde que no daba la cara. La intensidad del viento no era constante, y eso es lo que más me crispaba. Sin posibilidad alguna de preverlo para poder acomodar mi ritmo de pedaleo, a una racha fuerte la seguía otra mayor, que me frenaba más aún. Constantemente debía ir jugando con los cambios. Tenía que ir con el plato más pequeño y las coronas de los piñones más grandes. El mismo desarrollo que utilizaría si estuviese subiendo un puerto. Ese continuo subir y bajar piñones me impedía concentrarme en otra cosa. Requería toda mi atención, porque no era posible hacerlo mecánicamente. El viento, jornada tras jornada, consumía todos mis sentidos.

Para tratar de abstraerme, colocaba un libro de frases cortas encima de la bolsa del manillar y lo fijaba fuertemente con una cuerda. Agachado, en posición de contrarreloj, leía una frase y la meditaba durante un rato. El viento me dificultaba pasar cada página; a duras penas podía evadir mi mente del invisible e indeseado compañero de viaje. Inútilmente, trataba de convencerlo de que se pusiese de mi parte y no me tocase más las narices. De vez en cuando un coche me adelantaba, recordándome además que tenía que compartir la hebra de asfalto por la que circulaba.

Por la tarde acampaba en cualquier lugar que estuviera apartado de la carretera para poder dormir sin ser visto ni molestado. Hacía días que no me funcionaba la cocina, a pesar de haberla limpiado un par de veces. Tal vez era el tipo de gasolina que estaba empleando. Afortunadamente también admitía gas, y en previsión yo llevaba siempre un cartucho con el que hacerla funcionar. Cuando me ponía a cocinar no era por matar el tiempo, sino por el apremiante dolor que mi estómago vacío me causaba.

Una mañana paré cerca de una estación de gasolina a tomar un café. En muchos kilómetros a la redonda no había otro lugar en el que detenerse. Las sillas y las mesas del local hacía tiempo que no veían pasar por ese lugar más de tres o cuatro comensales. La televisión inundaba la sala con imágenes del presidente de la República anunciando nuevas restricciones económicas. Aquel destartado restaurante de carretera no admitía más ajustes monetarios.

Aproveché las instalaciones del lugar para lavarme las manos y los dientes; nunca sabía si podría volver a hacerlo ese día. La dueña, amabilísima, me invitó a tomar pan casero y se interesó por mi viaje. Se sorprendió de que no llevara colgada del cuello ninguna medalla.

—Espera —me dijo metiéndose en la cocina.

—A partir de ahora viajarás más protegido.

Como si hubiera ganado una condecoración, con el presidente De la Rúa como testigo de excepción, la buena mujer me impuso la medalla de la Virgen de la Consolación. Es la patrona de los trasportistas, o sea, de los que como yo se pasan el día en la carretera.

Cuando abandoné España no llevaba ningún colgante, pero a medida que avanzaba mi viaje iban aumentando sobre mi pecho. Parecía que me faltara la protección suficiente y que, en forma de medallas, la fuera encontrando durante el camino. Pasaron muchos meses hasta que, ya de vuelta en casa, pude salir a la calle sin los colgantes. Sin ellos me sentía desnudo, indefenso, desvalido.

Ya finalizada la entrega de medallas, un hombre entró en el bar y se puso a conversar conmigo. Me había escuchado hacía unos días en la radio. En estas inabarcables extensiones de terreno la radio es la gran compañera de los conductores, y también un medio, tal vez el único, para transmitir noticias a sus pobladores. Más de una vez, sintonizando emisoras locales, podía escuchar mensajes como este:

«Aviso para la estancia La Laurita: El veterinario no podrá acudir mañana a la visita por haberse averiado su carro. Cuando lo tenga arreglado se pondrá en comunicación».

Las estancias son haciendas. Algunas pueden superar las cincuenta hectáreas. En ellas viven los rudos hombres que cuidan del ganado. Son los gauchos, cuyo prototipo es Martín Fierro, personaje de la novela de José Hernández. Acompañado de su guitarra va narrando las peripecias de su vida, con la que la mía guardaba asombroso parecido:

«Mi gloria es vivir tan libre como el pájaro del cielo;
no hago nido en este suelo ande hay tanto que sufrir,
y naides me ha de seguir cuando yo remuento el vuelo».

Dejé el restaurante y volví al camino, que se hacía un poco más interesante, pero sólo un poco, porque el sol ya comenzaba a apretar de lo lindo. Me detuve a descansar en lo que podía ser la única sombra de ese día. Llevaba cuatro horas pedaleando y aún me quedaban dos horas hasta Ojo de Agua. Cuando llegué al pueblo fui directo a la iglesia. Una vez allí, esperé a que el padre Carlos terminara su siesta.

—El drama —me dijo— es que no hay una pieza de invitados.

—No importa, padre, puedo dormir en el suelo, con darme una ducha es suficiente —le contesté.

—No tenemos ducha. Lo único que puedo hacer es pagarte una noche en un hotel. Uno de mis principios para viajar es que no quería que mi opción personal de vida supusiera una carga para otras personas. Era mi viaje y no quería perjudicar a nadie, ni mucho menos hacerlos partícipes forzosos de una situación que les era ajena. Pero en esos casos en que no me ofrecían otra solución, no me quedaba más remedio que aceptarlo. Yo hubiera preferido dormir en el suelo del salón parroquial, pero también debía entender que para el padre Carlos yo era un extraño, y su tranquilidad era mayor si me alojaba fuera. Por otro lado, como pude comprobar enseguida, el hotel no era tal, sino una pensión muy modesta en donde debía avisar con dos horas de antelación de que pretendía ducharme, para que calentaran el agua. Dormí un rato y traté de hacer funcionar de nuevo la cocina con gasolina. Tan sólo conseguí tizar el suelo de la habitación.

Regresé a la iglesia a dar las gracias a mi indirecto anfitrión, pero en ese momento celebraba misa con las cuatro monjas de la congregación como únicas asistentes. No era oportuno interrumpir la celebración eucarística, de modo que regresé a mi guarida para ducharme y cenar algo en el bar. A la vista del mapa que me acompañaba en la mesa, estaba cerca de Córdoba; mi intención era parar allí unos días a descansar de la lucha diaria con el viento y las instituciones. Celebré mi cercano licenciamiento del viento con una cerveza. Brindé a la salud del padre Carlos, sus cuatro incondicionales y su inexistente «pieza de invitados». Delante de mí, el bisté con patatas corroboraba mis pensamientos.

El Tambo

Gracias a un amigo de España que había trabajado en Córdoba yo tenía un buen contacto. Eso me permitiría disfrutar en esta ciudad de un lugar donde alojarme. Sin embargo, el correo electrónico no me traía buenas noticias. Había fallado el contacto. A las doce de la mañana, bajo un sol que dibujaba pesadas sombras de cemento en las desiertas calles de Córdoba, aguardaba a que el semáforo cambiara de color.

Como era costumbre en este último mes, fui directo al arzobispado, pero estaba cerrado. Retrocedí en busca de una sombra. Un chico se acercó a hablar conmigo. Su vecino estaba preparando un viaje en bici a Alaska y seguro que tenía interés en alojarme en su casa. Fuimos a su casa pero no había nadie. Volví a buscar mi sombra aliada y regresé al seminario. Julio, un seminarista de sexto año, hizo todo lo posible por que yo pudiera quedarme, pero al padre Eduardo, director del centro, esa idea no le encajaba en su alma. Me dieron algo de comer y me enseñaron el camino de salida a la calle. El sol tampoco había encontrado una nube en la que descansar y me aguardaba en el exterior con más fuerza que antes.

Desde que había entrado en la enorme ciudad el sol seguía con denodado interés mis evoluciones. Ya eran las cuatro de la tarde y mi deambular errático me exasperaba. Las calles de Córdoba empezaban a serme demasiado familiares.

Estaba pensando en irme de allí cuando, en el último intento, apareció un lugar. Era El Tambo, donde vivían los padres claretianos. Antonio, Remigio y Leónidas me abrieron su casa sin condiciones. Era como si hubiera encontrado un oasis en el desierto. Por fin dejaba de ser una víctima fácil para el sol de la tarde.

El padre Leónidas me dijo durante la cena una frase que resumía un poco todos mis avatares de las últimas semanas en búsqueda de alojamiento:

—El buen samaritano no hubiera existido si hubiera plata para pagar la posada.

¡Qué sencilla manera de ver las cosas! Lástima que su pensamiento no fuera más universal.

El Tambo era una casa abierta. En la parte de abajo había una capilla con capacidad para cuatrocientas personas que se abarrotaba de jóvenes los domingos. También disponía de cocina para el uso de los chicos y de varias habitaciones donde éstos se podían reunir. Mediante una escalera se accedía a la parte superior, donde estaban las habitaciones de los tres curas y la mía propia. Un salón y una cocina completaban la distribución. No había llaves ni cerraduras. Los chicos podían acceder al piso de arriba con su prudencia como único límite. Con semejante ausencia de prohibiciones, era fácil que los muchachos se sintieran a gusto.

Como disponía de tiempo en Córdoba, aproveché para ir a las radios y a los periódicos. Acudí también a ver al cónsul de España. Me recibió en su enmoquetado despacho. El aire acondicionado jugaba con los papeles que se apilonaban desparramados en su mesa y hacía ondear levemente la bandera de España. Le mostré la «Orden de misión» que me había redactado en Madrid la organización

Payasos sin Fronteras, y los periódicos que hablaban de mi periplo y que había ido recopilando. Tras estudiar detenidamente la documentación, me extendió una carta que pude

recoger al día siguiente, en la que se mencionaba el carácter solidario y gratuito de mi proyecto. En ese momento no sabía que aquella carta me sacaría de muchos apuros.

El cónsul aprovechó también para hacerme algunas recomendaciones desde el otro lado de la montaña de papeles:

—Viajando solo corres muchos riesgos, y deberías llevar un teléfono móvil para comunicarte si algo ocurre y que te vayamos a buscar.

—Estoy de acuerdo en que sería muy conveniente —le repliqué— pero no tengo dinero para ello.

El aire acondicionado apuntó a su cara y le removió el flequillo, secándole el sudor que se acumulaba bajo su nariz.

El encargado de la cafetería de la Casa de España, que era el edificio donde estaba el consulado, me invitó a café y a bocadillo de jamón. También me convidó a la cena que tendría lugar allí para todas las comunidades de España y que presidiría el cónsul. Éste no me había comentado nada del convite, pero supuse que no le importaría que fuera. Como en la Casa de España tenían su sede algunas regiones de España, pude conocer a Gustavo y a Mónica, del Centro Murciano. Al enterarse de mi viaje, no dudaron un momento en hacerme miembro de honor del Centro Murciano de Córdoba. Durante el resto del viaje, también fueron pieza importante en mover contactos para que pudiera actuar en otros lugares.

Regresé a El Tambo porque llegaba tarde a mi cita con Antonio. Habíamos quedado en ir a ver a su madre, que vivía sola en una casa unifamiliar en el otro extremo de la ciudad. Quería conocerme y nos había invitado a tomar mate.

—El mate que prepara mi madre es especial —me advirtió Antonio en el bus que tomamos para llegar hasta allí.

—¿Pero dónde os habéis metido? —nos increpó su madre nada más abrirnos la puerta de casa.

—Perdoná, mamá, el tráfico, ya sabés. Te presento a Álvaro —le contestó Antonio.

—¿Así que tú eres el famoso payaso?

—¿Pero lo único famoso aquí no es su mate? —le contesté.

—Ah, ya te ha hablado Antonio del mate. Pasad.

En el comedor, sobre una gran mesa, adornada con un tapete de ganchillo, amarilleado por el efecto del sol, se acumulaban recuerdos. En una desconchada bandeja, lista para servir, se encontraba la yerba del mate, y a su lado el azúcar y la pava, que así se llama la tetera llena de agua caliente para cebarla.

Lo que hacía especial al mate era una yerba, «yuyo» la llamaba ella, que tenía en su jardín, y que le daba un sabor particular. Cada vez que uno de nosotros chupaba la boquilla para tomar el mate, ella la limpiaba con un pañuelo. Sus experimentadas manos vertían el agua caliente en el pequeño recipiente, con milimétrica precisión. Daba la impresión de que sus manos habían sido creadas para ese gesto.

En Argentina el mate es una tradición que congrega a su alrededor amigos, tristezas y soledades. Cuando uno está tomando mate y no desea más, simplemente dice «gracias». Además de los efectos diuréticos, el mate tiene ese otro beneficio. Obliga a pronunciar esa palabra de agradecimiento al menos una vez al día.

La madre de Antonio tiene parientes en Italia que la han invitado en varias ocasiones a pasar una temporada con ellos. Le pagan el pasaje, la pasean por todo el país..., pero ella no se atreve a dejar la casa sola un mes. Aunque no posee demasiadas cosas de valor, teme que los ladrones le

roben su pasado.

La inseguridad estaba presente en la vida de estas personas y condicionaba en gran medida su día a día, y hasta su futuro.

Así lo pude comprobar al día siguiente, cuando fui a hacer mi espectáculo a Villa Urquiza. La madre Nieves, que desde hacía muchos años vivía en lo que siempre fue un nido de basura y de contaminación, me dijo que tomara un taxi para ir.

—Si vienes en tu bici, el resto de tu viaje a lo peor lo tienes que hacer a dedo

—me advirtió por teléfono.

El taxista que me llevó a Villa Urquiza me avisó de que él no regresaría a por mí.

—A muchos compañeros que han venido aquí les han robado el taxi a punta de pistola.

Pero la madre Nieves tenía por eso sus taxistas favoritos; los únicos que se atrevían a entrar allí de noche.

En Villa Urquiza todas las calles estaban sin asfaltar. No había alumbrado público ni sistema de alcantarillado. El calor que hacía a las cuatro de la tarde aumentaba el nauseabundo olor de la basura arrojada en el arroyo. Todas las viviendas tenían las ventanas protegidas por rejas. Más que casas parecían cárceles unifamiliares.

Pero ahora el lugar era «un paraíso», en palabras de la misionera. Si hubiera entrado solo no habría durado mucho allí. La madre Nieves me recibió vestida con los hábitos de su congregación y en sandalias. Megáfono en mano iba recorriendo las calles de Villa Urquiza anunciando el espectáculo que tendría lugar una hora más tarde. Unos chicos se entretenían arrojando piedras a un caballo. Con el aplomo que le daba haber visto la miseria bien de cerca, se les acercó para invitarlos a ir al espectáculo. Pensé que iban a dejar de tirar las piedras al caballo y arrojárnoslas a nosotros. Simplemente se limitaron a preguntar si les daríamos «plata» por ir.

Lo que causaba mayor revuelo fueron los coches de las televisiones que se presentaron a grabar unos minutos del espectáculo. No se quedaron más de diez minutos. El miedo que rezumaban los periodistas por perder sus vehículos y equipos era lo que hubiera grabado yo de haber tenido cámara de vídeo.

Aprovechando los medios de comunicación allí presentes, la madre Nieves divulgaba la inminente canonización en Roma de la hermana fundadora de su congregación, Paula Montal. Incluso mi espectáculo se enmarcaba dentro de los actos organizados para tal ocasión. Había colgado varios carteles en el colegio en los que se leía:

«Directamente desde España ha venido el payaso Popy, con motivo de la canonización de Paula Montal, y actuará gratuitamente para toda la comunidad hoy por la mañana».

—Eso sí que es márquetin —pensé, mientras un simulacro de perro mordisqueaba mi bolsa.

Alguien de una casa cercana lo llamó:

—Popy, ven aquí, deja al señor.

Los dos, el perro y yo, nos giramos.

No era la primera vez que eso me ocurría. El nombre artístico que hacía años había elegido para mi payaso, Popy, lo compartía con algunos perros. Ese día decidí que de ahora en adelante mi clown se denominaría Biciclowen, al igual que mi web. Había cumplido la mayoría de edad.

La digestión de las despedidas

Me habían informado de que en El Tío, un pequeño pueblo de la Ruta 19 que debía tomar para llegar a Rosario, vivía otro aventurero.

Nacho tenía veintiocho años y ya había hecho varios viajes por Argentina en bici, en moto, a dedo... Él satisfacía los deseos de aventura de su padre, que por motivos económicos no había podido cumplir sus ansias de viajar en su juventud.

Advertida de mi llegada, la familia de Nacho había preparado un festín: lengua de vaca, milanesas de pollo y helado. El cura del pueblo había venido también a comer. Pero no para verme a mí. Atendía esa parroquia y como no tenía casa en el pueblo, era convidado a almorzar cada día por una familia diferente. Ese día tocaba en casa de Nacho. Su movilidad alimentaria me recordaba mi propia situación.

Terminamos de comer y me enseñaron un montón de fotos de los viajes de Nacho. Su madre no me quitaba el ojo de encima. Le pregunté si sufría cuando su hijo se iba a hacer uno de sus viajes. Suspiró profundamente y me miró con resignación.

Nacho tenía una hermana en San Francisco, a tan sólo cincuenta kilómetros. Preferí avanzar un poco más y fui allí a dormir. A la entrada de San Francisco había un control policial. Nada más verme llegar, dos policías completamente uniformados salieron para detenerme.

—¿Tú eres Álvaro, el español que viaja en bici?

—Sí, eso parece.

Alucinado por su capacidad de deducción, y sin salir aún de mi perplejidad, me entregaron un papel con el teléfono de la Sociedad de Socorros Mutuos. Era una asociación española que radicaba en San Francisco. Sus miembros, conocedores de mi viaje, habían prevenido a la policía para que me parasen al verme llegar.

Imaginé que Gustavo, de Córdoba, los habría avisado. En cualquier caso el problema para dormir esa noche era bien diferente al que solía tener. Disponía de dos lugares donde hacerlo y no quería defraudar a nadie.

Fui a la Sociedad Española de Socorros Mutuos. Una larga mesa estaba preparada en el patio; en un rincón, sobre la parrilla, el asado no podía aguardar más tiempo. Cené con ellos y tomé la salomónica decisión de rechazar la habitación de hotel que me habían reservado. Lástima no tener más tiempo para seguir disfrutando de su compañía.

Me acompañaron hasta la casa de María Esthela, la hermana de Nacho, que me esperaba para cenar. Ella y sus hijos estaban acostumbrados a recibir a los viajeros enviados por su hermano. La misma María Esthela había viajado en bici, y en solitario, desde su pueblo hasta San Juan, en la frontera con Chile. El gen aventurero de su padre se había transmitido a sus descendientes.

Uno de los hijos de María Esthela abandonó con gusto su cama esa noche para cedérsela al viajero. Me trataban como si fuera un rey. Se veía que estaban encantados de servir, de agradar, y deseaban que me quedara con ellos el día siguiente. Celebraban la fiesta de la licenciatura en el colegio de la hija mayor de María Esthela.

La hospitalidad para esta familia era tan natural y sincera como el viento del sur. No me

quedaba duda alguna de que el hecho de haber recibido en su casa tantos viajeros, contribuía directamente a que la familia de María Esthela fuese tan extravertida y desprevenida. La posibilidad de convivir con viajeros les permitía participar de esas experiencias de modo directo, empaparse de otras culturas y costumbres. Durante todo el tiempo que pasé con ellos a nadie se le ocurrió encender la televisión. Creo que no tenían.

Un sentido abrazo y sus venturosos deseos fueron mi amargo desayuno. Debería escribir un libro sobre las despedidas. A veces, cuando dormía en una iglesia, el cura de turno salía a la calle a darme la bendición. Pero, como no siempre ahí había lugar para un «vagamundo», me refugiaba en cuarteles de bomberos o de policía. Todo el regimiento salía a la calle para ver la partida del «gringo».

En cada despedida el corazón, un músculo al fin y al cabo, se contraía un poco. Pero cuando, como en el caso de María Esthela y sus hijos, había tanto cariño y sinceridad en su acogida, el corazón se achicaba en exceso.

Esa mañana los primeros kilómetros de pedaleo me sirvieron para empezar a asimilar la despedida; a menudo necesitaba varios días. Esas personas me acompañaban en mi viaje. Generalmente se me aparecían en las subidas y me empujaban la bici hacia arriba. Por eso, cuando la gente me preguntaba si no era aburrido viajar solo, no dudaba en contestar que no. En realidad, mi viaje no tenía mucho de solitario.

A veces, saturado de encuentros personales, me detenía antes de llegar a un pueblo y plantaba mi tienda para dormir. No deseaba seguir contando mi historia y responder a las trilladas preguntas: «¿Por qué viajas en bici, no es más cómodo en coche?», «¿Por qué dejaste tu empleo?». Ya antes de salir de España tuve que hacerlo. La gente no es muy original con las preguntas. Todos quieren saber lo mismo. Mis respuestas refutaban su idea inicial de mi demencia; y les abrían algunos interrogantes en su propia vida.

Las llantas de Bengoa

Estaba a un día de Rosario, mi próxima «parada y fonda», cuando entré a Barrancas. En la plaza del pueblo el cura departía con los jóvenes. No llevaba los hábitos, tan sólo un pantalón gris mal planchado y una camisa con el cuello raído. Cuando le pregunté por el párroco desvió los ojos hacia una baldosa rota del suelo. Mi pregunta de si podía dormir en algún lugar le produjo una honda reflexión. Tras meditar largo tiempo me ofreció alojarme en su casa. Casualmente ese día celebraban la comunión unos chicos del pueblo y me pidió que actuara de payaso.

—Estoy muy cansado para dar mi espectáculo, pero algo haré —le dije. Sentía que me estaban aplicando la mundialmente conocida regla: «Te doy si me das».

Fui a un locutorio telefónico a conectarme a Internet para comprobar si había novedades en la web. Rebeca, la encargada, me comentó que su hermano andaba también en bici. Estuvimos charlando un buen rato y esperé a que cerrara el locutorio. Me acompañó a la iglesia y en el trayecto me contó que ese cura no era demasiado querido en el pueblo.

—¿Por qué no te vienes conmigo a casa? Mi madre estará encantada de conocerte, y mi hermano también.

Entre el cura de la mirada perdida en el suelo y la dulzura de los azules ojos de Rebeca, no me cabía duda alguna.

Su madre me recibió con una sonrisa; la misma que el cura había olvidado esbozar un par de horas antes. Ella no sólo me convidó a mate, sino también a cenar y a dormir. Volví a la iglesia a por la bici. El salón parroquial estaba lleno de gente, y en las mesas abundaba la comida y la bebida. Al verme, el párroco, saltó como impulsado por un muelle de su silla y me pidió que hiciera mi espectáculo. Saqué las bolas de malabares y los entretuve veinte minutos.

—Si quieres, en cuanto terminemos de cenar te vienes a casa para dormir —me propuso el cura.

—Bueno, la verdad es que le estoy agradecido, pero he conocido a una familia en Barrancas y venía a recoger la bici para irme con ellos a dormir. Otra vez será. Que disfruten de la fiesta.

De vuelta a casa nos encontramos con Rafael, el hermano de Rebeca, que andaba en bici. Tenía veintiún años y lo había dejado porque no podía pagarse los repuestos.

—El ciclismo en este país es un deporte de lujo —me comentó apenado. Rafael me dio algunos consejos técnicos sobre cómo había que colocarse detrás de los camiones para ir a su rebufo:

—Primero debes elegir uno que no vaya demasiado rápido, y cuando lo ves venir aumentas el ritmo para ponerte casi a su velocidad y rápidamente meterte detrás de la caja para que te corte el viento. Tienes que colocarte en la trayectoria de las ruedas y asomarte al exterior un poco para que el conductor vea que vas detrás. Muchos no quieren llevar ciclistas chupando rueda y te lo hacen saber frenando o tocando la bocina. Si ves que al tipo no le importa puedes seguir allí, pero siempre atento a sus luces de freno, si es que le funcionan, o a los baches que de imprevisto puedan surgir.

Al día siguiente puse en práctica sus consejos y estuve una hora circulando a más de cuarenta

kilómetros por hora detrás de un camión. Mi vista no se apartaba de la rueda izquierda que me servía de referencia; pero no para observar su trayectoria y eludir los posibles baches, como me había recomendado Rafael, sino porque en cualquier momento iba a explotar. Tenía un buen huevo en un lado y el tapacubos estaba a punto de salir despedido. Al llegar a un cruce el camionero detuvo el vehículo para incorporarse a otra carretera. Me paré y hablé con él. No podía creer que con el peso de mi bici hubiera conseguido permanecer detrás de su estela una hora. Me subí a la cabina del camión y asomé la cabeza por la ventanilla para que me sacara una foto.

Al haber recorrido en una hora más de cuarenta kilómetros, estaba a menos de veinte de Rosario. La periferia de esta ciudad de más de dos millones de habitantes agrupaba una caótica sucesión de chabolas. Un cúmulo de chapas y cartones conformaban algo parecido a casas. Cualquier desecho era empleado por sus habitantes para añadir un poco más de aislante al techo. Algunas antenas de televisión emergían de aquel mar de metal y cartón.

Aprovechándome de mi recién adquirida condición de socio de honor del Centro Murciano de Córdoba, fui directo al Centro Murciano de Rosario, pero no había nadie. Averigüé la dirección de la casa de su presidente. Afortunadamente no vivía demasiado lejos. En su domicilio tuve que utilizar todos mis recursos para que su mujer me abriera la puerta y poder explicarle quién era yo y qué quería. De nuevo estaba en una gran ciudad y los desconocidos no eran bienvenidos.

Reconduje mis pasos hacia el Club Español, uno de los edificios más notables de la ciudad. Fue obra del arquitecto catalán Francisco Roca i Simó, y se inauguró en 1916. Aunque mi interés no venía motivado por el arte sino por el hambre que sentía. Sudando por el esfuerzo, llegué hasta el piso superior. Al verme entrar con la bici, la secretaria no sabía a quién llamar para que se ocuparan de mí. Mi acento español refrenó sus primeros deseos de avisar a la policía.

Empezaba a sentirme como una carga; sentía que la historia de mi entrada en Córdoba volvía a repetirse. Me ofrecieron algo de comer y llamaron a Manolo, presidente del Centro Murciano.

Manolo era un hombre mayor, con más voluntad que fuerza física, y no tenía ni idea de qué hacer conmigo. Llamaron al hotel Avellaneda, propiedad de unos asturianos que se hicieron cargo de mis huesos. Me ofrecieron una habitación en el último piso, cerca de la lavandería. La habitación era tan pequeña que Quirlig tuvo que dormir en la azotea. Poco importaba. Al fin y al cabo ya tenía dónde estar. Al despojar la bici de todos los bultos descubrí un nuevo motivo de preocupación: La rueda delantera de Quirlig estaba tocada y debía revisarla. Al menos tendría que estar un par de días en Rosario.

Por la noche quedé para ir a cenar al Centro Murciano, donde Manolo preparó un exquisito pescado a la plancha. Vinieron presidentes de otras asociaciones regionales españolas que también tenían centros sociales y culturales en Rosario y apareció Horacio, el presidente del Centro Asturiano.

En ese momento yo no podía saberlo, pero ese hombre iba a ser una de las piezas clave de mi viaje. Tras la cena, en la que no faltó el vino para acompañar el pescadito, Horacio me paseó en su coche por la ciudad al tiempo que me brindaba infinidad de datos históricos.

—¿Vos sabés?, Rosario es conocida como Cuna de la Bandera, ya que en ese sitio, sobre las barrancas del Paraná, Manuel Belgrano, su creador, izó por primera vez la bandera nacional. Este monumento fue construido en mármol travertino, original de la provincia de San Luis. Representa el ideal de la patria en forma de nave avanzando hacia el futuro.

Era la una de la mañana y yo iba dando cabezadas en el asiento del copiloto, que eran interpretadas por Horacio, como señales de asentimiento a sus interesantes explicaciones.

—El monumento consta de cuatro partes... Che, nene, ¿te dormís? Andá que te llevo al hotel.

A la mañana siguiente Horacio me llevó a desayunar al bar de su hermano Roberto. Roberto no es asturiano, pero ama Asturias. Hablando de la tierrina sus ojos se aguaban. Las paredes de su negocio estaban llenas de descoloridos carteles referentes a Asturias. Al saber que yo era de allí me dijo:

—Pachín, podés venir a desayunar aquí todos los días que quieras. Nunca supe por qué, pero llamaba Pachín a todos sus amigos.

Su café era de los mejores que tomé en todo mi recorrido por Sudamérica y sus facturas (pasteles dulces) eran riquísimas. Los días pasados en Rosario comenzaban a tomar buen camino.

En la tienda de bicicletas Bengoa, adonde llevé a Quirlig para revisar la rueda delantera, me informaron de que estaba rajada. Al igual que había ocurrido antes con la rueda trasera, la delantera sufría el mismo defecto. Creo que las dos venían mal de fábrica, porque no era normal que unas ruedas tan buenas, y caras, no aguantasen cinco mil kilómetros. En la bicicletería no disponían de buenas llantas en ese momento pero el dueño, Roberto, me dijo que no me preocupara, porque tenía que ir a Buenos Aires esa semana.

—Yo te traigo dos llantas nuevas a finales de la semana.

—Dos no —le dije— con una sola basta porque la llanta trasera está bien.

—No, te ponemos las dos, así las llevás iguales —me respondió.

—Pero eso va a ser mucho dinero, tal vez...

—No te preocupés por eso —me interrumpió.

Confundido por la mala noticia de la rotura de la rueda delantera y abrumado por la atención en el taller de bicis, volví al hotel para hacer la colada. Al tener la lavandería cerca del cuarto me entraba cierto cargo de conciencia. Aunque era tarde, el sol aún calentaba de lo lindo. Estaba llenando un cubo de agua para lavar la ropa cuando me llamó Horacio por teléfono.

—Che, nene. ¿Cómo andás? ¿Cenaste?

—No, aún no, estaba a punto de lavar la ropa...

—Andá, dejate de mariconadas y no te movás de ahí que ahora te voy a recoger para cenar —y colgó el teléfono.

La colada tendría que esperar. A la media hora estábamos sentados en una mesa que pendía sobre una balconada a orillas del Río Paraná. Con nosotros estaban también Cristina, gran amiga de Horacio, y otra asturiana, Balbina, integrante del conjunto de baile regional del Centro Asturiano, y cuyo fuerte acento astur no daba credibilidad a sus más de treinta años de estancia en Argentina.

Horacio es presidente del Centro Asturiano de Rosario desde hace más de veinte años. Nadie se presenta a las elecciones porque sabe que mejor que él no lo pueden hacer. Su cargo le cuesta dinero y, al igual que a todos los presidentes de centros asturianos que he conocido en Sudamérica, no están por afán de notoriedad, sino por amor a su tierra. Ese puesto les consume tiempo y dinero, pero no les importa porque tienen vocación de servir. Pienso cómo sería si el cargo les costara dinero a los políticos en mi país. Tal vez habría más políticos vocacionales y menos «vacacionales».

Balbina nos contó en los postres su particular historia de la emigración y cómo libró a su hermano de prestar el servicio militar en España en los años sesenta:

—Me hice pasar por tonta y loca, y mi hermano para librarse adujo que tenía que cuidarme. El día que fuimos a pasar el reconocimiento médico, el sargento, tras examinarme las manos y los dientes, estampó en la cartilla de mi hermano la mágica palabra: «EXENTO». Yo iba totalmente despeinada y con ropa muy fea y sucia, pero en una bolsa llevaba otra ropa y un peine para arreglarme al salir de la revisión médica. Nos fuimos a un bar a celebrarlo. Cuando llegamos allí

me fui al baño del local. Los servicios estaban situados en el exterior. Ni mi hermano ni yo nos habíamos dado cuenta de que el sargento que me había examinado había ido también al bar. Al verme salir, le dijo a mi hermano: «¡Eh, que su hermana la loca se escapa!» Mi hermano, que no se había dado cuenta de quién le hablaba, le respondió con soltura: «No, sólo va a mexiar». Cuando entré en el bar toda arreglada el sargento fue a mi hermano y le dijo:

«Usted sí que lo ha hecho bien».

La conversación fue interrumpida por el teléfono. Un periodista que me había entrevistado el día anterior en la radio quería que fuera en directo a la televisión a un programa de máxima audiencia, y me adelantaba que me tenía reservada una sorpresa.

Durante la entrevista que me hizo en la radio, le había comentado que me sentiría más tranquilo si pudiera incluir en mi equipamiento un teléfono para hacer solamente llamadas de emergencia.

Cuando llegué al estudio de televisión había un par de hombres de traje detrás de las cámaras que no parecían trabajar allí. Comenzó la entrevista en directo y el periodista me dijo que habían conseguido un teléfono para mí.

—Telecom quiere colaborar con tu aventura —me dijo.

Uno de los hombres de traje que había visto antes salió de detrás de la cámara, atravesó el plató y me hizo entrega del teléfono, mientras con otra mano me colocaba una gorra de su empresa en la cabeza. Me sentía un poco hombre-anuncio, pero acepté el juego, porque el teléfono me cubría de los temores que el cónsul de Córdoba había despertado en mí respecto a viajar solo e incomunicado.

El hombre de Telecom quedó en que una mujer me llamaría esa misma tarde para darme instrucciones de cómo utilizar el teléfono. Al salir de los estudios de televisión comprobé que el teléfono se estaba quedando sin batería y traté de cargarlo en el hotel, pero el cargador que venía con él era de otro modelo diferente. La agenda del teléfono estaba ya repleta de números y nombres; no sé por qué, sospechaba que no era un teléfono nuevo. Como la mencionada señorita no me llamó en toda la tarde para advertirme de las características del teléfono, llamé al servicio de información gratuito de Telecom, y les pregunté por los detalles de mi nuevo aparato.

—Bienvenido a Telecom. ¿Cuál es su número de teléfono, señor? —me preguntó la teleoperadora.

Se lo di y me contestó con naturalidad:

—Señor, ese número de teléfono nos aparece como robado.

—¿Qué?, ¿que este teléfono es robado?

—Sí señor, eso es lo que aparece en pantalla.

—Gracias, chao —le dije, pensando que la telefonista debía de imaginar que yo lo había robado.

Al día siguiente fui directo a las oficinas de Telecom. Parapetado tras dos bonitas secretarias accedí hasta el hombre del traje que me colocó la gorrita en directo en la cabeza y le conté lo sucedido.

Sin perder un ápice de aplomo me respondió que ese teléfono era de uso interno de la compañía y que no le dio tiempo de avisar del cambio de usuario.

—¿Y lo de la batería que se acaba y no se puede cargar?— empecé a decirle.

—Bueno, hombre —me dijo con cierto aire complaciente—, cuando se acaba la batería en un teléfono celular solamente hay que ponerlo a cargar.

—Casualmente —le repliqué dejando salir un poco la mala leche— antes de irme de España tenía un teléfono móvil, y mire por dónde era el mismo modelo que el que me han regalado. Lo

que le estoy diciendo es que el cargador que me han dado es de otro modelo diferente.

—Ah, bueno, pues se cambia, no pasa nada.

—Vale. Ya que estamos aquí y la señorita que me iba a explicar las características del teléfono no me ha llamado, ¿a quién le devuelvo el teléfono cuando salga de Argentina y entre en Chile?

—¿Cómo que Argentina? Este teléfono te lo hemos prestado para que lo uses mientras estás en Rosario, cuando te vayas mañana nos lo tienes que devolver.

—¿Mañana? ¿Han ido a la televisión en directo, se han aprovechado de la audiencia en ese momento y de mi proyecto para dejarme un teléfono por dos días? Mire, aquí tiene su teléfono, el cargador que no sirve y la cajita. La gorra no se la doy porque se la regalé a un niño al que le hacía más ilusión que a mí. Dé gracias de que no vaya mañana a la televisión para explicar en directo su falta de escrúpulos comerciales.

Había aprendido en carne propia que en Argentina «trucho» quiere decir falso. Telecom tenía amplia cobertura en Argentina pero reducido sentido común.

Acudí a buscar a Quirlig a Bicicletas Bengoa. Ya tenían la bici con las dos llantas Mavic nuevas. Costaba mucho dinero lo que habían colocado pero, aunque les insistí, no me quisieron cobrar. Me fui llorando de la tienda. Cada vez entendía menos por qué en este viaje encontraba tantas manos que me ayudaban a seguir adelante. El episodio de Telecom no pasaría de algo anecdótico, pero el gesto de Bengoa tenía un hondo calado para mí.

Horacio me había conseguido un lugar donde actuar ese día. Sería para la comunidad toba, a cuyos miembros, en la época de las colonizaciones, los españoles llamaban «frentones», porque se depilaban la parte anterior de la cabeza. Antes vivían de la caza en el Chaco, una región al norte del país. La expansión indiscriminada de la «civilización», con sus fábricas, sus carreteras y su «progreso», había terminado con su natural recurso de supervivencia y ahora «cazaban» basura.

La hermana Jordan, otro posible premio Príncipe de Asturias, se ocupaba de que las condiciones de vida de los toba fueran un poco más dignas, construyendo para ellos dispensarios de salud. A cargo de estos centros de salud había estudiantes de quinto año de Medicina, como Evangelina, que me ayudó con el sonido. En medio de un descampado, y con un escenario improvisado con cuatro tablas y una plancha de aluminio hice mi espectáculo para esta comunidad. Al igual que la madre Nieves había hecho en Córdoba, la hermana Jordan utilizaba un megáfono para ir anunciando el espectáculo.

No sé si la comunidad Toba entendió algo de mi actuación, pero estoy seguro de que la hermana Jordan había visto recompensado todo su anónimo trabajo. Ella no estaba sola en su lucha diaria.

Por la noche teníamos asado en casa de Roberto, con Silvia (su mujer), Horacio, Cristina, Balbina y toda la gente que había ido conociendo esos días en Rosario. Me hicieron entrega de cuatro banderines de Asturias para que los colocara en mi bicicleta y me pintaron al dorso de mi camiseta una cruz igual que la que aparece en la bandera de Asturias. Esto último no fue muy buena idea, porque muchos camiones y coches que luego me veían en la carretera parece que confundían la cruz con un punto de mira y trataban de llevarme por delante. Pero creo que sin cruz lo hubieran conseguido en cualquier caso, como pude comprobar meses más tarde en mi propia carne.

Ochenta y nueve años de vitalidad

Habían trascurrido sólo unos meses desde que, el veintidós de abril de ese año, Juan Pablo II declarara Magdalena como «la ciudad de la misericordia». Llevaba apenas una hora encima del sillín cuando me adentré en esta pequeña villa. Había muy poca gente en las calles, pero un detalle no me pasó desapercibido. En la pared exterior de un bar había pintada una ikurriña, la bandera del País Vasco. Pregunté si sabían dónde vivían los dueños y me indicaron el lugar. Fui a verlos. En la diminuta cocina de la casa un matrimonio y una niña pequeña estaban almorzando. Me hicieron pasar y me convidaron a compartir con ellos un filete de carne. Fueron corriendo a avisar a su abuelo, un vasco de ochenta y nueve años, que no tardó en llegar.

Al entrar por la puerta y verme comenzó a llorar. Me abrazó dando gracias a Dios. Yo no entendía por qué mi visión le provocaba tal arrebato emotivo. Me contó entre sollozos que esa mañana había leído en el periódico la noticia de un joven español que recorría Sudamérica en bici, y le había pedido a Dios que lo llevara hasta su casa porque lo quería conocer. Y allí estaba yo ahora, con la piel de gallina al escuchar su historia.

Era un niño cuando emigró hacia América y tardó más de cincuenta en volver a pisar de nuevo territorio español. Cuando su madre lo despidió en el muelle de una ciudad gallega, tenía quince años y vestía pantalón corto. Ella sólo le dio un consejo, que él ha seguido: «Haz siempre el bien, aunque te hagan mal».

Se arruinó tres veces, y su casa se había quemado con él dentro pocas semanas antes de llegar yo. Todos los días, con las primeras luces de la mañana, camina seis kilómetros. Defiende con pasión las propiedades del ajo. Desayuna dos al día, y se frota la cara con esa planta nada más levantarse. El vasco Ibarra hablaba por experiencia propia; es cierto que el ajo es anticoagulante, reduce el nivel de grasa y de colesterol, y es un estupendo germicida.

Charlamos un buen rato, y cuando me levanté para seguir mi ruta me dijo:

—Tú no te vas, te tienes que quedar aquí.

Le expliqué que debía continuar viajando, porque no había hecho más que comenzar la jornada, pero me fue imposible convencerlo.

No quería hacerlo enfadar, así que me trasladé con la bici a su casa. Fuimos a ver a unos amigos de Vitoria que se habían instalado hace poco en lo que era una vieja fábrica. Luchaban por crear un taller de cerámica y dejar lo que hasta entonces había sido su fuente de recursos, la venta de gas. La recién llegada familia también complementaba la economía haciendo dulces caseros. Al irme, la hija pequeña del matrimonio tomó un bote de dulce de pomelo y me lo dio:

—Para tu viaje —y se fue corriendo a esconder su vergüenza en los pliegues de la falda de su madre.

Volví a casa de Ibarra, que llamó a su amigo Domingo. Éste tenía aproximadamente su misma edad. Había comenzado a trabajar con treinta y tres vacas y media (me quedé con ganas de preguntarle cómo era eso de media vaca). Ahora tenía seis mil cabezas de ganado, en una estancia en la que trabajaba toda la familia sin conocer días de descanso. Había venido a América cuando tenía siete años, junto con un tío que le pegaba y que se arruinó en juicios contra él.

Tras la cena Domingo me llamó aparte, se echó mano al bolsillo y sacó cien pesos. No era la primera vez que alguien me ofrecía dinero en mi viaje, pero habían sido muy generosos conmigo y no podía aceptarlo. Domingo me miró a la cara y agarrándome la mano, muy serio y cabreado, me dijo:

—Si no los aceptás me ofendés.

Con semejante carácter cualquiera le decía que no.

Tras hacer ciento cincuenta y seis kilómetros, con el viento a mi espalda como principal aliado, llegué a Villa Gesel. Esta turística ciudad pasa de dos mil quinientos habitantes en invierno a setenta mil en verano. En el periódico local donde me hicieron la entrevista me informaron de que había un club español.

Estupendo golpe de suerte que no debía desaprovechar. Para allí fui dispuesto a encontrar a algún compatriota. El presidente, Basilio, me recibió en su diminuto despacho. Era un club de deportes. Para acceder al despacho había que atravesar la sala de usos múltiples. Basilio no mostró especial interés por mí. Para mi asombro me dijo:

—No te puedo ayudar.

—Sólo quiero una ducha y un trozo de suelo donde tirar mi colchoneta, mañana me voy. Llevo pedaleando todo el día y estoy muy cansado. Me bastan dos metros cuadrados de la sala de ahí fuera —le supliqué.

—No te puedo ayudar —repitió eludiendo mirarme a la cara, y se fue.

Me costaba creer lo que me estaba sucediendo. ¿Habría alguna cámara oculta? Me quedé a solas con el secretario, que no tenía intención de hacer nada por mí. Recogí todos los recortes de periódico y las cartas de recomendación que había sacado.

—Le pido sólo una cosa —le dije al secretario—: quite del letrero que hay en la fachada la palabra «español», porque además del acento han perdido el sentido de la hospitalidad.

En la iglesia el padre Miguel no daba crédito a lo que oía cuando le conté lo sucedido. Me buscó un lugar y allí me quedé, meditando sobre las diferentes reacciones de las personas. No sé por qué pensaba que, por ser españoles igual que yo, tendrían que ayudarme. Tal vez me acordaba de lo bien que me habían tratado en otros muchos lugares y, siendo yo la misma persona, no entendía cómo sus corazones eran tan oscuros. Estaba, eso sí, haciendo un máster internacional en relaciones humanas. Cuando alguien no me miraba desde el primer momento a los ojos, ya sabía que pintaban bastos.

Afortunadamente mi racha de mala suerte mudó cuando llegué a Mar del Plata. Allí había también un centro asturiano. El presidente, José María, tardaba en llegar y me entretuve jugando al ajedrez con Barrios, un jubilado español que no se apiadó de mí. Mientras se daba un atracón con mis peones y mis caballos, me explicaba que el mejor negocio que se podía montar hoy en día era una heladería:

—Es limpio, ganas el cien por cien, y no entran borrachos. Al tiempo que masculló borrachos, anunció:

—¡Jaque mate!

Por aquel centro asturiano habían pasado hacía años Miguel Ángel Díaz y Natalia, dos españoles que también recorrieron Sudamérica en bici. A Miguel Ángel lo fui a visitar en Madrid antes de irme de viaje, para que me diera alguna información. Vivía en la otra punta de la ciudad, y allí fui a verlo con mi coche. Me recibió en su casa y estuve dos horas babeando mientras él hablaba de su viaje. Si aún me quedaba alguna duda sobre si debía o no dejar mi trabajo para recorrer Sudamérica en bici, se desvaneció al salir de casa de Miguel Ángel.

Ya me había advertido él de que en los centros asturianos te trataban de maravilla. Ellos lo

sabían porque un ascendiente de Natalia era asturiano, y en Mar del Plata sacudieron un poco el árbol genealógico.

—Tú que eres asturiano de pura cepa no tendrás ningún problema —me vaticinó Miguel Ángel en Madrid.

Justo cuando Barrios estaba recolocando las piezas en el tablero para destrozarme de nuevo, llegó el presidente para acompañarme a mi alojamiento: un hotel, por eso de la pura cepa.

A la mañana siguiente acudí a Radio Mar del Plata, donde tuve una divertida entrevista con María Delia Sebastián, la periodista.

—¿Querés que abramos los teléfonos para que la gente llame?

—Claro, no hay problema.

Igual que me había ocurrido en San Miguel de Tucumán, varias personas me convidaron a comer a sus casas. En esta ocasión conseguí además un lugar donde actuar. Era una escuela muy humilde en la periferia de la ciudad. La persona de contacto era Susana, que había llamado entusiasmada a la emisora.

Susana trabajaba en un bar organizando fiestas. Llevaba así doce años. Nunca sabía si al año siguiente el negocio seguiría abierto. Vivía sola en una casa independiente a las afueras de la ciudad. Contaba con un pequeño jardín en el que la vegetación crecía libremente. Me vino a recoger al hotel en su destartalado coche. Al pasar cerca de un banco se rio al ver la larga fila de personas que se agolpaban pacientemente a la puerta.

—Yo tengo mi dinero en casa.

El Gobierno había decretado nuevas medidas económicas prohibiendo sacar más de mil pesos al mes, el equivalente entonces a mil dólares. La gente ya se estaba oliendo que algo grave iba a pasar y trataba de sacar todos sus ahorros del banco.

Cuando llegamos a la escuela, no había los trescientos niños prometidos, ni tan siquiera cien. Tan sólo veintisiete chicos de dieciséis años que celebraban el fin de curso. Había habido una mala organización. No podía culpar a Susana; ella lo había hecho con buena voluntad pero le había fallado la comunicación con la escuela. La directora trató de convencerme de que actuara pero no tenía ninguna gana de hacer el payaso, esta vez en sentido negativo, ante esos chicos. Ni siquiera tenían el equipo de música que les había pedido. Pretendían que yo los entretuviera en su fiesta de fin de curso.

Lo que me apenaba es que habían venido algunas personas de la ciudad porque me habían visto anunciar el espectáculo en la televisión. Entre ellos José

Rufino, Angie, con la que llevaba diecisiete años de noviazgo, y sus dos hijos pequeños: Facundo y Carolina, de tres añitos. Angie adoraba a José, y repartía su amor a partes iguales entre él y los dos niños. José vivía repartiendo milanesas de soja y aún tenía que hacer algunas entregas. Fuimos todos en el coche a hacer el reparto. Al terminar el trabajo José me preguntó:

—¿A vos te gusta el baloncesto?

—Sí, más que el fútbol —le contesté.

José, su novia y los dos niños pequeños fuimos a ver el partido de la Liga Nacional de Baloncesto. Jugaba el equipo de la capital, el Quilmes, contra el Mar del Plata. A pesar de los intentos de los árbitros por que ganara el Quilmes, en el Mar del Plata jugaba un americano que los volvía locos. Se llamaba Stringer. Cada vez que metía una canasta, José se giraba y me decía:

—Qué puntería el negro ese.

Stringer metió cuarenta y nueve puntos, casi el mismo número de veces que José me dijo esa frase. Él seguía el partido en directo pero escuchaba los comentarios por la radio. Mientras, su novia, con el celo de una madre, vigilaba a la pequeña Carolina, que como si fuera un gato se iba

sola por las gradas del polideportivo. Facundo trataba de dormirse, aunque su padre no lo dejaba. Siempre que Stringer metía una canasta, además de dirigirse hacia mí, José le daba un codazo a Facundo, que ya se estaba durmiendo, para decirle:

—Has visto hijo el negro ese cómo juega. Mirá y aprendé.

Facundo abría los ojos y lo miraba con expresión adulta, dándole a entender que a él Stringer se la traía floja.

Al salir del partido, fuimos a cenar una pizza. José repetía una y otra vez que nunca olvidaría esa tarde. En ese momento no se lo dije, pero yo ya sabía que yo no sólo no la olvidaría, sino que incluso tenía pensado incluirla en un capítulo del libro.

En el local había unos juegos para niños y, tras terminar la pizza, José le dijo a Facundo:

—Hijo, andá si querés a jugar, pero no se te ocurra quitarte los zapatos.

—Siempre le han olido fatal los pies a mi hijo —se disculpó José cuando

Facundo se hubo alejado de la mesa.

Me dolía la barriga de tanto reírme. Cuando me dejaron en el hotel, los niños estaban dormidos en el asiento de atrás del coche, y José y Angie me seguían dando las gracias por haber estado con ellos:

—Me alegro de que al final no haya salido el espectáculo. Así hemos podido estar más tiempo juntos.

Muchos meses más tarde, cuando estaba en Paraguay, recibí un correo electrónico de José en que me decía que Angie había muerto.

Los pájaros hacen trampa

En mi anterior vida debí de ser una ave migratoria. Otra vez en ruta. La novedad en esta ocasión se presentaba por mi lado izquierdo, por el Este.

¡Por fin pedaleaba junto al mar! En cuanto tuve la primera oportunidad abandoné el alquitrán y me escondí en las rocas de una diminuta cala. Toda la playa estaba vacía. Como si fuera la primera vez, me despojé de toda la ropa y me zambullí en el mar. El agua del Atlántico estaba bastante menos fría de lo que imaginaba.

—Al otro lado está España —pensé.

A un día de sol y tranquilidad lo seguía otro lleno de dificultades. En esa ocasión era el viento el mayor obstáculo. A mi lado los pájaros que llevaban mi dirección tenían el mismo problema. Durante algunos metros me acompañaban en aquellas solitarias rutas. Se aproximaban a menos de un metro de mi cabeza, más por impulsos del viento que motu proprio. Contemplando la ingente energía que empleaban en desplazarse un par de metros, me preguntaba qué pensarían ellos de mi denodado esfuerzo con aquella pesada carga.

Pero los pájaros hacían trampa. Cuando se cansaban de luchar giraban ciento ochenta grados y con el viento de cola regresaban a su nido. ¿Y si yo hiciera lo mismo? ¿Si trazara mi ruta en función de la dirección del viento? Miré hacia el mar y deseché la idea. Si se levantase viento del oeste tendría que instalarle flotadores a Quirrig.

Para abstraerme del despiadado e invisible contrincante sintonizaba música en la radio. Pero para poder escuchar bien la emisora debía ponerme un pañuelo alrededor de la cabeza que me apretase bien las orejas. De otro modo el viento se colaba entre los auriculares y mis oídos. Bob Marley apareció de repente con toda su banda:

—¡No woman no cry!

Bailé con tantas ganas encima de la bici, que casi me estampé de morros contra el suelo.

Cuando llegué a Tres Arroyos cumplía más de siete horas dándole a las piernas. Tomé un café y un bocadillo de nueces con mermelada, lo que supuso un nuevo descubrimiento culinario, y fui a un colegio que, según me comentaron, regentaban unos españoles. El padre Julián me permitió usar su ordenador y envié algunos mensajes. Durante la cena me contó que los políticos elegidos por el pueblo, antes de tomar posesión de sus cargos, hacían guardia en el ayuntamiento. De ese modo obtenían los mejores despachos. Incluso en ocasiones derribaban la puerta de entrada para ser los primeros.

No ocultaba su descontento con el sistema político y económico que le había tocado vivir.

—La máquina del Estado está tan mal y hay tantos agujeros, que nos obligan a contribuir con una parte de nuestro salario a una obra social semejante a la Seguridad Social en España. Ahora que tengo gripe, pretendo utilizar las prestaciones de esa obra social y me dicen que está en quiebra desde hace años: pero yo tengo que seguir contribuyendo, es decir, tengo que tirar mi dinero a la basura.

Al finalizar la cena compartí mi experiencia de viaje con los internos del colegio. Evidentemente hablar un mismo idioma facilitaba enormemente mi relación con las personas que

iba encontrándome por el camino. A veces tenía la sensación de que a algunos de ellos ya los conocía de antes.

Como cada día, el viento me estaba esperando ahí afuera; y, para no variar, soplaba en contra. Como suelen afirmar los ciclistas en el pelotón: «En la vida todo da por el culo menos el viento, que da de frente».

Afortunadamente era la época de trigo y cereal, y tres enormes cosechadoras me adelantaron. No iban mucho más rápido que yo y me situé a rueda de una de ellas. Así pude mantener una media de veintisiete kilómetros por hora que de otro modo hubiera sido imposible. Aunque no me interesaba tanto la velocidad como jugar un rato al escondite con el viento.

Argentina ha sido conocida durante mucho tiempo como «el granero de América». Tal es su capacidad de producción. Los campos de trigo son tan grandes que los dueños alquilan las cosechadoras para la recolección. Los que trabajan con estos tiranosaurios de metal van recorriendo el país. Es lo que yo llamaría «turismo ecológico». Junto con las máquinas recolectoras se desplazan también casas rodantes, formando una especie de convoy del cereal.

Mi trinchera móvil tan sólo duró una hora. Por fortuna, el resto del día el viento decidió ponerse a mi lado. Llegué a Bahía Blanca el día que Argentina ocuparía todas las cabeceras en los informativos. En el periódico de Bahía, La Nueva Provincia, todos los periodistas estaban pendientes del televisor. Las noticias de disturbios en la capital del país se retrasmítían simultáneamente a todo el territorio. Habían devaluado la moneda, se había establecido el «corralito», y parecía que el presidente iba a renunciar.

A pesar de la situación del país, o precisamente por ella, Gustavo, uno de los periodistas de La Nueva Provincia, quería que hiciera el espectáculo en su ciudad. En esa gran ciudad de la costa atlántica en la que ahora me encontraba había colgado su bicicleta Michelle, un francés que viajó varios años por el mundo. Se enamoró de una argentina y abrió un modesto restaurante: La crêperie de Michelle. Fui a verlo por la noche. El local estaba vacío.

—Estoy arruinado —me confesó Michelle. Tengo que elegir entre dejar de pagar impuestos o dejar de pagar a mis empleados. El Estado me ha hecho así, yo no soy así, pero el Estado, con su nefasta política, me ha obligado a tomar esa decisión.

Del restaurante colgaban fotos alucinantes de su viaje en bici. Recuerdo una de ellas, en la que Michelle pedaleaba al final del día en algún paisaje africano. El último rayo de sol de la tarde proyectaba su alargada sombra sobre la arena del desierto. La libertad y sencillez de su vida anterior en bicicleta lo llamaban, le estaban gritando fuertemente a sus oídos, y él lo sabía.

—Hace unos meses vino por aquí un ciclista japonés a verme. Y ahora apareces tú. No sé cuánto más aguantaré aquí. Tengo guardada la bici, las maletas, la tienda...

Me despedí con la certeza de que Michelle volvería a la ruta. En su mirada había un brillo especial; al abandonar el restaurante dos horas después sentí sus ojos clavándose en mi nuca.

Carne o carne

Faltaban sólo dos días para Nochebuena, y quería llegar a Carmen de Patagones a celebrarla. Aunque no sabía muy bien con quién.

El día anterior había hecho noche en una casa del camino. Era la única parada posible en la desolada ruta. El fuerte viento no aconsejaba seguir, así que entré y pedí asilo. Varios perros salieron a decirme que no era bienvenido. Un chico con aspecto nórdico vino enseguida a ver qué ocurría. En principio no parecía muy dispuesto, pero poco a poco fue cediendo, y al final consintió en que pasara allí la noche.

La estancia tenía novecientos sesenta hectáreas y estaba a cargo de dos hermanos y de un hombre mayor de confianza. Estaban en plena recolección. Como no podía perder tiempo regresó a la cosechadora para terminar el trabajo. Tan sólo quedaba una hora de sol.

Dejé apoyada la bici sobre lo que parecía un pozo de agua y me subí con él a la gigantesca máquina para charlar, aunque el ensordecedor ruido apenas me permitía entenderle.

Se levantaban a las cinco de la mañana y trabajaban casi sin descanso hasta las nueve de la noche. Lo que ganaban lo invertían en su gran afición: los coches de rally.

Al terminar de cosechar, ya con el sol escondiéndose, y tras revisar el cercado de la estancia, me enseñaron el garaje. Allí construían el coche para la nueva temporada. No sólo fabricaban ellos mismos la carrocería, sino también la jaula de seguridad, la caja de cambios, los pedales... Me mostraron varios artículos de periódico en los que aparecían alzando trofeos en pruebas de rally. Los Colombi eran famosos en la región. Rubios, de ojos azules, eran apodados «los rusos». Por un día no era yo el que tenía que ir exhibiendo recortes de prensa. Ni siquiera hablé de mi proyecto.

Pasamos a la cocina. Se notaba que no le dedicaban mucho tiempo a los menesteres del hogar. Limpiaron la olla que habían utilizado el día anterior y abrieron la puerta del frigorífico. Dentro sólo había dos trozos de carne. No había alternativa para cenar: carne o carne. Me decanté por la carne.

Ese día había comido carne, estaba cenando carne, y al día siguiente antes de irme compartiría con los Colombi un desayuno con la carne como principal ingrediente. Todo ello, regado con vino que guardaban en una bota de cuero a la que, por el aspecto, le daban mucho uso.

Las proteínicas pedaladas del día siguiente me situaron en Carmen de Patagones. Imaginé que siendo veinticuatro de diciembre no podía faltarme un lugar en el que descansar. Confiado en que la historia bíblica no podía repetirse, fui a la iglesia a pedir alojamiento.

El cura era una persona mayor y, a esas alturas del viaje, ya había aprendido que cuanto más edad tuviese mi interlocutor menos posibilidades de éxito tenía yo. Y... ¡bingo! La puerta de la iglesia estaba cerrada también para mí ese veinticuatro de diciembre. Intuía sin embargo que algo iba a encontrar, y así fue.

Guillermo era profesor en el colegio cercano y su humana curiosidad lo hizo interesarse por el viajero. Me presentó a sus amigos y, como era aún mediodía, fui con ellos al río a preparar un asado.

No habían transcurrido más de siete horas desde mi última dosis de carne y ya la echaba en falta. La historia de Argentina no se puede escribir sin hablar del mate y de las facturas, esos pastelillos dulces con los que rematan cualquier buen asado. La preparación de éste va precedida por un estudiado ritual. He comido tantos asados en el viaje que puedo afirmar que lo que realmente les gusta a los argentinos no es el asado, sino los preparativos. Si les das la misma carne en un restaurante extrañarán la preparación. Ésta es tan lenta que parece que no vas a comer. Todo el mundo está tomando mate y charlando cuando, sin previo aviso, alguien se levanta y con toda la tranquilidad del mundo se pone a preparar el fuego. Los demás siguen tomando mate como si aquello se tratase de un asunto personal del pirómano de turno. Cuando las llamas se han consumido totalmente y quedan las brasas en el suelo, sacan una parrilla que asemeja una antigua antena de televisión. La colocan sobre las brasas y la rellenan de tiras de carne, panceta y chorizos. Aparcan el mate y afilan el cuchillo.

En el hemisferio sur diciembre es sinónimo de pleno verano: entre bocado y bocado nos zambullíamos en el río Negro, que separa Carmen de Patagones de la vecina Viedma. Me acordé del cura que me había negado alojamiento unas horas antes. Me había hecho un gran favor.

A las ocho de la tarde me costaba imaginar que en muchos lugares del planeta Papá Noel estuviera enfundándose su chaqueta roja y sus calientes botas. Al menos en Carmen de Patagones, si venía Papá Noel, tendría que ser en bañador. Eso sí, rojo.

Fuimos a casa de Guillermo y preparamos la cena. Imaginé que tras el asado se trataría de algo frugal. Éramos veinte personas que nos apiñábamos en una larga mesa rectangular repleta de viandas. Todo el mundo, excepto yo, estaba elegantemente vestido. Brindamos con sidra El Gaitero y, al dar las doce de la noche, salimos a la calle a tirar petardos. La Nochebuena tenía también un ritual propio y preestablecido.

No estaba en mis planes emborracharme aquella noche. Acompañado por Guillermo y algunos amigos fuimos a pasear por la vereda del río. Lejos del bullicio de la ciudad y del resplandor de las luminarias, la Cruz del Sur se recortaba con claridad en el firmamento. Mis pensamientos viajaban a miles de kilómetros de distancia, en busca del Papá Noel del gorro y la chaqueta rojos.

La familia de Guillermo me invitó a pasar el Año Nuevo con ellos. Soy consciente de que mi presencia agrada un día o dos, o tres, pero luego cada persona tiene que volver a su habitual ritmo de vida y yo empiezo a ser un pequeño estorbo. Nadie me lo ha dicho y prefiero no oírlo nunca, ni siquiera percibirlo. Tampoco sería justo abusar de la hospitalidad. Por estas razones, a pesar de los gratos momentos allí pasados y de su sincero ofrecimiento, el día veintisiete estaba de nuevo en ruta.

Había además otro motivo por el que debía ponerme en marcha: Cuando te detienes demasiado es más duro poner la maquinaria en funcionamiento. El cuerpo es vago y pronto se acostumbra a los placeres de tener todo resuelto: comer, dormir, amistades... por eso siempre es conveniente no sacar toda la ropa de las alforjas.

Eso de la felicidad

Rectas y más rectas fueron mi compañía hasta que, al doblar una de las escasas curvas del camino, se mostró ante mí la bahía de Puerto Madryn.

Los últimos kilómetros, con la vista fija en el mar, fueron un deleite. Sentía que mi descenso era acompañado por los acordes de la Filarmónica de Viena, que acomodaba sus pizzicatos a mi avance. Zigzagueaba de un lado a otro de la carretera acunado por mi alegría.

Un contacto anterior me ofrecía la posibilidad de llegar a un lugar en el que me esperaba una familia para pasar esos días. Tras las presentaciones de rigor me duché y fui a ver las novedades de la web y el correo. En el buzón de entrada había mensajes de ánimo de muchas personas y de varios programas de radio de España que querían contactar para entrevistarme. Acordé un par de citas ofreciendo el teléfono de mi familia adoptiva y volví para ayudar a preparar la cena. No era en esta ocasión una cena tan multitudinaria como la de Nochebuena, pero a la hora del brindis no podía faltar la sidra El Gaitero, «famosa en el mundo entero».

Al día siguiente, uno de enero de 2002, me sorprendió ver los comercios abiertos. Un crucero había atracado en la bahía y sus pasajeros estaban cargados de pesos argentinos que deseaban canjear por cualquier mercancía en la que se pudiera leer «hecho en la Patagonia». Y es que Puerto Madryn estaba a las puertas de la novelada Patagonia. Mezclado entre los acaudalados turistas investigué en las tiendas de regalos cuál era el bien máspreciado. Sin duda alguna la palma se la llevaban todos los objetos relacionados con ballenas, en sus más diversas y pintorescas modalidades: cucharas, percheros, abrebotellas..., lo que fuera. Cualquier objeto era válido, siempre que tuviera la forma de ese mamífero que hacía ganar tanto dinero a la ciudad. Setiembre era la época de las ballenas: se aproximaban tanto a la costa que sus resoplidos se podían escuchar desde el muelle de la ciudad. Incorporé a mi equipo de viaje una cuchara de madera que asemejaba el lomo de una ballena. Así podría remover las verduras y las salsas en mis ollas sin rallar el fondo de teflón que las recubría. Tenía además dos características fundamentales: era ligera y pequeña. No podía incluir en mi equipaje cualquier cosa. Todo era peso que jugaba en mi contra cuando el viento venía a mi encuentro. Tampoco tenía mucho sitio donde meter mis pertenencias. Tan sólo cinco alforjas y la bolsa del manillar, en la que guardaba la cámara de fotos, documentos personales y algo de dinero. El resto del capital viajaba oculto en la tubería de la bicicleta o descansaba en mi cuenta bancaria. A ella tenía acceso con la tarjeta de crédito, que había escondido tan bien que a veces me costaba encontrarla.

Si a la gente le pidieran que metiera sus pertenencias en cinco alforjas, no sé si lo lograría. Hay que valorar lo que realmente es necesario y lo que es prescindible. En mi caso prefería llevar un botiquín que un discman, un libro que dos camisetas de repuesto, una llave inglesa que desodorante. Y encima tenía que dejar lugar para llevar los artículos de malabares, la ropa de payaso, el maquillaje...

Comenzaba un nuevo año y en la tienda de bicis de la ciudad Sebastián le regaló a Quirlig una revisión, un par de cámaras y un botellín de agua.

—Por eso de ser Navidad —me dijo.

Me dirigí hacia Trelew, en la provincia del Chubut, a sólo setenta kilómetros de Puerto

Madryn. En la Asociación Española de Socorros Mutuos no me hicieron mucho caso. La mayoría de los directivos estaba de vacaciones en Playa Unión, a menos de veinte minutos en coche, pero no estaban dispuestos a que mi proyecto les interrumpiera su merecido descanso.

Utilicé el último cartucho de paciencia y fui a la iglesia, pero los curas tenían un congreso en Comodoro Rivadavia. Cabizbajo, salía ya del despacho parroquial cuando la mujer de recepción vino corriendo a buscarme:

—Espera, recuerdo que ayer me llamó una catequista para decirme que ibas a venir.

—¿Ayer? —le respondí entre sorprendido y molesto— ¿Y se le había olvidado? La catequista era Lucía, hermana de Mónica, la mujer de Gustavo Yepes, aquella gente estupenda que me había hecho socio de honor del centro murciano en Córdoba.

Salvado por la campana.

Lucía y su marido Luis vivían en una modesta casa a las afueras de la ciudad con sus cuatro hijos y con Fernando, hermano de Lucía, que había venido de Córdoba a buscar trabajo. En Argentina, cuando uno piensa en buscarse la vida en otra ciudad, se recorre a veces tanta distancia como si de España se fuera uno a Holanda.

Era costumbre en Trelew que el día de Reyes el padre Walter recolectara dinero para comprar regalos a los niños de un albergue. Pero debido a los últimos acontecimientos económicos la situación era muy delicada y no había conseguido nada. Mi actuación sería su único regalo.

Actuar el día de Reyes significaba prolongar mi estancia en Trelew. Además, mi presencia producía sin duda trastornos e incomodidades debido sobre todo a la falta de espacio. Pero para la familia Bartoli aquello no era problema alguno.

—Ya nos apañaremos. Lo más importante es que esos niños puedan disfrutar de un día de Reyes especial —me hizo saber Lucía.

En ocasiones sentía que el proyecto Kilómetros de sonrisas me sobrepasaba con creces. Eran demasiadas tareas a la vez: pedalear por lugares inhóspitos, hacer entrevistas para dar a conocer mi proyecto y la labor de Payasos sin Fronteras, organizar el espectáculo, buscar cobijo cada día, comida, reparar la bici... Demasiadas tareas para un hombre solo. Y sin embargo en ese momento, igual que en otros que vendrían después, entendía el total sentido de mi viaje: hacer algo por los demás.

Como rezaba una de esas frases cortas del librito que me servía de abstracción cuando soplabla el viento: «La felicidad consiste en hacer felices a los demás».

El viaje me estaba dando mucho más de lo que yo había siquiera imaginado y era necesario que devolviera todo ese cariño. Muchos días habían sido para mí como el día de los Reyes Magos.

Antes de salir de España una persona me hizo un comentario que en su momento consideré un mal augurio:

—Ojalá no te salga todo como tienes previsto.

Por esa costumbre de los seres humanos de pensar siempre mal, no comprendí lo que de bueno había en aquella observación. Todo lo que no planeé en el viaje fue lo que más encanto tuvo.

Con la bici recién revisada y a la espera de que llegara el día de Reyes disfruté de la agradable compañía de la familia Bartoli. Lucía y sus hijos confeccionaron unos afiches en el ordenador que luego imprimimos y nos dedicamos a repartir por la ciudad para anunciar el espectáculo. Muchas personas no los aceptaban porque pensaban que les íbamos a cobrar por ello.

Durante esos días conocí también a Myn, un coreano amigo de la familia que tenía varias tiendas de ropa y a quien la grave crisis económica no le había borrado la sonrisa. El domingo Myn nos invitó a su casa a comer un asado. No podía ser otra cosa.

—Los asados de Myn son espectaculares —me previno Luis.

Y ya lo creo que lo eran. Myn podía cerrar las tiendas de ropa y abrir un restaurante. En Playa Unión tenía una casa con la planta de abajo dedicada exclusivamente a asador.

—Lo primero es encender un fuego con leña, pero no cualquier leña —matizaba enseguida Myn—. La mejor es piquillín, que deja muy buena brasa. Porque el asado se hace con la brasa que queda tras las llamas. Muy lentamente, igual que el buen vino.

El piquillín es un árbol que proporciona una frutilla roja de la que se obtiene el aguardiente; con la madera, de excelente calidad, se hacen muebles. Pero Myn le había encontrado otra utilidad más sabrosa.

El asado estaba previsto para las ocho de la tarde, pero a las cinco el coreano ya tenía el cordero ensartado en un palo. El fuego se colocaba en una esquina de la chimenea y, en el otro, bien abierto, se situaba el cordero. En ella se iba haciendo muy poco a poco, gracias exclusivamente al calor que desprendían las brasas y los propios ladrillos de la chimenea. Con un pequeño recogedor de metal Myn retiraba las brasas de piquillín del fuego y las situaba estratégicamente bajo el cordero. Con el mismo cariño con el que una madre arroparía a su hijo por la noche, iba acomodando calor bajo el despatarrado corderito.

—Toca aquí —me decía el experto cocinero señalándome la parte del cordero que estaba más alejada de las brasas.

—Está caliente.

—Ahora es momento de darle la vuelta y de que se dore un poco de ese lado. Si las costillas del animal están demasiado expuestas se pueden quemar. Por eso les he puesto un trozo de manteca atada.

—¿Eso es importante?

—Sí, pero lo fundamental para un buen asado es que la garganta del cocinero nunca esté seca —me contestaba Myn riéndose y apuntándome con el vaso vacío para que se lo llenara de nuevo.

Los demás iban preparando ensaladas de todo tipo, que era el acompañamiento ideal para el asado. Myn no se sentó a la mesa en ningún momento. Parecía el cíclope Polifemo aguardando a la entrada de la cueva. Iba cortando trozos de cordero y los repartía por la mesa. A mí siempre me daba los mejores:

—De aquí para el Sur, tal vez no comas más carne —me decía y se reía.

Sus diminutos ojillos de coreano se ocultaban en sus dos cuencas, dándole un aspecto de duende travieso.

De postre no podía faltar el tradicional helado. La crisis económica argentina no podía afectar a esa liturgia que son los asados y los helados. Calmada el hambre, y animados por el vino, me contaban chascarrillos:

—Este pueblo es tan pequeño que te tirás un pedo y todo el mundo se entera. Era Matías quien hablaba, el hijo pequeño de Lucía y Luis.

Matías también me explicaba que el carné de conducir prácticamente lo regalaban.

—Si tenés plata no hay problema. No tenés que ir ni al examen. Aquí la seguridad no existe. Aunque es necesario ir con casco en la moto y está prohibido circular con cuatriciclos por el casco urbano, nadie cumple. Y los policías no multan a nadie porque el hijo del juez tiene un cuatriciclo y lo usa diariamente para ir a comprar el pan.

Para el día de Reyes ya llevaba tres asados en el cuerpo. Organizamos el espectáculo en el

sótano de una pequeña parroquia cuyos fríos muros grises habían tratado de ocultar con varios globos de colores. Al terminar la actuación una mujer me regaló una camiseta que había pintado la noche anterior con el escudo de Gaiman, un pueblo cercano, y un mapa de la provincia del Chubut. Se llamaba Nilda. La camiseta que me había pintado tenía también un escudo con un león en el centro, como el de Gales.

—¿Sabés quiénes fueron los primeros pobladores de estas tierras? —me preguntó.

—Creo que eran galeses —le contesté.

—Así es. Llegaron a Puerto Madryn el veintiocho de julio de 1865 a bordo de un velero llamado Mimosa. Ciento cincuenta y tres hombres y mujeres con el único propósito de mantener vivas sus tradiciones, cultura y religión, y cultivar este árido y bello suelo patagónico. Uno de aquellos colonos era John Jones, mi abuelo, que fundó el primer periódico de la comarca.

—Eso sí que no lo sabía —le dije sorprendido.

—¿Y has oído hablar de la torta galesa?

—No, ¿qué es?

—La escasez de alimentos a la que reiteradamente debían enfrentarse aquellos colonizadores obligó a las mujeres a inventar y rebuscar maneras de sacar mayor provecho de los escasos recursos con los que contaban. Fue así que un grupo de familias juntó varios ingredientes como harina, azúcar negra, nueces y otros frutos por el estilo, y elaboró una torta de alto contenido calórico y que se conservaba bien durante mucho tiempo. Así nació la torta galesa; un postre que sin embargo es desconocido en Gales.

—¿Y aún se sigue haciendo? —le pregunté.

—Sí; mañana si vienes a casa te cuento más cosas y te preparo una.

—Eso está hecho, señora Nilda Jones. Hasta mañana.

A la actuación acudió también Karlos. Me había escuchado en la radio y me invitó a su casa de veinte metros cuadrados, para mostrarme sus inventos y su propio espectáculo. En realidad su intención era invitarme a comer pero no tenía apenas dinero. Al día siguiente debía actuar en Puerto Madryn y no sabía aún cómo ir hasta allí. Cobraba cincuenta dólares por espectáculo, a pesar de ser un gran artista. Tenía en su humilde casa grandes números de magia, algunos muy costosos como la caja para partir a una persona en dos, palomas amaestradas, y un sinfín de maravillas. Me regaló una bolsa de cambios para mi número de la tortilla francesa y me pidió que lo avisara si encontraba trabajo para él en España.

—De lo que sea —apuntilló, por si no había quedado suficientemente patente su necesidad.

Su mujer estaba embarazada y escuchaba en silencio en el otro extremo de la habitación. Tras comer un bocadillo de jamón, la hija pequeña, de seis años, nos invitó a tomar un café con sus tacitas de juguete. Sorbí el imaginario café y sentí que me quemaba los labios con tanta cruda realidad.

Un equilibrio mortal

A pocos kilómetros de Trelew estaba Gaiman, ciudad famosa porque en uno de sus coquetos bares había tomado Lady Diana un té. No encontré el célebre lugar, pero hallé otra maravilla que Lady Di se perdió: el parque El Desafío, de Joaquín Alonso.

Un jubilado, en teoría, que superaba los sesenta y cinco años, había construido con sus manos y miles de horas de trabajo un museo del reciclaje. Sin apoyo de las instituciones oficiales pero con el firme respaldo de su mujer, había levantado un museo en plena naturaleza. Dinosaurios de metal de tamaño real en un auténtico parque jurásico, con el sendero jalonado por obras de arte perfectamente diseñadas y ejecutadas por este maestro del reciclaje. Incluso había imprimido un pequeño libro de frases célebres en cuya primera página se leía: «Este libro se puede reproducir, total o parcialmente, sin permiso del autor».

La BBC y varias televisiones japonesas habían venido a grabar un reportaje sobre este luchador. La falta de colaboración institucional no detenía la labor de este hombre por el arte.

—El día que no pueda trabajar moriré —me dijo Joaquín Alonso, acompañándome por su museo natural.

Precisamente para huir de la muerte yo había abandonado la Ruta 3, que me conducía hacia Ushuaia. Hacía unas semanas que había tenido una mística experiencia con unos camiones que me hicieron replantearme el camino a seguir en dirección al Sur.

Descendiendo hacia Trelew, en la costa atlántica, es fácil ver rectas de veinte kilómetros de longitud. Allí los camiones son los amos de la pista. Ésta no cuenta con arcén y sólo hay un carril en cada sentido.

Tenía la mente en otro lugar para evadirme de la monotonía del pedaleo aquella mañana, cuando la bocina de un camión me recordó dónde estaba. Miré hacia atrás y vi a dos camiones de tipo tráiler compitiendo por adelantarse en ese improvisado circuito que era la desierta recta de la Ruta 3. Pensé que si me situaba en mitad de mi carril me verían y que el camión que circulaba por mi lado se dejaría adelantar. Pero no fue así. La bocina volvió a sonar esta vez justo detrás de mi coronilla. Estaban encima de mí y no tenía más que dos opciones: o tirarme a la derecha, hacia los matorrales, o a la izquierda, y situarme así en mitad de la carretera.

Aún no entiendo por qué elegí esta última opción.

Me pasó un camión por cada lado a escasos centímetros. Debieron de ser tres segundos. A mí me pareció una eternidad. Me agarré al manillar y, como si fuera un equilibrista a veinte metros de altura, no aparté los ojos de la línea amarilla que separaba ambos carriles. Estaba claro que aún no me había llegado mi hora. El efecto de succión que se produjo cuando un camión me adelantó por un lado se compensó con el adelantamiento al mismo tiempo del otro camión. Parafraseando la cita que abre este libro, por abandonar el camino trillado acepté un grave albur.

El camionero que venía por mi lado frenó a los pocos metros y me detuve para hablar con él. En principio el hombre razonaba y me explicaba que con los cuarenta y cinco mil kilos de peso que transportaba no podía frenar.

—¿Y si en vez de una bici fuera un tractor también te lo hubieras llevado por delante? —le

repliqué.

Otros camioneros, alertados por las emisoras de radio, habían parado y formaban un círculo a mi alrededor. El pueblo más cercano debía de estar a escasos cincuenta kilómetros. El camionero que casi me lleva por delante, al ver que no tenía demasiados argumentos, se abalanzó sobre mí y me golpeó en la cara, rompiéndome las gafas de sol. Si sus compañeros no lo hubieran agarrado me habría matado en esa desértica ruta.

Finalmente se subió al camión y lo arrancó para arrollar la bici, pero en un gesto rápido la salvé de convertirse en chatarra. Todos se fueron poco a poco. Yo me quedé allí, solo, pensando en que mi gran viaje había estado a punto de irse al garete por una estupidez.

Me puse en marcha de nuevo. A los dos minutos vi un coche de policía que venía en sentido contrario. Le hice señas para que parara. Cuatro policías iban dentro. Les expliqué lo que me acababa de ocurrir.

—¿Tenés la placa de la matrícula? —me preguntó el conductor.

—Sí, no debe de estar a más de cinco kilómetros. Si dan la vuelta lo pillan.

—Pero tendrás que poner una denuncia. Estábamos en medio de la nada.

—Y eso —le pregunté suponiendo su contestación— ¿qué efectividad tendría?

—Ninguna —me respondió con soltura.

Continué mi marcha agradecido de que no me hubiera ocurrido nada peor y con la lección aprendida. La próxima vez, me dije, frenaré, me bajaré de la bici y observaré cómo los camiones pasan a toda velocidad. Más adelante, en Brasil, tendría oportunidad de poner en práctica esta filosofía.

Esta fue la razón determinante por la que modifiqué mi ruta; siempre he sentido gran aprecio por mi integridad física. Mi rueda delantera enfilaba ahora hacia el Oeste, siguiendo el curso del río Chubut, por una zona con poco tráfico y que me conduciría hacia la Ruta 40: el mayor corredor de viento del mundo. Hasta el viento me parecía más razonable que los camioneros de la Ruta 3.

En uno de los pequeños pueblos que atravesé, y que estaba siendo duramente castigado por el sol a esa hora de la tarde en que la gente normal acostumbra a comer, me dirigí a la iglesia. La hermana Asunción regaba las pocas flores de la entrada. Era mexicana y su apostolado duraba ya cuatro años en ese pueblo de menos de cuatrocientos habitantes. Cada vez que salía de misión a caballo por los pueblos del valle se tiraba al menos tres días.

Al ver que viajaba en bici me preguntó sorprendida:

—¿Y por qué ese castigo?

Sonreí. Podía haberle preguntado a ella lo mismo en relación con su apostolado. En la capilla del pueblo figuraba en la pared una inscripción que anoté en

mi diario y que me pareció hermosamente inapropiada para aquel lugar: «Te diré amor mío, en la quietud de la tarde, cuando se cierran los ojos se abren los corazones».

Continué con Quirilig por ese tórrido lugar confiando en que el sol fuera poco a poco cediendo en su fuerza. La sombra que yo proyectaba en el derretido asfalto parecía querer decir: «Párate». Me detuve en una estancia y pedí permiso para acampar a la orilla del río. Su dueño no puso inconveniente, pero se mostró preocupado cuando le comenté mi intención de darme un baño en sus aguas.

—Es muy profundo —me advirtió.

A mí no me lo parecía tanto, pero algunos remolinos que formaba el agua en un meandro no me daban buena espina.

Tras montar la tienda y darme una ducha con mi bolsa portátil, regresé a su casa a decirle que

no me bañaría.

—Me quedo más tranquilo —me confesó.

Me invitaron a cenar con ellos una especie de sopa e hice un poco de malabares con duraznos (melocotones) para sus hijos.

A las cinco de la mañana estaba ya en pie. Quería sacarle algo de ventaja al sol, porque a las diez el calor ya era infernal. Pedaleando con la fresca disfrutaba plenamente de la majestuosidad de esos parajes. ¡Qué privilegiados fueron aquellos galeses que se adentraron por primera vez en esta tierra! Sin duda la naturaleza, con sus tesoros, vuelve al ser humano más humilde. Cualquier estúpido sentimiento de orgullo se disipa contemplando la perfección de la naturaleza. Sentirse libre es gratis.

Un día completo

Ya era diez de enero, y se me presentó la posibilidad de hacer el espectáculo más rápido de mi viaje.

Paso de Indios era una localidad de menos de mil quinientos habitantes, donde el empleo lo proporcionaba el juzgado, la escuela y el hospital. Casi todos los habitantes obtenían sus ingresos de alguna de esas instituciones.

Y por supuesto, de la política.

El alcalde me recibió en su pequeña oficina, de la que aún colgaba la foto del recientemente depuesto presidente del país, De la Rúa.

—No han tenido tiempo de enviarnos la foto del nuevo presidente —me confesó sin rubor el alcalde.

Paso de Indios estaba en mitad de la nada. Si alguien tenía una urgencia médica que no pudiese ser tratada allí, debía hacer cientos de kilómetros en coche hasta llegar a una población con más medios. Por eso trataban de organizar en este pueblo un centro de rescate para toda la región. Pero el dinero para ello no llegaba. Tenían que esperar a las próximas elecciones, para que los de Buenos Aires se acordasen de incluir el proyecto del centro de rescate en sus programas políticos.

En parte por afición y en parte por obtener unos pesos, el alcalde sacó de un cajón de su escritorio unas piedras. Las tallaba él mismo y pretendía que fueran una nueva forma de artesanía que hiciera resurgir la actividad económica de la región.

Si no fueran piedras le hubiera comprado alguna. Peso era algo que me sobraba en la bici.

Al ser vacaciones de Navidad, había allí unos chicos que estaban de misiones. Iban por las casas leyendo la Biblia y escuchaban los problemas de las personas. Me pidieron que hiciera allí mi espectáculo. Tan sólo llevaba cuarenta kilómetros en bici, pero decidí hacerlo. Fuimos a la emisora local, FM Oasis, y el pinchadiscos le preguntó al locutor si se atrevía a hacerme una entrevista.

Eran unos críos; entre los dos juntos sumaban mi edad. Me entrevistaron en aquella habitación, decorada con algunos pósteres de cantantes que fueron famosos un día, y convocaron a toda la población a ver el espectáculo en el colegio esa misma tarde. No podía ser en el coliseo (polideportivo) porque las nevadas que ese año mantuvieron incomunicada a Paso de Indios habían hundido el techo. Era imposible saber cuándo se iba a arreglar.

Al espectáculo acudió mucha gente; fue una pequeña revolución en una ciudad donde raras veces ocurría algo novedoso.

A las doce de la noche estaba en la cama. Por primera vez en todo el viaje había hecho en un día todo a la vez: pedalear, preparar el espectáculo y actuar. Me estaba superando.

El museo de Trudy

Toda la Patagonia está cercada. El gran negocio de la Patagonia fue la venta de alambre para vallar los interminables campos. Delimitar una extensión de terreno que duplica la superficie de España requiere mucho alambre. Y si no que le pregunten a Benetton el dinero que se gastó en alambre de púas. El propietario de las famosas tiendas de ropa era dueño de terrenos patagónicos de unas novecientas mil hectáreas. Y todo por que sus ovejitas no padeciesen estrés y diesen buena lana.

Tan sólo el viento burlaba la vigilancia de los acerados pinchos de alambre. Se colaba por él, e incluso entonaba una canción al chocar con el metal y hacerlo vibrar. El viento es un instrumento de percusión. Su sonido no es el mismo al quebrar las ramas de un sumiso sauce que al abatir un joven chopo. Aunque poco sabemos de él. Los aventureros del siglo XIX buscaron los orígenes de todos los ríos como el Nilo, el Níger... Pero ¿y el viento?, ¿dónde nace?

Tan sólo sabía que el mismo violento aire que me agitaba días atrás venía ahora a buscarme. En su visita me traía recuerdos, aparentemente adormecidos, de personas del camino.

Como Tomás, a quien conocí en Gobernador Costa y que tenía un negocio de cría de chinchillas en el sótano de su casa. Como lo más valioso de ese diminuto animalillo era la piel, cada día baja a peinarlas. Tenía noventa chinchillas a las que incluso debía cuidarles los dientes. Para dedicarse a este negocio había hecho un curso a distancia de dos años. El sótano era la parte de la casa más caliente. De ese modo la piel de las chinchillas tenía una buena calidad.

Otro golpe de viento detuvo un poco más mi avance y me brindó el recuerdo de Trudy, una mujer alemana de setenta y dos años que regentaba un bar-museo en los Tamariscos, camino de Sarmiento. «Un lugar donde los espíritus del pasado reviven el presente», como expresa sugerentemente su tarjeta de presentación.

Por un módico precio enseña a los que allí se detienen el museo, en el que expone objetos que ella misma recoge de las tierras cercanas. Puntas de flechas de antiguos pobladores de esta zona, animales disecados, como armadillos, y hasta el costurero de su abuela cuando llegó en el siglo XIX a la Patagonia.

Aprovechando las vacaciones escolares, sus nietos, Marco, Carla y Nadia, disfrutaban de la sabiduría de su abuela. En la única mesa del bar, dos gauchos hacían esfuerzos inútiles por levantarse. Estaban completamente borrachos. Trudy, con más paciencia que una santa, hacía caso omiso de sus chistes obscenos. Pidieron algo de comer. Los pesos que podían dejar en el bar le hacían demasiada falta a Trudy como para enfadarse con ellos. Cenamos a la luz de las velas porque se había caído la instalación eléctrica.

Aunque también tenían hospedaje para turistas, Trudy me invitó a quedarme con ellos en su casa. Con sus nietos estuve jugando por la tarde y viendo el museo de la familia. A la mañana siguiente, los dos gauchos que habían pasado la noche durmiendo la borrachera encima de la mesa del bar ya estaban reclamando algo de desayuno. Trudy les preparó algo de carne para desayunar. Compartí la carne con los gauchos, sorprendentemente lúcidos para lo bebidos que habían estado el día anterior, y me puse en marcha de nuevo.

Carla, de ocho años, me dijo al despedirme:
—Que el viento sople a tu favor.

Apuesta perdida

Y no sé si fue porque ella lo deseó, o porque ya tocaba, ese día no tuve viento en contra sino a favor, que me llevó volando a Sarmiento. Era mi último lugar de aprovisionamiento antes de entrar en la temida Ruta 40.

Esa jornada había completado ciento veintiocho kilómetros. La policía de Sarmiento, al verme entrar, llamó al corresponsal del diario El Patagónico. Enseguida vino en su destartado coche Rafael con sus dos hijos. Me llevó a su casa, donde, al tiempo que me preparaba algo de comer, me hizo las preguntas para la entrevista. Era evidente que me iba a quedar en su casa a dormir, no hacía falta ni preguntarlo.

Llamó a Alejandro, su amigo y director de turismo de Sarmiento. En aquel pueblo todo el mundo parecía conocerse. Afortunadamente Alejandro estaba en casa:

—Venite para acá. No veás lo que tengo en casa.

Me sentía como si fuera un animal de feria. Pero era divertido escucharlos hablar. Alejandro me pidió por favor que actuara en el pueblo. No podía negarme. Fuimos a ver al alcalde en funciones, quien se ilusionó con el proyecto pero confesó que no sabía cómo congregarse para el día siguiente a cuatrocientos niños de la calle. Aunque no formaba parte del gabinete de cultura llamaron a Óscar Batistina. Tenía mucha experiencia en trabajo social y en organizar eventos culturales; y todos coincidían en que era la pieza clave.

—El único que puede hacerlo tan rápido —sentenció el alcalde en funciones. En Sarmiento encontré el lugar ideal para mi propósito de llevar una risa por el mundo. Independientemente de las opciones políticas que cada uno tuviese y del sueldo que cada uno ganase, había un objetivo común: organizar un buen espectáculo para el pueblo.

Pero Sarmiento fue un ejemplo también por otras cosas. Los miembros del Gobierno eran del Partido Independiente y llevaban rigiendo los destinos de esa región desde hacía más de diez años. Todo el dinero que obtenían por su cargo lo destinaban a una caja común. Con esos fondos habían construido la biblioteca, y ahora querían hacer un «parque jurásico».

Y es que en Sarmiento existía un bosque petrificado. Millones de años atrás, los dinosaurios eran los señores de estas tierras. El paisaje, que ahora se asemejaba al de la luna, había sido en tiempos un vergel.

Al inicio de la Era Terciaria los originales bosques de coníferas se cubrieron con materia volcánica de las erupciones producidas al elevarse la cordillera de los Andes. Los árboles absorbieron ese depósito y, en un lento proceso de mutación orgánica, transformaron su estructura molecular en piedra conservando sin embargo su aspecto exterior. Los árboles petrificados descansaban dentro de la tierra. El fuerte viento, en un lento proceso, los fue dejando al descubierto al llevarse las primeras capas de tierra.

—Dormir aquí, en medio de este paisaje de silencio, es una experiencia única

—me aseguró Alejandro, el director de turismo, quien me llevó en su coche a ver el bosque petrificado.

Volvimos al pueblo y me aposté con Óscar una cerveza Quilmes a que no era capaz de llenar

el salón municipal de chicos de la calle. Perdí mi apuesta. Él en persona se había encargado de recorrer las partes más humildes de la ciudad e invitar uno por uno a todos los chicos y chicas.

Por mi parte había dedicado tiempo al recorrido habitual por las radios para anunciar el espectáculo. La madre de la periodista que me entrevistaba tenía un negocio de venta de tortas galesas. Enterada de que ese postre era mi perdición, me había hecho tres para que me sirvieran en la Ruta 40. Sólo pude llevarme dos, de medio kilo cada una.

En día y medio que pasé en Sarmiento no podía haber hecho más cosas. Cambié las cubiertas de la bici por las de tacos, porque a partir de ahora comenzaba el camino de «ripio», tierra y piedras, que me llevaría por la Ruta 40 hacia Ushuaia.

En verano esa ruta tiene algo más de tránsito que durante el invierno. Una media de uno o dos coches me pasaban al día. Todos llevaban por lo menos dos ruedas de repuesto, porque es difícil encontrar asistencia técnica en ese camino. La mejor asistencia es la humana. Eso lo aprendieron en carne propia unos vascos que encontré tirados en la Ruta 40. Habían alquilado una autocaravana y, sin demasiada información de la zona, se aventuraron por esta ruta destinada más bien a vehículos todoterreno. Con el traqueteo del camino se había abierto la caja de herramientas de la autocaravana, que iba colocada en el exterior, y perdieron las herramientas. Al sufrir un pinchazo y querer cambiar la rueda se dieron cuenta de la irreparable pérdida. Al día siguiente tenían que devolver la furgoneta en San Martín de los Andes, a cientos de kilómetros al norte, y volar a Buenos Aires para tomar el avión de vuelta a España. Alejandro, el director de Turismo de Sarmiento, los llevó en su coche a un pueblo cercano para reparar la avería.

La peor carretera del mundo

El camino de la Ruta 40 era muy duro y peligroso. Otra vez el viento fue mi indeseable acompañante durante el día y la noche. En la Patagonia, pero especialmente en la Ruta 40, un árbol es vida, dos son sombra y tres es un buen lugar para dormir. Piedras y arena eran los elementos por los que rodaba con mi bicicleta cada día y los que ponían a prueba mi paciencia. Pensé que había roto un radio trasero porque la rueda de atrás no iba bien, y paré varias veces a comprobarlo. En una de estas paradas me di cuenta de que había olvidado la botella de agua que me habían regalado en Puerto Madryn. Al ser de color transparente no me había percatado, porque se confundía con el color un tanto blanco de las piedras y el polvo del camino. Paré un coche que venía en sentido contrario y le dije que si la veía la recogiera y se la diera a otro coche que viniera en mi mismo sentido. Era demasiada carambola que eso ocurriera pero no estaba dispuesto a desandar ni un metro de la Ruta 40. Sentía la pérdida más por tratarse de un regalo que por suponer un inconveniente para seguir avanzando, pues tenía otra botella para el agua.

Había parado a descansar al borde del camino, cinco horas después de haber salido ese día, cuando un coche vino hacia mí. El conductor traía en la mano la botella. Estaba de suerte. Saqué la cinta aislante y pegué un trozo alrededor de la botella transparente. Si en otra ocasión la olvidaba, al mirar hacia atrás tal vez viera el color rojo de la cinta.

Dos días después de rodar lastimosamente por la Ruta 40 me dolían las muñecas de tanto traqueteo y echaba en falta la suspensión delantera en la bici. El camino era horrible, pero en todo caso mejor opción que la Ruta 3, infestada de «camioneros asesinos».

—La Ruta 40 es buena sólo para crecer espiritualmente —me diría una pareja de holandeses a los que encontré una mañana acampados debajo de un puente.

Pasé la Pampa del Asador, donde el viento no se apiadó de mí un momento y el camino se hacía aún peor. Iba por la derecha o por la izquierda, según me pareciera que estaba mejor. Cruzarse al otro lado de la pista exigía un gran control sobre la bici, porque las piedras sueltas del camino te conducían a cualquier lado menos al deseado. Era una prueba de habilidad, nervios y autocontrol. Perder la paciencia no servía de nada. Desde el extremo derecho, el lado izquierdo tenía aspecto más liso y con menos baches, pero cuando uno acometía la arriesgada empresa de cruzar por encima de esas «olas de piedras» comprobaba frustrado que era solamente una ilusión óptica y que realmente era el lado derecho de la ruta el que tenía mejor aspecto. Vuelta a cambiar. Y así, como la bola número ocho en una mesa de billar, me pasaba las horas.

En el destartalado hotel Las Horquetas no encontré buena sintonía para plantar mi tienda, así que continué una hora más hasta una casa de vialidad que se encontraba más adelante.

Las casas de vialidad eran construcciones en donde se alojaban los trabajadores del servicio de mantenimiento de la carretera. Pero, como me enteraría más tarde, si lo normal era alisar el camino con maquinaria cada cuarenta y cinco días, la falta de dinero público hacía que llevara más de año y medio abandonado. Entonces entendí por qué estaba tan endemoniadamente mal la ruta.

En la casa de vialidad no había nadie. Me encontraba cansado y en mi estómago no había

más que partículas del polvo del camino. A pesar de todo prefería esperar y no darle una patada a la puerta para entrar, que era realmente lo que me apetecía.

A las diez y media de la noche, con el sol a punto de ocultarse, un coche se detuvo a la puerta de la casa. Lo conducía un niño de doce años. Su padre, Sergio, se bajó del auto y me dijo que era un turista. Yo no le entendía, pensé que se refería a si yo era turista.

—¿Eres el encargado de esta casa de vialidad? —le pregunté de nuevo.

—Yo —me decía golpeándose fuertemente el pecho con el dedo— soy gringo; tú Sergio.

Había estado esperando tres horas a que viniera el dueño de la casa y ahora que lo tenía delante resultaba que era un loco.

Supuse que no me quedaba otra que agarrar mi bici y plantar mi tienda lo más lejos de allí que pudiera, cuando el hombre comenzó a reírse. Me dio un abrazo y me dijo que había estado tomando algo en el hotel Las Horquetas y que el dueño le había dicho que un gringo iba para su casa en bicicleta. Al verme esperando a la puerta de su casa había decidido gastarme una broma haciéndose pasar por loco.

Me reí y juntos pasamos para adentro. Sergio tenía en su casa pasando las vacaciones a su hijo, su fiel reflejo pero con doce años. Gordito y bonachón.

Eché en una sartén siete trozos de carne y tres huevos. Todo para mí; ellos comieron una especie de queso de chanco (cerdo) con gelatina, que tenía una pinta asquerosa pero que les encantaba. Hice un poco de malabares con los huevos antes de tirarlos a la sartén y me reí recordando cómo me la habían jugado.

Me dejaron una cama para dormir, en un desordenado cuarto de material. A la mañana siguiente el viento continuaba soplando con fuerza y no invitaba a pedalear, pero debía seguir camino. Me despedí de Sergio y Óscar. Sergio seguía en la cama, y desde ella me gritaba muerto de risa:

—Yo gringo, tú Sergio.

Al poco de empezar a luchar contra el viento vi una silueta humana que venía hacia mí. No podía creer que hubiera alguien que se hubiese atrevido a adentrarse en ese territorio inhóspito de la Ruta 40. Era un japonés que estaba caminando desde Ushuaia con una mochila en la espalda. Le quedaba un mes de «vacaciones» y luego se volvería a Japón. Hablaba poco inglés y nada de español. Su cara era una lección de sufrimiento y pundonor. Me sirvió para comprender que realmente los setenta kilómetros que yo hacía al día eran muchos en comparación con los veinte que él podía hacer. Le ofrecí algo de agua, pero rehusó.

Tras jurar que no podía haber en el mundo ruta peor que la 40, tuve que desdecirme poco después. Para ir al Fitz Roy y al cerro Torre había que abandonar la Ruta 40 y tomar, en dirección oeste, la Ruta Provincial 23, que salía de Tres Lagos. Eran ciento veintidós kilómetros hasta la población de El Chaltén, y en el camino tan sólo había un par de estancias. Mejor intentarlo hacer en un único día.

Si la media normal en la Ruta 40 era de setenta kilómetros por día, pretender hacer casi el doble en una sola jornada era una locura. Eso debió de pensar el conductor de un autobús que se detuvo en la estación de gasolina de Tres Lagos, donde pasé la noche. Se apostó conmigo una cerveza a que no lo lograría.

Me levanté muy pronto, a las cinco de la mañana, y dos horas más tarde ya había desayunado y estaba pedaleando. Por más prisa que me diese, siempre me llevaba tiempo recoger la tienda, la cocina, y meter todo el equipo en las cinco alforjas. Las prisas en prepararme sólo podrían hacer que me olvidase algo. Pero cualquier hora que ganase sería fundamental al final del día. No me preocupaba la apuesta sino llegar al pueblo a descansar, porque no tenía comida para quedarme en

el camino.

La villa de El Chaltén atraía muchísimo turismo, ya que era la base para acceder al Fitz Roy y al cerro Torre, dos graníticas montañas, sueño de miles de escaladores de todo el mundo. Pero dada su ubicación en el hemisferio sur, prácticamente sólo hervía de actividad durante el verano austral. Justo cuando yo me encontraba allí.

La piedra suelta, los autobuses que me echaban a la cara todo el polvo del camino y los ciento veintidós kilómetros para hacer en un día fueron mi vía crucis particular.

Un coche se detuvo y me ofreció tres manzanas, tres ciruelas y dos tomates que no dudé en aceptar. Paré a las cuatro horas de marcha a comer algo. El día era largo y la alimentación era fundamental para no desfallecer. Ni cuando dejaba de soplar el viento podía ir más rápido de nueve kilómetros por hora. Si aumentaba la velocidad parecía que tanto los tornillos de la bici como mis empastes dentales iban a caerse. De momento el único que se cayó fui yo, y para colmo me golpeé en la rodilla con el manillar. Era como pedalear por arenas movedizas. Ni siquiera había huellas para los coches; era como si alguien fuera delante de mí soltando piedras por el camino para que tropezase. Igual que un burro persiguiendo una zanahoria, veía delante de mí el Fitz Roy, cada vez más cerca, cada vez más, pero... inalcanzable.

Entré a por agua a una estancia que parecía abandonada. Tenía un pozo del que pude sacar un poco. Como no tenía muy buen aspecto le eché un par de pastillas potabilizadoras. Al abrir el bote de las pastillas comprobé que no era yo el único que estaba hecho polvo. El traqueteo del camino había convertido también las píldoras en polvo.

El sol estaba cayendo y la temperatura bajaba rápidamente a diez grados. Me quedaban aún cuarenta y cinco kilómetros para terminar.

El chófer del autobús con el que ayer había hecho la apuesta me rebasó y me levantó el pulgar en señal de ánimo.

Ya estaba tan sólo a diez kilómetros. Eran las nueve de la noche. Una rampa bestial se levantaba enfrente de mí.

—Desde arriba —me dije para animarme— se tiene que ver el pueblo.

Puse el plato pequeño y el piñón grande y, sin levantarme del sillín, para que la rueda trasera no patinase en la arena, traté de subir pedaleando aquella violenta rampa. ¡Crag! Mis piernas comenzaron a girar a mil por hora. Se había roto la cadena.

—Mierda —exclamé.

Me bajé de la bici. No tenía ninguna gana de sacar las herramientas para colocar un trozo de cadena y llenarme de grasa. Estaba a menos de diez kilómetros del pueblo. Si era preciso llegaría de noche. Así que me puse a caminar empujando la bici.

En su retirada tras las montañas, el sol estaba tiñendo todo de rojo, ofreciendo unos colores espectaculares, irreproducibles. Al ir en bici por un terreno tan difícil que exigía tanta concentración, me estaba perdiendo la película. En ese momento, al tener que empujar la bici sin necesidad de mirar al suelo, pude contemplar el maravilloso paisaje que me regalaba la naturaleza. Puedo jurar que casi agradecí que se rompiera la cadena.

Ya era de noche, pero aún faltaban tres kilómetros para llegar a El Chaltén cuando un camión me adelantó. Le hice señas y paró.

—¿Me llevas? —le pregunté.

—¿Ahora que estás tan cerca vas a renunciar? —objetó. Alguien debía de haberle contado lo de la apuesta.

—Tengo rota la cadena y estoy muy cansado.

—Sube.

Cargamos la bici. Sobre la caja del camión, que no tenía techo, entré a El Chaltén.

Me había pasado casi doce horas persiguiendo el Fitz Roy y por fin lo tenía delante. Bueno, eso me decían mis amigos de El Chaltén, porque todo estaba oscuro y tendría que esperar a que amaneciera para verlo.

Cerezo era mi contacto en el pueblo, pero no estaba. Su mujer, Claudia, tras un par de llamadas por radio y un café, me consiguió un lugar para dormir. Cené una ensalada regada con una Quilmes, la cerveza que había apostado.

Me dediqué unos días a caminar por esa maravilla de parque nacional, asomándome a la base del Fitz Roy, del cerro Torre, la laguna Torre... Mis pies abandonaban el pedal y sentían de nuevo la tierra. Recorriendo el parque recordaba las palabras del escritor Gaston Bachelard: «No se vuela porque se tengan alas, sino que las alas crecen porque se ha volado».

La próxima parada sería en Calafate, el pueblo que debía su esplendor económico a otro monumento natural: el glaciar Perito Moreno. A la entrada del Parque Nacional Los Glaciares, donde se hallaba el gigantesco cubo de hielo, había una caseta con un guarda cuya misión era cobrar la entrada a los visitantes. Eran las cuatro de la tarde y yo pretendía llegar a ver el glaciar ese mismo día. Me detuve cinco metros antes de la caseta y en una mesa al borde del camino calenté agua para tomar un té. El guarda salió para advertirme:

—Para entrar al parque tienes que pagar.

—No hay problema, de momento voy a tomar un té —le dije tranquilamente. A los pocos minutos una furgoneta se acercó a la entrada del parque. En su caja llevaba una nevera de Coca-Cola. El guarda levantó la barrera y el conductor pasó sin pagar.

—Es para un bar —me dijo el guarda para justificarse.

Otro coche llegó al poco tiempo. Se bajó un matrimonio que le dio al guarda una bandera de Argentina.

—Te la envía un amigo para que la coloques en la caseta de la entrada —le dijeron.

—¿Te importa sacarnos una foto entregando la bandera? —me preguntaron.

—Claro que no, ya voy —les dije dejando el vaso de té a un lado. El guarda levantó la barrera y accedieron al parque.

Terminé el té y fui a hablar con el guarda. Cuando me vio llegar, sonrió. Ya se imaginaba lo que le iba a decir.

—Mira, no tengo en mi bici una nevera de Coca-Cola, ni traigo una bandera de Argentina, pero te agradecería que me dejaras pasar. Los cinco pesos que cuesta la entrada me vendrían mejor para comprar pan.

—Claro, pasa —me dijo riéndose.

Esa noche cené pasta y brindé con agua en honor a Alejandro, el guarda que me invitó a conocer el glaciar más famoso del mundo. La noche no fue muy tranquila. Nevaba. Monté la tienda escondida entre los árboles, pero tan cerca del glaciar que el estruendo de los continuos derrumbes de los bloques de hielo me impidió pegar ojo. La cabeza, debido al intenso frío y a una incipiente gripe, me dolía bastante. Entre los amenazantes nubarrones, la luna asomaba tímidamente para ver el glaciar; ella tampoco pagó aquella noche.

A la mañana siguiente fui a contemplar el glaciar antes de que llegaran las hordas de turistas. Estar allí a solas con ese ser vivo de hielo, percibiendo sus continuas deformaciones, su lento avance, sus colores azulados, me transmitió una profunda paz e hizo que desapareciese el dolor de cabeza.

Cuando llegaron los primeros autobuses de ávidos turistas, yo ya llevaba dos horas hablando

con el glaciar.

El pan de la Patagonia

Por más que mirase el mapa no daba con ella. No encontraba la entrada a Chile. Me acordaba de una película en la que Woody Allen alquiló un taxi para recorrer un aparcamiento subterráneo, porque no recordaba dónde había aparcado su coche. No es que yo esperase un letrero luminoso, pero había un cruce de caminos y ni un solo cartel indicaba cuál era el correcto para acceder al país vecino. En mi desgastado mapa un minúsculo punto rojo indicaba el nombre de un pueblo: Cancha Carrera. En la única casa que se veía desde el cruce paré a preguntar por el pueblo.

—Esto es Cancha Carrera —me respondió un hombre subido a un andamio. Con razón en mi mapa el punto rojo era tan pequeño. Les pedí algo más de

información y un poco de pan, pero me dieron sólo lo primero.

—Para el pan tendrás que esperar —me comentó Osvaldo— porque el cocinero viene hoy de esquilar precisamente para hacer pan.

La estancia era enorme. Habitualmente trabajaban en ella doce personas y en la época de esquila otras veintidós. Tenían que juntar las sesenta mil ovejas, marcarlas, vacunarlas y esquilarlas. El dueño, Morrison, disponía asimismo de una flota de camiones, pero no se dejaba caer demasiado por la estancia.

Acompañé a Osvaldo y Pancho a la cocina para preparar un asadito. Cortamos una lechuga de la huerta y de paso fuimos a dar de comer a los animales de la granja: conejos y gallinas. Echaban de menos al cocinero, que se ocupaba generalmente de esos menesteres. Pero el cocinero no extrañaba en absoluto la estancia, porque esta época era la única en la que podía abandonar aquel lugar en el que pasaba el resto del año. Había preparado tortas fritas para los días que durara la esquila, pero la gente ya estaba harta de tortas y quería pan, motivo por el cual tenía que volver ese día a la estancia.

Muchos argentinos, y la mayoría de los habitantes de la Patagonia, elaboran su propio pan. Las distancias son tan grandes que no hay cómo ir al pueblo a comprarlo. Nunca he comido pan más rico que el de las estancias de Argentina. Esponjoso, mullido, sabroso..., alimenta por sí solo.

Mientras el cocinero, que acababa de llegar, preparaba la masa para el pan, me fui con Osvaldo y Pancho al río. Me decían que allí se podía pescar los salmones con la mano. No lo creí hasta verlo. Aunque solamente sacamos uno. Generalmente, me dijeron, pescaban de este modo tres o cuatro.

De vuelta a la estancia, la cocina olía a pan casero. Me dieron un trozo bien grande y aunque me ofrecieron que me quedara esa noche, preferí cruzar la frontera con Chile. No fuera que mañana olvidase el camino.

La gente de la Patagonia es especialmente solidaria con el viajero. El viento, el frío, los inhóspitos caminos..., son pruebas agotadoras que convierten a los patagónicos en seres de piel dura y corazón amable.

Es costumbre, aunque ya no se ve tanto, que si un gaucho se queda sin comida en su viaje pueda matar una oveja para comerla. Sólo debe tener la precaución de dejar la piel en el vallado

de la estancia, para que el dueño no se vuelva loco buscando luego el animal.

Si alguien tiene el valor y la dureza de espíritu para adentrarse en estas tierras y, aun más, de habitarlas en los gélidos inviernos, no puede ser mala persona. Un extraño llamando a la puerta de una estancia de la Patagonia siempre es bienvenido, porque rompe la soledad del gaucho, cuya única compañía suele ser el mate y el ganado. Y ya se sabe que los animales no hablan demasiado. Robar o matar a alguien por estos parajes no tiene mucho sentido. Son pocas las posibilidades de escapar en este lugar en donde la vista, igual que el viento, no encuentra descanso.

Tres preguntas incómodas

Para entrar a ver el Parque Nacional Torres del Paine hay que tener diez dólares. Exactamente ese era el importe del billete que había guardado dos días atrás en el bolsillo de mi chaqueta para pagar la entrada. Pero cuando estaba acercándome a la barrera de control no recordaba dónde había metido el dichoso billete con la cara de Hamilton. Había dejado de llover y la chaqueta reposaba en el fondo de las alforjas.

—Bueno —pensé—, si cuando llegue a la entrada los diez dólares están en el bolsillo, entraré; en otro caso...

Llegué a la puerta de entrada, y casi sin articular palabra, abrí las alforjas y vacié todo su contenido hasta dar con la chaqueta. Arrugado en un pequeño bolsillo, Hamilton me sonreía.

El guarda no entendía mi frenética actividad, ni mucho menos el grito de alivio al dar con el billete.

—Tome.

—No pasa nada hombre; si no tenías podías haber entrado igual.

Me había roto tanto la cabeza durante el camino pensando dónde estarían los diez dólares que hacía tiempo que había decidido que esos diez dólares ya no eran míos, sino del parque.

Disponía de un mapa que indicaba algunos lugares para acampar; incluso con cabañas libres. Di con una de ellas, pero estaba destrozada. De las doce literas, sólo cuatro tenían tablas para dormir; y la mayoría de las ventanas estaban rotas.

Hacía mucho frío, pero dentro de la cabaña no tanto. Estaba desplegando mi campamento particular cuando entraron un brasileño y un chileno que habían decidido asociarse para caminar por el Paine. Le entendía mejor al brasileño, que hablaba portugués, que al chileno. Se comía la mayoría de las palabras e incluía gratuitamente otras muchas. Raúl me explicó algunas costumbres chilenas:

—La once es la merienda chilena. Dicen que se llama once porque los curas a las cinco de la tarde se iban a tomar aguardiente, pero como era demasiado evidente referirse al aguardiente, se referían a él como once, porque la palabra «aguardiente» está formada por once letras. Así a las cinco de la tarde los chilenos toman once, pero han sustituido el aguardiente por un café con pan y mantequilla. ¿Cachay? —sentenció.

—¿Qué?

—Que si entiendes —me preguntó.

—Sí, lo que no entendía es eso de «cachái».

—Ah, bueno. Eso es otra costumbre chilena, una coletilla que utilizamos al hablar. Viene a querer decir «¿Lo pillas?» Del inglés «Catch it?» ¿Cachay?

—Sí, «lo cacho» —le respondí.

El Parque Nacional Torres del Paine está concebido para ricos. Muchos extranjeros que llegan a Santiago de Chile en avión toman otro que los deja en Puerto Natales y de ahí son llevados en autobús al parque. No han dado un solo paso y ya están alojados en una espléndida habitación con las mismas comodidades que tienen en su casa y con vistas a los famosos cuernos

del Paine. Hoteles de dudosa estética exterior y de elevados precios, como el Explora, hacen diariamente buena caja con turistas venidos de muy lejos.

Algunos chilenos que conocí, lejos de ofenderse por esta invasión extranjera, la defendían:

—Es mejor que el parque sea caro, que haya que pagar por entrar y todo eso. Porque si no vendrían demasiados chilenos, harían ruido con los carros, con la música, estarían «hueveando» y los extranjeros no dormirían bien en el hotel, ¿cachay? Por ahí, cualquier día un chileno se mata caminando y eso no es bueno para la imagen del parque.

Pero abastecer esos hoteles y restaurantes significaba un denso tráfico diario de vehículos dentro del parque. Más de siete mil el pasado año frente a tan sólo sesenta bicicletas. Poco parece preocupar a las autoridades esa contaminación acústica y ambiental.

Debía buscar un lugar en el que dejar la bici para poder recorrer caminando estos prodigiosos parajes. En el refugio del lago Grey el guarda, Paredes, me permitió establecer allí mi campamento base. Estaba solo porque sus compañeros habían ido a colaborar en la extinción de un incendio que se había declarado días antes. Prácticamente lo tenían controlado, pero al no haber dejado a nadie cuidando de los rescoldos durante la noche, el fuego se había reavivado. La incompetencia humana es la principal amenaza para la supervivencia del hombre y de la naturaleza.

Al calor de la cocina de leña que, infructuosamente, trataba de llenar toda la casa, cociné algo de pasta que compartí con Paredes. Siguiendo sus consejos me dirigí hacia el refugio Zapata, en los límites del parque. Una zona con pocos turistas. En las cuatro horas de aproximación al refugio solamente me crucé con otra persona.

En un claro del bosque se levantaba una modesta cabaña. Era muy vieja, de madera, con dos agujeros a modo de ventanas; parecía que llevase allí toda la vida. No imaginé que estuviera habitada.

Pero Álex llevaba una semana en el refugio, esperando la oportunidad para escalar el cerro Zapata. Las últimas lluvias se habían llevado el puente que daba acceso a la montaña y estaba buscando una nueva ruta de aproximación. Álex era español, de Elgóibar. Cuando le hablé de mi viaje me interrumpió y me dijo:

—Tu eres el español payas...

No se atrevió a pronunciar la palabra «payaso», por si acaso me ofendía.

—Sí, hombre, el payaso —lo animé.

—Leí de ti en el diario de Córdoba, cuando pasaste por allí. Yo vivo allí dando clases de matemáticas en un colegio.

Estuvimos un par de horas hablando de la vida, de esto y de aquello, y coincidimos en las tres cuestiones más importantes de esta vida para las que ni él ni yo aún teníamos respuesta: Dónde vivir, con quién, y qué hacer.

Fue muy crítico con mi proyecto y sus palabras me ayudaron a soportar algunos fracasos que sufrí durante mi viaje.

—Recuerda que nadie te ha llamado para que vengas a Sudamérica a hacer reír. Y ya lo creo que lo recordé. A partir de entonces, cuando no encontraba el apoyo de las autoridades o de las personas para organizar mi espectáculo, siempre echaba mano de aquellas palabras de Álex.

Un mes después recibí un correo electrónico del profesor de matemáticas español. Había conseguido cruzar el río helado y ascender al cerro Zapata, pero a la bajada, y cuando de nuevo se dispuso a cruzar el río con el agua por la cintura, estuvo a punto de ser arrastrado por la fuerte corriente. Por poco no regresa a casa a tomar mate con agua procedente de la cumbre del cerro Zapata, como era su deseo.

Para salir del parque opté por un camino intransitable para vehículos. Un puente con dos tablas unidas por algunas traviesas, que salvaba el río que defendía esta antigua entrada al parque, ahora en desuso. Saqué una foto antes de cruzarlo; la próxima bien podría ser desde dentro del agua. El precario puente tenía unos setenta metros de largo y no más de tres de ancho. El agua era de un azul intenso y daba la sensación de estar helada.

Cuando llegué al otro extremo del cauce comprendí que hubiera sido mejor haberlo pasado primero caminando sin la bici, por si acaso.

Me detuve al borde de uno de tantos lagos que adornaban el camino. Llevaba víveres y agua suficiente para acampar, y encontrar un lugar paradisíaco era fácil. Una pequeña explanada resguardada del viento, orientada hacia el Este y hasta con leña para hacer un pequeño fuego, parecía que me estaba esperando. Me duché, hice yoga y leí un rato antes de preparar la cena. La vida en el campo puede ser tan simple y a la vez tan completa que cuesta entender por qué nos complicamos la vida. Una increíble puesta de sol doraba los cuernos del Paine, que ya habían quedado atrás.

Como la alegría no dura mucho en la casa del pobre, al revisar la bici me di cuenta de que la dura Ruta 40 me había pasado factura. Un tornillo de la parrilla delantera se había roto. Debido a la mala sujeción se había quebrado la parrilla. Con unas correas de plástico lo ajusté, pensando en repararlo en Puerto Natales, adonde llegaría al día siguiente.

Luis, el mecánico del taller de esa ciudad, hizo un trabajo perfecto.

—Te aguantará todo el viaje —me aseguró.

Aproveché también para cambiar las desgastadas zapatas de los frenos. Luis tenía prisa. Ese día, excepcionalmente, no corría ni una brisa y el sol estaba pintando el cielo de todos los naranjas posibles.

—Días así no se pueden desaprovechar. Me voy a preparar un asadito —me dijo, deseándome suerte para mi viaje.

Ya estaba próximo al extremo sur del continente americano: Ushuaia. Llevaba más de tres meses de viaje. El mayor período que nunca había pasado de continuo en bicicleta. Si no veía en el mapa en qué punto del recorrido estaba, no me lo creía. Más abajo de Nueva Zelanda y bajando... Ahora debía atravesar el estrecho de Magallanes en barco desde Punta Arenas, a doscientos cincuenta y tres kilómetros de Puerto Natales. Con algo de viento a favor lo podría recorrer en dos días. Le di fuerte a la bici y con el viento como aliado (ahora podría convencerlo de que fuéramos amigos) llegué a una estancia vacía. Era demasiado bonita para no estar ocupada, por lo que esperé a que viniese alguien. La dueña no tardó en aparecer para comunicarme una gran noticia:

—Este es un lugar particular.

¡Y yo que pensaba tomar posesión de aquellas tierras para el Reino de España!

Al enterarse de mi proyecto le faltó tiempo para proponerme actuar en el pueblo donde ella era concejala. Pero el tema no me olía nada bien y preferí no demorar la llegada a Punta Arenas. Me ofrecieron un lugar para dormir con los «puesteros», que eran las personas que cuidaban de la estancia y las más de cinco mil ovejas. Con ellos compartí la rica sopa de carne y pasta que prepararon, mientras me contaban su vida:

—El salario mínimo en Chile es de ciento cincuenta mil pesos (menos de doscientos dólares) y nosotros ganamos aquí cien mil. Por lo menos no tenemos que pagar casa ni comida y tenemos un día libre al mes para ir a la ciudad.

En la pequeña televisión en blanco y negro se veía una película que seguimos con interés hasta que la concejala decidió apagar el generador eléctrico que abastecía de energía esa casa.

Encendí la vela y estuve escribiendo un poco el diario. A escasos cincuenta metros de este viejo galpón sin comodidad alguna, la concejala y su familia cenaban con vajilla de porcelana bajo el haz de luz eléctrica que suministraba su propio generador.

Tierra del Fuego

En el diario local de Punta Arenas, El Magallanes, se anunciaba un curso de malabares que comenzaría por la tarde. Fui a las instalaciones municipales y coincidí con Ricardo Mancilla, alias Toto. Su arranque y diligencia fueron suficientes para que pudiera actuar en Punta Arenas en dos días. Había salido bastante en programas televisivos infantiles y la gente lo reconocía por la calle a pesar de tener solamente veinte años. Saludamos a un vendedor de periódicos en una esquina, y nos detuvimos a charlar con él. Toto lo conocía bien: era su tío, hasta hace no demasiado tiempo profesor de teatro en una de las universidades más importantes de Chile. La crisis económica provocaba algunos dramas culturales y personales.

El padre Miguel, del barrio Dieciocho, me propuso actuar allí, pero no había dónde.

—¿Por qué no la iglesia? —me dijo.

—Nunca he actuado dentro de una iglesia —le contesté.

—Bueno, no creo que al Señor le moleste que nos divirtamos.

Me atraía la idea de actuar dentro del templo. Hacer en una iglesia mi parodia del padre Tristán, que da la bendición a unos niños, la dotaría de un realismo insólito. Sin embargo al final conseguimos el gimnasio de los bomberos, que estaba enfrente.

En Punta Arenas se celebraba una feria costumbrista chilena. Con Toto saboreé algunas especialidades del país, como el curanto al hoyo. Se trata de una mezcla de toda clase de mariscos y carne que se cocina en un hoyo excavado en la tierra en el que colocan piedras previamente calentadas en un fuego. La comida se coloca en el hoyo formando capas, separadas con hojas. Entonces se tapa con tierra el humeante hoyo y en unas horas se puede degustar el exquisito manjar.

Plato, como se ve, muy sencillo y que cualquiera puede preparar en el salón de su casa.

Con el estómago lleno fuimos a averiguar los horarios de los barcos que cruzaban hacia Tierra del Fuego. Yo tenía previsto cruzar el estrecho de Magallanes el lunes, pero nos dijeron en las oficinas que el lunes era el único día que no había barco. Qué fastidio.

El padre Miguel me tranquilizó.

—Ya verás cómo encontramos algo.

El domingo por la tarde, tras el espectáculo, el padre Miguel me presentó a

Héctor:

—Mira, Álvaro, este es Héctor, jefe de operaciones de la compañía que cruza en barco a Tierra del Fuego.

Aún no me había quitado la ropa ni el maquillaje de payaso, así que mi sonrisa debió de ser muy cómica.

—Mañana a las doce de la mañana excepcionalmente hay un barco que cruza con maquinaria hacia Tierra del Fuego. Vete al muelle a esa hora y no hay problema —me dijo Héctor.

Al día siguiente me despedí de Toto, pensando que no lo volvería a ver hasta que viniera a España a hacerme una visita, y acudí al muelle con la bici y todo el equipaje.

El Alonso de Ercilla partió con dos horas y media de retraso sobre el horario previsto. Me

importaba poco. Durante la espera pude rememorar las novelas que había leído hacía años, sobre la mítica isla a la que me dirigía: Tierra del Fuego. Los navegantes más intrépidos surcaron estas latitudes, denominadas los «rugientes cuarenta» debido a los feroces vientos que de todas partes del mundo entrechocaban en el cabo de Hornos. Como el viejo capitán Slocum, que a sus cincuenta y un años de edad fue el primero en dar la vuelta al mundo en solitario en su pequeño velero, el Spray, hace más de cien años. ¡Y ni siquiera sabía nadar! O el argentino Vito Dumas que, ajeno a la Segunda Guerra Mundial, circunnavegó el globo también en solitario, en un barco sin radio ni motor. En su cuaderno de bitácora, navegando por el Cabo de Hornos, en lo que él llamó «La ruta imposible», se leen estas impactantes notas:

«He engrasado los guantes para que el agua de mar no los inutilice; lo mismo hago con mi ropa de aguas; he preparado una alimentación de emergencia a base de chocolate, conservas y galleta, por si me sorprendiera un temporal que no me permitiese abandonar el timón durante varios días (...) Para vencer al sueño llevo sulfato de benzedrina. Nada queda librado al azar. Todo es cálculo, previsión, estudio. Vigilo atentamente maniobra y aparejo, para reponer si el desgaste no me diera la seguridad de que pueden soportar lo imprevisto. Como las botas están empapadas, buscando la manera de quitarles la humedad interior, que aumenta el frío a que están sometidos mis pies y mis piernas, he ideado colocarles un farol encendido en su interior, y parece que la idea no es equivocada».

Es muy posible que la idea del farol dentro de las botas se activara en la juiciosa mente de Dumas recordando a los primitivos habitantes de estas tierras: los fueguinos, así denominados por las innumerables fogatas con las que paliaban el frío y que servían de faros a los navegantes.

La travesía hacia Tierra del Fuego cruzando el estrecho de Magallanes fue tranquila. El capitán Eduardo me condujo a su puente de mando y me prestó unos prismáticos. Con ellos se podía divisar toninas, una especie de delfines que surcan estas aguas y que se divertían saltando sobre la estela del barco.

Eduardo me invitó a almorzar con la tripulación. El cocinero, o «quemaollas», como le decían los compañeros, me llenó las alforjas de pan para la cena. Estuvimos charlando en la cocina hasta que el barco completó la travesía del estrecho.

A las seis de la tarde del once de febrero de 2002 pisé por primera vez la legendaria Tierra del Fuego. El viento acudió a recibirme, pues él es el amo y señor de estas tierras. Los dos océanos, el Atlántico y el Pacífico, se disputaban sus orillas, al igual que Chile y Argentina hacían con sus terrenos. No en vano, la mitad de la isla es chilena y la otra argentina. Ahora me encontraba en territorio chileno... ¿cachay?

La temperatura era de diez grados pero seguía bajando, así que pedaleé unos kilómetros para entrar en calor. A los pies de un acantilado, en una recóndita cala, divisé una cabaña de chapa metálica y cartón, en la que me resguardé del gélido viento del sur. Debía de pertenecer a alguno de los pescadores de la zona, pero su aspecto cochambroso anunciaba que llevaba tiempo sin ser habitada. La limpié un poco y me dispuse a pasar allí mi primera noche. El pan del «quemaollas», untado en la emoción de estar allí, fue el menú de mi primera cena fueguina.

Donde se acaba la Tierra

Once kilómetros antes del pueblo de San Sebastián se hallaba la frontera chileno-argentina. Era un terreno de nadie, por lo que pensé fundar allí mi propio país, como había hecho Popper casi ciento cincuenta años antes.

Se ignora el día exacto, pero corría el año 1857 cuando nació en Bucarest Julius Popper, por cuyas venas corría sangre de aventurero. A muchos kilómetros de distancia, veintisiete años más tarde, se desataba la fiebre del oro en la provincia de Santa Cruz, al sur de Argentina.

Dicen que fue en un circo donde Popper escuchó la palabra «Patagonia» por primera vez. A sus puertas se incitaba a los curiosos a que entraran, proclamando que podrían ver a uno de los caníbales de la Patagonia que había devorado cruda la lengua de su suegra.

En el año 1881 el ingeniero Julius Popper puso rumbo a Tierra del Fuego. Viajaba dispuesto a encontrar oro. Los primeros trabajos no dieron los frutos esperados. Recorrió el trayecto que va desde Cabo Vírgenes hasta Punta Arenas; en octubre de 1886 pisó por primera vez Tierra del Fuego. Sólo en las playas de Punta Arenas encontró, en muy escasa cantidad, algunas arenas auríferas.

Pero el abatimiento no forma parte de las células de los verdaderos aventureros. Al año siguiente, en Buenos Aires, consiguió entusiasmar a los círculos más importantes de la sociedad bonaerense y creó la Compañía Anónima Lavaderos de Oro del Sur. Como director de esta compañía minera, en la primavera de 1887, Julio Popper fundó en un lugar inhóspito de Tierra del Fuego el famoso establecimiento minero al que denominó «El Páramo».

Regresó a Punta Arenas para reclutar trabajadores, pero pocos le prestaron atención. Sin embargo pronto empezaron a circular rumores sobre sus descubrimientos de oro, lo que suscitó envidias entre sus propios compañeros. Para protegerse llegó a armar casi un ejército y a ajusticiar a los ladrones. La mayoría de los amonestados eran chilenos, lo que provocó la queja formal del Gobierno chileno de la época.

Popper era un descubridor, y aún hoy perduran lugares con el nombre que él les dio por primera vez. «El Páramo» era su ciudad y llegó a acuñar moneda propia con su nombre y su sello.

El aduanero de la frontera de San Sebastián me devolvió a la realidad.

—¿Tienes un documento que acredite que esa bici es tuya?

—¿Tú tienes un periódico del domingo? —le pregunté por respuesta.

Allí aparecía el artículo de mi viaje. El hombre entonces cambió la pregunta.

—¿Y no tendrás algunas monedas de otro país que me puedas dar de recuerdo? Estaba claro que me había salido preguntón aquel policía. Le di unos bolivianos que por fortuna guardaba de ese país.

Hasta el siguiente control aduanero en Argentina había once kilómetros. Estuve tentado de plantar la tienda en ese lugar, tierra de nadie. Podría crear mi propio país, nombrar ministros a mis amigos, establecer la política exterior, condonar la deuda a los países del Tercer Mundo, crear un himno, una bandera y elegir la lengua oficial. Tarareando lo que podía ser el himno llegué al siguiente control aduanero. Me dejaron acampar en el gimnasio. Cuando terminaron el partido

de fútbol me fui a dormir.

De nuevo estaba en Argentina. El asfalto dejaba paso otra vez al camino de piedra, pero al menos estaba alisado y sin el temido «serrucho» que tanto me hizo vibrar en la Ruta 40.

En Río Grande pude recuperar el chaleco de magia que me había olvidado en casa de los Bartoli en Trelew, y por un camino lleno de polvo hice, el día quince de febrero, mi triunfal entrada en Ushuaia. Tras superar el paso Garibaldi y embelesarme con la belleza de los lagos Fagnano y Escondido, había llegado al límite sur de mi viaje. Más abajo sólo me quedaba el Polo Sur para pedalear.

Desplegué el mapa de Sudamérica y me mareé. Ahora me tocaba una larga «subida» hasta Venezuela. No hacía ni seis meses me encontraba en Madrid redactando cláusulas testamentarias y ahora me hallaba en el «fin del mundo».

La vida puede ser muy intensa, si tomamos conciencia de su fragilidad. Pero asumir nuestra libertad implica demasiada responsabilidad. La rutina es la común vía de escape. Conversar «de tú a tú» con uno mismo impone más que salir descalzo a comprar el periódico. Los más de cuatro meses de viaje me habían servido, al menos, para ratificar la intuición que tuve cuando decidí afrontar esta aventura. Tuve la percepción de que este tipo de vida que ahora llevaba me podía llenar más que ver la cuenta bancaria con ocho dígitos. No quiero decir con ello que todo haya sido un camino de rosas, ¿qué sería de la rosa si no tuviese espinas?

Pero habían sido días muy intensos, con muchos encuentros personales. A veces, me brotaban lágrimas con sólo ver el sol columpiándose tras la montaña antes de acostarse. Y mi ánimo mermaba si a alguna de mis chicas, Quirlig o la comandante Maxi, les ocurría algo.

Eso ocurría ahora, que el ala izquierda del avión de Maxi estaba rota. Un niño no se contentó con mirarla. Ahora parecía un pájaro herido.

Toto tenía familia en Ushuaia, y ellos me acogieron. Por fortuna Pencho, su tío, era un manitas y me fabricó una ala nueva para el avión. Utilizó madera de lenga, una madera que sólo crece en estas tierras, e incluso le dio una nueva mano de pintura.

Con su mujer, Tatiana, estuve varios días luchando contra la terrible burocracia para poder actuar en la ciudad. La crisis económica se notaba más allí y los que podían organizar el espectáculo no tenían demasiadas ganas de dedicarle tiempo a un payaso que viajaba regalando sonrisas. Al final, y con ayuda de la tenaz Tatiana, lo conseguimos. Acudió la televisión y los Álvarez se sintieron orgullosos de haber alojado en su casa al Biciclown. Yo, por supuesto, estaba más que orgulloso de ir dejando amigos en infinidad de ciudades del camino. Si ahora recorriese Sudamérica en sentido inverso, podría ir visitando amigos cada cien kilómetros, más o menos los mismos que recorría cada jornada.

LIBRO SEGUNDO

Yo estoy aquí para servirte

*Es difícil andar si se ignoran
las vueltas del camino, si se duda
la firmeza del suelo que pisamos, si se teme
que la vereda verdadera haya quedado atrás,
a la derecha
de aquellos pinos....*

Ángel González

Palpando el euro

Viajo huyendo de la soledad; deseo quimérico, porque es mi sombra. Quieto, la vida me atrapa con sus preguntas; pero moviéndome puedo ir en busca de la vida y sus respuestas. En el viaje la teoría de Heráclito cobra inusitada vigencia. No hay lugar a la estabilidad material; la atadura tiene forma de cordón elástico. Detenerse exige un refugio para el corazón, una mano que lo adormezca y una voz que lo acompañe al despertar. Consciente de que no tengo esa mano es más sensato seguir viajando.

Desplazarme por la Tierra en bicicleta era una forma de evitar tanta pregunta, pero no siempre funcionaba. A veces, generalmente al atardecer, la soledad venía a recostarse a mi lado.

—¿No te gustaría viajar acompañado? —me preguntaban con frecuencia.

—¿Y a ti no te apetece tocarle las narices a otro? —solía responder para llevar la conversación por otros derroteros.

El sol, cómplice de la situación, se iba a calentar otros corazones.

Los fantasmas del pasado aparecían todos juntos a visitarme, reclamándome antiguas cuentas pendientes. Les mostraba el alma vacía y los intereses de mi deuda aumentaban un poquito más.

Con el nuevo día las penas no se habían esfumado y el cielo, de tan azul, ofendía con su luminosidad. No había con quien compartir las dudas. La comandante Maxi escuchaba pacientemente, pero no opinaba. ¿O sí? ¿Había sonreído?

Aún porta esa sonrisa de Gioconda que esboza desde que la conocí. Aconsejado por otros viajeros, opté por tomar un barco en Puerto Natales. Así podría contemplar los maravillosos fiordos chilenos. En coche particular recorrí, en un día, el trayecto hasta Puerto Natales. El recorrido inverso en bici me había llevado casi una semana. Visité a Luis, el mecánico, que de nuevo reajustó la parrilla delantera de la bici, y me encaminé hacia el muelle para embarcar. La travesía duraría dos días, por aguas tan gélidas que sólo de verlas un escalofrío me recorría la espina dorsal. Los pasos eran en su mayoría muy angostos; tanto, que únicamente barcos no muy grandes podían intentarlo. Uno de los que no lo consiguió quedó fondeado en mitad de un fiordo como clara señal de los peligros de la navegación por aquellas latitudes.

En mi recién adquirida condición de grumete había notables mejoras. Durante dos días no tenía que preocuparme por buscar alojamiento y disponía de agua caliente a discreción. No me cabe duda de que fui el pasajero que más se duchó durante los dos días. No es que estuviera muy sucio, pero eso de abrir un grifo y ver caer un chorro de agua calentita me embelesaba.

El barco iba a un cincuenta por ciento de capacidad. La mayoría eran turistas, lo que hacía que el idioma que más se escuchara a bordo fuera el inglés. Era agotador levantarse con el «good morning» y no soltarlo hasta el «good night». Ernesto era de los pocos que no hablaba inglés. Era chileno. En vista de que el barco no salía de Puerto Natales hasta las tres de la mañana, pidió permiso al capitán para desembarcar e ir al casino de la ciudad. Tuvo suerte con la ruleta y a la una de la mañana vino a despertarme para hacérmelo saber. De paso se lo contó a todo el mundo, porque a voz en grito decía:

—Tío, he ganado un montón de pasta. Casi me da para pagarme la huevada esta. La

«huevada» costaba casi doscientos euros. Fue uno de los pocos extras de mi viaje. Generalmente mi límite de gasto diario rondaba las quinientas pesetas. Bueno, tres euros. No es que sea un romántico de la vieja moneda, es que cuando salí de España aún circulaba la peseta. El euro aún no lo conocía físicamente. De hecho el primero que palpé fue el de una preciosa belga, que me lo enseñó dos meses más tarde. Fue lo único que palpé de la belga.

En su mayor parte el viaje se realizaba al resguardo del fuerte oleaje del Pacífico, salvo el paso por el golfo de Penas. Con ese nombre en la carta náutica, puedo decir que tuvimos mucha suerte la noche que lo atravesamos. Particularmente no me hubiera importado que el barco se moviera un poco más. Así tal vez hubiera comprobado las dotes marineras de Ernesto, que continuaba dándome la matraca con su particular «night in Puerto Natales».

La travesía discurría sin contratiempos para el pasaje, ajeno a la destreza de la que el capitán hacía gala para meter el barco por los intrincados pasos. En toda la navegación tan sólo nos cruzamos con un buque mayor que el nuestro. Afortunadamente eso no ocurrió en la Angostura Inglesa. Ese paso es tan delicado que todos los barcos tratan de hacerlo de día. Como si fuesen coches descendiendo una estrecha carretera de montaña, van tocando la bocina. Si otro se cruzase en ese momento, no cabrían los dos por el cuello de botella que forman los acantilados. Se pasa tan cerca de éstos que casi es posible acariciar con la punta de los dedos los líquenes de sus rocas.

El último día de navegación el capitán me convidó a compartir el almuerzo con él y con los demás oficiales. Incluso me redactó una nota de apoyo, por si iba a la isla de Chiloé, y podía visitar a su hermano cura que vivía allí.

Con cierta pereza, sobre todo por lo de la ducha, abandoné el barco en Puerto Chacabuco. Quería llegar a Puerto Montt pedaleando por la famosa carretera austral.

Puerto Chacabuco era una villa de no más de cuatro casas apostadas en dirección al muelle, en la que la única calle asfaltada era la que moría en el embarcadero. La proporción de restaurantes y turistas era, aquella tarde, de cuatro a uno. Enfilé hacia la pista que, con una fuerte pendiente, me alejaba del mar. Las montañas aún conservaban algo de nieve en su cima, y un tímido sol en retirada dejaba ensombrecida la bahía.

Encontré una casa en construcción y armé dentro mi tienda. Estaba cansado. Había estado dos días hablando inglés sin parar y necesitaba de nuevo el silencio de mi bicicleta.

Por un estúpido descuido casi estropeo el viaje: Al salir de la tienda me clavé un hierro oxidado en el pie; llevaba las chancletas, pero las atravesó. Apenas salió sangre. ¡Menos mal que me había vacunado contra el tétanos! Pero debía tener precaución. Cualquier imprudencia, por pequeña que fuera, podía tener graves consecuencias por estar solo.

Adolfo Hernández,

la Vuelta a España y un frío de morirse

Durante toda la semana que pedaleé por la carretera austral no paró de llover un solo día. Sin embargo, y a pesar de la insistente lluvia, el recorrido tenía su encanto. Atravesaba frondosos bosques en los que la carretera parecía ser el único camino posible. Si durante un año no circulase por aquí ningún vehículo, la selva valdiviana engulliría con facilidad la pista de tierra.

Cientos de arroyos se descubrían al doblar cada curva. Yo mismo, debido a la pertinaz lluvia, empezaba a convertirme en un arroyo. Primero las manos, luego los pies y al final todo el cuerpo. Pararme era lo peor que podía hacer. Mientras me estuviese moviendo conservaría, al menos, el calor que generaba mi propia actividad. Si me detuviese aunque fueran cinco minutos, el frío me atraparía.

Por eso era fundamental escoger bien el lugar en el que descansar. Pero había poco dónde elegir. Una vieja cabaña, al borde del camino, parecía ser la solución.

Un perro se acercó a saludarme poco amistosamente y el dueño salió enseguida a calmarlo.

—Adelante, pasa, no hace nada.

Se llamaba Adolfo Hernández. Tenía setenta y dos años. Estaba casado, pero su mujer y sus hijas vivían lejos, en Puerto Cisne. Trabajaba cuidando la finca de un señorito que, muy de vez en cuando, se pasaba por allí. A unos cien metros de la casucha en la que me había detenido se elevaba insultantemente un chalé de dos plantas de dudosa estética, arquitectónica y moral.

Dentro de su humilde casa la cocina de leña trabajaba a destajo para proporcionar calor a toda la estancia. El fin de semana pasado vinieron a verlo sus nietas, como lo atestiguaban algunas muñecas desparramadas por el banco de la cocina.

—Quítate la ropa y sécate —casi me ordenó Adolfo, al tiempo que atizaba la cocina. Sus ágiles movimientos eran impropios de una persona de setenta y dos años. Me invitó a comer de un gran puchero que parecía llevar tiempo esperándome. Escogió dos piezas de carne con patatas y me las sirvió con sumo cuidado.

—Está muy caliente, ten cuidado —me advirtió.

No había pasado media hora desde que había llegado a su casa y ya estaba comiendo, contemplando mis ropas secándose cerca del fogón.

Me invitó a dormir pero, aunque no me faltaban ganas, era demasiado pronto. Tan sólo había hecho veinticinco kilómetros y, aunque afuera llovía y hacía frío, tenía que seguir. Esperé un poco a que se secara la ropa mientras compartía con él un mate y escuchaba las historias para no dormir que me metía en el cuerpo. Como la de los pumas que merodean por el lugar:

—Yo tuve que ir a reconocer a Teófilo Uribe, a quien un puma arrancó todo un lado de la cara. No es bueno que acampes en cualquier lugar. Hay pumas en esta región.

Animado por su compañía, más que por los temas de conversación, reanudé la marcha.

—Muchas gracias Adolfo, ha sido usted muy amable —le dije, ajustándome el chubasquero.

—Yo estoy aquí para servirte —me contestó.

Acababa de recibir otro mazazo de humanidad, otra lección impagable de sencillez. Allí, en mitad de la carretera austral, vivía Adolfo Hernández, sirviendo a todo el que tocase a su puerta.

Tal vez no lo vuelva a ver nunca más. Y tal vez no lo pueda olvidar tampoco. La lluvia no remitía ni por un momento. La carretera se adentraba en el Parque Nacional Queulat, donde la temperatura media anual oscilaba entre cuatro y nueve grados. Otro vergel natural cuyo camino estaba jalonado por coigües y raulíes, además de enormes nalcas, los árboles de la zona.

A causa del incesante aguacero la gravilla de la pista se adhería a la cadena de la bici. Hacía frío, mucho frío, y tenía de nuevo la ropa empapada. El camino se erizaba con fuertes pendientes pero no me podía poner de pie para pedalear, porque si lo hacía la rueda trasera perdía adherencia y patinaba.

Debía ocupar la mente en otra cosa. El intenso frío, la lluvia que se me metía hasta en los huesos, la cadena de la bici que saltaba de un piñón a otro según le venía en gana...; así que se me ocurrió hablar en voz alta. Como si fuera un famoso locutor de radio que estaba retrasmitiendo la etapa clave de la Vuelta a España, me dediqué a comentar los últimos kilómetros:

—¡Atención señoras y señores!, demarraje del asturiano. Ha dejado clavado al grupetto de cabeza y se va hacia arriba. Qué fuerza, qué coraje. ¡Ánimo, chaval! Sin apenas levantarse del sillín ha metido otro diente y ha impuesto un ritmo que nadie puede seguir, ni siquiera el líder. Terrible fuerza la de este muchacho, con el que nadie contaba y que se ha venido arriba...

—Moto 1.

—Adelante, moto 1.

—Sí, José María, solamente para decirte que la distancia que ha sacado es ya de treinta segundos.

—Impresionante, treinta segundos en tan sólo unos metros y además con la terrible climatología. Vamos a conectar con la unidad aérea. ¡Atención, unidad aérea!

(Aquí yo debía hacer también el ruido de las aspas del helicóptero).

—¡Tuftuftuftuftuftuf!

—Hola, José María. Desde aquí arriba el panorama es muy malo. Hay grandes bancos de nubes, y no creo que mejore la situación en varios días.

—¡Tuftuftuftuftuftuf!

—Muchas gracias, compañeros de la unidad aérea. Moto 2, trata de acercarte al coche del director del asturiano.

—Imposible, José María, el público se agolpa en los bordes de la carretera y no hay manera de pasar. No cabe un alfiler; la gente está llevando en volandas al asturiano a la cima.

A esas alturas de la retrasmisión el esfuerzo extra de tener que pedalear e ir hablando en voz alta había consumido prácticamente mis reservas y tenía que callarme para recuperar el aliento. Pero mientras duró la conexión radiofónica mi cabeza, al menos, se había olvidado del frío, de la lluvia y de los problemas de la cadena.

Me detuve en unas cabañas turísticas, las únicas que había encontrado en todo el día, y pedí asilo. A diferencia de los corredores de la Vuelta Ciclista a España, yo no tenía el hotel reservado al final de la etapa. Los mecánicos no me esperaban para poner a punto la máquina para la siguiente jornada, y la misma ropa mojada que me quitaba hoy era la que tendría que ponerme mañana. Y eso por no hablar del inexistente servicio de masajista o de la poca imaginación del cocinero.

Era ya tarde y los encargados de las cabañas no contaban con nuevos turistas ese día, pero al verme reactivaron sus innatos mecanismos de cobranza al gringo. Tras un breve regateo me permitieron dormir en un quincho con algo de leña.

Los quinchos son comedores sin paredes, pero con techo, para que las personas que se alojan en las cabañas puedan hacer sus asaditos. Ese día no había nadie en las cabañas, así que tendí el saco de dormir encima de la amplia mesa y tomé posesión del quincho.

Había sido un día extremadamente duro. El frío aquí no era broma. Mi principal preocupación era tratar de secar lo máximo posible la ropa que mañana tendría que ponerme de nuevo. Conseguir secar los zapatos era una odisea. El ambiente era demasiado húmedo, en parte por la persistente lluvia y en parte por el río que pasaba al lado. Con sol y buena compañía el lugar tenía muchas posibilidades para el romanticismo, pero no era el caso.

Los cuidadores del lugar me convidaron a tomar la once en su casa. Eso suponía que ese día tampoco cenaba en condiciones. Porque debido a la crisis económica, la once ha sustituido a la cena. Con un café y un trozo de pan, saldan el compromiso de la cena. Pero mi estómago necesitaba algo más que eso. El frío consumía mis reservas energéticas, de por sí bajo mínimos.

Me retiré pronto a mi quincho. Me costó dormir imaginando el desfigurado rostro de Teófilo Uribe siendo reconocido por Adolfo. Afuera el agua repicaba sobre el tejado y algunas gotas se colaban por el entramado de ramas.

El termo mágico

Tras un gran desayuno que me brindó la familia de las cabañas, salí en compañía de un par de rayos de sol que burlaron la vigilancia de los nubarrones. En esas condiciones, la carretera austral era un paraíso para pedalear... Con pequeñas subidas y bajadas, mi bici y yo formábamos ya parte de este lugar. Lo habíamos conquistado. La lucha de ayer fue nuestra última batalla. La pista se adentraba en un torrente de vegetación, en el que las plantas tenían unas dimensiones que me hacían sentir un liliputiense. Aquí la naturaleza siempre hablaba en mayúsculas.

El ventisquero colgante, una gran cascada semicongelada, se brindaba como último regalo del día.

La Junta es un pequeño pueblo en el que confluyen los ríos Frío y Rosselot y que surge de imprevisto al remontar una cuesta. Al fondo se vislumbra la torre de la iglesia, la edificación más alta del pueblo. El humo de las chimeneas de algunas casas es signo inequívoco de la existencia de vida.

El primer hombre al que me dirigí resultó ser Ariel Morales, paramédico y presidente de una asociación cultural. Cuando le conté mi proyecto y mis intenciones de descansar en La Junta me contestó:

—Cero problemas.

Iba hacia su casa para almorzar con su mujer y su hijo de quince años. Éste se llamaba como su padre y estaba empeñado en que yo hablara en otro idioma. Pensaba que los españoles nos comunicábamos en una especie de alemán.

—Este es mi idioma —le dije desilusionándole— pero si quieres te hablo en inglés. Claudio, de la municipalidad, se encargaría de que al día siguiente todo el mundo pudiera conocer la noticia del espectáculo para acudir a verlo. Haría volantes para repartir por la villa y colocaría sillas en el gimnasio para la actuación.

Esa era la teoría, porque en la práctica no hizo nada. Se le olvidó. Y yo volví a recordar las palabras de Álex en el cerro Zapata...

Por mi parte, acudí a las tres radios locales a presentar el proyecto y a invitar a la comunidad al espectáculo. En un pueblo en el que pocas veces había alguna actividad, lo más difícil era motivarlos para que saliesen de sus casas. A la hora del espectáculo, los habitantes de La Junta fueron llegando con el escepticismo asomándoles por fuera del pantalón. Se llegaron a juntar cerca de doscientas personas que, al menos por un día, emergieron de la agobiante monotonía.

Al día siguiente, de nuevo con lluvia, salí a la carretera austral. No había encontrado aún un combustible que funcionara adecuadamente en la cocina y me veía obligado a utilizar el gas. Pero no me quedaba más que una pequeña bombona y no quería agotarla. Paré en una especie de bar a pedir un poco de agua para mi termo mágico. Yo lo llamaba mágico porque, aunque en él sólo cabía agua, muchas veces me daba de comer. Violeta y Víctor, los dueños del bar, me invitaron a pasar y charlando un poco de todo me convidaron a crepés. Aproveché para cambiar mi último libro, La costa de los mosquitos, por uno de Harry Potter del hijo de Violeta, y me dispuse a continuar mi ruta. Pero al subir a la bici me di cuenta de que había olvidado el gorro dentro del

bar. Regresé a buscarlo y al quitarme el chubasquero cayó al suelo el gorro; se había quedado enganchado en la capucha.

Era una señal del destino; de esas que no conviene despreciar. Además seguía lloviendo.

Pasé la noche con ellos. Les enseñé a hacer malabares, pero no tenían ganas de agacharse, así que tomamos la once a la luz de las velas. Su bar-restaurante- fonda se llamaba La Ninfa del Bosque. Su descubrimiento fue para mí como el hallazgo de una deidad de la selva.

Pero la carretera austral aún me tenía reservado otro enigmático encuentro, días más tarde, propiciado por mi termo mágico. En una casa en la que pedí agua caliente, el hombre se disculpó por no tener, pues su cocina de leña estaba apagada. Sin embargo me acompañó a su verdadera casa, situada al otro lado de la pista.

—Esta es de mi hija, que se va a venir a vivir aquí. La de mi mujer y mía está enfrente. Ven y te daré algo de agua.

Por el camino me contó que estaba harto de vivir en Rancagua, una gran ciudad, así que cuando le llegó la jubilación se puso a caminar en solitario durante semanas por la carretera austral.

—Hasta que encontrara un lugar que me llamara —me dijo.

Ese lugar era una sencilla casa de madera que él había construido frente a un lago. Había comprado esos terrenos. Los tocones de los árboles que había talado para hacer la casa conformaban como mojones el sendero a su nuevo hogar en plena naturaleza. Desde la terraza de madera, a la que se tenía acceso por la puerta de la cocina, se divisaba un pequeño lago y una solitaria barca.

—Al escriturar los terrenos descubrí que la mitad del lago estaba incluida en los linderos de la finca. Pero cualquiera puede venir a pescar aquí. Tan sólo les pido que vayan a remo, no a motor.

No tenía electricidad, ni la echaba en falta. Cuando el sol dejaba de alumbrar, encendían unas velas y continuaban haciendo vida normal.

—Dentro de mí estaba la idea de vivir en la naturaleza. Hace muchos años, cuando trabajaba en la fábrica, tuve un sueño. Imaginé que vivía en un lugar así. Por eso me puse a caminar. Cuando encontré este lugar fui a buscar a mi mujer y se lo enseñé. Aunque ella es un poco más urbana que yo, también le gusta. Aquí tratamos de buscar la felicidad. Para ello tan sólo necesito la casita, el lago... y a mi mujer.

Empezaba a comprender que todo el agua que me había caído los días que había recorrido la carretera austral era en realidad una aliada. Me obligaba a detenerme para conocer a todas las grandes personas que vivían en la selva valdiviana de la región austral chilena.

No queda harina

Crucé la frontera a Argentina por el paso de Futaleufú. Otra vez cambiar de moneda para conseguir unos pesos argentinos. ¿Cómo estará ahora el cambio con la devaluación? Parecía que el país seguía hundido económicamente. Como decían por aquí: «Si Argentina no está arruinada del todo es porque los políticos de noche duermen».

Dada la incesante fluctuación de la moneda, canjeé sólo una pequeña cantidad. La suficiente para ir tirando una semana, porque pronto debía cruzar de nuevo a Chile.

Cerca de El Bolsón hay un lugar mágico llamado El Puente del Arco Iris. El encanto procede del propio lugar, pero sobre todo de sus dueños. Hace años que abandonaron las comodidades de la ciudad para asentarse a orillas de este río. Allí montaron un campin, uno de los pocos que he visto con un sistema real de reciclaje de la basura. Varias bolsas y cubos de diferentes colores, en función del material de desecho, jalonan las sendas de las instalaciones.

En esas fechas se celebraba un encuentro de malabaristas al que había acudido gente desde Colombia, Chile, México... e incluso desde España en bicicleta (ese era yo, claro está). Ofrecí a los presentes una pequeña charla sobre mi viaje y conversé con una pareja de argentinos que residía en Madrid. Trabajaban en el madrileño parque de El Retiro los domingos por la mañana. Yo lo conocía bien; muchas veces lo había frecuentado para buscar fondos con los que ir cumpliendo mis sueños.

Al día siguiente los dueños me explicaron que, además del campin, llevaban una escuela «extra-oficial». A ella acudían los niños de las casas más alejadas de la zona. Más o menos unos veinte. Pero no había calificaciones ni exámenes ni reglas. Los alumnos podían volver al día siguiente a clase, pero no estaban obligados a hacerlo. No obstante, todos regresaban.

El sueldo de los maestros procedía de una fundación estadounidense, pero tras los atentados del once de setiembre de 2001 se habían quedado sin subvención. Los padres que podían pagaban voluntariamente alguna cuota por sus hijos.

Las asignaturas eran tan variadas como cultivar la huerta, hacer pan o identificar los pájaros que se escuchaban por doquier. También aprendían a leer y a escribir, pero de modo natural.

A la hora de la merienda todos compartían lo suyo con lo que traían los demás. Un día un niño estadounidense que estaba pasando allí una temporada se quejó de que un compañero de clase nunca llevaba merienda. El chico le dijo que no tenía harina en casa y que por ese motivo no podía llevar pan. El otro pequeño no se lo creyó y fue a comprobarlo con sus propios ojos a la casa del compañero. Removió todos los tarros de la alacena pero no encontró ni rastro de harina.

Gracias a aquel incidente se les ocurrió a los responsables de la escuela una gran idea. Entre los chicos, y con ayuda de los profesores, idearon un plan para almacenar el trigo y producir harina con la que luego hacer el pan. Desde entonces meriendan siempre sus propios productos y el excedente lo venden para obtener fondos.

Cambio ginecólogo por dentista

En San Carlos de Bariloche tuve verdadera conciencia de la gravedad de la situación económica que atravesaba Argentina. Meses antes, cuando estaba descendiendo por la costa Atlántica, conocí cerca de Carmen de Patagones a una familia que veraneaba en su casa de la playa. Eran de San Carlos de Bariloche y ahora tenía la oportunidad de visitarlos en su ciudad.

No había en sus caras ni rastro de la alegría que reflejaban cuando los conocí. Los ingresos familiares provenían del salario del marido, que era ginecólogo. Pero con lo que ganaba ahora no les alcanzaba para vivir. Habían tenido que apuntarse al sistema del trueque para canjear sus servicios profesionales de ginecólogo por los de un fontanero, un sastre, un dentista...

La mujer no trabajaba, pero había empezado a hacer postres para conseguir algunos pesos. Cuando unos meses antes los conocí en la playa tenían un coche «kilómetro cero». Ahora, unas semanas atrás, lo habían devuelto al concesionario porque no podían seguir haciendo frente a las cuotas.

La moneda oficial seguía siendo el peso argentino, que ya se cotizaba con el dólar cinco a uno, pero en la calle la verdadera moneda eran los servicios. Se cambiaba un bizcocho por unas horas de lavandería, un empaste de una muela cariada por un cambio de aceite del coche. El trueque había igualado, a la baja, a las personas. La clase media estaba desapareciendo por una ineficaz gestión política.

Me despedí de mis amigos deseándoles que recuperasen la sonrisa perdida en sus últimas vacaciones y me concentré en mis faenas domésticas. Aproveché para lavar toda la ropa. Al hacer recuento del vestuario eché en falta una camiseta térmica. Debí de haberse quedado en alguna curva del camino. Odiaba perder cosas y llevaba una mala racha. La camiseta, un sombrero y el plástico para poner debajo de la tienda... A ese ritmo iba a volver a España con menos equipaje del que tenía al salir.

Las cubiertas de Quirlig ya merecían un relevo. Alternando frecuentemente la cubierta delantera con la trasera, y sustituyéndolas por otras de tacos en los tramos de tierra y piedras, habían rodado más de diez mil kilómetros.

Ahora mi camino me alejaba de Argentina para cruzar hacia Chile. De ahí saldría por el norte hacia Perú. Para pasar las próximas veinticuatro horas me quedaban tan sólo cinco pesos argentinos, el equivalente a un dólar. No debería de tener problemas, pues tenía comida suficiente para los próximos dos días.

Estaba a más de mil doscientos metros de altitud y tenía que cruzar a Chile por el paso de Pérez Rosales. Incomprensiblemente, pues acababa de cambiarla, la cadena de la bici saltaba. Paré a revisarla y vi que un eslabón estaba a punto de abrirse. Lo apreté como pude, pero no tenía la herramienta adecuada. La lluvia no ayudaba a mejorar la situación y no se veía ninguna casa alrededor. Seguí pedaleando procurando no forzar la cadena y me detuve en la única casa que encontré. Le pedí al dueño unas tenazas para apretar la cadena. Como seguía lloviendo decidí esperar un poco a que amainara. El hombre estaba dentro de su casa, cobijado de la lluvia por el pórtico, y yo me encontraba en el exterior. Mantuvimos la típica conversación de besugos,

interrumpida tan sólo por incómodos silencios. Durante uno de esos silencios, que parecían durar una eternidad, pronunció la palabra mágica:

—Pasa.

Saqué los pies de las dos pequeñas piscinas en que se habían convertido mis zapatos y los puse cerca del fuego para secarlos.

—Irene está preparando la comida —me dijo el hombre—, si quieres esperar almuerzas con nosotros.

Víctor e Irene estaban jubilados y vivían de lo poco que tenían. Una huerta en la que cultivaban algunas verduras, y seis o siete vacas con cuya leche fabricaban queso para su consumo. La casa, construida por ellos, tenía el suelo de cemento sin lustrar. La cocina de carbón trataba, sin conseguirlo, de calentar toda la habitación. Las paredes de la casa estaban recubiertas por tiras de plástico que semejabán madera vetada.

—Cuando nos jubilamos no teníamos mucho dinero, pero logramos este terreno y construimos la casa. Con lo que nos sobró compramos unas vacas.

Ni coche, ni teléfono, ni televisión... Tan sólo su propia compañía en un entorno envidiable.

¿Por qué la vida no puede ser simplemente eso? Trabajar lo justo para vivir, no vivir para conseguir más y más cosas. Acumular demasiados artículos es inútil; te acaban quitando tu propio espacio vital. Ya habían sido varias las personas que había conocido en los últimos días, que mantenían esa misma filosofía de vida de vivir con lo imprescindible, y no parecían estresados en absoluto.

Afuera seguía lloviendo. Estaba a menos de cinco kilómetros de la frontera Argentina. Cuando llegué, todo el mundo me interrogaba con sus miradas. «¿Cómo se le ocurre a alguien andar en bici con la que está cayendo?», parecían decir.

Rellené los documentos de costumbre. Un policía se acercó para ofrecerme un lugar para dormir esa noche.

—Pero no hay calefacción, se estropeó hace una semana y no hay plata para arreglarla. Esto es la Argentina, hermano —me dijo sonriendo.

A pesar de la insistente lluvia, decidí superar esa tarde el paso de montaña y dormir en suelo chileno.

El camino era de tierra. Los ocupantes de los autobuses que esperaban pacientemente para cruzar la aduana me miraban con cara de compasión. Tenía claro que no me envidiaban. Tras sellar el pasaporte me despedí de Argentina. Tardaría más de medio año en volver a visitarla, y lo haría desde Brasil.

La carretera estaba en obras y el agua había convertido en barro y piedras lo que antes debió de ser asfalto. Torrentes de agua descendían de la parte superior de la montaña. Un coche me adelantó. Sus pasajeros me hablaban, pero no pude mirar hacia su interior. Estaba demasiado concentrado en mi propio sufrimiento.

Cuando coroné la cima comenzó a nevar. La velocidad del descenso hacía que las ropas caladas se me pegasen al cuerpo trasmitiéndome todo el frío y toda la humedad. Milagrosamente, arriba el camino de tierra y piedras se transformó en asfalto. Cuando llegué a la frontera chilena casi no podía hablar. Tenía los músculos de la cara bloqueados por el frío y me costaba articular palabra. El policía chileno me recomendó que descansara. Debía de ser tal mi estado, que cuando le pedí un cuarto para descansar me envió sin dudar al cuarto de las calderas. Allí monté el campamento esa noche y aproveché el calor desprendido por las máquinas para secar todas mis cosas. Afortunadamente todo el contenido de las alforjas estaba seco. En esos momentos me alegraba de haber hecho la inversión en unas alforjas resistentes al agua. Sin mis Ortlieb, no

volvería a hacer luego ningún viaje. Al menos tenía ropa seca para cambiarme, y mi saco de dormir estaba dispuesto a darme el calor que había perdido en esa jornada.

Cené sopa de apio y polenta con queso y me preparé una taza de té. Era el acompañamiento perfecto para el último trozo de torta galesa que conservaba para un momento como ese.

A la mañana siguiente me despedí de Antonio, el jefe de aduana, que me consoló diciéndome que hacía tiempo que no llovía tanto. Es el típico comentario que, por estúpido que parezca, a uno le sube la moral.

Sin Maxi no sigo

Con algo de sol volví a la carretera, que se adentraba en territorio chileno por un paisaje de inusitada belleza y aromáticos bosques formados por una compleja mezcla de especies forestales de todo tipo.

No sé por qué razón eché un vistazo a la parte delantera de la bici y observé que en el asiento del avión había un hueco. Maxi no estaba. Apreté con fuerza los dos frenos y me detuve en seco. No podía ser que Maxi se hubiera caído del avión. ¿Cuándo había ocurrido? ¿Ayer, hoy, hace un kilómetro, siete...?

A pesar de que el camino hacia atrás era de subida no lo dudé y retrocedí. Iba en dirección contraria mirando preocupado a todos los lados en busca de la pequeña Maxi. Los pocos vehículos con los que me cruzaba hacían sonar sus bocinas, por si acaso no me había dado cuenta de que estaba yendo en dirección prohibida.

Mi corazón se aceleraba. Llevaba más de un kilómetro y no había rastro de Maxi. Era improbable que la encontrara. Su tamaño era inferior a un centímetro y medio y con la caída y el rebote en el suelo podía estar en cualquier lado.

Pero no podía abandonarla. Me sentía responsable de su pérdida. Si fuese necesario retrocedería diez kilómetros. Teníamos una relación especial. Como si fuera mi confidente, le había revelado muchos temores, muchas penas y muchos secretos.

De repente la vi. En mitad del arcén, inerte. Respiré aliviado. La recogí con cuidado y, como en la parábola del hijo pródigo, no le reproché su partida. Pero tenía que tomar medidas.

Abrí la alforja del manillar y saqué el pegamento de contacto. Tan sólo unas gotas fueron suficientes para que la comandante Maxi no tuviera más tentaciones de hacer acrobacias.

Encontré un gran lugar para acampar. Delante de mí el lago Llanquihue, a la derecha el volcán Osorno y a la izquierda la pequeña población de Puerto Varas. Tras darme un placentero baño en el lago preparé pasta con salsa de cebolla, tomate y ajo para cenar. Encendí una vela y me puse a escribir en el diario: «83 km, 17 km de velocidad media, 4 horas y 50 minutos de pedaleo. Mañana llegaré a Puerto Montt. De ahí debo girar hacia el Sur para visitar la isla de Chiloé. Todo el mundo me ha hablado maravillas de esa isla, y algunos incluso me han dicho que es parecida a Asturias. Tras visitar Chiloé debo enfilarse hacia el Norte para recorrer esta angosta franja de tierra que es Chile. Al norte me espera el desierto de Atacama, el más árido del planeta. Contemplando el mapa de Sudamérica, Chile es un largo territorio aprisionado entre el océano Pacífico por el Oeste y Argentina por el Este. Si no lloviera tanto sería perfecto. Quirilig se porta de maravilla, a pesar de los problemas de los últimos días con la cadena, y Maxi, tras el susto que me dio saltando del avión, parece que esboza una sonrisa cuando me ve. Se podría decir que hemos vuelto a hacer las paces.

»Recuerdo a Víctor e Irene, los jubilados que me invitaron a compartir su potaje de maíz y carne. Ellos tan sólo se preocupan por tener suficiente comida para el invierno. El resto no les importa. Me recuerdan a mí. Saciada el hambre, un buen libro es una gran compañía. He terminado ya el de Harry Potter, así que debo buscar uno nuevo en Puerto Montt. Pero eso será

mañana, ahora estoy muerto de sueño, a pesar de ser tan sólo las ocho de la tarde. Será porque aún no me acostumbro al nuevo horario. En Chile en esta época del año hay una hora menos. Y a pesar de que llevo varios días en este país, hoy me he enterado de la diferencia horaria, así que hoy mi día ha sido de veinticinco horas. Es curioso pensar que los seres humanos aceptamos que el día tiene veinticuatro horas, la semana siete días..., sin considerar que las semanas podrían ser por ejemplo de diez días o de tres. Yo al menos desde que estoy viajando he eliminado los fines de semana. Todos los días tienen un aire muy parecido. Los encuentros del camino, los golpes de buena suerte y los días malos. Todo forma parte del camino que he venido a recorrer. Bueno, mañana escribo más, hoy se me termina la vela y se me pliegan los ojos».

Puerto Montt es una ciudad puente entre la Patagonia chilena y el norte del país. Fue fundada en 1853 por Manuel Montt, quien como puede deducirse no dudó en ponerle su propio apellido.

Su puerto, de profundo calado, bullía de actividad la soleada mañana que llegué. Observaba el golfo de Ancud, tratando de avistar la isla de Chiloé, cuando una chica rubia, montada en bicicleta, enfiló hacia mí:

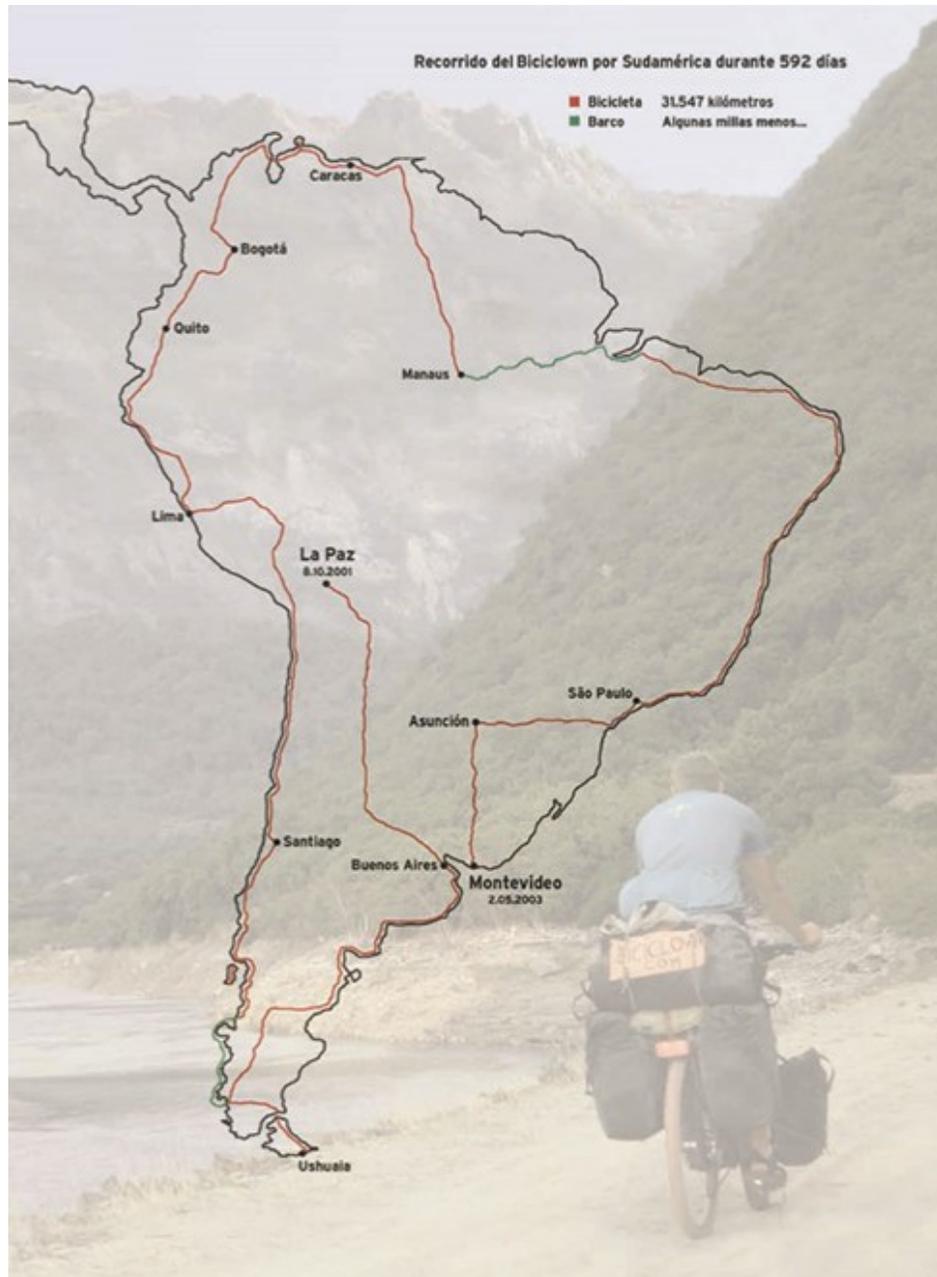
—Where do you come from?

—De España —le contesté.

Ella era canadiense, de Quebec, y estaba recorriendo América en bicicleta de norte a sur. Lo hacía recolectando dinero para una fundación de niños en fase terminal. Hacía un par de días que había llegado a Puerto Montt y estaba buscando repuestos para sus frenos. No había encontrado nada en las tiendas de ciclismo, así que le di un par de zapatas que yo tenía de recambio. Su plan de viaje incluía Chiloé, mi próximo destino. Quedamos en vernos al día siguiente a la salida de la ciudad, para recorrer juntos la isla.

Ella estaba alojada en un hostel a las afueras. Yo me fui hacia el obispado a buscar un lugar para descansar y, de camino, me detuve en el diario local para hacer una entrevista. La publicarían dos días más tarde con una foto en portada y a color bajo un titular premonitor: «Recorre el mundo haciendo reír gratis».

Recorrido del Biclown por Sudamérica durante 592 días



Ushuaia, más abajo sólo el Polo sur



Parque Nacional Torres del Paine



El volcán Osorno me da los buenos días



Restaurante "Las Dunas", Atacama



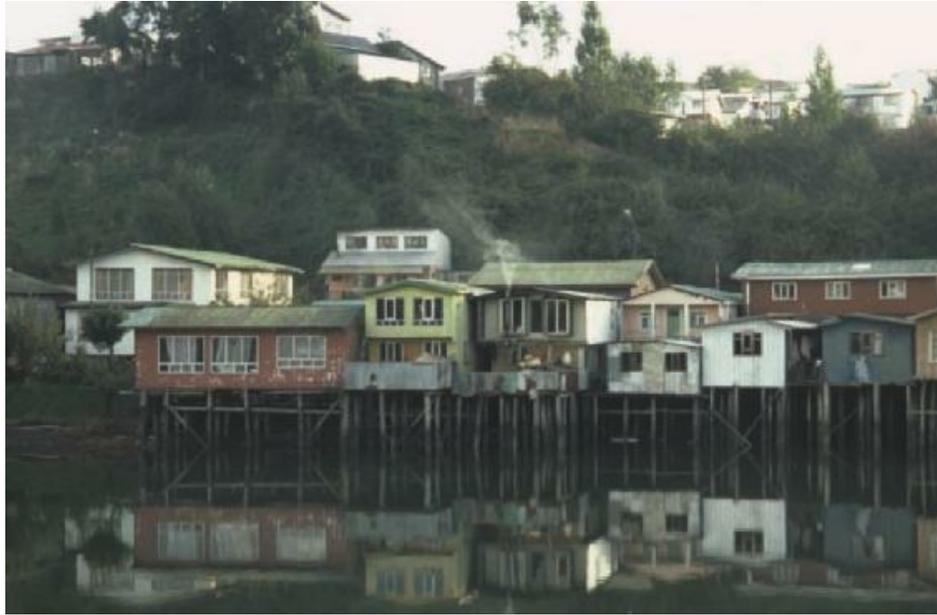
Desierto de Atacama



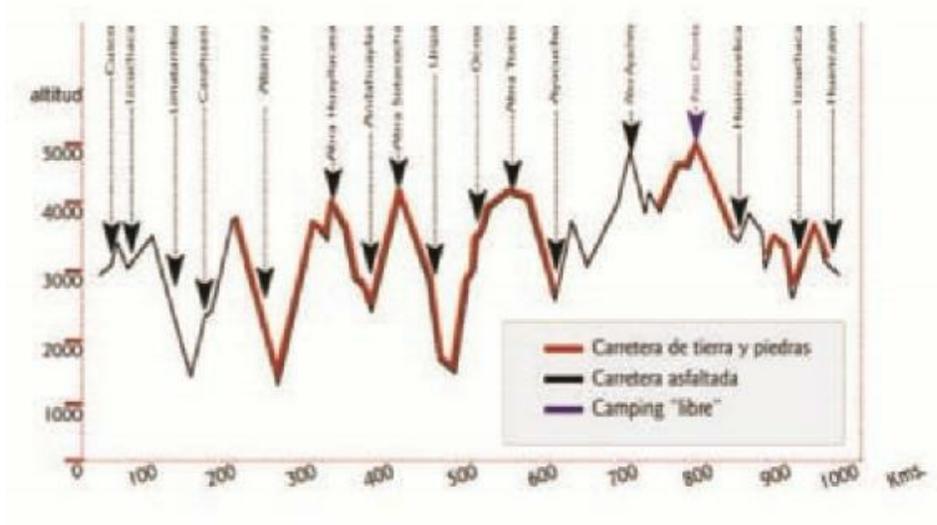
Puerto Montt, foto para la prensa



Plafitos de la Isla de Chiloé



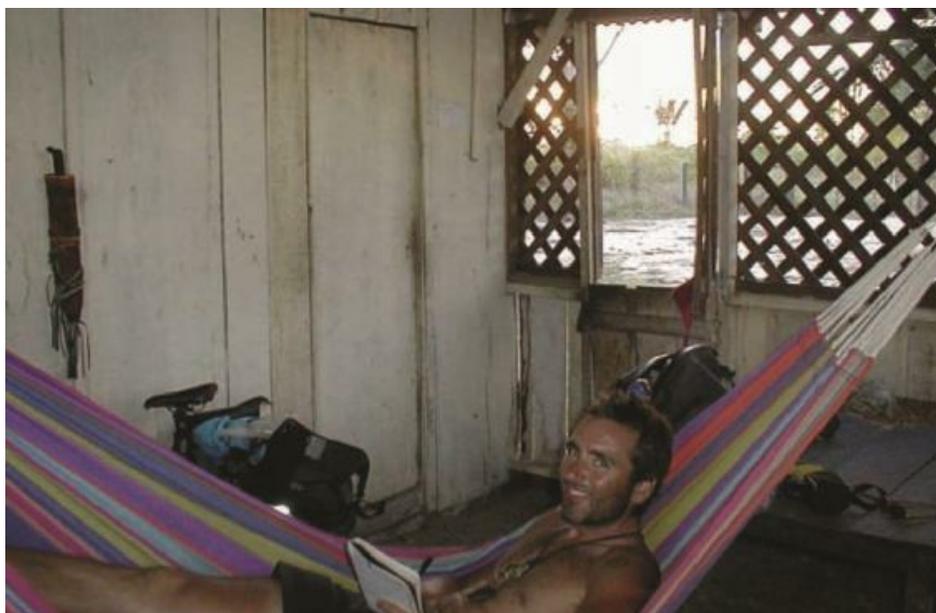
La montaña rusa en los Andes



¿Viajas solo?



Colchones brasileños



Al final, Montevideo





El Biciclown

*El payaso de los niños
con la risa como el cielo,
mirada de sorpresa curiosa
y nariz ROJA... ¡por supuesto!*

*Gigante en la ternura,
cabezudo con los sueños.*

*Domador de autoridades,
amigo de bomberos.*

Malabarista de altos vuelos.

*Trapecista de la alegría
y mago de la tristeza.*

*Marioneta del camino.
Y en el alma: BICICLETA.*

*En resumen... un hombre,
sólo un hombre solo y su sueño.*



Paloma La Pluma Reina de la Pista

**Estrofas compuestas por una amiga del camino,
con la siguiente dedicatoria premonitoria:
<<Quién sabe si algún día podras ponerlas en venta
y financiar asi tu próximo viaje>>**

Nos encontramos en el lugar acordado. Mientras aguardábamos el barco que nos debía cruzar a la isla de Chiloé, Christine me contó su viaje.

Había salido de Alaska hacía más de un año. A las pocas semanas se cayó y se fracturó el hombro. Aún conservaba la camiseta que llevaba ese día, en la que se apreciaba un gran parche a la altura del hombro izquierdo. Siguió pedaleando, pensando que el dolor ya pasaría, pero tras atravesar todo Estados Unidos aún tenía molestias. En México un médico le hizo unas radiografías y le preguntó cómo podía hacer para pedalear con el hombro roto. ¡Llevaba tres meses en bicicleta con un hombro roto! Había que operar. Su seguro de accidentes sólo se hacía cargo si regresaba a Canadá para la intervención. Dejó la bici en México y volvió a Quebec. Durante su convalecencia en un hospital, los medios de comunicación dieron a conocer su historia y un chico, ciclista también, fue a verla al hospital. Se enamoraron en la sala de rehabilitación. Él la acompañó a pedalear desde México hasta Perú. Lleva dos meses sin su príncipe azul y sólo deseaba terminar en Ushuaia para regresar a casa y reencontrarse con él.

¡Qué bonito es el amor!, pero que asquerosamente dulzón e indigesto cuando nos toca ser espectadores.

El barco hizo sonar tres veces su potente bocina. Nada más atracar en la isla de Chiloé, un hombre vino a ofrecernos cangrejos. Tenían un aspecto irresistible y un tamaño descomunal. Compramos un par, que devoramos con avidez en la desierta plaza del pueblo. Experimentaba sensaciones nuevas al viajar acompañado. No recordaba lo que era poder hablar con alguien, solicitar su opinión ante un plato de comida, o tener que mirar para atrás en la carretera.

Terminados los crustáceos pedaleamos hasta Ancud, una de las tres ciudades más importantes de la isla de Chiloé. Realmente la isla era tan parecida a Asturias como me habían dicho. Las vacas dedican su tiempo a espantar moscas y al hacerlo esparcen por la isla el azucarado aroma de los manzanos. Pedalear por ella es retroceder cuarenta años, cuando todavía las máquinas no habían absorbido la capacidad de ensoñación.

El encargado de cultura de Ancud, Carlos, mostró un gran interés por mi proyecto y nos acompañó al barrio de Las Araucarias, a las afueras de la ciudad. Nos dijeron que esa noche podríamos dormir en el suelo de un viejo edificio que hacía las veces de centro cultural. Con el asunto del alojamiento resuelto, tratamos de organizar el espectáculo para el día siguiente. Carlos pretendía que lo hiciera allí mismo pero en aquella sala sólo cabían cincuenta personas.

—Carlos, hay que buscar otro lugar —le dije.

—Esto es lo único que tenemos. Si no se puede hacer el espectáculo pues nada.

Las palabras de Álex en el refugio del cerro Zapata asomaban una vez más por el horizonte.

—Tiene que haber otro espacio mayor donde se pueda hacer, tal vez una escuela —le repliqué.

Christine, aunque no hablaba español, asistía sorprendida al diálogo. No entendía la conversación, pero presentía por mis gestos que no era nada bueno. Lo que me sacaba de quicio era la falta de energía de Carlos. Su espíritu había evolucionado de la ilusión inicial a la más completa apatía.

Nos retiramos a dormir dejando que las cosas madurasen por sí solas. Mucho más no se podía hacer.

El obispo de Ancud era de Burgos y su secretaria de Quebec. Era inevitable, con esas raíces, que Christine y yo fuéramos a verlos. Juan Luis Ysern, con setenta años, era un obispo atípico. Tenía triple nacionalidad: española, chilena y hui-liche. Nos puso al tanto de la historia del lugar mientras tomábamos un café en su despacho:

—Los primeros en habitar estas islas fueron los chonos, que en sus canoas, denominadas

dalcas, recorrieron este mar interior. Desaparecieron en el siglo XVII. Fueron desplazados al sur por los indios huilliches, cuya presencia humana y cultural dotó, durante quinientos años, de costumbres y lengua propias a esta zona de Chile. Los huilliches fueron expropiados de sus tierras, a pesar de su reconocimiento oficial por el Gobierno de Pinochet como únicos titulares.

—¿Y ya han conseguido los títulos de propiedad de sus tierras? —le pregunté.

—La lucha aún continúa —zanjó el obispo.

Por el empeño que ponía en disolver el azúcar en su taza de café, dándole vueltas y más vueltas, intuí que era uno de los principales defensores de los derechos de los huilliches.

Lo invité al espectáculo del día siguiente pero me imaginé que no acudiría, como así fue. Los títulos de propiedad de las tierras de los indios huilliches no podían seguir durmiendo el sueño de los justos.

La noche había hecho su efecto y Carlos había encontrado una escuela idónea para el espectáculo. Esta vez yo le había ganado la partida a Álex.

El director estaba encantado y ofreció toda su colaboración. Las puertas del colegio se abrieron para que pudieran acceder los vecinos del barrio de Las Araucarias, a quienes Carlos se había comprometido a convocar para la tarde.

A las cinco de la tarde, el salón del colegio estaba abarrotado de escolares, pero no había presencia de adultos. Carlos se acercó al improvisado camerino que era el despacho del director de la escuela, para preguntarme si estaba listo para comenzar.

—Cuando quieras, pero ¿no faltan los vecinos del barrio?

—Se me olvidó convocar a la gente —me contestó.

Odiaba esos momentos en que tenía que salir a hacer reír a personas a quien más bien me gustaría darles una patada en el culo.

Al terminar el espectáculo Carlos vino a felicitarme. Tuve que callarme para no ser demasiado ácido y decirle lo que pensaba.

Ángeles con forma humana

Con el ánimo un poco bajo, salimos hacia Castro. Christine poco podía ayudarme. Para ella el espectáculo había sido un éxito y le costaba entender mi consternación.

Llegando a Castro, me acordé de la carta que me había redactado el capitán del barco con el que navegué por los canales chilenos. Su hermano, Osvaldo, ejercía de cura en Castro. Cuando llegamos a la iglesia una furgoneta salía del garaje. Tuve una intuición y aceleré para preguntarle si conocía a Osvaldo.

—Sí, soy yo.

Nos mandó que lo siguiéramos por las cuadriculadas calles de Castro, hasta la casa de ejercicios espirituales. Aparcamos fuera las bicis y entramos a ver al responsable. Tras una puerta de la que colgaba un gran dibujo con un cigarrillo tachado, nos esperaba un cura de película. De su boca colgaba un cigarrillo encendido a punto de consumirse.

Vestía unos pantalones de cuero negros a juego con un chaleco del mismo material. Leyó sin ganas la carta de presentación que amablemente había redactado el obispo de Ancud y, sin sacarse el cigarrillo que ya estaba a punto de quemarle los labios, nos preguntó:

—¿Y cuántos días queréis quedaros?

—Una o dos noches.

—Está bien —respondió quitándose por fin el cigarrillo de la boca—; si permanecéis más, tendréis que pagar.

Tras la amarga experiencia de Ancud había decidido no volver a actuar en Chiloé. Christine quería quedarse un par de días en Castro. Su novio estaba bastante celoso de que viajase en compañía de otro ciclista. Necesitaba hablar con él y tranquilizarlo.

Por mi parte no debía preocuparse. Christine, aun siendo atractiva, no era mi tipo. Conviviendo todo el día con una persona hay mil gestos que no pasan desapercibidos y que van mucho más allá de unos lindos ojos.

Aproveché los dos días para actualizar la web y subir nuevas fotos. Mientras, Christine extinguía el incendio originado a miles de kilómetros de distancia.

En Quellón nos separaríamos. Christine continuaría su descenso hacia Ushuaia y yo daría un giro de ciento ochenta grados para enfilarse hacia la capital del país, Santiago de Chile. La última gran población de Chiloé es Quellón, al sur de la isla. Si cabe, es un poco más tranquila que las otras dos ciudades. El padre José Luis no puso objeción alguna para que durmiéramos esa noche en una casa vacía que lindaba con la iglesia.

Le conté la mala experiencia de Ancud y me dijo que no lo pillaba de sorpresa.

—Ayer representaron aquí La Casa de Bernarda Alba y aunque era gratuito acudieron nada más que sesenta personas. La gente de esta isla es así. ¿Pero te noto triste...?

—Lo estoy —le dije a punto de llorar.

No sé qué me hacía estar tan bajo. Tal vez fuera por Christine. Habíamos viajado juntos tres días y sin embargo no me sentía acompañado. Era más bien como viajar con una sombra, pero no con alguien que compartiera sus risas. Estaba como ausente. Tal vez fuera porque estaba pensando

ya en llegar, más que en estar aquí. Hablaba mucho; pero cuando ella quería y de lo que quería.

Tal vez yo sentía envidia porque ella tenía una bonita historia de amor y estaba a punto de culminar su proyecto...

Del diario de viaje:

«Ahora ella está durmiendo, y yo alimentando el fuego de la cocina de leña para que se seque la ropa. Saber que hay alguien ahí arriba que viaja contigo, pero que no es nada tuyo... Siento como si la molestara porque yo no soy su novio. Ha sido un día duro. Más de 100 km en bici por una carretera llena de subidas y bajadas, con muchos tramos en obras llenos de barro y..., mañana sigo solo. Su compañía estos días me ha recordado mi soledad».

En el desayuno estuvimos una hora y media intercambiando información y direcciones de interés de nuestros respectivos caminos y la acompañé al muelle. En el malecón encontró dos mochileros ingleses que iban en el mismo barco. En menos de treinta segundos ya nos habíamos despedido y ella había entablado una animada conversación con los dos chicos. Sentía que me mareaba, como si fuera yo el que estaba en un barco.

Me giré y fui a buscar un camión que me dejara trescientos kilómetros más al norte, para no volver a hacer el mismo camino en bici que había hecho en tres días con Christine. Al ser domingo había pocos vehículos, tan sólo algún camión que no partiría hasta las cinco de la tarde. Una fuerte subida separaba la ciudad de la carretera principal, pero ante la ausencia de coches me puse a pedalear. La sirena del barco que se llevaba a Christine hacia el final de su viaje sonó con fuerza. A los tres minutos de comenzar a pedalear un camión pasó en dirección contraria. El conductor, sin motivo aparente y sin que yo le hubiese hecho señal alguna, dio la vuelta. Se puso a mi altura y me dijo:

—Si quieres te subo la cuesta y te ahorras media hora.

—A veces Dios me envía ángeles con forma humana —le dije, y subí la bici a la caja del camión.

Me hubiera costado por lo menos una hora llegar al punto superior de la carretera y no sé de dónde hubiera sacado la energía para hacerlo.

Como yo iba en la caja sujetando la bici no crucé una sola palabra con el conductor. Al llegar arriba detuvo el camión para bajarme.

—Quiero colaborar contigo —me dijo sacando dos mil pesos (casi tres euros) de la cartera.

Rompí a llorar. De improviso un hombre que no me conocía de nada daba la vuelta a su camión, me subía la cuesta y encima me regalaba dinero. Aquello era inefable.

—No lo puedo aceptar —le agradecí con la voz entrecortada.

—Acéptalo como un amigo —me replicó abriéndome la mano para meterme el billete.

—Perdona; es un día duro para mí. Muchas gracias, hermano. Se subió al camión y dio la vuelta hacia Quellón.

Para no desentonar y acompañar mi llanto el cielo rompió a llover.

Como la carretera estaba en obras, el tráfico estaba interrumpido en algunos tramos. Una trabajadora, al ver que quería parar un coche para Puerto Montt, me quiso dar dinero para el autobús. Esa vez no lo acepté y me detuve a esperar a que un coche me llevara. Tras media hora de espera apareció una camioneta. Cuando fui a preguntarle si iba hacia Puerto Montt el conductor me preguntó:

—¿Dónde está tu nariz de payaso?

Había leído el artículo del diario El Llanquihue. Me subí con la bici a la parte de atrás de la camioneta y dejé que el aire dulzón de los manzanos me secase las lágrimas.

Un hotel de cerdos

De camino a Villarrica pasé por Frutillar, una hermosa localidad fundada por alemanes. Su idílico paseo circunda una parte del lago Llanquihue, el mismo en el que me había bañado días atrás.

Un par de matrimonios recorrían el paseo. Su acento español no me pasó desapercibido.

—Hola. ¿De vacaciones? —les pregunté.

—¿Eres español?

—Sí.

—¿No serás el payaso que viaja por Sudamérica?

—Pues sí.

—Habíamos leído algo sobre ti en El Correo Vasco, estos días atrás que estábamos en España.

—¿Vivís aquí?

—No, estamos enseñando Frutillar a estos amigos de España. La que hablaba era Olga.

—¿Tienes pensado ir a Santiago de Chile? —me preguntó.

—Pues sí, está en mi camino hacia Ecuador —les dije riéndome.

—Toma nuestro número, para cualquier cosa que necesites nos llamas cuando llegues.

—Muchas gracias, nos vemos por la capital.

Me subí a la bici y enfilé hacia Villarrica. Era agradable que a uno lo reconocieran por la calle, pero más aún que lo invitaran a su casa.

No tenía en mente escalar el volcán Villarrica, pero se presentó la posibilidad cuando conocí a Erna, que dirigía una agencia de viajes en esa ciudad. Estuvimos toda la tarde hablando de temas tan variados como la temporada turística o la poesía. Me convenció para que intentara subir al volcán Villarrica. A la vista de las fotos de su agencia, aquello era una experiencia única. Ya era de noche cuando me preguntó:

—¿Dónde vas a dormir hoy?

—Supongo que aquí, en la agencia —le contesté sonriendo.

Para ascender al volcán Villarrica había que ir a Pucón, a unos veinticinco kilómetros. Me probé la ropa y los crampones en la agencia local y fui pedaleando hasta la base del volcán. En una casa en construcción, con buenas vistas del volcán, monté la tienda. Parecía que esa noche llovería.

Probé suerte con el aparejo de pesca en el río que discurría cerca de la casa, pero no era mi día. Así que regresé a prepararme la cena. Un hombre se acercó:

—¿Vas a dormir aquí?

—Esa era mi intención —le contesté.

—Bueno, pues cuida la casa. Si viene alguien me avisas, vivo aquí cerca.

—No se preocupe, estoy de paso y mañana me voy. Muchas gracias.

Para llegar puntual a la cita con el volcán debía levantarme a las cinco y media de la mañana. Pero la contemplación de la luna reflejándose en las nieves de la montaña compensaba el

madrugón.

Parecía que el tiempo nos permitiría el ascenso. Debíamos subir mil cuatrocientos cuarenta metros. En total fueron casi siete horas de pateada. Afortunadamente mi preparación con la bici era perfecta para ese tipo de excursiones. Formábamos la cordada tres belgas, dos ingleses, un italiano y yo. También venían dos brasileños, pero a la primera hora de ascensión entendieron que la aclimatación en las playas de Copacabana no era suficiente y se dieron la vuelta.

El volcán Villarrica es el segundo más activo de Sudamérica, de ahí que tuviéramos que subir con máscaras de gas. Cuando llegamos arriba estaba nevando y soplaban un fuerte viento. El gas que desprendía el volcán nos hacía toser. Sacamos la foto de rigor y descendimos. El guía, Juanito, me confesó que subió por mí, porque sabía que yo tenía ilusión por llegar arriba, ya que las condiciones meteorológicas aconsejaban el descenso. Ese día fuimos el único grupo que subió.

Abajo brindamos con cerveza por la ascensión. Me daba un poco de vergüenza, porque para esa gente aquello había sido una gran ascensión y a mí me parecía más una excursión de domingo. Pero evidentemente no estábamos en la misma línea de acción.

Un coche de la agencia me llevó a Villarrica. Había quedado con Erna para cenar a la cazuela. En el recorrido la pobre Maxi sufrió un percance y se rompió el alerón trasero de su avión. Me dio mucha rabia. Verla con el alerón roto me partía el corazón.

Erna me esperaba con una sorpresa. Había pintado el nombre de mi web en un trozo de camiseta vieja que yo había encontrado días atrás en la carretera. Lo pondría sobre la alforja trasera, para que los coches tuvieran algo que leer. Tal vez así aflojasen un poco la velocidad al adelantarme.

En cuanto al alerón del avión de Maxi, Erna me dijo que no me preocupara.

—Los mejores artesanos de madera son los de esta zona. Mañana te llevaré a ver a Heraldo. No tendrás problema.

Aunque era Sábado Santo, es decir, festivo, Heraldo estaba en la fábrica. Era el único, porque sus dieciocho empleados tenían el día libre. Para reemplazar el alerón perdido de Maxi utilizó madera de alerce:

—Es la más resistente al agua. Aquí la emplean para recubrir las casas por el exterior —me comentó.

En una hora Maxi pilotaba de nuevo el avión. Me despedí de Heraldo y me puse en marcha. Con el avión reparado, Maxi recuperaba su cautivadora sonrisa.

Entré a Chillán Viejo y seguí los carteles que marcaban el camino del ayuntamiento. Ir a solicitar colaboración a las autoridades civiles, como ahora, o ir a pedirlo a las eclesiásticas, era pura casualidad. Alguien guiaba mis pasos sin yo saberlo. En esta oportunidad mi ángel protector hizo una buena elección.

Llegué a Chillán Viejo y en la alcaldía pregunté directamente por el alcalde. Su secretaria, Mónica, me recibió con una gran sonrisa. Avisó a su jefe y salimos los tres al patio a hacernos una foto. Flanqueado por el traje gris del alcalde y la minifalda azul turquesa de Mónica, mi pantalón remendado de ciclista superó con dignidad el trance protocolario.

El alcalde, enterado del propósito de mi viaje, ordenó a Mónica que me ayudaran en todo lo posible, y ella se lo tomó al pie de la letra. Me alojaron en un modesto hostel y se encargaron de mi alimentación. Pero lo más importante era que para el día siguiente ya tenían organizado mi espectáculo en un colegio de las afueras de la ciudad.

La habitación del hostel era minimalista; lo justo para dormir. La decoración armonizaba perfectamente con las dimensiones del cuarto. De una pared colgaba el único cuadro de la habitación. El motivo pictórico no podría haber sido mejor elegido. Era un árbol. Pero no

cualquier árbol. Era un bonsái.

La peluca que utilizaba para los espectáculos tenía la goma quemada por el sol y por estar tanto tiempo arrugada en las alforjas, así que decidí jubilarla y teñirme el pelo de azul.

Pregunté en varias peluquerías el precio y opté por hacerlo en una que me ofrecía un buen descuento. La dueña puso todo su empeño en teñirme de azul pero no lo consiguió. A los dos días de lavarme el pelo, éste se había vuelto blanco. Una semana después era rubio.

A los chicos del colegio poco les importó que no tuviera peluca. Algunos querían teñirse el pelo también. El alcalde acudió al espectáculo y, dando muestras de buen humor, colaboró activamente en una parte del mismo.

Poco más tarde continué mi marcha, esta vez con el pelo blanco. Maxi me miraba con cara de no entender nada.

Atardecía y no encontraba un lugar para plantar la tienda. El termo mágico no me sirvió de ayuda aquella tarde-noche. Me detuve en una casa cerca de la carretera. Un hombre arreglaba unas flores en el jardín. Le pregunté si había alguna casa en construcción por ahí cerca en la que pudiese refugiarme, pero me contestó negativamente.

—Aquí no hay más que mi casa y las tres de ahí abajo.

Resignado a continuar buscando, me ofreció dormir en su jardín. Lo que él llamaba jardín era en realidad una especie de porche, cubierto en parte por planchas de metal. El porche estaba orientado hacia un terreno de barro en el que los cerdos retozaban.

—No te preocupes, los cerdos los guardo en el cobertizo por la noche —me comentó para mi consuelo.

Era demasiado tarde para buscar otro lugar y ese, con cerdos y todo, me parecía genial. Cuanto más cansado me encontraba, menos exigente me volvía para dormir.

Me trajo una palangana con agua para que me lavara por partes. Tras el aseo de emergencia preparé mi cocina para hacer un arroz, pero Ramiro me ofreció cenar con él. Había preparado papas con cerdo. Imaginé que ese cerdo sería hermano de alguno de los que estaban revolcándose en el barro.

El interior de su casa era un desastre. Polvo y mugre se disputaban un lugar en los viejos muebles. Una amplia habitación servía al mismo tiempo de dormitorio, comedor y sala de estar. Se notaba que Ramiro llevaba unos cuantos años de viudo.

Pero la parte de la casa de la que más orgulloso se sentía era su jardín.

—En mi jardín hay más flores que en el de mis vecinas —afirmó con orgullo. Apartó un jarrón que tenía con flores... artificiales, y trajo de la cocina una olla con comida. Tras la cena me ofrecí a lavar los platos. Pero no me dejó.

—Yo no tardo nada, mira —decía al tiempo que echaba un poco de agua en los platos y la vertía directamente en el suelo de cemento de la cocina.

Me retiré a dormir a mi tienda. Tardé un par de horas en conseguirlo, porque la casa estaba tan cerca de la carretera que estuve escuchando los camiones pasar toda la noche. Los cerdos, alojados en el cobertizo a menos de cinco metros de mi tienda, tampoco pegaron ojo. Debían de tener tanto frío como yo; se quejaban continuamente con agudos chillidos.

Al día siguiente me levanté roto de cansancio. Ramiro me convidó a desayunar queso fresco que mi estómago primero y mi cabeza más tarde me ordenaron rechazar. Ese queso llevaba por lo menos seis días fuera de la nevera.

Asturianos en Santiago de Chile

Para entrar en las grandes ciudades utilizaba la universalmente famosa «táctica del pulgar». Haciendo dedo evitaba tener que pedalear por carreteras radiales en las que lo más fácil era que me perdiese. Además el conductor me iba informando de la situación de la ciudad: barrios conflictivos, últimas novedades políticas o económicas, talleres de bici... Esto último era lo que más necesitaba ahora. La cadena seguía fallando y, debido a la lluvia de las últimas semanas, el cuentakilómetros había dejado de funcionar. Las cubiertas de la bici que cambié en Bariloche no dieron buen resultado, porque eran demasiado finas y costaba mucho quitarlas cuando pinchaba. En fin, que Quirlig requería un «lifting».

A veinte kilómetros de Santiago de Chile me detuve en una gasolinera y enseguida encontré a alguien que se ofreció a acercarme a la capital.

—¿Adónde te llevo? —me preguntó solícito.

—Pues no sé, la verdad es que lo más urgente es reparar la bici en un taller.

—Bueno, pues te dejo en la calle de las bicicletas.

En Sudamérica suele ser frecuente que todos los negocios del mismo ramo se hallen distribuidos por barrios. Aquí zapateros, allá tiendas de bici y en la otra parte curtidores. Bastaba desplazarse al barrio adecuado para hacer una pesquiza de precios y elegir lo más adecuado.

Tras deambular toda la mañana por diferentes tiendas de bicis, realicé las compras necesarias. Era más dinero del que tenía pensado gastar. Al cuentakilómetros nuevo se sumaron un par de guantes (los viejos estaban en las últimas), otra cadena, un par de cubiertas nuevas y un desviador para el cambio, pues el de Quirlig tenía las ruedecillas desgastadas y no había repuesto sólo para ellas.

En total casi noventa mil pesos para la señorita. Unos ciento veinticinco dólares. Mi presupuesto para vivir un mes. Pero bueno, la chica se lo merecía, ¡ya llevaba más de diez mil kilómetros!

Un amigo de Toto, el payaso que conocí en Punta Arenas, me esperaba para ayudarme a preparar el espectáculo. Tan sólo me pude quedar en su casa un par de días. Y menos mal, porque era un desastre: la informalidad en persona.

El día que por fin conseguí organizar todo para hacer el espectáculo, el amigo de Toto había quedado en llevarme unos repuestos que necesitaba para mi actuación. Se haría en un barrio muy humilde, en cuyas aulas estudió el famoso futbolista Iván Zamorano. El chaval apareció con las cosas cuando ya había terminado la función.

Recordé que tenía el teléfono de los vascos que había encontrado casualmente en Frutillar y decidí probar suerte. Olga y su marido eran todo lo contrario. Enseguida me dijeron que me fuera para su casa. Ésta se hallaba en un barrio de la clase alta en el norte de la ciudad, a más de quince kilómetros de mi alojamiento actual.

Atravesé la caótica y bulliciosa Santiago y llegué a su chalé. El día anterior había dormido en el suelo en casa del amigo de Toto y hoy me tocaba un cuarto para mí solo. Las sábanas, en delicados tonos azules, hacían juego con la lámpara de la mesilla de noche, y ésta con los

mosaicos del baño. A mi cuerpo le costaba acostumbrarse a estos cambios.

A pesar de que no había mucha diferencia de edad entre Olga y yo, me trataba como a un hijo. No me resistí. Era agradable sentirse arropado de nuevo y Santiago de Chile era una ciudad bastante inhumana. Una ciudad en la que el hombre no era la medida de las cosas.

El tráfico era insoportable y provocaba unos niveles de contaminación altísimos. Pero esa anárquica circulación había dado lugar a nuevos puestos de trabajo: Eran los «sapos», personas que iban anotando el tiempo de paso de los autobuses urbanos, para que sus conductores aumentaran o disminuyeran la velocidad. El salario de los sapos era abonado directamente por los conductores de autobuses. Cada vez que daban una vuelta completa en su recorrido diario, un sapo se subía y le cantaba la información:

—El 18 a dos minutos y el 25 a cinco minutos.

Parecían cronometradores de equipos de Fórmula 1, y a todos los ocupantes del autobús nos hacían partícipes de su angustia. Todo el pasaje deseaba que el conductor acelerase y adelantase a la línea 18 y a la 25. Pero las instrucciones del sapo eran inútiles. En el caso de que el conductor quisiese ir más rápido era imposible. El tráfico estaba colapsado y no se podía correr más.

Los pasajeros que querían bajarse eran lanzados del autobús en marcha metros antes de llegar a detenerse. No había paradas establecidas. El bus cargaba pasajeros cuando alguien lo llamaba desde la acera. No importaba que se hubiese detenido diez metros antes, ni que para cargar el pasajero tuviese que atravesar dos carriles laterales llenos de vehículos. El salario de los conductores estaba en función del número de pasajeros que llevaban cada día. Por eso había una competición entre los chóferes por quitarse pasajeros.

Fui a ver a la colectividad asturiana al Centro Español. La instalación se asentaba en unos terrenos que en los años cincuenta compraron los asturianos emigrantes. Por eso el Centro Español contaba con bolera y hórreo.

Adriano Alonso, de la colectividad asturiana de Santiago, me invitó a comer un bisté con patatas cerca de la Casa de la Moneda. Regentaba una cafetería denominada El Quijote. El nombre del establecimiento era una alegoría de la vida de Adriano. De pequeño había cuidado ganado en su pueblo de Asturias, pero cuando estalló la guerra tuvo que emigrar. En Santiago de Chile ejerció casi todos los oficios conocidos, hasta juntar el dinero preciso para montar esa cafetería. Sus ojos reflejaban las muchas horas que había pasado delante de la caja registradora.

Su vida, como la de muchos emigrantes, era una vida de sacrificio, de lucha, de privaciones. Era un maratón corrido a ritmo de carrera de mil quinientos metros, en el que las raíces con la tierra se ahondaban cuanto más tiempo pasaba sin visitarla.

La quimera de juntar una pequeña fortuna y regresar a la patria se esfumaba entre el humo negro de Santiago. Ya no había manera de cumplir ese sueño. Con suerte, podría volver una vez cada dos o tres años a Asturias. Sus mejores amigos eran chilenos, sus hijos chilenos y sus nietos chilenos, pero él llevaba Asturias en el iris. Su mayor drama es que aquí era un «gallego» y en España un chileno.

Eloy y Raúl eran un caso atípico de inmigrantes. Pertenecían a la inmigración más joven llegada a Santiago. Regentaban un hotel en el barrio de Bellavista, en el que me ofrecieron hospedarme. La casa de Olga y Fernando me quedaba muy lejos para ir y venir cada día.

Ya cuando vi el hotel por primera vez presentí algo raro. La chica de recepción atendía a la clientela detrás de un mostrador defendido por una vidriera opaca. Desde su puesto, ni el cliente ni ella se veían la cara.

—¿Sabes qué hotel es este? —me preguntó cuando me vio entrar con la bici en la recepción.

—No, Raúl y Eloy me dijeron que me podía quedar aquí sin problemas.

—Bueno, es un hotel de amor —me respondió saliendo de detrás de la mampara que la ocultaba.

—Ah, ya. Bueno, no pasa nada, yo ya tengo «mi chica» —repliqué señalando a Quirlig.

Los dueños, Eloy y Raúl, me invitaron a comer. Estaban bastante sorprendidos del viaje que estaba haciendo. Sin entrar siquiera a valorar el tema de las actuaciones gratuitas, el hecho de viajar en bici les llamaba mucho la atención.

Como no podía ser menos, salió el tema de las relaciones de pareja.

—¿Y desde que has salido de España no has tenido relaciones? —me preguntó Eloy.

—Cuando tenga que ocurrir ocurrirá, pero no es una necesidad vital. Tantas horas encima del sillín deben de apagar un poco el deseo —les expliqué.

—Eres mala propaganda para nuestro negocio—me dijo Eloy riéndose.

De nuevo el Internet me traía novedades. Una chica de Valparaíso me daba a conocer por correo electrónico una organización denominada TAC: Taller de Acción Comunitaria. Desarrollaba programas sociales y de concienciación colectiva, trabajando para la gente del cerro Cordillera, una humilde zona de Valparaíso. Estaría encantada de que pudiera actuar para el TAC. No tenía que preocuparme de la organización, ella lo haría todo: música, público, prensa... Tras la mala racha de la última actuación necesitaba una que me devolviera la moral. Y está claro que el que no arriesga no gana.

Casualmente, los asturianos de Valparaíso habían venido a Santiago de Chile a jugar un torneo de bolos y me fui con ellos en el autobús de vuelta. Salimos después de comer, en torno a las cinco de la tarde. Ale, la chica de Valparaíso, iría a esperarme a mi llegada. El viaje no debería durar más de cincuenta minutos, pero fueron más de tres horas. El equipo de bolos, integrado sobre todo por gente mayor, hacía constantes paradas para repostar. Si por ellos fuera, hubieran seguido de viaje hasta Perú. Tenían más peligro que un diabético en una pastelería. A la una de la mañana llegamos a nuestro destino.

Valparaíso es una hermosa ciudad, que por cierto estaba hermanada con Oviedo. Nunca he entendido el sentido de esos hermanamientos entre ciudades. Creo que no aportan más que unos cuantos viajes de políticos, unas buenas comidas a costa del erario público y un escudo a la entrada de la ciudad. Pronto caen en el olvido. El verdadero hermanamiento entre los pueblos tiene más que ver con la convivencia mutua que con las banderitas.

Ale tampoco lo entendía. Formaba parte de una organización denominada Movimiento Furiosos Ciclistas, que promovía el uso de la bici en los desplazamientos urbanos. Era una inquieta estudiante con energía suficiente para mover todos los autobuses de la capital chilena, sin tener que recurrir a la gasolina.

Dormí menos de siete horas y fui al TAC. La sede se ubicaba en lo que antes era un antiguo basurero, en la ladera de una de las muchas y pronunciadas colinas de Valparaíso, la ciudad de los ascensores. Cuando llegué, la directora, Patty, ya tenía todo bajo control. Ale sonreía a su lado satisfecha:

—¿Cachay, cómo va saliendo todo?

Las gradas de cemento del TAC estaban pobladas por los chicos de las escuelas más próximas. Uniformados con sus batas de color beis, su alegría resbalaba por el cerro Cordillera hasta la bahía de Valparaíso.

En este barrio todo lo que organizaba el TAC tenía sello de autenticidad y los directores de las escuelas confiaban ciegamente en sus propuestas. No les importaba suspender dos horas de clase. La risa era más importante que las matemáticas.

Ale me llevó por toda la ciudad en bicicleta y me enseñó los ascensores que comunicaban el

muelle con el cerro. La ciudad dejaba escapar un aire decadente que me cautivaba.

—Hay una propuesta para declarar Valparaíso Patrimonio de la Humanidad

—me dijo desde un mirador escondido, uno de sus rincones favoritos.

—He conocido en mi viaje algunos lugares que por haber sido declarados Patrimonio de la Humanidad ahora hay que pagar por verlos.

—El día que haya que pagar por entrar en Valparaíso emigraré —me confesó. Unas semanas más tarde Valparaíso era declarada Patrimonio de la Humanidad, y Ale me escribía un correo electrónico para comunicarme que estaba preparando un viaje en bici por Sudamérica.

El heladero del desierto

En Valparaíso tenía que tomar fuerzas en todos los sentidos, pero sobre todo sicológicas. Me tocaba afrontar una de las partes más duras del recorrido: el desierto de Atacama, el más árido de la Tierra.

España y Chile tienen un dicho semejante para afirmar que las cosas van más o menos. Nosotros decimos: «entre Pinto y Valdemoro»; y ellos: «entre Tongoy y Los Vilos». Una larga y monótona línea recta, como el hilo de una caña de pescar, las unía en el camino que llevaba hacia el Norte en la Ruta 5. En el arcén, trozos de metal y de plástico de algunos coches y camiones eran el mudo testigo de mi paso. Las permanentes subidas y bajadas impedían adivinar el final de la carretera.

El viento salía por la tarde a darse una vuelta y a entretenerse conmigo. Su presencia tan sólo traía de positivo que rebajaba un par de grados la temperatura. El sol, sin una nube en la que descansar, caía implacable sobre mis espaldas y desgastaba el color de mi camiseta.

Pegaba tanto que pronto empezaría a sufrir alucinaciones. Me pareció ver a lo lejos un hombre con una chaqueta blanca sentado en el arcén. Permanecía inmóvil como una estatua de sal. Hasta que me aproximé a menos de diez metros, pensé que estaba viendo un espejismo. Llegué a su altura y comprobé que estaba sentado sobre una nevera portátil.

Para asegurarme de que no estaba sufriendo demasiado el azote del calor me detuve a hablar con él:

—¿Qué llevas ahí?

—Helados —me contestó, esbozando una generosa sonrisa.

En mitad del desierto de Atacama, a esa hora en la que el sol busca candidatos para ser derretidos, un hombre estaba sentado en una nevera con helados.

Evidentemente me estaba tomando el pelo.

Se puso de pie y levantó la tapa de la nevera. Metió la mano y sacó un helado de fresa:

—Toma, te invito.

¡Menudo regalo inesperado a las cinco de la tarde, con más de cuarenta grados a la sombra!

Si aquel hombre vivía de lo que vendía a los ciclistas que pasaban por ahí se podía morir de hambre. Sin embargo su método de trabajo era mucho más sencillo y lógico.

Por la mañana temprano se subía en alguno de los autobuses que recorrían la Ruta 5 y que salían de su ciudad rumbo al Sur. Tras viajar con su nevera un par de horas se bajaba en mitad de la nada y esperaba a que viniese otro autobús. El chófer se detenía, a cambio de un helado, y lo llevaba de regreso a su casa. El heladero, aprovechando que los pasajeros llevaban varias horas en el autobús y estaban muertos de calor, se dedicaba a hacer negocio con los helados.

Ya me estaba terminando el helado cuando el heladero se colgó su nevera al hombro y me dijo:

—Te tengo que dejar.

En ese momento un autobús venía a lo lejos. Prácticamente sin que el heladero hiciese un solo gesto, el autobús aminoró la marcha y se detuvo en mitad del desierto para recogerlo.

Antes de que se cerrase la puerta, pude ver cómo el heladero le daba un helado al chófer, quien lo aceptaba sin rechistar.

Me quedé con ganas de preguntarle cuál era su plan si un día el chófer, por lo que fuese, no se detenía a recogerlo. Esas preguntas occidentales del estilo «¿y si...?» son demasiado rebuscadas para los que simplemente luchan por sobrevivir.

Con el sabor de fresa del helado aún en la boca, y aprovechando que el sol comenzaba a perder poderío, pedaleé una hora más. Abandoné la ruta y me adentré en el desierto. La compacta arena me permitía avanzar sin problemas. Tras una duna monté el campamento. Quedaba poco más de una hora de luz y, si no me apuraba, el frío me encontraría sin ducharme. Desenganché la bolsa de agua que llevaba en la parrilla trasera y me desvestí. Dejé en el suelo el sudado pantalón que, por efecto de toda la sal acumulada, quedó en equilibrio. Parecía que el hombre invisible se había puesto mi ropa para pedalear. Me situé encima del balde flexible que utilizo para lavar los cacharos, la verdura y arreglar pinchazos, y me duché. Con una mano sujetaba la bolsa y con la otra me enjabonaba. Cuando terminaba con una parte del cuerpo, cambiaba la bolsa de mano y me dedicaba a la otra mitad. El agua sucia que resbalaba por mi cuerpo se acumulaba en el balde. Con esa agua lavaba las ollas después de cenar. Los cuatro litros que cabían en la bolsa me alcanzaban para ducharme y cocinar. ¡Y aún me sobraba para prepararme un café al día siguiente por la mañana! Tras la ducha me ponía ropa de abrigo y conectaba la radio. Con un poco de suerte sintonizaba Radio Exterior de España. En ese momento, Onassis comiendo ostras en el caribe no podía disfrutar más que yo.

Un inofensivo disco rojo ascendía lentamente por el Este, como si alguien desde lo alto lo encumbrase con un hilo invisible. Igual que ocurre con una bella muchacha que nos sorprende mirándola, pronto ese disco rojo no permitiría ser observado sin unas buenas gafas de sol.

Tres horas más tarde, el sol volvía a hacer de las suyas y me presentaba otro posible espejismo. Caminando por el arcén de la carretera, que ya empezaba a derretirse, una persona venía hacia mí. Llevaba una pesada mochila a sus espaldas y arrastraba un carrito del que sobresalía ¡una guitarra!

Era japonés y lo único que sabía decir en castellano era «gracias». Por lo que pude intuir, pues apenas hablaba inglés, venía caminando desde Arica, en la frontera de Chile con Perú. Llevaba dos semanas atravesando el desierto de Atacama, en cumplimiento de una promesa, e iba hasta Santiago de Chile. No sabía tocar la guitarra, pero por las tardes, al terminar su caminata, trataba de aprender con un manual en japonés.

—Menos mal que no te dio por aprender a tocar el contrabajo —le dije, pero no me entendió.

Si yo tenía problemas para cargar toda el agua necesaria para mis jornadas de más de cien kilómetros en bici, él, caminando, debía llevar agua para cuatro o cinco días de marcha. Un peso increíble, sin contar con la guitarrita.

Como nuestras rutas tenían sentidos opuestos, en los pocos lugares en que me podía aprovisionar de agua siempre me preguntaban por el japonés. La gente se reía recordándolo, porque decían que siempre tocaba la misma canción con la guitarra.

Hay que ser de una pasta especial para enfrentarse caminando al desierto de Atacama, donde el agua es un serio problema y el sol no se apiada ni de los escorpiones.

Y precisamente como ya empezaba a tener algunos problemas con el agua me detuve en Copiapó. Quería colocarle a Quirlig unos depósitos especiales para transportar más líquido. En la fachada de un taller de bicicletas de la ciudad había pintada una caricatura de un hombre de bigotes y gafas que sujetaba muchas herramientas con la mano. El hombre de la caricatura, en carne y hueso, me atendió y le puso los portabidones a Quirlig. Tan sólo cambiamos cuatro

palabras y ya me había invitado a su casa a comer. Pero eran tan sólo las doce de la mañana y no quería entretenerme demasiado, así que rechacé la oferta y me fui a consultar Internet.

Me encontré con la sorpresa de que mucha gente nueva me escribía. Unos días antes el informativo de la cadena La 2, de Televisión Española, había emitido unas imágenes que les envié por correo de mi actuación en Valparaíso. Eso había provocado muchas visitas en la web.

Meses más tarde volví a enviar imágenes al mismo programa, pero esa vez no sólo no las emitieron sino que perdieron las cintas. El responsable, Miguel Ángel García, se justificaba por correo electrónico: «Esas cintas llevaban mucho tiempo encima de mi mesa. No sé dónde las he metido. Si tengo tiempo las busco y te llamo».

Nunca aparecieron. Tampoco sé si las ha buscado. Supongo que ignora que ese material es único y que conseguirlo supuso para mí un trabajo ímprobo. Espero que si algún día lee este libro haga un esfuerzo de memoria y las encuentre.

Cuando miré el reloj en la sala de Internet era ya la hora de almorzar. Volví a la tienda y encontré a Mario echando el cierre.

—He pensado que acepto tu invitación. Con el calor que hace a esta hora, no voy a ningún lado.

Una señora detrás del mostrador me observaba con detenimiento. Mario la miró fugazmente y me contestó:

—De acuerdo, vamos para allá, y si quieres te puedes quedar con nosotros a dormir. Te presento a mi mujer —me dijo señalando a la señora.

—Encantado —le estreché la mano a ella—, Álvaro es mi nombre.

Los seguí con mi bici por las calles de Copiapó. Vivían a las afueras en un precioso chalé de color blanco. La decoración del jardín no desentonaba con el desierto: piedra y cactus.

En la comida no podía aguantarme la curiosidad y les pregunté si solían invitar a comer y a dormir a su casa a todos los cicloviajeros que pasaban por su tienda.

—Suelen pasar muchos por la tienda, porque Copiapó se encuentra prácticamente en mitad de camino entre la capital del país y la frontera con Perú, pero hacía cuatro años que no invitábamos a nadie a casa —me dijo Mario.

—¿Cuatro años? ¿Y por qué a mí?

—Bueno, le pregunté a mi mujer y me dijo que le parecía bien —me contestó Mario.

—¿Pero cuándo le has preguntado? Si yo estaba delante de vosotros y no os he visto hablar.

—Con mirarla me bastó para saber que estaba de acuerdo.

Busqué refugio para mi mirada entre los aguacates de la ensalada. De un lado su comentario me halagaba. Pero de otro lado me recordaba mis carencias. Debe de ser hermoso eso de mirar a tu pareja y sentirte comprendido.

Pasamos la tarde en su taller charlando de viajes y viajeros, hasta que echamos el cierre y regresamos a casa a cenar.

—Me encanta el desierto —me decía Mario. La luminosidad de sus noches estrelladas, el sonido del viento arrastrando la arena... Creo que en mi anterior vida fui una serpiente. Cuando nos vamos de vacaciones y pasamos mucho tiempo fuera de aquí, echo en falta ver esas áridas montañas recortarse sobre el inmaculado cielo.

—Yo en cambio estoy deseando salir del desierto. Incluso Chile me agobia ya un poco. Es tan angosto y largo, que no veo el día de llegar a Perú. Las distancias son enormes y en esta parte del país hay muy pocos habitantes. Sol y viento son compañeros diarios de los que no consigo separarme.

Del exterior llegaba el sonido del viento acariciando, con la fina arena, el amplio ventanal

del salón. Cuando al día siguiente el sol viniese a decolorar mi camiseta, mi mente estaría pensando en Mario y su cómplice mirada.

Los géiseres del Tatio

Tanto la guía de viaje que llevaba conmigo, como los viajeros que me había cruzado en el camino, coincidían en afirmar que no debía dejar pasar la oportunidad de ir a San Pedro de Atacama. Amén de la belleza del lugar, yo tenía otro motivo para ir.

Desde que se me rompió el portabultos delantero en la Ruta 40, estaba esperando a que mi hermana María me enviase otro nuevo. Diversos problemas con el correo hacían que ese momento se dilatase más de la cuenta.

Gracias a las gestiones de Olga y María, las amigas vascas de Santiago de Chile, el nuevo portabultos me esperaba en San Pedro de Atacama. Además, esos hierros tan importantes para transportar los cerca de cincuenta kilos de peso del equipaje tenían sabor a chocolate: el que mis amigas incluyeron en el paquete que venía desde España.

Pero para acceder a San Pedro debía atravesar la tórrida pampa del Tamarugal. En los más de cien kilómetros que recorrí aquel día, sólo vi un árbol.

Un diminuto árbol que apenas alcanzaba a proyectar una sombra en el suelo. Alguien, con buen sentido del humor, le había colgado de una rama un cartelito en el que se leía: «Tengo sed, por favor, dame agua».

A punto estuve de compadecerme del arbolito, pero leer el texto sólo sirvió para recordarme que me quedaba poco líquido.

Para conseguir algo de sombra en la que esconderme del implacable sol no me quedó más alternativa que montar la tienda. Más bien parecía una jaima en el desierto.

En San Pedro de Atacama me aguardaba Eduardo, de la agencia Atacama Inca Tours, y toda el agua que quisiera. Con su ayuda, una vez repuesto del sofocón, trasplantamos a la comandante Maxi al nuevo portabultos delantero. Eduardo me acogió en su casa, y consiguió que pudiera visitar una de las maravillas de la naturaleza más impresionantes: los géiseres del Tatio.

Para ver este espectáculo de la naturaleza había que levantarse a las cuatro de la mañana. Pero el madrugón merecía la pena.

A las cuatro y media de la mañana una furgoneta me trasladaba junto a otros cinco extranjeros, tan dormidos como yo, a más de cuatro mil metros de altitud. Se trataba de llegar allá arriba antes de que el sol saliese de su escondite. Por un camino horrible, que exigía gran pericia por parte del conductor, íbamos dándonos cabezazos los unos contra los otros. Dos horas más tarde alcanzábamos el punto deseado. Cuando el sol despuntaba por el cerro más alto, mi reloj indicaba cinco grados bajo cero. La tierra retenía en sus entrañas agua a más de ochenta y cinco grados, que era expulsada al exterior por unos cráteres. La diferencia de temperatura convertía el agua en vapor y grandes nubes eran lanzadas al cielo como si fuesen los chorros de una locomotora. Parecía que la tierra latía con vigor e iba a echar a andar. El zumbido del agua, lanzada violentamente al exterior por los diminutos cráteres, era el único sonido en la montaña. Los primeros rayos de sol buscaban abrirse paso entre las columnas de vapor y dibujaban evanescentes halos de luz. La atmósfera era idónea para rodar una película de terror. Era un momento mágico, pero temporal, apenas quince minutos. El exceso de luz pronto borraría la

tenebrosa atmósfera provocada por los surtidores naturales.

Sobrecogidos por el derroche de originalidad de la naturaleza, nos condujeron a unos baños de aguas termales, aún no explotados turísticamente. Tan sólo dos, de los veinte turistas que habíamos subido a ver los géiseres del Tatio, nos dimos un chapuzón. Los demás prefirieron retratarlo en sus cámaras de tres millones de píxeles.

—¿Qué tal el baño? —me preguntó Eduardo al regresar a San Pedro de Atacama.

—Alucinante; menos mal que el agua no estaba tan caliente como la que salía de los géiseres.

—Esta tarde te he conseguido un tour para ir al valle de la Luna.

—¿Por qué se llama así? —le pregunté.

—Hace muchos miles de años el mar cubría ese valle. Pero por una rápida evaporación dejó su rastro de sal en la tierra. Cuando hay luna llena, ese terreno accidentado en el que reposan millones de partículas de sal se asemeja a un monte lunar.

Se notaba que Eduardo era guía turístico. Conocía bien el lugar y no fallaba con sus pronósticos.

Los atardeceres del valle de la Luna eran una atracción para el turismo. En su lenta retirada, el sol dejaba un rastro de colores imposibles de reproducir artificialmente. Como si alguien dirigiese la película con perfecto conocimiento, el cielo iba cambiando de tonalidad, del azul al rojo, del rojo al violeta, así hasta terminar cubierto de estrellas. El cielo de Atacama traía efluvios de paz.

La guinda del pastel era la luna, que en cuarto creciente se erguía vanidosa por el horizonte. Era perfecta conocedora de que allá abajo, muchos ojos seguían su lento avance. Daban ganas de encaramarse a ella para echar una cabezadita.

Una frutería en la frontera

La barrera fitosanitaria existente entre Chile y sus vecinos impedía introducir en Perú fruta, vegetales, queso y cualquier otro alimento perecedero. Los policías sanitarios confiscaban todos esos alimentos. Nada más verme me pidieron que les enseñara el contenido mis alforjas:

—Mirad —les dije—, no tengo nada, lo único que tengo es hambre. ¿No habrá por ahí algo de fruta que hayáis confiscado hoy?

—Cierra la puerta y pasa —me dijo uno de ellos.

Cuatro policías aburridos espantaban las moscas de su cara. De un cubo de basura aparentemente sucio sacaron una bolsa con un montón de fruta.

—Toma, come la que quieras aquí. ¿De dónde vienes?

—De España —les contesté al tiempo que abría la bolsa y sacaba tres manzanas. Me puse a hacer malabares con la fruta y a comerla al mismo tiempo. Los policías llamaron a sus compañeros para ver el espectáculo.

Ni aunque me hubiese quedado allí toda la mañana hubiera podido comer todo aquello.

—Métete la fruta que quieras en las alforjas, pero no digas nada —me propuso uno de ellos.

—A la orden, mi comandante —le contesté riéndome.

Tras atravesar la férrea barrera fitosanitaria partí hacia Perú. Era el cuarto país. Llevaba más de siete meses de vida nómada. Dos ruedas rotas, un portabultos partido, un par de diarreas, doce mil kilómetros a pedales, un desierto a mis espaldas...

Ahora enfrentaba Perú, con su dura cordillera de los Andes que aquí alcanzaba sus cumbres más pronunciadas. Cuando entré en este país no podía imaginar que iba a estar a punto de perder la vida en una de esas montañas.

El mapa de Sudamérica que tenía era de escala 1/7.000.000, es decir, un centímetro en el mapa equivalía a setenta kilómetros en el terreno. En él no figuraba ninguna carretera de Arequipa hasta Yauri. Sin embargo, la gente insistía en que había un camino que serpenteaba entre las nubes. Un camino de tierra y piedras, que sobrepasaba varias veces los cuatro mil quinientos metros de altura.

Para empezar tenía que pasar de los 2.335 metros de altitud de Arequipa a los 3.700 de Chivay, mi próxima parada. En este pueblo arrancaba la ruta para explorar el cañón del Colca, el más profundo de la Tierra: dos veces más que el Gran Cañón del Colorado de los Estados Unidos.

Cuando, a finales de los años veinte, Robert Shipee y George Jonson sobrevolaron estas tierras no daban crédito a lo que vieron. Parecía que alguien había abierto una gran herida en la Tierra. Descendieron del avión para reconocer a pie el terreno y fotografiarlo. El atlas mundial que la National Geographic Society publicaba entonces informaba de que el Gran Cañón del Colorado era el más profundo del planeta. Tuvieron que hacer una nueva edición para enmendar su error y mencionar al cañón del Colca.

No tardé mucho en descubrir que en la cordillera de los Andes la lógica no existía. Una sencilla operación matemática permitiría deducir que si estás a 2.335 metros y tienes que llegar a los 3.700, solamente tienes que subir unos 1.400. ¡Error! Hay que ascender a 4.800 metros para

atravesar el abra de Patapampa.

La carretera estaba en obras, pero observando el trabajo de los operarios me preguntaba si éstas consistían en arreglarla o en estropearla. Debían de pensar que era estúpido subir allá arriba con semejante carga en la bicicleta.

—Definitivamente estos gringos están locos —parecían decir.

Tras varias horas de esfuerzo llegué arriba y me detuve a hacer una foto. Coloqué la bicicleta y la cámara en un buen escenario y, cuando estaba a punto de presionar el automático, vi por el visor de la cámara que la carretera continuaba ascendiendo. Miré de nuevo y descubrí que, desde donde yo estaba, había un pequeño descenso, pero que la carretera volvía luego a ascender. Me reí a solas. Había estado a punto de inmortalizarme en un falso llano, pensando que había llegado a la cumbre.

Tras la risa vino la decepción. No me quedaban muchas fuerzas. Hacía frío, y el cielo había vuelto a cubrirse. No tardaría mucho en llover. Parado, el sudor se convertía en otro enemigo. Debía ponerme en marcha.

Por fin alcancé el paso superior. Y para mi sorpresa descubrí que no era el único en lograrlo. Arriba había dos mujeres vendiendo artesanía acompañadas por dos pequeños.

Ian tenía un año y Mariela cinco. Todos los días subían aquí arriba, a casi cinco mil metros de altitud, para acompañar a su madre a vender artesanía. Los mofletes de Ian estaban tan curtidos por el viento andino que se asemejaban más a la piel de un viejo tambor que al fino cutis de un bebé. Pensaba en lo que diría el organismo de protección de menores de un país europeo si viera a estos niños aquí arriba. Tal vez le quitara la patria potestad a la madre por no escolarizarlos. Pero la buena mujer prefería llevárselos con ella que dejarlos en una hipotética guardería al cuidado de quién sabe qué persona.

Me detuve un rato a jugar con Ian y Mariela, pero los finos copos de nieve que comenzaron a caer me incitaron a seguir. Las mujeres recogieron rápidamente sus artesanías y, como si tuvieran el tiempo perfectamente medido, un autobús de línea se detuvo en ese instante a recogerlas. Se dirigían a Chivay, igual que yo, el pueblo que estaba a los pies del famoso Colca.

En el descenso casi me quedo sin pastillas de freno. Las piedras y la tierra suelta hacían aconsejable que la bici no superase los veinte kilómetros por hora, pero el excesivo peso hacía difícil frenarla. En las subidas la bici no sufría por los baches, ni los frenos se calentaban, ni las manos me dolían con tanto golpeteo. Casi llegué a echar de menos los duros repechos.

Me dirigí a la iglesia de Chivay y nada más ver entrar al cura supe que no tendría problema para dormir. Vestía pantalón corto y bajo el brazo sostenía con firmeza un balón de fútbol. Era inquieto y no paraba de ajustarse sus desconchadas gafas.

—Prepara lo necesario para ducharte que te invito a las termas.

—¿Hay termas aquí? —le pregunté sorprendido.

—Claro. Hay dos partes. Una moderna para gringos y otra más vieja y más económica para la gente local.

La piscina se encontraba debajo de dos impresionantes riscos. Estaba al aire libre, pero el frío del exterior no podía rebajar la caliente temperatura del agua. Un potente chorro de agua convertía en lejano eco las conversaciones en inglés de los gringos. Los ojos del cura se ocultaban tras sus empañadas gafas. Un vapor de agua ascendía hacia las primeras estrellas que surgían de los altos peñascos. No hacía ni cuatro horas yo estaba allá arriba, donde ahora debía de estar nevando.

Dormí en el salón parroquial. No sé si era por la cercanía de la iglesia, por la paliza de ese día o por las termas, pero lo cierto es que dormí como los ángeles.

Dejé todos los bultos en Chivay y fui en bici a recorrer el cañón del Colca. Este lugar es famoso además por los cóndores que lo sobrevuelan. Aprovechando las calientes corrientes de aire se entretienen allá arriba. Muchos turistas acuden a verlos. Yo más bien pienso que son los cóndores los que se concentran en este lugar para ver a los turistas. Algunos han venido de muy lejos: Alemania, Estados Unidos, Japón... Me refiero a los turistas.

—Mira, un finlandés —parece decirle un joven cóndor a otro ejemplar más adulto.

—¿Dónde? Ah, ya lo veo. No, te equivocas. No es finlandés, es sueco. Se parecen mucho, pero con el tiempo aprenderás a distinguirlos —le explica el cóndor mayor.

Por la noche regresé a tiempo para darme otro baño en las termas de Chivay. Pero esta vez fui a la parte económica, la zona local. La piscina no era tan bonita, pero el agua era la misma. Los bañistas locales me miraban estupefactos. Salvo mis brazos y piernas, quemados por el sol de Atacama, mi blanca piel me delataba como extranjero.

Se acercaba el verano en Europa, y los primeros turistas ya se dejaban ver por la plaza de Armas de Cuzco. Mi intención era llegar hasta Machu Pichu haciendo el camino del Inca a pie, pero el asunto se había complicado. Si no pagaba a una agencia de viajes ciento setenta dólares, no había cómo. No estaba permitido que los gringos caminasen en solitario por el camino del Inca. Tantos días acampando solo y ahora me pedían dinero para que alguien me dijera dónde tenía que poner la tienda. No era un buen plan.

La otra forma de ir hasta Machu Pichu era en tren. El asfalto terminaba en Ollantaytambo y allí comenzaba el camino de hierro. Contacté con las oficinas de PeruRail y amablemente me cedieron un billete de ida y vuelta en el vagón de turistas. Pedaleé hasta Ollantaytambo y dejé la bici en la comisaría. A medianoche salía el tren hacia Aguas Calientes, a los pies de Machu Pichu.

Esa noche, cuando estaba a punto de irme a dormir, llegó a la comisaría de Ollantaytambo otro ciclista. Los policías peruanos no lo recibieron con la misma sonrisa que a mí, tal vez porque su pasaporte era colombiano. Iba a ver las mismas ruinas que yo, pero no se le había ocurrido pedir unos billetes a PeruRail. Caminaría por las vías del tren durante dos días para llegar a Machu Pichu. Ese era ahora el verdadero camino del Inca.

Mauricio, el ciclista colombiano, no tenía saco de dormir, ni colchoneta, ni cocina... Pedaleaba en pantalones vaqueros y con un jerséi normal y corriente. Tenía un apartamento alquilado en Colombia por doscientos dólares al mes y con la renta viajaba por Sudamérica. Cenamos juntos algo de arroz que yo había preparado en mi hornillo. A medianoche llegaba mi tren. Dejé a Mauricio durmiendo encima de una manta.

A las tres de la mañana el tren se detenía en Aguas Calientes. Sin prisa, guiado por el resplandor de la luna, subí hacia las mágicas ruinas. Los guardas de la entrada estaban durmiendo. No había puerta que franquear. Tan sólo un arco de piedra. Pero para evitar malentendidos esperé a que los guardas se despertasen. A las seis de la mañana se despertaron, sorprendidos de que hubiera alguien esperando a entrar. Pagué la entrada y disfruté en solitario de Machu Pichu.

La caterva de turistas seguía descansando en los hoteles de cuatro estrellas de Aguas Calientes. Todo era silencio allá arriba. El cielo plomizo otorgaba mayor encanto a esas históricas piedras. Algún pájaro se detenía también a observar las ruinas.

Ascendí al Wayanapichu, la montaña que se elevaba como un faro en este lugar misterioso. Arriba la paz era tan absoluta que me quedé dormido más de media hora. Cuando desperté escuchaba hablar inglés a mi alrededor. Los turistas ya se habían levantado y estaban sacando fotos como si hubieran hollado la cima del K2.

Era momento de bajar. El pueblo de Aguas Calientes recibía ese nombre por las aguas termales que salían de las entrañas de la tierra. La guía de Perú que leí no recomendaba el baño,

porque el lugar no era lo suficientemente higiénico.

Quisiera agradecer al que escribió eso. Fue uno de los mejores baños del viaje. Había cuatro piscinas de piedra natural, alguna de ellas de sólo dos metros por un metro. La más grande era de agua helada. Las otras tres tenían el agua muy caliente, pero cada una a diferente temperatura. Pasaba de una a otra para experimentar diferentes sensaciones térmicas. La vegetación se descolgaba por la ladera hasta casi sumergirse en las piscinas. No había más de cinco personas compartiendo el lugar esa mañana gris. Algunas gotas comenzaban a caer. Era momento de pasar de la piscina templada a la caliente.

Despertado por un parto

Recuperé la bici de Ollantaytambo y partí hacia Lima con la moral por las nubes, las mismas que ahora podía casi tocar con los dedos. El camino hacia la capital había que tomarlo con calma, porque las subidas y bajadas eran, una vez más, constantes. Hacía días que no bajaba de los mil ochocientos metros de altitud.

En medio del agobiante calor de la tarde, y guarecido tras el turbante, las gafas de sol y el sombrero, vi surgir de una curva a un tipo caminando. Iba empujando un carrito. Sus ropas no parecían las de un deportista, más bien las de cualquier occidental en un día de campo: vaqueros y camisa beis. Era muy alto y delgado y su pelo corto dejaba al descubierto muchas canas. Aunque no lo conocía de nada, pegué un grito de alegría y crucé al otro lado a saludarlo.

Venía descendiendo a pie desde Quebec, en Canadá. Llevaba dos años caminando. Tenía cuarenta y seis años y un maravilloso plan: caminar por los cinco continentes durante doce años para promover la paz y la no-violencia en beneficio de los niños del mundo. Conocía a Christine, la ciclista con la que recorrí Chiloé.

Al igual que yo, él tampoco tenía patrocinio, tan sólo esporádicas ayudas. Nos abrazamos como dos amigos de la universidad que se reencontraban tras largo tiempo sin verse.

No necesitábamos hablar mucho. Los dos sabíamos cómo era el día a día del otro. Se llamaba Jean Béliveau. Su web, www.walk.org, era mantenida por su mujer, que viajaba a visitarlo cada cierto tiempo. Quedamos en encontrarnos en otro punto del planeta dentro de cierto tiempo. Siendo la Tierra redonda no era difícil que chocásemos de nuevo, en el futuro.

Tras encontrar a otro loco por la vida reanudé la marcha ascendente como si me hubiera metido un chute de optimismo. La subida me parecía mucho más suave.

Saliendo de Abancay en dirección a Andahuaylas, había un pequeño bar en mitad de la nada. Lo que caracterizaba a ese lugar es que se hallaba a casi cuatro mil metros de altitud. Los campesinos acudían al bar-tienda a aprovisionarse de algo de comida y de alcohol, todo hay que decirlo, con el que calentar el cuerpo. Estaban recolectando papas (patatas), y para que nadie les robase la cosecha dormían a la intemperie en aquel desolado páramo. Bajo una lona agujereada y precariamente sostenida por cuatro palos, la familia se apretujaba para mitigar el frío.

¿¡Pero es que a alguien se le podía ocurrir subir a cuatro mil metros para robar papas!?

Ese bar-tienda era atendido por unas monjas israelíes. Cuando entré en el local no había clientes. El sol se retiraba, y comenzaba a helar. Las monjas me prepararon una sopa caliente y me dejaron extender mi esterilla en un rincón del restaurante para dormir. El suelo era de tierra, frío e irregular.

Encendí mi vela y me puse a escribir en el diario:

«...un autobús se ha detenido en el bar. Todos han entrado a resguardarse del despiadado frío de los Andes. Para desilusión de las monjas ninguno ha consumido. Pero a ellas no se les ha borrado la sonrisa. Dos mujeres solas en una cabaña en mitad de este yermo lugar, predicando su fe. Por el suelo corren libremente patos, perros, gatos y cuys. Éstos son un híbrido de ratón y conejo que cocinan al horno. Crían muy rápido y es un plato que tiene mucho éxito. Desconozco el

porqué de ese nombre, pero bien pudiera ser debido al sonido que emiten sin parar: cuy, cuy, cuy, cuy, cuy... Parecen decirse: “Amigos, esta noche hay una animal nuevo durmiendo con nosotros. Es muy grande. Tendremos que ir a verlo cuando se duerma”».

Desvelado por las intermitentes visitas de la fauna que husmeaba en mis narices, me levanté al amanecer y, abrigado con toda la ropa que tenía en las alforjas, comencé el descenso. Según avanzaba un poco más la mañana iba haciendo intermitentes paradas para despojarme de la ropa que me sobraba.

En el pequeño Chumbres, el único pueblo que encontré ese día, había un dispensario de salud. Fui a hablar con la enfermera que estaba de guardia. Hacía turnos de una semana. Se había traído a su hija pequeña de un año.

El edificio, de una sola planta, tan sólo tenía dos habitaciones y la sala de consulta. Una habitación era la de ella y la otra la sala de operaciones. Aunque de eso sólo tenía el nombre y una camilla.

Me ofreció pasar la noche en la sala de operaciones y dormir en la camilla. Era muy raro que alguien tuviera una urgencia esa noche. Desde que ella trabajaba allí, y ya llevaba cuatro meses, nunca había ocurrido.

A las dos de la mañana la enfermera llamó insistentemente, pero con delicadeza, al cristal de la puerta de la sala de operaciones:

—Perdone, pero es que hay una paciente —susurró al otro lado. Pegué un bote de la camilla y salí del saco.

—Sí, sí, ahora mismo voy.

Estaba acojonado. Afuera una mujer joven con una gran barriga me miraba asustada. Debía de pensar que yo era el médico. La mujer iba a parir ya mismo. Aunque me entraron ganas de pedirles que me dejaran verlo, no quería entrometerme en ese trance tan íntimo; temiendo que me pidieran que les echara una mano, me fui a dormir al suelo de la sala de consulta.

Me costó bastante, pero logré volver a conciliar el sueño. Al poco tiempo el llanto de un recién nacido me despertó. En la camilla en la que hacía unas horas yo estaba durmiendo, acababa de nacer un niño. Fui a ver a la nueva madre. Era su primer hijo. Su rostro no reflejaba el esfuerzo que acababa de hacer. Nadie le llevaría flores, ni bombones, ni unos zapatitos para el recién nacido. Preferí no preguntar dónde estaba el padre.

—Yo me llamo Álvaro —le dije—. Si no se le ocurre ningún nombre para el chaval, pues ya sabe. Mi enhorabuena.

Salmonella Typhi

Del diario de viaje:

«No recuerdo haber vivido algo tan duro en la ruta desde hacía tiempo.

El camino de Cuzco hacia la hermosa Ayacucho, donde ahora me encuentro, es para valientes. Pero sobre todo para ignorantes. Tres veces he subido a más de cuatro mil metros y he descendido hasta los dos mil. He tenido descensos de setenta kilómetros, con el consiguiente dolor de brazos de tanto frenar. Y he ascendido puertos de más de cuarenta kilómetros. Pero lo peor es que te puedes olvidar del asfalto. Sólo tierra, piedras y baches. Y los pocos vehículos que pasaban eran autobuses que me bañaban el rostro con todo el polvo de la carretera.

¡Sabrosón! Para colmo he aumentado a dos más la cuenta de pinchazos, pero la pobre Quirlig se ha portado como una valerosa heroína. Lástima que arrastre un catarro desde hace tres días, aunque la debilidad que tengo encima no es normal. Para hacer los últimos veinte kilómetros he tenido que parar cuatro veces y tirarme en el suelo. Tengo una revolución en el estómago».

La revolución de mi cuerpo tenía un nombre científico: Salmonella typhi. Cuando entré en la plaza de Armas de Ayacucho no podía con mis huesos. Era como si llevara jugados tres partidos de rugby seguidos.

Un hombre se me acercó a mí:

—¿Quieres venir a casa a comer? Te invito.

—¿Pero me conoce de algo, sabe quién soy o qué hago? —le respondí con asombro.

—No —dijo sonriendo—, pero eres de otro país y seguro que tienes cosas interesantes que contarme. Trabajo en la Red de Turismo de esta ciudad y me gusta hablar con los extranjeros y saber de sus viajes.

—Vale, pero no te puedo pagar —le dije para evitar problemas.

No era la primera vez que alguien, bajo la excusa de invitarme a su casa, pretendía hacer negocio conmigo.

—No, no, claro que no —dijo, molesto.

Vivía cerca del centro, en la planta baja de un edificio de atípica construcción, con su mujer, Fanny, y su hijo de tres años.

Pronto él y su mujer se dieron cuenta de que no tenía mucho apetito.

—¿No te gusta la comida?

—Sí, pero es que debo de estar enfermo. Llevo varios días sin fuerzas y hoy me encuentro especialmente mal —les expliqué.

Sin perder un minuto me instalaron en una habitación. Pepe había invitado a un extranjero a su casa para conversar y se encontraba con un tipo medio muerto durmiendo en la habitación de al lado.

Tras un par de horas retorciéndome en la cama, junté las pocas fuerzas que tenía para levantarme. Fanny me dio agua con limón y llamó a Pepe. Vino enseguida para decirme que esa tarde había una reunión de los miembros de la Red de Turismo de Ayacucho, y que sería bueno que me conocieran.

Me abrigué bien. El cortante aire de las alturas aumentaba mi malestar.

En la reunión había directores de hoteles de cinco estrellas, dueños de restaurantes, artesanos... Pepe me presentó y les hablé del proyecto que me había traído hasta Ayacucho.

—Ahora, sin embargo, no estoy para hacer el payaso —les expliqué incorporándome un poco. El dolor no se iba.

Todos querían ayudarme.

—Puede dormir en mi hotel —dijo Clelia.

—Si quiere pude venir a comer a mi restaurante todos los días que esté en Ayacucho —dijo otro.

—Creo que lo importante es que se vaya a hacer los análisis cuanto antes, para saber qué es lo que tiene —sugirió Pepe.

Agradecido, pero sin poder demostrarlo con una sonrisa, pues el dolor me había contraído todos los músculos de la cara, fui con Pepe al hospital.

La enfermera dijo que tardaría tan sólo quince minutos en darnos los resultados. Me extrajo un poco de sangre y la introdujo en una máquina parecida a una licuadora.

—No tienes hepatitis —dijo sonriendo la enfermera, trascurrido el tiempo que había dicho.

—Me alegro.

—Pero tienes fiebre tifoidea —matizó.

—Vaya, y eso ¿qué significa? —pregunté temiéndome lo peor.

—Quince días de reposo, dieta blanda y nuevos análisis en dos semanas.

—No te preocupes —se apresuró a decirme Pepe— podrás conocer bien Ayacucho.

No habían trascurrido más de ocho horas desde que había llegado a la ciudad y ya habían descubierto las causas de mis dolores y cómo curarlos.

—¿No recuerdas haber bebido agua en mal estado días atrás? —me preguntó Pepe al salir del hospital.

—Generalmente la purifico con unas pastillas, y si puedo la hiervo antes de beber. Pero me imagino que sería por algo que comí que fue preparado con agua contaminada. Ahora recuerdo que hace varios días, pedaleando por las alturas, unos campesinos que estaban recogiendo papas me invitaron a comer con ellos. Aunque no me inspiraba confianza el recipiente de plástico del que sacaban la sopa, la comí con gusto. Ellos estaban acostumbrados a tomarla. Pero mi estómago de gringo aún no.

—De Ayacucho saldrás curado, no te preocupes —me tranquilizó Pepe. Volvimos a su casa y caí redondo en la cama. Estuve varios días sin salir de ahí. Tan sólo me levantaba para comer los ricos platos que Fanny me iba preparando. Su hijo, Prim, empezaba a tener más confianza conmigo y venía a verme por las tardes al cuarto.

El médico había dictaminado que necesitaba dieta blanda y reposo. No había incluido cariño en la receta. Todo el que recibí en Ayacucho contribuyó sin duda a mi rápida mejoría.

Cuando ya me encontraba mejor salí a conocer a una persona de la que todo el mundo hablaba maravillas.

Era asturiana, de Campomanes, y tenía setenta años. Su verdadero nombre no era Covadonga, sino María Estrella, aunque todo el mundo la conocía como «la madre Covadonga» por la devoción que manifestaba por la Santina. Tanta, que había llegado a construir su propia cueva para entronizar una imagen de la Virgen patrona de los asturianos.

Tenía nacionalidad peruana y había recibido del Gobierno de ese país la Orden al Mérito por Servicios Distinguidos, en el grado de oficial. Varias veces había sido propuesta a los Premios

Príncipe de Asturias. Su mayor interés en conseguir el premio era porque con el dinero podría hacer grandes proyectos.

La vida de esta mujer giraba en torno a servir a los demás. Había levantado una escuela de alfabetización y enseñado un oficio a muchas mujeres, ofreciéndoles al mismo tiempo un lugar donde dormir. Las animaba a que denunciassen los malos tratos que sufrían de sus maridos.

El viernes por la noche fui a conocerla. Cuando estaba hablando con ella en su casa, alguien golpeó la puerta de la calle con insistencia:

—Madresita, madresita, ábrame por favor.

Otras hermanas bajaron la escalera para abrir la puerta, pero la madre Covadonga ya lo había hecho. Aquella mujer no temía nada.

Quien tocaba la puerta era un preso de la cárcel cercana que acababa de recuperar la libertad.

—Los sueltan al comienzo del fin de semana, cuando ya no pueden tomar un autobús para irse a sus casas —me explicó un poco enfadada la madre Covadonga.

Le dio algo de cenar y un poco de dinero para que fuera a un hostel cercano y tomara una autobús a primera hora del día siguiente.

—Al menos la primera noche tienen que encontrar apoyo en la sociedad —me decía cuando regresábamos por las desiertas calles de la ciudad.

Aquella noche me propuso actuar en la cárcel de Ayacucho. Sus ojos brillaban cuando pensaba en la alegría que les daríamos a los presos.

Subidos en un todoterreno fuimos a ver al director de la cárcel para presentarle la propuesta. Al traspasar el umbral de la cárcel comprendí el peso de la madre Covadonga en ese recinto. Nadie le pedía documento alguno para acceder al presidio. En cambio a mí me revisaban hasta los empastes. Caminábamos dentro de los inhumanos muros de la cárcel y los presos se dirigían a ella continuamente.

—Madresita, ¿cómo va lo mío? —decía un chico joven.

—Va bien, pero tú no lo hagas más difícil —le respondía ella sin aminorar el paso. Me costaba seguir su ritmo por allá dentro. Se veía que conocía bien todos los pasillos. En más de una ocasión en que los presos se habían amotinado, el conflicto siempre se solventaba con su mediación.

Pero el respeto a esa persona iba más allá de los propios presos. Todos los policías la saludaban, y el propio director de la cárcel no puso objeción alguna en que al día siguiente se hiciera el espectáculo.

—Verás qué bien se lo van a pasar mañana —me decía mientras me agarraba con fuerza del brazo.

Sus setenta años eran una escuela de vida.

Nunca antes había actuado en una cárcel. Aunque mi espectáculo no era exclusivamente para niños, no sabía cómo iba a encajar en la mente de los presos. Tal vez pensasen que lo de payaso era demasiado infantil para ellos.

El director nos prestó un equipo de música. Sobre una portería de fútbol colocamos una tela que sirviera de fondo de escenario.

La mayoría de los presos dejaron lo que estuvieran haciendo para ir a ver el espectáculo. Yo creo que fui el que más me divertí. Actuar allá dentro rodeado de adultos y ver la sonrisa de la madre Covadonga fue emocionante.

Aproveché para sacar a algún policía de «voluntario» y comprobé con qué ganas los presos se reían de él. Por una vez los papeles se habían trocado. Al menos por un día, siquiera fuera por

una hora, aquellas personas habían vuelto a reír.

—¿Te acuerdas de María, a la que sacaste de voluntaria para el último número del espectáculo? —me preguntó la madre Covadonga al salir de la cárcel.

—Sí, claro.

—Era miembro de Sendero Luminoso. Está cumpliendo cadena perpetua.

Se me heló la sonrisa. Cuando salimos de la cárcel me sentí aliviado. Aquellos muros me ahogaban.

Los análisis que me hice a los quince días demostraron que seguía teniendo dentro la dichosa bacteria. Aunque yo me encontraba bien, no podía arriesgarme a recaer en mitad del camino. Al menos en Ayacucho había encontrado una familia, muchas familias en realidad, que me acogían con afecto. Hice un par de espectáculos más y recorrí la ciudad de las treinta y tres iglesias. La gente ya me conocía por la calle y mis amigos empezaban a considerar la posibilidad de buscarme una ayacuchana.

Un equipo de la Televisión de Perú vino a grabar un reportaje sobre las posibilidades turísticas de la zona. Los periodistas me ofrecieron la oportunidad de acompañarlos para grabar unas imágenes con la bicicleta. Cuando semanas más tarde llegué a Lima, volví a verlos y nos divertimos recordando las anécdotas de aquellas grabaciones. Me llegaron a colocar un casco con una cámara para que grabara imágenes subjetivas desde mi bici.

Los últimos análisis confirmaron que el bichito ya no estaba en mi cuerpo. Era hora de partir. Más de treinta personas fueron a la plaza de Armas a despedirme. El mismo lugar al que hacía casi un mes había llegado roto de dolor.

Prim, el hijo de tres años de Pepe y Fanny, presentía que algo malo ocurría y se puso a llorar y a gritar como si alguien le estuviera tirando de la oreja. Quirilig tampoco tenía ganas de irse. No habíamos recorrido cinco kilómetros y ya tenía que parar a arreglar un pinchazo de la rueda trasera.

Aún me quedaban varias jornadas de intenso pedaleo para llegar a Lima. El camino de piedra y tierra continuaba adentrándose en la cordillera de los Andes. Por fértiles valles iba arrastrando el peso de mi bicicleta. En ocasiones el sol me quemaba la piel y en otras no llegaba a proporcionarme el calor suficiente. Era una metáfora de lo que me ocurría con las personas que ocasionalmente me daban alojamiento.

En Huanta, por ejemplo, vivía el padre Juan, un cura clásico con sotana de tipo Opus Dei. Me permitió dormir en un colchón en el suelo del salón. No me hizo una sola pregunta sobre mi viaje.

Sin embargo al día siguiente, en Anco, el padre Germán nada más verme llegar me dijo:

—Esta es tu casa.

Al padre Germán le ganaron la batalla los protestantes. Sólo llevaba en el pueblo dos años. Era un especialista en llevar la fe a lugares apartados. Toda esta zona fue devastada en el año 1974 por el desbordamiento del río Mantaro, que provocó más de quinientos muertos. Los pastores protestantes regresaron antes que él a este lugar y ahora la mayoría de los habitantes del pueblo eran protestantes. Pero el padre Germán tenía un as en la manga.

Impartía clases de religión en la escuela y a los alumnos que no iban a misa los domingos los suspendía en la asignatura. Era su particular forma de inclinar la balanza espiritual a su favor.

—Ya sé que no está bien lo que hago, pero Dios seguro que está de acuerdo. Debido a la inestabilidad geológica de la zona, la torre de la iglesia estaba a punto de caerse. No había mucho dinero para reformas, pero con lo que podía iba arreglándola. Al igual que muchos otros curas que he conocido, este reunía por igual dotes de albañil, electricista, evangelizador y agricultor.

El padre Germán era un ser humilde y bueno. Se le notaba por la forma en que hablaba. Directamente a los ojos. Se ofreció voluntario al obispo para venir a este difícil pueblo a trabajar.

—Con la ayuda de Dios seguro que terminaré por convencer a todos esos protestantes de que están equivocados —afirmaba mientras cenábamos algo juntos.

Tal vez no hubiese nadie equivocado. Todo lo que fuese hacer algo por los demás, construir en lugar de destruir, me parecía que ayudaba a que el sol saliese cada mañana por el Este.

Doctores bola roja

Wendy Ramos, una payasa profesional de Lima, me había escrito a la web para decirme que podía contar con su ayuda. Wendy era un personaje.

Cuando me dijeron que había bolígrafos y muñecas con su cara a la venta en supermercados, no me lo podía creer; hasta que compré uno. Había participado durante años en unos programas que se emitían a diario en la televisión. Aunque eran para niños, a los adultos les encantaban los diálogos, escritos en su mayoría por la propia Wendy. La gente la reconocía por la calle y ella, con santa paciencia, se detenía a firmarles autógrafos.

Ella y su hermana Sonia habían fundado un grupo de médicos muy especiales: los doctores Bola Roja. En su coqueta oficina de Lima mezclaban por igual risa y cariño, para conseguir la vacuna contra el dolor.

Me estaban esperando en el local. Pero con ellas había alguien más. Una sorpresa llegada de bien lejos.

Toto, el payaso al que conocí a mi paso por Punta Arenas, Chile, había venido en autobús desde la Patagonia para hacer un curso de clown con Wendy y volver a verme. Ambos nos alojamos en su casa y como si fuéramos hermanos pasamos juntos aquellos días en Lima.

Aproveché para participar en los cursos de clown de Wendy y así conocer otras formas de trabajar este arte. Había muy buena materia prima entre aquellos chicos. Si bien la mayoría eran chicas.

Una chica haciendo el payaso tenía una ternura que un hombre difícilmente podía alcanzar. Vi muy buenas improvisaciones. Tiempo después me enteraría de que habían montado un espectáculo con el que estaban arrasando en taquilla.

Algunos de esos clowns se habían «licenciado» como doctores Bola Roja. Un par de días a la semana acudían al Hospital del Niño, para hacer felices no sólo a los pequeños convalecientes, sino también a sus padres y al personal sanitario. No valía cualquiera para ese trabajo. Hacer reír a una niña de seis años, llena de tubos, a quien han operado de la cabeza hacía tan sólo unos días no era fácil. El código de trabajo de estos payasos les impedía preguntar al enfermo cómo se encontraba, o cuándo iba a salir del hospital. Lo trataban como si no estuviera enfermo, como si simplemente fuera un niño o una niña que estuviera descansando en la cama de su casa. Cada paciente tenía asignado su propio doctor o doctora. Doctora Achís, doctora Gasita, doctora Marshmellow, doctor Pulguita... y así hasta doce profesionales de la risa. La relación paciente-payaso era tan íntima que, cuando les daban el alta, algunos niños escribían cartas a los doctores Bola Roja para que fuesen a su fiesta de cumpleaños.

El mío estaba próximo y lo celebré con mis amigos de Lima. Ramón, la pareja de Wendy, me tatuó el logotipo del Biciclown rodando por la bola del mundo. Con Wendy, Sonia y Toto, fuimos a cenar a un chino de «cinco palillos».

Los lazos comenzaban a estrecharse y para impedir que luego fuera demasiado doloroso me convenía partir hacia la cordillera Blanca. Aunque si hubiera sabido lo que me esperaba tal vez hubiera buscado trabajo en Lima.

Un espectáculo de milagro

En el año 1970, el último domingo de mayo, un temblor desprendió el casquete superior de hielo del Huascarán, la montaña más alta del Perú, de 6.768 metros. El movimiento de tierras que provocó, y la crecida de los ríos, sepultaron el pueblo de Yungay y a todos sus habitantes. Aquella fatídica tarde un circo daba su espectáculo en las afueras del pueblo. Tan sólo los afortunados espectadores que ese día asistieron a la función se salvaron.

Un desvío señalado permitía llegar al antiguo Yungay, del que macabramente sobresalía la cruz de la iglesia. Como si alguien hubiese congelado la imagen en el televisor, la vida de aquel pueblo quedó enterrada bajo toneladas de tierra. Ni se molestaron en desenterrar nada. Al otro lado de la carretera construyeron el nuevo Yungay.

Llegué a Huaraz y fui directo al obispado. El padre Ivo, de aspecto vivaz y orígenes balcánicos, me acogió en su casa y rápidamente organizamos un espectáculo para el día siguiente. Él mismo asistió a la actuación, que tuvo lugar en el salón parroquial ante más de trescientos chicos de la calle.

Estos chicos vendían caramelos, lustraban zapatos y hacían cualquier cosa para sacar algunas monedas, aun a sabiendas de que al llegar a casa sus padres les quitarían todo el dinero para comprar alcohol. Era consciente de que yo no podía cambiar eso, pero al menos una hora de risa y magia les permitiría aguantar mejor su quehacer diario.

El padre Ivo me habló durante la cena de un pueblo al lado del Huascarán, en el que los domingos se celebraba una misa a la que acudían chicos y chicas campesinos de la zona. Algunos se levantaban a las tres de la mañana para caminar por la montaña y llegar a tiempo a la misa en Chacas. La oficiaba el octogenario padre Hugo de Censi, salesiano. El padre Hugo de Censi era toda una institución. Fundador de la organización Operación Mato Grosso, vivía al igual que lo hizo Don Bosco, el fundador de los salesianos: por y para los jóvenes. Su gran labor social fue reconocida con la Medalla de Honor por el Congreso de la República del Perú. También la madre Covadonga, a quien yo había conocido en Ayacucho, gozaba de esa distinción. Estoy seguro de que ambos hubieran cambiado la medallita por dinero con el que financiar alguno de sus múltiples proyectos. El que llevaba ahora a cabo el padre Hugo ya tenía una legión de seguidores. La mayoría había venido de Italia. En Chacas se habla italiano.

Este fornido hombre había enseñado un oficio a muchos jóvenes. Sus trabajos en la talla de madera adornaban iglesias de Estados Unidos y de Europa. Con esas ventas financiaba en parte su labor solidaria. También hacían vidrieras de bellísima factura.

A la misa que se celebraba los domingos acudían generalmente ochocientas personas, la mayoría niños y niñas de las aldeas cercanas.

Era viernes cuando el obispo de Huaraz me habló de la misa del domingo. La distancia entre Chacas y Huaraz era insalvable en un día de bici. Había que superar un paso de cinco mil metros que se encontraba al lado del Huascarán. No podía perder tiempo. Metí en una bolsa las cosas del espectáculo y dejé a Quirlig en el salón del obispado.

En esta vida hay ciertas señales, pequeños símbolos, que no conviene ignorar. El autobús de

treinta plazas que se detuvo en la plaza de Huaraz aquel frío sábado de julio iba lleno. El conductor no me quería llevar a Chacas, pero insistí.

No sé de dónde sacaron una pequeña banqueta que me prestaron para que me sentara en medio del pasillo del minibús, en la parte de delante. Todos los ocupantes, excepto yo, eran gente de la zona que se dirigía a Chacas o a algún otro pueblo del camino.

El ascenso se hacía por una pista de tierra, piedras y baches. Parecía que yo era el único que sentía el mal de altura. El conductor iba charlando con los que lo acompañaban de pie delante de mí. Se veía que estaban acostumbrados a hacer siempre ese recorrido. Debido al frío, todas las ventanillas estaban cerradas y el ambiente estaba muy viciado. Tenía ganas de llegar de una vez a Chacas y conocer al padre Hugo. Sobre todo porque mi cabeza me dolía tanto como el culo de estar sentado en esa banqueta de madera.

A medida que ascendíamos iban apareciendo hielo y nieve en el borde del camino. El cielo estaba completamente cubierto y comenzaba a nevar. Ni hablar de abrir las ventanillas para respirar un poco de aire puro.

La talla de una Virgen en una pequeña cueva, excavada en el camino, fue la última imagen que recuerdo antes de escuchar al conductor gritar. Habíamos coronado el paso de montaña y, sin transición alguna, comenzaba el pronunciado descenso con una curva a la derecha. Estábamos a cinco mil metros.

Delante de mí se extendía un precipicio hacia el que el autobús se dirigía como atraído por un imán. El conductor abrió su puerta y saltó a tierra.

El pesado vehículo continuó avanzando sin control hasta quedar colgado en el vacío. Los bajos del vehículo se quedaron clavados en el precipicio y detuvieron la caída.

Los pasajeros comenzaron a gritar y a levantarse de sus asientos. Algunos incluso empezaron a salir por una ventanilla trasera.

Pagué un grito y mandé a todo el mundo que se estuviera quieto.

—¡Que nadie salga del autobús! Primero vamos a ir hacia atrás, para quitar peso de delante, y luego de uno en uno y despacio vamos saltando por la ventana.

Me miraron como hipnotizados, pero me hicieron caso. Yo era de los últimos en salir.

Todos abandonamos el autobús por una estrecha ventana. Varias personas comenzaron a llorar. No podían resistir la incierta espera. Nadie sabía si al saltar otra persona más el autobús quedaría desequilibrado por la falta de contrapeso y caería al precipicio.

La imagen del autobús con toda la parte delantera suspendida en el vacío no la olvidaré fácilmente.

Una vez en tierra, me dirigí hacia el conductor:

—¿Pero qué querías, matarnos y salvarte tú?

—Tranquilo, chico —me respondió como si esto fuera algo que le ocurría una vez al mes—, no vamos a discutir ahora. Vamos a tratar de sacar el autobús de ahí.

Sin una grúa era imposible levantar el autobús y devolverlo al camino. La maleta con mis cosas del espectáculo se había quedado dentro, al igual que los bultos de todos los pasajeros, preocupados en salvar primero sus vidas.

Me pareció que el autobús no iba a caer, así que decidí entrar a por mi bolsa. Me acerqué a la puerta delantera que colgaba en el vacío y de un salto me colé dentro del vehículo. Tras recuperar mi bolsa fui corriendo hacia atrás para saltar de nuevo por la ventanilla.

Cuando estaba a punto de salir un hombre me dijo:

—Oye gringuito, sácame mi bolso rojo que está detrás de ti.

Caminé por el pasillo y le tiré el bolso por la ventanilla. Cuando iba a salir, otra mujer me

pidió que le sacara su bolso. Asomé la cabeza por la ventanilla y les dije:

—La puerta está abierta, el que quiera sus cosas que entre, yo no pienso estar un minuto más aquí dentro —y salté con mi bolsa a tierra firme.

Nadie más subió.

Al cabo de media hora pasó otro autobús. Nos subimos todos, menos el «conductor-asesino». Sin hablar una palabra en todo el trayecto, llegamos a Chacas.

El espectáculo de Chacas bien mereció el accidente del autobús. Volví a encontrarme con un espectáculo bien organizado en el que todos pusieron de su parte para que fuera una verdadera fiesta. Al terminar, el padre Hugo me llamó y me pidió que me quedara allí unos meses a dar un taller de malabares y de clown a los chicos. Para mí era un honor que él valorara mi trabajo y me pidiera que trabajara allí, pero mi alma estaba con Quirlig y tenía que ir a buscarla y seguir viajando. Para no ofender al octogenario padre Hugo con una negativa le dije:

—Padre, durante todo el tiempo que llevo viajando ha habido chicas más bonitas que usted que me han pedido que me quede y no lo he hecho. Tengo que seguir.

Sonrió. Levantó sus dos enormes y callosas manos e hizo un sándwich con la mía. Mirándome a los ojos me respondió:

—Está bien, pero en octubre es la fiesta de Don Bosco y quiero que vuelvas.

—En esa época estaré en Brasil —le contesté.

—No importa, te traemos en avión.

El regreso a Huaraz lo hice en un todoterreno, acompañado por algunos voluntarios de la organización y el sobrino del padre Hugo, que también era cura. Iban cantando canciones en un dialecto italiano del que no entendía nada. Al pasar por el precipicio donde el autobús había quedado colgado, comprendí que vivía de prestado.

La gran casa de ciclistas en Trujillo

Por el cañón del Pato me dirigía a Trujillo. El recorrido, excavado directamente en la roca, era un angosto paso provocado por el estrechamiento de las cordilleras Blanca y Negra. Cada vez que tenía que cruzar alguno de los túneles lo hacía todo lo rápido que podía. Si algún vehículo viniese en ese momento, me hubiese llevado por delante. En un día contabilicé treinta y nueve túneles.

Algún ciclista que me había encontrado en el camino me había hablado de que en Trujillo vivía un tal Lucho que acogía en su casa a cualquier cicloviajero. Lo llamé por teléfono cuando me faltaban unos cincuenta kilómetros para llegar y se ofreció a venir a buscarme ¡en bicicleta! Me parecía raro. Pensé que diría en coche, pero no. Su oferta consistía en venir a buscarme en bici para acompañarme pedaleando los últimos kilómetros. Como no sabía a qué se dedicaba y temí que tuviera que dejar el trabajo para venir, rechacé la oferta.

Estaba oscureciendo cuando entré en Trujillo, la ciudad de la eterna primavera. Fundada en el año 1534 por Diego de Almagro (antes incluso que la actual capital, Lima), Trujillo se asentaba sobre un importante reino de la antigüedad: el reino de Chimú. La capital de este reino era Chan Chan, cuya ciudadela albergaba a más de cincuenta mil personas. Lo característico de esta ciudad es que sus casas eran de barro y, a pesar del tiempo transcurrido, aún se conservaban en aceptable estado.

Trujillo se encontraba muy cerca de la costa y el reino de Chimú se sirvió de todos los recursos del mar para subsistir. Fueron grandes diseñadores de barcos, que construían utilizando juncos como los que vi en el lago Titicaca en Bolivia: los llamados caballitos de Titora.

Lucho me estaba esperando en casa con su mujer, Araceli, y su pequeña y encantadora hija de siete años, Ángela. Su casa era un taller de bicis y un homenaje a la misma. Los pósteres de carreras ciclistas, del Tour de Francia y de Miguel Indurain y otros héroes de la bicicleta cubrían las paredes. Contaba con un pequeño taller de reparación, un baño y una pequeña habitación que compartían el matrimonio y su hija. En la parte de arriba de la casa había también dos habitaciones sin muebles. Siempre estaban desocupadas y dispuestas para recibir a cualquier cicloviajero. Cuando alguien llegaba a su casa siempre era motivo de alegría. Generalmente, al igual que ocurrió conmigo, no lo conocían de nada. No pedían ningún documento de identificación, ni dinero, ni preguntaban si viajaba hacia mucho o si acababa de sacar la bici del autobús.

Todo el que llegaba a su casa era bienvenido, no importaba su edad, nacionalidad o sexo. Daba igual que viniese para dos días o para un mes. Más de seiscientos ciclistas habían pasado por su famosa y humilde casa. Todos dejábamos testimonio de nuestro paso con un mensaje en sus libros de visitas. Tenía más de cuatro, del tamaño de una enciclopedia.

Lucho y su familia contaban con muy pocos recursos económicos, pero todo lo que tenían lo compartían con los viajeros. Cada mañana de las que pasé allí, Lucho iba al mercado de enfrente y compraba fresas, plátanos y leche para preparar unos impresionantes batidos de desayuno. Algunas personas les daban algo de dinero, otros les dejaban una chaqueta o incluso algunos su

bici. Ellos no pedían nada, tan sólo respeto. Lucho y su «casa de ciclistas» eran una institución en Trujillo y fuera de la ciudad.

Su amor por la bicicleta lo llevó incluso a cumplir su sueño de ver el Tour de Francia en directo. Ahorró todo el dinero que pudo, consiguió cartas de apoyo de sus amigos y fue a ver la carrera a Europa. A los pocos días se le terminó el dinero. Cuando el director de la famosa prueba, Jean-Marie Leblanc, se enteró de quién era Lucho y de su amor por las bicis, lo invitó a seguir el resto de la prueba como uno más de la organización.

Todo esto me lo contaba Lucho llorando de emoción una noche en su casa. La misma en la que llegaron dos viajeros más. Eran argentinos, Horacio y Pablo. Venían de Rosario e iban en dirección a Alaska. Cuando me vieron me dijeron:

—Hombre, si está aquí el Bicyclown. ¡Vas muy lento, no pensábamos que te íbamos a encontrar tan pronto!

—¿Pero de qué me conocéis?

—Cuando tú pasaste por Rosario te vimos en la tele. Estábamos planeando un viaje y al verte pensamos que ya estábamos tardando. Luego te veníamos siguiendo por tu web —me dijo Horacio.

Era ya de madrugada cuando nos fuimos a dormir. Los viajeros hablando de nuestros viajes somos peor que los abuelos contando a sus nietos batallitas de la guerra.

Visitamos Chan Chan acompañados de Lucho. No sé cuántas veces Lucho habrá ido a ver esas ruinas. En el tiempo en que yo estuve en Trujillo al menos fue tres veces, con diferentes ciclistas. Él decía que no le importaba ejercer de anfitrión. La forma en la que Lucho y su familia trataban a sus huéspedes debería enseñarse en las escuelas de protocolo. Hacían todo con tal de que el viajero estuviera a gusto.

A Trujillo entré en solitario y salí acompañado por cuatro personas: los dos argentinos, Lucho y su mujer Araceli. Ella era la primera vez que hacía cien kilómetros en bici para acompañar a un ciclista que se iba. Lucho siguió con nosotros tres etapas más y se volvió en autobús a su casa.

Tres clientes para el Chimborazo, mal negocio

A excepción de los tres días que había pedaleado con Christine en Chiloé, llevaba nueve meses marchando en solitario. Ahora viajaba con los dos argentinos: Pablo, conocido como el Pelao; y Horacio, también llamado el Negro. Ellos no tenían intención de atravesar Colombia en bici. Yo tampoco. Pero, hablando una noche del tema, mientras tomábamos unos mates, decidimos hacerlo juntos. Parece que el miedo cuando se comparte disminuye.

Los dos argentinos se fueron en busca de la costa ecuatoriana. Yo tenía que salir urgentemente de Perú, porque me vencía el permiso de estancia. Quedamos en reencontrarnos en Quito, Ecuador, en un par de semanas.

Pero los nuevos planes de recorrer Colombia en bici implicaban que el proyecto se extendería bastante más de los catorce meses inicialmente previstos. Hacía tiempo que me daba cuenta de que el calendario no tenía excesiva importancia. Me traía sin cuidado si era lunes o martes, enero o agosto. Tenía un plan, pero no me sentía esclavo del mapa ni del tiempo.

Como si fuera la columna vertebral de Ecuador, la cordillera de los Andes atravesaba por la mitad este país, exactamente por los lugares que yo debía recorrer.

Loja, Cuenca, Riobamba... y al final Quito, la capital. Para ser de dimensiones tan reducidas, Ecuador era una joya para el turismo. Tenía hermosas playas, selva tropical y escarpadas montañas. La más alta de ellas era el Chimborazo, a cuyos pies se extendía Riobamba. Llegué a esta ciudad y, gracias a un contacto, pude alojarme en casa de Silvia. Ella hizo realidad mi sueño de poder ascender una gran montaña: el Chimborazo, de seis mil trescientos diez metros. Personajes ilustres como Humboldt o Simón Bolívar ya lo habían intentado, pero fue el inglés Edward Whimper quien lo logró por primera vez, en 1880. En su honor, el refugio situado a cinco mil metros llevaba su nombre.

No podía pagar un guía para mí, así que compartí cordada con otros dos montañeros. Un neozelandés y un inglés. Esperaba que al contar con un inglés en el ascenso, llevara en sus genes algo del arrojo de su compatriota Whimper.

Sin embargo ellos no habían planeado compartir cordada con nadie más, porque habían apalabrado con el guía un precio de ascensión para dos personas. Si otra tercera se unía, debía ser con otro guía más.

Tal vez por eso, cuando los dos gringos llegaron al refugio y me vieron, no me hicieron mucho caso. No pensaban que yo subiría con ellos. Eran las cinco de la tarde cuando los tres nos fuimos a dormir a la única habitación del refugio, en la planta superior. Había que comenzar a caminar a medianoche para tratar de hacer cumbre a las ocho de la mañana. Fue entonces cuando uno de ellos me preguntó en inglés:

—¿Pero no tienes guía?

—Sí, es Ángel.

—Ese es el nuestro —me dijeron asomando la cabeza por el saco.

—Sí —les contesté—, creo que subiremos juntos. Mi nombre es Álvaro. Comprendieron en

ese instante que Ángel los había engañado, porque había

aceptado subir a otro escalador sin contar con otro guía. Siendo tres clientes, sus beneficios económicos aumentaban, pero también los riesgos de no hacer cumbre, porque bastaba que uno de los tres no pudiera subir para que tuviéramos que bajar todos. En esa época las condiciones de la montaña eran especialmente difíciles. Hacía tiempo que no caía nieve y el hielo negro de las capas más profundas empezaba a aflorar.

Una discusión se desató en la parte de arriba del refugio entre el guía, el inglés y neozelandés. Afuera el viento arremetía contra la ventana. El guía, que no hablaba inglés, me pedía que tradujera sus palabras a los otros dos. Yo conocía de sobra los motivos por los que Ángel no había contratado a otro guía.

Gracias a la mediación de Silvia, me había hecho un precio especial para escalar el Chimborazo. Con lo que yo le pagaba no podía contratar a otro guía. Pero eso no se lo podía traducir a mis futuros compañeros de cordada. Los dos chicos que tenía delante me miraban con cara de olerse algo raro. Tras media hora de discusión robada al sueño que ninguno teníamos, se acordó que, si por mi culpa debíamos descender todos de la montaña, Ángel les devolvería a ellos una pequeña suma de dinero. Exactamente la cantidad que yo le había pagado a él.

Si teníamos que bajar porque alguno de ellos dos estuviera enfermo, a mí no se me devolvería nada. Era lógico, ese era mi riesgo; por eso confiaba en los arrestos del inglés y el neozelandés. Los míos ya los conocía de sobra.

Ellos viajaban como mochileros y se habían conocido en la cordillera Blanca de Perú, donde se habían entrenado para subir ahora el Chimborazo. Parecía evidente que ninguno de los tres estábamos dispuestos a renunciar a la montaña.

Con el buen rollito tras la discusión nos fuimos a dormir. Creo que nadie cerró los ojos más de una hora. Yo tenía la cabeza que pensé me iba a reventar. Parecía que la piel de mis sienes no podía estirarse más. Me iba a estallar y todas mis neuronas se iban a salir. Mirándolo por el lado positivo, al menos así podría averiguar cuántas tenía.

Comenzamos a caminar en fila india a las doce de la noche. Teníamos los crampones bien sujetos en las botas y en la mano el piolet. Una fina cuerda era nuestro nuevo cordón umbilical. A la salida del refugio una tumba recordaba a los montañeros que allí perdieron la vida. Era la última oportunidad para dar la vuelta y renunciar a escalar. Por si alguno se arrepentía en el primer momento, Ángel había dejado una vela encendida en la cocina del refugio. Su débil resplandor, tras el cristal de la ventana, pronto lo perdimos de vista.

Yo iba el último. No me encontraba bien. Me dolían el estómago y la cabeza; y me pesaba sobremanera la responsabilidad de saber que si yo daba la vuelta todo el grupo lo haría y Ángel perdería su dinero. No confesé mis dolores a mis compañeros, no fuera que me mandaran para abajo.

Llevábamos ya seis horas caminando y estábamos a seis mil metros. Era evidente que subíamos con retraso. Si el sol nos encontraba subiendo, derretiría la nieve y haría peligroso el descenso. Los dos gringos hacían cada vez más pausas para descansar. Yo, sin embargo, me encontraba mucho mejor. En una de las paradas, Ángel les hizo la delicada pregunta:

—¿No podéis subir más rápido? ¿Estáis bien?

El inglés y el neozelandés se miraron y bajaron la cabeza.

—Lo sentimos, no podemos más.

Me hubiera gustado darles una patada en el culo. Tan sólo faltaban trescientos diez metros. Un par de horas y haríamos cumbre. En fin, debía entenderlo, me podía haber pasado a mí. Me coloqué el último para asegurarlos en la bajada y regresamos exhaustos al refugio.

Ángel esbozaba una pequeña sonrisa de satisfacción. La noche anterior los dos chicos lo habían presionado demasiado y ahora estaban destrozados, tirados en las literas.

Ángel había subido más de treinta veces al Chimborazo. Conocía sus límites y creo que también conocía a sus clientes en cuanto éstos daban sus primeros pasos en la nieve.

—Sabía que esos dos no iban a poder subir —me confesó más tarde.

Silvia sintió mucho que yo no pudiera subir al Chimborazo. Me preparó un estupendo desayuno el día que me fui, para que olvidara esa espina ya clavada en mi viaje.

Si algo tienen las montañas es que siempre nos dan otra oportunidad.

Cadenas para el viaje

Tenía ganas de reencontrarme con Pablo y Horacio. Ellos ya habían llegado a Quito hacía unos días y me estaban esperando. Se alojaban en casa de Santiago. Otro mecánico que había hecho un hueco en el salón de su casa para meter a dos desconocidos invitados.

El reencuentro lo celebramos en una pequeña finca de Santiago, a las afueras de la ciudad, en donde cumplimos una antigua promesa.

Al despedirnos los argentinos y yo, habíamos acordado que cuando nos volviésemos a ver nos cortaríamos el pelo al cero, igual que lo llevaba Pablo. Así iríamos los tres como tres bolas de billar, para que el ejército colombiano, los paramilitares o la guerrilla pudiesen jugar bien al billar con nosotros.

Horacio el Negro se resistió pero, aprovechando una sesión de magia e hipnosis a la que incautamente se prestó como voluntario, lo atamos a una silla. Cuando Pablo le pasó la maquinilla por la mitad de la cabeza y le abrió un surco como para plantar arroz, fue el propio Horacio el que nos suplicó:

—¡Che, boludos, no me dejen así, terminen el trabajo!

Cuando te lo pide con tanta insistencia no hay que hacerse de rogar, así que lo dejamos bien peladito.

En el ayuntamiento de Quito, Richard, el encargado de cultura, no me dejó presentarle mi proyecto de actuar gratis para los chicos. Le llevé el dossier de prensa, le hablé de la web... Pero me interrumpió:

—No tienes que decirme más. Sé lo que haces y te ayudaremos a que hagas aquí tu espectáculo.

No era una promesa más de las muchas que había escuchado en mi camino. Richard habló poco e hizo mucho.

La fundación Su Cambio por el Cambio se financiaba del dinero que los clientes voluntariamente dejaban de las compras que hacían en los grandes almacenes. Con esas monedas, la fundación había organizado una escuela deportiva. Atraídos por su deporte favorito, fútbol, ciclismo, natación, y apoyados por las grandes estrellas nacionales de estos deportes, los chicos de la calle eran apartados de las drogas y volvían a encontrarle sentido al estudio.

Al día siguiente de mi breve conversación con Richard daría el espectáculo para los chicos de la fundación en las afueras de Quito. Empezaba a perder la cuenta de cuántos llevaba. Era buena señal.

Los restantes días en la capital de Ecuador me dediqué a visitar el casco antiguo acompañado de Richard, que lo conocía a la perfección. Con sus sabios comentarios pude apreciar la majestuosidad de Quito, una de las ciudades más bonitas de Sudamérica. Cada adoquín de su plaza central daba para escribir un tomo de la historia de esta ciudad, de la que partía el camino del Inca que terminaba en Talca. Yo ya había recorrido todo eso y mucho más, como lo atestiguaban las cadenas que por el camino iba desgastando.

¡Cadenas!

Le pedí a Richard que me acompañara a la embajada de España. Un desconocido amigo me había enviado un paquete desde España. El propio embajador me hizo entrega del diminuto envoltorio. Contenía tres cadenas de bicicleta. José Ángel se había enterado de mi proyecto y había querido ayudarme:

—Con lo poco que esté a mi alcance.

Pero fue mucho. Esas cadenas eran precisamente las que necesitaba para llegar hasta Montevideo, en Uruguay.

Colombia

Los dos argentinos y yo franqueamos la entrada a Colombia con más miedo que vergüenza. A Pablo y a mí, más que la situación del país, nos daba miedo el cartelito que Horacio tenía en su bicicleta: «Por la Paz del mundo». Le pedimos que lo escondiera un poquito durante la travesía de Colombia, pero no nos hizo caso. No queríamos que la guerrilla o los paramilitares practicaran su puntería con la «P» de «Paz».

El país estaba en una situación de guerra no declarada. Los propios colombianos que habíamos conocido en Ecuador nos recomendaban que no entráramos. Incluso el médico colombiano que me operó de la vista en Madrid para eliminarme las dioptrías me lo había aconsejado:

—Mi país es precioso, pero ahora vive una situación de violencia que no hace aconsejable adentrarse en él. Tengo algún amigo a quien le han robado la bicicleta a punta de pistola. Si te ven a ti cargado de alforjas no durarás mucho —me vaticinó.

Tan sólo los doscientos kilómetros que separaban Pasto de Popayán los hicimos en camión. Durante ocho horas, escondidos en la caja de un camión maderero cargado hasta los topes, recorrimos ese trayecto. El camino era peligroso hasta para los vehículos, que por indicación de la policía solamente lo atravesaban de día. Enfrentarse a la guerrilla no podía ser mucho peor que estar ocho horas en aquel reducido espacio dando botes contra los duros maderos.

Cuando llegamos a Popayán buscamos alojamiento en los bomberos pero, cosa rara, no nos dejaron dormir allí. Colombia tenía ese inconveniente. Una bicicleta podía ser una «bicicleta-bomba», lo mismo que un burro o un coche podían ser trampas mortales. Poca gente se fiaba de los extranjeros, aunque vinieran en bici. Maldiciendo nuestra suerte nos tiramos a dormir en un descampado frente al cuartel de bomberos.

Colombia huele a café recién subido. De cualquier esquina te puede salir un campesino a ofrecerte un tinto, como le dicen aquí al café. Así nos ocurrió una mañana. Le preguntamos a un campesino si íbamos por la carretera correcta y el hombre nos dijo:

—Sí, pero esperen un momento —y se metió en su casa.

Sin mediar palabra, salió con una bandeja y tres tacitas de café. Fue el único, en toda nuestra travesía colombiana, que no nos formuló una sola pregunta. El resto de sus compatriotas eran bastante más curiosos y preguntaban sin parar.

—¿De dónde y para dónde? —nos interpelaban en la ruta.

Otro detalle de Colombia, que a ninguno de los tres nos pasó desapercibido, fueron sus hermosas mujeres. Desde la que nos vendía fruta hasta la que nos daba pan; aquello era para volverse loco. Y lo peor es que nos decían que cuando llegáramos a Cartagena de Indias veríamos bellezas aun mejores. Pero nunca nos peleamos por una mujer. Lo cierto es que ellas tampoco lo hicieron por nosotros.

Formábamos un buen equipo, algo nada sencillo viajando en bici. Porque ésta impone su propio ritmo y la forma de ser de cada uno marca distancias mayores que las del pedaleo. Siempre hay momentos difíciles en los que la tensión es evidente. Los tres pasábamos por las mismas y

difíciles situaciones de hambre, frío, cansancio... Si sobraba algo de comer lo repartíamos. El mejor lugar para dormir era siempre para el último en llegar.

Cuando debíamos subir un puerto de montaña, cada uno ponía su velocidad y nos íbamos esperando por el camino. Generalmente era Pablo quien nos esperaba. Su bicicleta tenía tan sólo dos platos y cinco piñones, y con ese desarrollo no podía subir los puertos. Se enganchaba a los camiones con el famoso gesto de Superman y cuando Horacio y yo llegábamos a la cima él ya tenía el agua del mate calentita. En ocasiones era Horacio quien se aliaba conmigo para gastarle una broma a Pablo y en otras era yo la víctima. Como el día que dormimos en los bajos del estadio Pedro de Heredia en Cartagena de Indias.

Nos habían dicho que había ratas. Dada la extrema suciedad de los vestuarios y los baños no hacía falta que nos lo juraran. El vestuario del equipo local era nuestro búnker. Estábamos cocinando con nuestros hornillos y dejamos el pan en el suelo. Nos fuimos un momento y cuando regresamos yo lo hice unos minutos después que ellos. La bolsa del pan estaba mordisqueada en una esquina y había trozos de pan por el suelo.

—Che, Álvaro —me dijeron—, no toqués el pan que las hijas de puta de las ratas se lo estaban comiendo cuando llegamos.

—Mierda. Con el hambre que tenía. Pero bueno, con tal de quitar la parte que han mordisqueado...

—No, che, tiralo todo, no vayás a agarrar algo —me dijo Pablo.

Ya no podían aguantar más. Se empezaron a reír. Ellos habían roto la bolsa porque sabían que yo tenía pánico a las ratas.

Pronto me tomé la revancha. Apoyado por Horacio, y con la ventaja de unos kilómetros que le habíamos sacado a Pablo en un repecho, nos paramos en uno de los frecuentes negocios de lavado de coches. Utilizando una motobomba y una larga manguera, suben hasta la carretera el agua de un río cercano. Le pedimos permiso al dueño y nos escondimos para esperar a Pablo. Cuando llegó a nuestra altura lo bautizamos con un buen chorro a presión del río Colca.

Unos berracos en La Línea

En Colombia el ciclismo es un deporte nacional y los ciclistas son considerados héroes. Pero viendo el poco respeto que se les tenía en la carretera pensábamos que el calificativo de héroes venía dado, más bien, por tener que ejercitarse en esas condiciones. Sin arcén, con el asfalto lleno de baches y tragando el humo de los camiones no era fácil salir a entrenar.

Pero lo cierto es que los puertos de aquí eran un gran entrenamiento. Ahora comprendía por qué esta gente triunfaba en las ascensiones a los míticos puertos del Tour de Francia. Yo mismo he subido el Tourmalet, el Marie-Blanque y otros puertos de categoría especial, que me parecían inhumanos. Pero después de coronar puertos como La Línea, de veintiocho kilómetros, he cambiado de opinión.

Muchos nos habían pronosticado que no subiríamos La Línea sobre nuestras bicis, sino empujándolas. Ese puerto de montaña separaba Armenia de Ibagué. Como decían en Colombia, «sí o sí», debíamos pasar por ahí. Nos costó todo un día coronar La Línea, pero lo logramos. Pablo se despidió pronto de nosotros enganchándose a un camión; Horacio y yo fuimos poco a poco tirando de cada músculo del cuerpo para conseguirlo. Los camioneros utilizaban sus bocinas al adelantarnos y nos gritaban «¡Berracos!» en señal de aprobación por nuestro esfuerzo. Lo peor era cuando el camión nos sobrepasaba. Nos tragábamos todo el humo de su tubo de escape.

La parte más difícil venía en el tramo final. Había que superar dos curvas que llamaban «alcanzaperros», porque vas tan despacio que un perro a tu lado te sobrepasaba caminando. Pasada la primera nos detuvimos a tomar un mate. Los grandes retos, como los grandes amores, hay que saborearlos poco a poco.

Varios talleres mecánicos jalaban la ruta con la certeza de que más de un camionero necesitaría de sus servicios. Cuando un vehículo quedaba tirado en la subida, el camionero que iba en sentido contrario daba la voz de alarma en el primer taller que encontraba. El mecánico agarraba sus herramientas y su pequeña bicicleta y se enganchaba a cualquier camión que subiese hasta alcanzar al vehículo averiado. Allí mismo lo reparaba y descendía en bici luego a toda velocidad hasta su casa.

Cuando coronamos La Línea, siete horas después de haber comenzado a ascenderla, Horacio y yo nos bajamos de la bici para abrazarnos. Recuerdo que lloré de emoción por aquella conquista honesta, sin barritas energéticas ni ampollas de aminoácidos...

Pablo llevaba rato esperándonos con otro mate listo, para celebrar nuestro triunfo. Un año más tarde, ya de regreso en España, tuve la oportunidad de participar

en una concentración de ciclistas que realizaban la subida a los lagos de Covadonga. Eran más de cien kilómetros, dos puertos de montaña y al final los míticos lagos, con su conocida zona de La Huesera, que destroza a los ciclistas. Entre las vistosas camisetas de los participantes descubrí unos colores que me eran familiares. Eran los de la bandera de Colombia.

—Hola, ¿conoces La Línea? —le pregunté al ciclista.

—Claro, hermanito, cómo no la voy a conocer. ¿Usted la ha subido?

—Sí, y con una bicicleta con alforjas que pesaba cincuenta kilos.

—¡Qué berraco! Y dígame, ¿son peores los lagos?

—Bueno, cuando termine la prueba ya me dirá usted —le contesté.

Me lo encontré después en Cangas de Onís, donde terminaba la prueba, y le pregunté:

—¿Qué le parecieron los lagos? ¿Son más duros que La Línea?

—¡Qué dices, hermanito! Sólo tienen unas rampitas así no más. La Línea es mucho peor.

Salvados por la nariz de payaso

Aquel país que ahora cruzábamos era un país herido, en el que la violencia se descolgaba a cada esquina. Algunos carteles que veíamos en ruta así nos lo recordaban permanentemente, como uno que vimos a la entrada de Melgar, patrocinado por Pepsi: «Estamos en Guerra y la estamos Ganando».

Ese mensaje parecía más propio de un partido de baloncesto, que de una lucha fratricida.

Por fin llegamos a la capital del país. En Santa Fe de Bogotá yo tenía un lugar para quedarme, pero Pablo y Horacio no. No podía dejarlos tirados.

—Andate Álvaro, ya encontraremos algo —me decían.

Pero yo no podía abandonarlos. Estuvimos tres horas por la ciudad, arriba y abajo, hasta que encontraron un lugar. Por fin me quedaba tranquilo. Aunque ellos estaban en la otra parte de la ciudad, vinieron a la fiesta de aniversario a la casa en la que yo estaba. Ya llevaba un año pedaleando.

La emoción de aquel día la encuentro plasmada en mi diario de viaje:

«365 días lejos de lo conocido, de la rutina en que se había convertido mi vida en Madrid. Lo máspreciado e irrepitible que tenemos los seres humanos es LA VIDA. Sin embargo nos empeñamos en vivirla a largo plazo, haciendo planes para pasado mañana, ignorando que el mañana no existe. Sí, todo el mundo sabe lo de “aquí y ahora”, pero continúan dando vueltas en círculo, cada vez más pequeño, a su propia descafeinada existencia. Fueron muchas horas solo las que me condujeron a tomar la decisión de volar en bicicleta por el mundo. A la búsqueda de lo diferente, al encuentro de mil amaneceres.

»Y hoy se cumple un año de ese sueño que ahora vivo despierto, un año rodando con Quirllig en el corazón de tanta gente que era mi familia y yo no sabía, marcando el dibujo de mis ruedas en sus pupilas.

»Como me comentaba en una carta un “nuevo hermano” de la ruta: A veces es bueno pararse en los rellanos de las escaleras para ver qué camino estamos recorriendo. Las prisas por alcanzar el mañana nos hacen pasar de largo por el hoy, que rápidamente se convierte en ayer, y sin darnos cuenta se nos escapa la existencia en un suspiro, sin apenas enterarnos.

»Doce meses de conversaciones con la comandante Maxi, la compañera que no me abandona, buscando juntos un lugar donde descansar otra noche más. Avanzando, sin olvidar el pasado, sin pensar demasiado en el futuro, intentando atrapar el presente y cargarlo en mis alforjas».

Colombia marcaba el fin de nuestro pedaleo juntos. Pablo se daría la vuelta a Rosario desde Venezuela, pero en autobús. Extrañaba a su novia, a su madre, a sus amigos..., y, aunque no lo decía, también los asados.

Pero el Negro estaba decidido a continuar. Quería llegar hasta Alaska, aunque fuera solo. En realidad decía que después de Alaska se iría a Europa y de ahí a África, Asia... El Negro es de esos tipos duros que, despacito, va poniendo tierra de por medio. Ya se recorrió toda la Argentina en solitario y ahora había montado ese viaje con Pablo hasta Alaska. El abandono de su amigo antes de haberse cumplido la mitad del viaje no lo derrumbó. Con el Negro no podían ni las

cucarachas del estadio Pedro de Heredia de Cartagena de Indias.

Antes de emprender su partida de Rosario buscaron patrocinio. Visitaron la fábrica de Coca-Cola y lo único que consiguieron fue un par de remeras (camisetas). Pablo la utilizaba para limpiar de grasa la bici, pero el Negro se la ponía como si cualquier cosa, aunque se pasaba la mitad del tiempo tratando de sacarle el logotipo de Coca-Cola que estaba serigrafiado.

—Che, ¡cómo lo pegaron esos hijos de pu...! La concha de su madre, no hay forma de despegarlo —solía decir.

Antes de despedirnos aún nos quedaba vivir juntos una experiencia única. Llovía a cántaros cuando entramos en un tranquilo pueblecito al norte del país, llamado María la Baja. Pablo se había adelantado unos metros en busca de la iglesia, para solicitar asilo una vez más. Al doblar una calle un militar nos salió al paso al Negro y a mí.

—Por favor, ¿me muestran su autorización? —nos dijo amablemente.

El peligro a veces lo ves venir. Esa vez el peligro venía de frente, armado hasta las orejas; y con cara de mala leche.

—¿Qué autorización?

—Acompáñenme al destacamento.

A pocos metros estaban sus compañeros viendo la televisión, resguardados de la fuerte lluvia bajo un tenderete. Esa tarde los gringos íbamos a competir en niveles de audiencia con la telenovela. Le mostramos al oficial los pasaportes, pero no era suficiente. Por lo visto habíamos entrado en una zona de exclusión. Para estar ahí había que tener un permiso especial.

Les mostré todos mis recortes de prensa, la carta del cónsul que hablaba de que estaba haciendo un proyecto solidario..., pero nada los convencía. Pretendían llevarnos al cuartel e investigar, durante seis días, nuestros antecedentes. Si no teníamos relaciones con la guerrilla o los paramilitares, nos soltarían. Pero yo no quería separarme de Quirlig ni entrar en esa dinámica, porque todo se podría complicar enormemente.

Cuando nos encontrábamos a mitad de discusión apareció Pablo:

—Che, ¿dónde estaban? Ya conseguí lugar para dormir en la iglesia. El cura es macanudo.

—¿Este quién es? —nos preguntó el militar responsable.

—Este viaja con nosotros y tampoco tiene autorización —le respondí, disfrutando de ver cómo la cara de Pablo pasaba del moreno al blanco.

Un soldado que estaba viendo la televisión me miró y me preguntó:

—¿Tú no eres el payaso que salió el otro día en la tele?

—Claro —le contesté agarrándome a ese inesperado fan.

—Somos nosotros tres. Viajamos por el mundo haciendo espectáculos de circo gratuitos. Somos una compañía, pero no militar.

La risa distendió un poco el ambiente y después de una angustiada hora de espera nos dejaron marchar.

—Pero no os mováis de la iglesia. Nada de salir por el pueblo; y mañana fuera de aquí.

Con el miedo en el cuerpo nos fuimos a la iglesia. ¡De menuda nos habíamos librado! Incluso al cura jubilado que había ejercido en el pueblo durante más de cuarenta años también le pedían autorización. A algunos soldados que le reclamaban el papelito luego se los encontraba en misa.

Un taller de sol a sol

No se qué es más duro: despedirse de un amigo o ver cómo dos grandes amigos se despiden. Pablo y Horacio sabían, cuando se abrazaban en un cruce a la salida de Cartagena de Indias, que tardarían muchos años en volver a verse. La noche anterior habían repartido su material, que hasta entonces habían compartido.

—Llévate la cocina, Negro, yo ya me las apañaré.

—Gracias, Pelao, pero dejame pagarte al menos tu parte.

—Andate a la mierda, Negro, ya me lo cobraré con asados.

—Callate boludo, no me lo mencionés, que se me hace la boca agua. Cuando me tocó a mí despedirme de Pablo ya no le quedaban lágrimas:

—Che, Bicicletón, cuando volvás por Rosario llámame.

—Tranquilo, Pelao, lo haré aunque no tenga un celular de Telecom a mano. Continué con el Negro un par de días más. Se venía conmigo hasta el Parque

Nacional Tayroma a descansar bajo un cocotero, aunque a mitad de camino se dio la vuelta:

—Largate tú, ya nos veremos en África. No tengo el cuerpo para fiestas. Voy a buscar un barco para cruzar a Panamá.

Habían pasado tres días, pero Horacio aún no se había repuesto de la despedida. Lo último que supe de él es que, tras dos intentos fallidos, se había vuelto al estadio Pedro de Heredia de Cartagena de Indias, porque se le complicaba cruzar hacia Panamá. Debía de echar de menos a las cucarachas.

Pero poco tiempo me duró la soledad. Dos amigos de Asturias me habían escrito un correo electrónico en el que expresaban su deseo de venir a pedalear conmigo unas semanas por Venezuela. Cada vez que se asomaban a la web desde sus respectivas oficinas leían multitud de historias que les ponían los dientes largos. Uno de ellos no dudó en pedir prestada a su madre la bicicleta para sumarse a la aventura. Hacía años que no montaba sobre dos ruedas. Me consultaban qué equipaje era el más adecuado para pedalear por el caribe venezolano.

—Crema y gafas de sol; y parches para los pinchazos. Pero sobre todo no vengáis sin un par de latas de fabada —les contesté.

De haber sabido lo de Rioacha les hubiera pedido también una llanta nueva. Estaba entrando en esa ciudad cuando un taxi que se había aproximado demasiado al incorporarse a mi carril me golpeó en la rueda trasera y me tiró al suelo. Instintivamente, como una madre que tropieza y rueda con su hijo por la acera, lo primero que pensé es que Quirlig no tuviera nada malo. Efectivamente, a primera vista el golpe no había sido nada. A mí me dolía mucho el hombro, pero no tanto como para ir al hospital. Me reincorporé y reemprendí la marcha. El taxista parecía acostumbrado a ese tipo de encontronazos, porque ni siquiera se detuvo.

Al día siguiente, en la ruta, sentí que la rueda de atrás se movía excesivamente. Me detuve a revisarla. No me podía creer lo que veía. La llanta estaba rajada por completo. Cabía mi dedo índice en el agujero. Tenía que cambiarla. Pero ¿dónde? Colombia me dejaba herida a Quirlig.

Llegué a la frontera con Venezuela, y en Maicao recorrí la ciudad a la búsqueda de una llanta

nueva. Maicao es una ciudad fronteriza en la que se mueven al día miles de mercancías: licores, tabaco, ropa, repuestos para los coches..., pero pocas llantas.

La única que encontré era made in Taiwan. Un chico que tenía su propio taller en la calle me aseguró que la podía montar sin problemas. Aunque no lo creía no tenía otra alternativa. Él no vendía llantas, tan sólo trabajaba de mecánico en la calle. No es que tuviera un puesto en la calle, no. Simplemente se sentaba en un trozo de la acera con sus herramientas y esperaba a que viniesen los clientes. Tras hacer varias averiguaciones compré la llanta que me pareció menos mala y regresé a ver al mecánico.

—¿Cuánto tardarías en montar la llanta nueva?

—En dos horas la tienes —me contestó.

Los dos sabíamos que no era cierto, pero no me quedaba otra alternativa. Quitamos los radios de la llanta rota y al colocarlos en la nueva comprobamos que eran de diferente tamaño. Volví a la tienda y conseguí nuevos radios. Otra vez manos a la obra para radiar la nueva llanta. A mi mente venían las imágenes del taller de Salta, Argentina, cuando estuvieron armando la llanta nueva hasta las doce de la noche.

El mecánico trabajaba en la calle y su jornada laboral era de sol a sol. La luz de la tarde ya estaba extinguiéndose, y casi sin ver terminó la faena. No sé lo que hubiera hecho sin él. Mis nociones de mecánica eran muy básicas y no alcanzaban al radiado de una rueda. De las dos llantas que me regalaron los de la bicicletería de Bengoa en Rosario, ahora solamente me quedaba la delantera.

LIBRO TERCERO

Aquí te puedes quedar el tiempo que quieras

Quien decide abandonar el camino trillado, acepta un grave albur.

William Somerset Maugham

Herr Chops

Harto de que los policías de Colombia me preguntaran qué trasportaba en mis maletas, hacía tiempo que había decidido contestarles con algo que no fuera lo típico de: mi comida, mi ropa, mi tienda de campaña..., y les decía:

—En esta de delante llevo granadas, en la de al lado el lanzagranadas y en las de detrás llevo un tanque autohinchable y un portaaviones.

Generalmente se lo tomaban con sentido del humor. Se reían y me dejaban continuar sin tener que abrir las maletas.

Pero pronto descubrí que los venezolanos tenían un humor distinto. Nada más cruzar la frontera tuve que pasar varios controles militares. Al principio me lo tomé con filosofía. Siempre cerca de las fronteras hay mucho control y es normal tanto policía. Pero, después de haber superado los controles de rigor, un policía venezolano, parado en mitad de la ruta y con poco que hacer, me detuvo.

—¿Qué llevas en las maletas?

—Aquí granadas, aquí el lanzagranadas... —pero no pude continuar. Su rostro se puso serio. Apuntándome con el fusil me dijo:

—Pues abre las maletas.

—No —le dije—, es broma, hombre. Llevo las cosas normales para viajar y vivir en la ruta. Me cuesta más de una hora sacar y colocar todo en su sitio.

—Yo tengo todo el tiempo del mundo. Ábrelas, por favor.

—Bueno, perdona, es que... Mira, yo... Verás, en realidad... Yo viajo... En fin, que salí hace más de un año de España, haciendo un proyecto... —balbuceé.

—¿Sabes cómo llamamos aquí a los que son como tú? —me interrumpió.

—¿Cómo?

—Payasos.

Mi cara se iluminó y mi sonrisa lo debió de desconcertar aun más. Aproveché para sacar los artículos de prensa y para contarle mi proyecto. El amable policía se deshizo en disculpas. Hasta me dio dinero para comer.

En lo sucesivo el chiste de las granadas y el tanque autohinchable lo guardaría para cuando volviera a visitar Colombia. No convenía «descontextualizar» las bromas.

A medida que me acercaba a Maracaibo el calor era más sofocante. Por las noches veía un gran resplandor en el cielo que anunciaba una tromba de agua. El aire olía a plástico quemado. Pero no llegaba a llover. Y, cosa curiosa, tampoco se oía retumbar el cielo. Pronto me enteré de que lo que observaba era un fenómeno meteorológico. Era tan conocido que tenía reflejo hasta en el himno y la bandera del Estado de Zulia, que era el que ahora estaba recorriendo. Se trataba del Relámpago del Catatumbo o Faro de Maracaibo, especie de resplandor nocturno e incesante producido por tormentas eléctricas. Ese haz de luz era producido por el contraste entre los dominantes vientos alisios del noroeste y los suaves vientos del sur del lago de Maracaibo. Al menos eso es lo que me explicó Antonio en una de las muchas cenas que disfruté en su casa con su

familia.

Antonio era la cabeza visible de la comunidad asturiana en Maracaibo. Más gijonés que muchos que residen en Gijón, hacía un montón de años que se había establecido aquí. Malamente sobrellevaba estar lejos de su tierrina.

—Bienvenido a la ciudad más fría de Sudamérica —me dijo al recibirme en el Centro Gallego de Maracaibo.

A la sombra había cuarenta grados. No entendía por qué él la calificaba como la ciudad más fría. Aguardando su llegada en el vestíbulo del Centro Gallego, tuve que sacar una chaqueta de mis alforjas. El aire acondicionado hacía que me sintiese como un filete de pollo en el congelador.

Maracaibo es especial no solamente por la temperatura. El relativo aislamiento de la cuenca de Maracaibo desde el punto de vista geográfico contribuyó a la diferenciación regional del área durante la época colonial. Ello se acentuó por los notables lazos comerciales con España y debido también a la importancia del comercio y a la coexistencia de grupos de origen diverso (españoles, africanos traídos como esclavos, indígenas), todo lo cual contribuyó a la configuración de un territorio con una personalidad muy bien definida. Los maracuchos, que así se llaman los habitantes de esta gran urbe, se consideran especiales. Recorriendo después Venezuela pude ratificarlo. Cada vez que me encontraba con un paisano de Maracaibo que, por trabajo u otro motivo, estaba a cientos de kilómetros de su ciudad, siempre me hablaba con mucho orgullo de su tierra.

El Estado de Zulia, o Zulía, es el de mayor población en Venezuela en la actualidad, el de mayor población indígena y el de mayor producción petrolera.

Visto de lejos, el lago de Maracaibo bien parecía una gran tarta con muchas velas. Las velas eran las torres de perforación de petróleo que lo convertían en uno de los potencialmente más ricos del mundo. Y la tarta era el petróleo, que debería bastar para que este país tuviera una economía saneada. Sin embargo, considerada muchos años como una nación próspera y alejada de los turbulentos vaivenes políticos y sociales que azotaban a esta parte de América, en el momento en que yo la recorrí en bici Venezuela estaba dividida. Chavistas por un lado y detractores del presidente Hugo Chávez por otro.

—Nunca en la historia de Venezuela este pueblo había estado tan dividido —me decía Antonio.

Más tarde, cuando llegué a Caracas, pude confirmar ese sentimiento de Antonio. En las calles había múltiples manifestaciones a favor y en contra de Chávez, que concluían con enfrentamientos.

Pero Maracaibo parecía escapar, de momento, a ese zarandeo. La prueba era que seguían vendiéndose, aunque en menor cantidad, los famosos tequeños.

Un viejo amigo de Antonio tenía varios negocios de comida rápida de calidad, denominados Chops. La especialidad eran unos trozos de queso rebozados y fritos, conocidos en toda la ciudad como «tequeños». El dueño de las tiendas había venido hacía años de Holanda y su corazón de «vagamundo» entendió rápidamente mi forma de viajar. Tras pasar allí muchas horas devorando los tequeños y conversando, «Herr Chops», como yo lo llamaba, decidió contribuir a mis maltrechas arcas de viajero. ¡Y eso que casi le agoto toda la materia prima!

Un abogado vividor y un padre arquitecto

Maracaibo llegaban por fin los refuerzos desde España. A José lo recibieron como si viniera de recorrer la India en bici. Pero él no hacía más que decir:

—Yo no he hecho nada, es Álvaro el que pedalea desde hace más de un año. Casi una semana estuvimos gozando de la buena hospitalidad de la gente de Maracaibo, incluso nos llevaron a ver un partido de béisbol. A mí sólo de ver la fuerza con la que el lanzador arrojaba la pelota me dolía el hombro. Aún no me había recuperado del accidente con el taxi, por lo que no pude actuar en Maracaibo.

El día cuatrocientos de mi viaje, acompañado por José, volví a la ruta. Habíamos conseguido una autorización para cruzar el famoso puente Rafael Urdaneta, de más de ocho kilómetros. Este puente es uno de los símbolos de Maracaibo y es la única conexión de la parte norte del lago con el resto del país.

Dos coches de policía iban apartando a los demás vehículos a nuestro paso. ¡Por una vez eran ellos los que se quitaban!

Por interminables rectas nos dirigíamos a Coro. A pesar de haber entrenado algo antes de venir, y de llevar la mitad de peso que yo, José se quedaba un poco en las cuestas. El fuerte calor, cerca de cuarenta grados, y las interminables rectas no eran las mejores condiciones para comenzar a pedalear. En una de las paradas para tomar algo de fruta me confesó que prefería subirse a un bus y esperarme en Coro.

—No es un tema de fuerza física, sino de perseverancia mental. Tu cabeza es la que puede decir a tus piernas que sigan. Aguanta un poco y sigue pedaleando —le dije.

José se situó detrás de mí. Podía sentir su dolor en mi piel y escuchar el rechinar de sus dientes. Mirando de reojo por mi espejo retrovisor lo tenía controlado. En las cuestas aflojaba un poco el ritmo para no perderlo.

Al final del día, tras más de ciento diez kilómetros, me dio las gracias por no haberle permitido tomar el autobús.

—Tenías razón, solamente era flojera mental.

Habíamos alcanzado el pequeño pueblo de Urumaco. Fuimos a ver al cura, que nos dejó alojarnos allí, pero no podía atendernos porque estaba en la cama con un ataque de epilepsia. Nos contó que hacía una semana había pasado por aquí otro ciclista, un argentino que volvía a Rosario... ¡Era Pablo, el Pelao! Dormí en la misma hamaca que él había utilizado aquella noche. Volví a sentir la ausencia del amigo. ¡Cuánto pueden unir los buenos y los malos ratos pasados juntos!

Preparé en mi hornillo arroz con sardinas. José estaba tirado encima de la esterilla:

—Álvaro, disculpa que no te ayude, pero estoy hecho polvo.

—Tranquilo, descansa, que hoy has terminado la etapa pero mañana nos espera el fuego de nuevo en la ruta. Tenemos que hacer ciento ochenta kilómetros.

—No jodas, ¿casi doscientos kilómetros?

—No, hombre, no; es broma.

—Si me pudiera levantar te mataba, cabrón.

En un par de días alcanzamos la primera capital de Venezuela: Santa Ana de Coro, Patrimonio de la Humanidad. Su casco antiguo era tan bonito como pequeño. Esta blanca ciudad se caracterizaba además por los famosos médanos, situados al norte de la villa. Unas dunas que avanzaban sin descanso y que de repente lo trasladaban a uno al desierto.

Achicharrados de calor llegamos a la península de Paraguaná. Estábamos locos por dejar las bicis y nadar en el Caribe. A nuestra izquierda quedaba el desvío a Punto Fijo, una de las refinerías de petróleo más grandes del mundo. Tal vez por ello era una ciudad libre de impuestos a la que muchos venezolanos venían en manada, en mejores épocas económicas, a comprar licor y electrodomésticos.

La península de Paraguaná es el punto más al norte de Sudamérica. Cuando el nueve de agosto de 1499 el capitán Alonso Ojeda desembarcó aquí no podía imaginar que este lugar escondía en sus entrañas el oro negro. Era el día de San Román y, con la originalidad que caracterizaba a los conquistadores, decidió llamar a este cabo... el cabo de San Román.

Nos detuvimos en un chiringuito de playa, el único que había. Enfrente una barrera de rocas hacía de piscina natural, amansando el empuje de las olas del Caribe. El chiringuito era un chamizo a escasos veinte metros de la orilla. El suelo era fina arena. Tres personas habían terminado de almorzar. La mesa estaba ocupada por cascotes vacíos de Polar Ice, la cerveza más bebida en Venezuela.

—Hola —dijimos.

—Hola, ¿queréis comer algo?

—Bueno, si no es muy tarde.

—No, ahora os preparamos un pescadito y una ensalada. Id a bañaros si queréis y cuando salgáis del agua ya estará listo.

Parecía que nos leían el pensamiento. Nos quitamos toda la ropa y nos dejamos acariciar por el Caribe. Una suave brisa erizaba las olas, que jugaban a saltar la barrera de rocas. A los veinte minutos salimos a devorar lo que nos pusiesen delante.

Quien se había dirigido a nosotros era el dueño del chamizo, José Ignacio. Abogado, promotor urbanístico, dueño de una lotería..., a sus cincuenta y ocho años había decidido retirarse a este paraíso. Le gustaba la cocina y la vida sencilla. Hacía poco había sido padre de nuevo y quería saborear la tranquilidad del lugar. Sus dos compañeros de mesa eran sus dos empleados, pero por la familiaridad con que los trataba parecían hermanos.

De vez en cuando sacaban una pequeña lancha a motor y en media hora alcanzaban la isla que estaba enfrente, Aruba, colonia holandesa. Allí cambiaban langosta recién pescada por güisqui y queso gouda, y se volvían a su pequeño castillo de suelo de arena.

Tras la comida y la siesta en hamaca nos llevaron a ver el cabo San Román. Ya íbamos a salir cuando Victoriano, uno de los empleados, se bajó del Land Rover corriendo.

—No podemos irnos, muchachos, nos hemos dejado lo más importante.

Se había olvidado la nevera cargada de Polar Ice. El viaje duraba tan sólo veinte minutos, pero esta gente no se iba ni al baño sin la cerveza. Regresó con una neverita llena de hielo y de botellas de Polar Ice, que abrimos con la carrocería del destartado vehículo. Parecía difícil beber con el traqueteo del camino. Si el capitán Ojeda hubiera desembarcado en ese momento no se hubiera librado de tomar una Polar Ice.

Aunque nos invitaron a quedarnos otro día más, para celebrar el cumpleaños del hijo de José Ignacio, no nos parecía bien seguir abusando de su generosidad y nos encaminamos hacia Chichiriviche.

Acabábamos de llegar al pueblo cuando vimos que un coche se saltaba un semáforo rojo. Por la ventanilla bajada pudimos ver que el conductor tenía alzacuellos.

—¿Conoce al padre de este pueblo? —le pregunté en mitad del tráfico, imaginando su respuesta.

—Sí, soy yo.

Nos acompañó a su casa y nos dejó en las manos de Juana, la mujer que lo cuidaba.

—No tengo tiempo ahora de atenderlos —nos dijo el padre Ricardo— pero pueden quedarse aquí y a la noche hablamos.

Arrancó su todoterreno, con ruedas de doble ancho, y partió levantando una tremenda polvareda. Pronto caímos en la cuenta de que el padre Ricardo era la bomba. Con tan sólo quince años había salido a recorrer Venezuela haciendo dedo.

Llevaba tres años y medio en este pueblo y ya lo había revolucionado. Estaba construyendo una iglesia nueva y un edificio de tres plantas para dar clases de costura a mujeres. También había previsto que aquí hubiese una emisora de radiodifusión y un canal de televisión. Su padre fue albañil y con él aprendió algo del oficio. Él mismo diseñaba los planos y los ejecutaba. Mi amigo José, que era arquitecto, no lo podía creer.

Cuando regresó, el padre Ricardo nos llevó a ver la obra. José no cesaba de hacerle preguntas técnicas sobre la obra:

—Pero, ¿quién calcula las estructuras?

—Yo —le contestaba el padre bajándose del andamio.

A José aquello le parecía increíble y se ofreció a ayudarlo con los planos. Pero el padre Ricardo no necesitaba mucha ayuda y nunca le llegó a enviar los planos a España. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. A corto plazo, por ejemplo, los exámenes de teología dogmática. Además de arquitecto-albañil estaba profundizando en sus conocimientos teológicos. Y por si fuera poco ese día había oficiado siete misas. Tanta actividad en un pueblo tan pequeño daba mucho que hablar y, como ya había tenido varias discusiones con los vecinos, iba armado.

Lástima que Rafa, el otro futuro acompañante, no llegara hasta unos días más tarde. A Rafa el calor de Venezuela lo había pillado un poquito fuera de forma. Su única preparación para esos días de pedaleo consistió en ir a la tienda de bicis a comprarse un culotte. Hacía años que no andaba en bici. Pero en sus alforjas traía un par de latas de fabada, queso asturiano y jamón de pata negra, lo que le disculpaba su desinterés por las dos ruedas.

Juntos nos adentramos por el Parque Nacional Henri Pittier para llegar a las bellas playas de la costa. Nos acompañaba Lucho, un enamorado de las bicis que tenía en Maracay un negocio del ramo llamado El laboratorio de las bicicletas. Cada año organizaba una carrera, con premios para todos los que la terminasen. La prueba ascendía las duras rampas del famoso parque. Unas semanas antes de la competición, Lucho, acompañado de sus amigos, limpiaba de pintadas y papeles toda la carretera. Incluso, con su propio dinero, decoraba con un bonito mural una caseta abandonada que había en lo más alto. Como era un parque nacional y él no estaba contratado para tales menesteres, todos los años era multado ¡por limpiar el parque!

A diferencia de cuando pedaleaba con los dos argentinos por Colombia, los dos nuevos fichajes que había hecho para cruzar esta parte de Venezuela tenían que doparse para aguantar el ritmo. Hacían boicot contra mí para tomar cervezas en los pueblos. Tampoco era plan oponerse.

¿Dónde está el pañuelito?

A ritmo de Polar Ice llegamos a Caracas. Consecuencia de la ingente emigración asturiana que había habido en la posguerra, existía en esta ciudad un gran centro asturiano. La primera noche la pasamos en el gimnasio de sus instalaciones.

El presidente del centro quería ubicarnos en un lugar mejor. No entendía que, para nosotros, aquel suelo enmoquetado era una bendición. No teníamos inconveniente alguno en pasar allí el resto de nuestra estancia en la capital. Algo ayudó a tomar esa decisión: el hecho de que por la puerta trasera del gimnasio se accediese al bar de la terraza, en donde continuamente nos ofrecían sidra asturiana.

Como si se tratara de la misteriosa pócima de Astérix, la sidra me dio las fuerzas suficientes para olvidarme del dolor del hombro, causado por el accidente a la salida de Colombia, y traté de organizar el espectáculo en Caracas. Los miembros de la junta directiva del centro ignoraban el mejor lugar para hacerlo. Antonio, el secretario, un paisano de gestos rudos pero noble corazón, recordó un colegio de la asociación Fe y Alegría, en una zona alejada de la ciudad.

—Bueno, pues ya está —les dije—. Llamemos a la monja.

El presidente descolgó el aparato y en cinco minutos estaba todo resuelto. Tan sólo un nimio detalle quedaba pendiente. ¿Quién llevaría al payaso hasta el colegio?

—Yo tengo que trabajar —decía uno.

—Yo, justo mañana, tengo cita con el dentista —afirmaba otro.

Cuando le llegó el turno a Antonio, el secretario, sus compañeros ya le habían gastado todas las excusas más socorridas.

—Yo —comenzó a decir—, yo... es que los payasos no me gustan.

—Bueno Antonio, comprendo ese sentimiento. Pero mi espectáculo es diferente al del payaso que te imaginas. También hago magia... Mira, aquí tengo un pañuelo de color rojo. Vamos a hacer una cosa. Tú sólo tienes que decirme en qué mano está el pañuelito. Si lo aciertas, no tienes que venir. Pero si fallas, nos llevas. Es muy fácil, ¿vale? —le propuse sacando el pañuelo rojo.

—Bueno, venga —aceptó a regañadientes.

—Uno, dos y tres. ¿Dónde está el pañuelito rojo?

—Aquí —dijo agarrándome la mano izquierda, seguro de haber acertado.

—Mañana nos llevas al espectáculo —le repliqué abriendo la mano derecha y mostrando el pañuelo rojo.

La madre Natividad era otra guerrera de la vida. A sus setenta y muchos años dirigía el colegio. Su rápido andar impedía que el polvo se arremolinase en los pasillos. Con la ansiedad con la que un niño relataría sus regalos el día de Reyes, Natividad nos detallaba las mejoras del colegio:

—Aquí antes no había paredes. Las clases solamente tenían techo y suelo, y las explicaciones de un profesor se confundían con las que el otro daba en el aula contigua. Todo lo hemos hecho poco a poco, pero con mucha ilusión.

Cuando terminó el espectáculo que ofrecí para más de seiscientos alumnos del colegio,

Antonio vino a darme un abrazo. No había previsto reírse y emocionarse esa mañana. Pensaba, como tantos otros, que el espectáculo sería una propuesta demasiado infantil para él.

La realidad de la crisis económica venezolana era, como la de la mayoría, su única preocupación. El enrarecido clima político y social olía a golpe de Estado. Generales de brigada, coroneles, capitanes, contraalmirantes y otros altos cargos de la cúpula militar contrarios a Chávez habían abandonado el ejército. Se habían atrincherado en la plaza principal de la capital, en tiendas de campaña. Durante veinticuatro horas al día pronunciaban discursos y hablaban de sus experiencias dentro del ejército y del deterioro paulatino de la situación. Un reloj electrónico registraba las horas que llevaban allí manifestados pacíficamente. Había gradas para que la gente pudiera sentarse a escucharlos, y varias cadenas de televisión hacían guardia día y noche por lo que pudiese ocurrir. Se temía la intervención del ejército.

En su programa dominical de varias horas, Aló Presidente, al estilo de su gran amigo Fidel Castro, Chávez ofrecía diversas soluciones para contrarrestar la crisis económica. Una de esas brillantes ideas consistía en que la gente cubriera con tierra las azoteas de sus edificios para plantar patatas, cebollas... Otra solución a la crisis consistía en que si alguien ponía a la venta un piso, y en unos meses no conseguía comprador, el Estado tenía derecho a quedarse con el piso gratis.

La página web del Ministerio de Asuntos Exteriores de España alertaba de los riesgos, aconsejando a los viajeros que se abstuvieran de visitar Venezuela.

El paro del sector petrolero contra Chávez había comenzado. Grandes manifestaciones recorrían las avenidas principales de la ciudad de Caracas. Un día eran opositores al régimen los que se manifestaban y al otro eran chavistas. Un pueblo que tradicionalmente había estado unido se encontraba ahora dividido. Aunque Venezuela disponía de otros recursos, el petróleo era el motor de la economía.

La profunda inestabilidad económica de un país con enormes riquezas se podía ver fácilmente en la calle. La zona comercial de Caracas, conocida como Sabana Grande, estaba plagada de comercios callejeros. En la misma acera, y enfrente de los comercios tradicionales, se habían levantado puestos ambulantes que daban la vuelta a toda la manzana. Uno podía pasear por la acera y comprobar que esos puestos, aparentemente provisionales, tenían más éxito que los comercios tradicionales. La mercancía expuesta era la misma en un lado de la acera que en el otro. Pero el precio era considerablemente menor en los puestos callejeros porque no pagaban impuestos, alquiler de local, luz, agua...

A las dos semanas de paro ya faltaba combustible en los pueblos más alejados de la capital y los productos empezaban a escasear.

—Cuando se acabe la Polar Ice, se pondrá feo el asunto —me decía un venezolano. Y no sé si por la escasez de la cerveza, o porque sus mujeres los reclamaban desde el otro lado del «charco», mis amigos regresaron a España. Aunque de recuerdo me dejaron un par de latas de fabada.

Sólo un día

Enfilaba ahora la última parte de mi travesía venezolana. Las etapas de sol y sillín se sucedían sin fin. En algunas de ellas, como la que discurrió entre las poblaciones de El Tigre y Ciudad Bolívar, contabilicé tan sólo dos curvas en cien kilómetros. Apasionante. Para celebrar la segunda curva del día me detuve en una cantina. De repente vi pasar a dos cicloviajeros. Me levanté de la silla como impulsado por un muelle y pegué un grito para saludarlos. Hacían como que no me oían, así que grité con todas mis fuerzas.

—Pensábamos que eras un venezolano que quería saber de dónde veníamos y hacia dónde íbamos. Y no queríamos pararnos —me dijeron en inglés.

—Entiendo, yo también acabo a veces cansado de esas preguntas.

Esta pareja de holandeses iba en dirección a México. De ahí pretendían volar a Asia. Simplemente porque era más barato que a Holanda.

—De Asia a Holanda iremos en bici —me explicaron con aplastante lógica cicloviajera.

Hacía unos días habían perdido su tienda de campaña, porque la habían plantado en plena selva y las hormigas se habían comido el suelo. Afortunadamente yo ya llevaba días durmiendo en mi hamaca. Había oído que las hormigas de por aquí tenían mucha hambre y comían cualquier cosa, pero no imaginé que les gustara el plástico. Como nuestra ruta era en sentido opuesto, intercambiamos información de utilidad para ciclistas, como: aquí hay un río perfecto para bañarse; en esta ciudad vete a los bomberos a dormir y pregunta por el sargento Claudio; en el kilómetro ochenta y siete hay un perro en cuya dieta se incluyen tobillos de ciclista...

La tarde se terminaba y tanto ellos como yo teníamos que continuar pedaleando para encontrar un lugar donde descansar.

Estaba cerca de llegar a la Gran Sabana, en el Parque Nacional Canaima. Mi altímetro marcaba los mil cuatrocientos cuarenta metros, la altitud a la que se halla esta peculiar región al sur del país. Una extensa llanura, situada en una plataforma elevada, con muy pocos asentamientos urbanos. Esta zona pertenece a la era geológica del Precámbrico y se caracteriza por disfrutar de un clima especial y por tener cientos de cascadas.

No había tenido la precaución de aprovisionarme de suficiente comida antes de entrar al parque. Así que me dejé caer en el destacamento del río Aponwao a pedir un poco de agua con mi termo mágico. Alguien, que parecía un jefecillo, ordenó que me prepararan un poco de comida. Media hora después una persona salía con dos bolsas repletas de «vitaminas», que con agrado acepté. Eran diez kilos más de peso para mi bicicleta: un bote de leche condensada, una lata de atún, dos de sardinas, dos de jamón de untar, una de jamón en lonchas, una de mermelada, una de queso cremoso, galletas dulces y saladas, una pepsi y un plato de pasta con plátano, patatas y carne para que me lo comiera en ese momento.

—Muchas gracias —le dije asombrado al ver la bolsa.

—A la orden —me contestó.

«A la orden» es una expresión que podía resumir el carácter venezolano. Desde que la conocí me pareció adorable. Más allá de un típico formulismo, con ella te están diciendo que

cualquier cosa que necesites la puedes pedir.

Con el estómago a rebosar de felicidad, y cantando a Caetano Veloso, me adentré en la llanura de la Gran Sabana. Muy pocos vehículos enturbiaban la magnífica vista que contemplaba. Podía pararme en cualquier parte del camino y observar ese paisaje, aún no doblegado por la acción del hombre. Enfilé mi bici hacia la cascada del salto Tarotá, con la intención de pernoctar allí, pero el acceso estaba restringido por ser zona militar. Me personé en el destacamento que vigilaba la zona. Más de quinientos soldados vivían allí de forma permanente. Una barrera a la entrada impedía el paso. Me llevaron ante el responsable, que por los galones parecía un teniente:

—Hola, teniente, quisiera pasar para dormir en el salto Tarotá.

—Claro —me dijo—, pero me puedes llamar Coronel.

—Bueno, es que no entiendo mucho de jerarquías militares. Yo soy objetor y no distingo un coronel de un teniente.

—No —me respondió riéndose—, Coronel es mi nombre. Soy el teniente Coronel. Puedes ir al Salto a dormir pero me tienes que hacer un favor.

Entró a su habitación y sacó una bici de montaña.

—¿Tú podrías arreglármela? —me preguntó.

Inmediatamente me puse manos a la obra. Tenía bastante descentrada la rueda trasera a causa de varios golpes. Arreglé lo que pude, pero le aconsejé que la llevara a un taller. Estaba bastante destrozada.

Para ir al salto Tarotá había que atravesar un campo de entrenamiento antitanques. Estaba plagado de minas. Me recomendaron que no me saliera de la pista. Llegué a la magnífica cascada con el último rayo del día. Una caída de agua de más de cincuenta metros alimentaba una piscina natural de casi cien metros de diámetro. Monté la tienda y me fui a bañar. El agua estaba un poco fría, pero tras el calor que había sufrido ese día era reconfortante. Aún tenía el estómago contento por el almuerzo al que había sido convidado, así que me preparé un té y me dispuse a estudiar el cielo. Las estrellas se empujaban para hacerse un hueco en el firmamento. A cientos de kilómetros de la población más cercana tan sólo extrañaba no tener con quién compartir ese momento.

A la mañana siguiente abandoné la ruta principal para dirigirme hacia Kavanayén, una comunidad poblada por los indios pemones. Kavanayén era uno de los puntos de partida para visitar el famoso salto del Ángel. Pero para llegar a él había que gastarse muchos dólares y a esas alturas de viaje no estaba para muchos extras. Todo lo que había leído sobre ese salto de agua, de casi mil metros, era que su espectacularidad se observaba mayormente sobrevolándolo.

Fui a la misión que los padres capuchinos habían fundado aquí y que dirigían unos padres españoles. Subido en una escalera estaba fray Juan Manuel. Era de Santander y llevaba casi medio siglo en Venezuela. Ya podía yo haber entrado a Kavanayén en monociclo tocando el piano, que el tal fray no se hubiera bajado de la escalera para hablar conmigo. Era un hombre ya mayor, a quien la soledad de su destino le debió de agriar el carácter. Le hablé de mi viaje, de mis planes de actuar en Kavanayén... Le solicité ver al director de la misión para pedirle un lugar donde descansar. Con cansino gesto descendió de las nubes por los peldaños de la escalera y acudió en busca del director. Al poco rato volvió con la mirada extraviada en el infinito y el gesto serio:

—Te puedes quedar un día, sólo un día —masculló sin mirarme a los ojos.

—Muchas gracias, me quedará sólo un día.

—De nada. Pero otra vez, si no tienes dinero para pagarte una pensión mejor que no salgas de casa. San Francisco no quiere holgazanes.

Tenía tantas cosas para contestarle que me quedé callado. Estreché su flácida mano y arrastré a la holgazana de Quirlig hasta nuestro alojamiento de tipo «Sólo Un Día».

En Kavanayén existía una escuela técnica agraria llena de chicos y chicas que cursaban estudios generales y de agricultura. Antes de irme del pueblo fui a visitarla. Me mostraron las aulas, pero no los baños.

—No tenemos —me precisaba Lilia, la directora.

—Los chicos se van al monte a hacer sus cosas. El Gobierno de Caracas no nos envía los fondos para construirlos. Muchos chicos almuerzan en la escuela; esa es su única comida. Pero a pesar de ello algunos sonríen. Otros no.

Hay frases que te tocan el corazón, igual que hay curas que te tocan las pelotas. Le dije a Lilia que si le parecía bien esa tarde podía hacer el espectáculo para los chicos. Sus ojos parecieron emular el salto del Ángel.

Asistí a algunas clases en las que algunos alumnos exponían sus trabajos. Lilia me mostró también la residencia de verano del presidente de Venezuela. A espaldas de la escuela se levantaba una casa digna de ocupar la portada de una revista de arquitectura. No tenía persianas y a través de los amplios ventanales quedaba al descubierto toda la insultante decoración. Sólo con lo que costaba un par de aquellos sofás se podía costear los baños de la escuela.

—Siempre que han venido los presidentes de Venezuela a pasar aquí unos días, se han acercado a saludar a los alumnos de la escuela. Excepto Chávez, el autodenominado «presidente del pueblo» —se quejaba Lilia.

Al espectáculo de la tarde asistió toda la escuela y algunos indios pemones. También estaban fray Juan Manuel y el director de la misión, que hacían esfuerzos ímprobos para no reírse.

Los chicos, al terminar el espectáculo, me dieron un diploma «a la mejor idea». Era su personal manera de darme las gracias, porque en su lengua pemónkamarakoto esa palabra no existe.

Eso lo aprendí leyendo un libro sobre el mundo mágico y religioso de los kamarakoto, a través de las enseñanzas de su protagonista, Makunaima. Fue el obsequio de la comunidad de Kavanayén por mi espectáculo. En la introducción de este libro, en apariencia infantil, su autor Lino Figueroa escribía:

«Perteneciendo a otra cultura diferente a los Pemón, necesitaríamos de pruebas científicas para comprender la veracidad de un fenómeno como el de detener la lluvia, tal como se relata en el tercer capítulo... Así como los partidarios de la teoría científica del evolucionismo nos hacen creer que somos los descendientes de los monos, en el mundo de los primitivos habitantes de esta parte de América, y muy particularmente de la Gran Sabana, la cadena de la vida espiritual sólo cambia de lugar con la muerte de una persona, y puede ocupar cualquier punto en el espacio mientras otras fuerzas cósmicas no intervengan; sin que para ello sea obstáculo agua, tierra, piedras y otros objetos que a su vez ocupan espacio.

»En conclusión, el cosmos de la vida es un círculo cerrado donde nadie va más allá de lo que tus ojos pueden ver, sigue viviendo en otra frecuencia, quizás en algo así como una cuarta dimensión».

El padre de Makunaima, Kaponokok, iba enseñando a su hijo los secretos de la selva, las distintas plantas y sus utilidades; incluso cómo construir una curiara (canoa) con el tronco de un árbol; y la causa de la existencia de los Tepuys, las montañas sagradas. Yo lo iba aprendiendo al mismo tiempo que Makunaima, y me asombraba con esas enormes formaciones rocosas como el monte Roraima, de casi tres mil metros de altura, cuya cima, sagrada para estos seres especiales, no ha sido respetada por el hombre civilizado.

En la Gran Sabana la naturaleza es perfecta, pero sin el impacto de la acción del hombre lo sería aún más. La luz, a primera hora de la mañana, parece anunciar un día especial, aunque aquí

todos lo son. Un brillo singular anida en ese momento en la cima de los Tepuys, que vistos de lejos parecen navíos en alta mar. En este ecosistema único en el mundo el sol tropical y el agua son hermanos. Los ríos tienen que hacer filigranas para encontrar su camino en esta naturaleza salvaje. Profundos cortes de la tierra provocan saltos de agua espectaculares. El salto Kama, la quebrada de Jaspe, la laguna de Canaima o los rápidos de Kamoirán así lo atestiguan.

Acompañado del espíritu de Makunaima llegué una mañana a los rápidos de Kamoirán. El lugar estaba prácticamente vacío. Tan sólo unas diseminadas cabañas para turistas se agolpaban en ese extremo del río. Dejé la bici y la ropa y me sumergí en las limpias aguas. Me llamaba la atención su color negro en las zonas más profundas, y rojizo-amarillento en las riberas. Olía a metal y sabía tan fuerte que me dejó el paladar con resabio.

Ese mal sabor y sus diferentes tonalidades eran debidos a la alta concentración de ácidos. Así me lo explicó un miembro del destacamento de la delimitación de fronteras de Venezuela, que llegó en el momento en el que yo salía del baño. Venían de Brasil y traían los coches cargados de frutas de ese país. No habían podido hacer su trabajo porque el Estado brasileño, por falta de presupuesto, no había enviado a sus funcionarios correspondientes para hacer la delimitación fronteriza. De todo el grupo de funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores venezolano, sólo uno era chavista. Era quien defendía que el paro contra el Gobierno, que ya llevaba veinte días, era un fracaso. Los demás compañeros le tomaban el pelo.

—Ramiro, ¿has llenado los coches de combustible? —le preguntaban con sorna.

—Sí —les contestaba él entrando al trapo—, pero tan sólo encontré gasolina con plomo.

Les cambié una piña brasileña por una de mis pegatinas de Payasos sin Fronteras. Se la pegué en el lateral de su vehículo oficial. Justo al lado del escudo de su departamento: «Delimitación de Fronteras de Venezuela. Ministerio de Asuntos Exteriores».

Con la última lata de sardinas celebré la llegada a Santa Elena de Uarién. Fundada debido a los descubrimientos de oro y diamantes en la zona, ahora vivía del turismo y, como típica ciudad fronteriza, del comercio. Tradicionalmente eran los venezolanos los que, buscando chollos, recorrían los quince kilómetros que separaban Santa Elena de La Línea, la primera ciudad brasileña al otro lado de la frontera. Pero ahora la situación de intercambio andaba a la par. El bolívar venezolano no valía mucho más que el real brasileño. Como parte del ritual fronterizo, cambié unos cuantos dólares en reales. La equivalencia era más o menos tres reales por un dólar. Fijé mi presupuesto diario en diez reales y me adentré en el quinto país más grande de la Tierra.

Cuando la funcionaria de fronteras me dijo algo de «vacina», supuse que se refería a si tenía puesta la vacuna contra la fiebre amarilla. Le mostré la cartilla pero, apuntándome con una jeringuilla, se empeñaba en lo de «vacina». Por lo visto había habido en la zona una epidemia de sarampión y tenía que vacunarme. Por ello la entrada en Brasil fue un poco dolorosa.

Mi previsión inicial consistía en recorrer el país por el interior en dirección hacia Paraguay y Uruguay. Montevideo era mi destino final.

Pero, ¿para qué hacer planes si no es para romperlos? Los brasileños me decían que no me podía perder una visita a su litoral, mucho más espectacular que el interior del país. Eso supondría un par de meses más de viaje. En términos de tiempo era uno de los hombres más ricos del mundo. Podía permitírmelo. Así aprendería mejor el portugués.

Aunque Brasil era un país en el que había que andar con mil ojos. Los ríos estaban plagados de jacarés (cocodrilos) y de serpientes de agua. Me adentraba en la selva amazónica, donde el único intruso es un animal que se desplaza sobre dos ruedas. Un aparente tronco podía, al cabo de un rato de observación, comenzar a moverse. Un tranquilo río podía estar infestado de serpientes. Y el clima era también un engaño.

Eso último lo pude comprobar la primera noche en suelo brasileño. Animado por la buena temperatura, y por haber encontrado un lugar para acampar cerca de un río, decidí pasar allí la noche. Colgué la hamaca entre dos árboles y la cubrí con la mosquitera... por si las moscas. El sol se retiraba muy lentamente dejando el horizonte sembrado de múltiples tonos rojizos. Los macacos se daban las buenas noches en la tupida selva y la oscuridad se cernía sobre la hamaca. El cielo ofrecía la conocida tranquilidad de sus estrellas. Un viento mecía agradablemente mi hamaca. Todo parecía estar en su sitio.

Pero pronto algunas nubes comenzaron a ocultar las estrellas. El viento dejó de ser agradable para convertirse en molesto. Cada vez eran más las nubes y menos las estrellas. Algunas gotas comenzaron a caer. Me temía lo peor. Eran las tres de la mañana y estaba colgado entre dos árboles haciendo frente a una tormenta tropical con una hamaca y una mosquitera como única protección. Desmonté el campamento y me subí a la bici. Lo mejor era moverse para buscar algún refugio. A la media hora de ponerme en marcha, calado hasta los huesos, la rueda de atrás pinchó. Cansado y empapado, con pocas ganas de cambiar la rueda, caminé un poco por la desierta carretera hasta encontrar un lugar en el que detenerme a repararla. A las cuatro y media de la mañana, con los pies como dos piscinas, estaba inaugurando un taller de mecánica en el Amazonas.

La próxima vez que decidiese acampar trataría de hablar antes con el hombre del tiempo.

El camino hasta la primera gran ciudad, Boa Vista, carecía de poblaciones. Tras la experiencia de la noche pasada tenía intención de buscar un cobertizo donde pasar la noche. Para encontrarlo tuve que recorrer más de cien kilómetros. Recibido por varios perros entré en la pequeña fazenda (hacienda). Una mujer salió a calmar los perros y me dio a entender que su marido había ido a trabajar el campo, pero que estaba a punto de llegar. Con mi defectuoso portugués le hice saber que, si no le importaba, aguardaría la llegada de su marido.

La casa no tenía más de ochenta metros cuadrados. Era toda de madera, sin ningún revestimiento exterior ni pintura. El suelo de la casa era de tierra. En su interior no había puertas que separasen las habitaciones. Una pequeña caseta, también de madera, a diez metros de la casa, servía de baño para toda la familia. Sebastián apareció por el camino de la selva empapado de sudor y con un machete en la mano. A pesar de encontrar un forastero en el patio de su casa, sonrió. Su mujer le explicó mi demanda.

—No hay problema, amigo, puedes quedarte sin problemas —me dijo en portugués.

—Muito obrigado.

«Gracias» era lo poco que yo sabía decir en su lengua.

Se habían mudado de la zona de Mato Grosso, en el interior del país. Compraron ese pequeño terreno que estaban limpiando para cultivar. Durante el día Sebastián trabajaba en una hacienda cercana y por la tarde en la suya propia. Saqué agua del pozo y con un balde me duché en la caseta de madera. La mujer de Sebastián preparó arroz para toda la familia y compartí con ellos mis experiencias del viaje. A pesar de ser muchas las veces que las personas me habían dado su confianza en este viaje sin conocerme de nada, no dejaba de sorprenderme. Y no podía dejar de pensar que en el denominado Primer Mundo ese comportamiento no es habitual. En el llamado «mundo civilizado» un extraño es un indeseable. La gente se encierra en su casa, en sus cuatro paredes conocidas, y huye de todo lo que no sean emociones programadas. Esos improvisados encuentros eran para mí los grandes recuerdos del viaje, imposibles de adquirir en las tiendas de los aeropuertos. Al terminar la cena Sebastián se levantó y se tendió en la hamaca del patio con su violão (guitarra).

—Por muy cansado que venga de trabajar, siempre me gusta tocar un poco la guitarra y cantar

algunas canciones para agarrar el sueño.

Su mano derecha tan sólo tenía cuatro dedos, debido a un accidente con el machete. Más que rasgar las cuerdas de la guitarra las acariciaba. La selva enmudeció para escuchar a Sebastián. Las canciones, transmitidas de padres a hijos, hablaban de amores perdidos.

La luna llena se asomaba a contemplar ese concierto lleno de sensibilidad en medio del campo. En el escenario, una hamaca que pendía de dos árboles, Sebastián y su violão. Y en las gradas unos tocones con forma de posadera humana, su mujer e hijos y un alucinado español. La rudeza del hombre sucio y maloliente que había visto aparecer hacía unas horas contrastaba con la delicadeza del que ahora entonaba bellas melodías con asombrosa facilidad. Sebastián no estaba tocando para nosotros, lo hacía para él.

Sentí deseos de ir a buscar mi cámara de fotos para poder recordar ese instante, pero estaba pegado a mi asiento de madera. No necesitaba fotografiar la escena para no olvidarla.

Você é meu filho?

En Boa Vista me aprovisioné de comida para afrontar los casi ochocientos kilómetros que la separaban de Manaus. Estaba cerca el día de Navidad.

Las segundas navidades fuera de casa. Siguiendo la rodovia (carretera) BR 174 tenía que atravesar la reserva indígena Waimiri-Atroari. Más de cien kilómetros de carretera que fue construida con ayuda del ejército. La matanza de los indígenas de la zona, a quienes la carretera les partía sus tierras de forma artificial, era bien conocida. Pero la situación aún no se había normalizado, como lo probaba el hecho de que no fuese posible transitar la reserva a la caída del sol: entre las seis de la tarde y las seis de la mañana. Tan sólo los autobuses y los camiones podían circular de noche. Ni siquiera se podía uno detener, salvo por problemas mecánicos. Ya me había informado de ello y por eso pretendía llegar a la puerta de la entrada al final del día, para dormir allí y arrancar al siguiente. Pero la policía de Brasil me advirtió de que en bicicleta no era posible atravesar la reserva ni siquiera de día. Aunque yo les garantizaba que era capaz de atravesar la reserva en un día, no estaban dispuestos a dejarme. Para amedrentarme, un policía me contó la historia de un misionero blanco que, con la idea de evangelizar a los indígenas, les lanzaba víveres desde una avioneta. Junto a los alimentos incluía una foto suya, para que cuando fuera a evangelizarlos lo conocieran. Un día se decidió a entrar a pie para encontrarse con los indígenas. Éstos, al verlo, lo identificaron con el blanco de la foto. Lo capturaron y se lo cenaron.

Un pequeño coche-camión se detuvo en la barrera de la reserva. Los policías le preguntaron si me podía cruzar al otro lado y dijo que sí. Subí la bici a la caja abierta del vehículo y, aunque había sitio dentro de la cabina, el conductor me conminó a que subiera detrás. Me pareció raro, pero me senté afuera en el borde de la caja. Con una mano me sujetaba yo y con la otra a Quirlig. El tipo arrancó con fuerza la camioneta.

La ruta estaba llena de agujeros. Si había costado muchos años hacerla, otro tanto supondría repararla. Todavía estaban en negociaciones con los indios para que permitiesen meter maquinaria para arreglar la ruta.

El conductor iba muy rápido. No me sentía capaz de aguantar allá arriba todo el trayecto. Tenía medio cuerpo fuera del vehículo y medio dentro. A duras penas mantenía el equilibrio. Parecía que aquel hombre tenía prisa, aunque el agujereado asfalto no permitía ir muy rápido. La noche estaba cayendo e impedía ver los baches. A punto estuvo de comerse una gran zanja que quedaba oculta por la última sombra de la tarde. Con violencia clavó los frenos para evitar hundirse en el boquete. Por muy poco no salí despedido por encima del vehículo. Le pegué un golpe con la mano en la cabina y le dije que fuera más despacio. El tipo paró el coche y se bajó.

—Você é meu filho?

No entendía lo que me preguntaba, aunque por su cara no debía de estar diciendo algo agradable. Me lo repitió varias veces hasta que lo dijo en español.

—Si tú no eres mi hijo, yo no soy tu padre, así que no tengo por qué cuidar de ti. Me preocupa mi carro, no tú. No haberte subido. Que te den por el culo, hijo de puta.

Un pájaro cantó a lo lejos. Nos quedaban ochenta kilómetros para salir de la reserva sin

incumplir la prohibición del horario. Si el tipo decidía no llevarme me quedaría tirado en un lugar prohibido. Pero si seguía con él podía ser lanzado en cualquier curva por la fuerza centrífuga del vehículo. Dudé entre bajar la bici o seguir con él. También pensé en partirle la cara, pero cuando alguien se comporta tan violentamente es como si te vieras reflejado en él, y no quería mostrarme tan irracionalmente estúpido como él había hecho.

Creo que no tomé ninguna decisión. Simplemente me volví a sentar sobre el incómodo borde de metal del coche y traté de agarrarme lo más fuerte posible. Aquel tipo estaba loco y mi vida dependía de él. Dejé mi mente en blanco y traté de evadirme de aquella grotesca situación. Durante el camino vi algunos indígenas al borde del camino. No miraban con buenos ojos el vehículo. Pero no parecían tan agresivos como decían. No podían serlo más que ese imbécil que conducía como si llegara tarde a la cita con su psicoanalista.

Tan sólo cinco metros después de atravesar la reserva, detuvo el coche. Desamarré la bici con calma y la bajé del vehículo. Hizo ademán de ayudarme, pero lo detuve con la mirada. Sentía odio hacia esa persona que había estado a punto de matarme. No hablamos. Arrancó y se fue.

La noche me ofrecía la floresta para diluir mi rencor y olvidar la horrible travesía de la reserva indígena.

Günter en taparrabos

Faltaban pocos días para Navidad y, al ritmo previsible, me acercaba a Manaus. Esta zona era conocida por las innumerables cascadas, aquí llamadas cachoeiras. En Presidente Figueiredo, a poco más de diez kilómetros de Manaus, están localizadas las más importantes. Una de ellas se hallaba a tan sólo trescientos metros de la ruta: era la corredeira do Urubuí. La fuerza del agua, que discurría por estrechamientos naturales, había pulido las rocas convirtiéndolas en un tobogán de más de veinte metros de largo. Era el lugar de concentración de los chiquillos, que se deslizaban pegando gritos. No tardé en dejar la bici apoyada en un árbol y acompañarlos. Tras mi experiencia en Carmen de Patagones, ya sabía que la Navidad en el hemisferio sur se vivía en bañador.

Dormí en casa de un antiguo cura que había cambiado los hábitos por las faldas de una hermosa mujer. Fundador de las asociaciones Operación Amazonía Nativa y Consejo Indigenista Misionero, Egydio Schwade tenía cuatro hijos. Todos llevaban nombres indios. Él había vivido mucho tiempo con pueblos indígenas y esa experiencia le permitía asegurar que cuanto más lejos estuviera la influencia del Estado, más felicidad habría en la comunidad.

El Consejo Indigenista Misionero, el CIMI, luchaba por defender el tradicional modo de vivir de los indígenas, para quienes la civilización no traía nada bueno. Ellos llevaban años habitando esas tierras llenas del petróleo y de gas que ahora otros estaban extrayendo para su propio beneficio. Lo único que los indígenas obtenían a cambio era ser privados cada vez de más franjas de tierra cultivable.

Egydio me facilitó el contacto de una persona del CIMI que me podía alojar en Manaus si llegaba en un día. Su inteligente hijo de doce años creía que no iba a conseguirlo. Solamente eran ciento treinta kilómetros los que me faltaban para Manaus, pero su hijo decía que la carretera tenía muchas subidas y bajadas. Aunque me preparé para lo que me iba a encontrar, ni en mis peores pesadillas hubiera imaginado tantos toboganes. No eran tan divertidos como los de la corredeira do Urubuí. En las bajadas alcanzaba fácilmente los sesenta kilómetros por hora y en las subidas iba a seis. Eran rampas profundas como simas. Como suele ocurrir, ese «rompe-piernas» surtía peor efecto en mi cabeza que en mi forma física. Con terrible desazón, comprobaba que tras una fuerte subida me esperaba otro salvaje desnivel. Estaba harto de tener que cambiar de platos y piñones cada dos por tres.

El cielo, con la constante de la humedad, también ofrecía una variedad de posibilidades. A un cielo azul lo seguía uno gris. La tormenta tropical estaba a punto de caer, pero no tenía dónde meterme. Un árbol frondoso era lo más parecido a una techumbre que podía encontrar. Me refugié debajo de él a esperar a que la selva recibiese su baño diario. Un olor nuevo se expandía por la atmósfera, rebajando unos cuantos grados la temperatura. La tierra parecía exhalar por sus poros todos sus malos humos. El golpeteo violento de las gotas de lluvia sobre las hojas enmudecía mis propios pensamientos. La Sinfónica de Londres no hubiera podido interpretar en ese instante mejor pieza musical. Pronto mi gran árbol protector «hizo aguas». Media hora más tarde cesaba el concierto amazónico y pude volver a la ruta, en la que se habían formado impresionantes charcos.

Por fin, agotado por el brutal y solitario esfuerzo, con un cielo plomizo que presagiaba otra tormenta, llegué a la legendaria y mítica Manaus.

El negocio del caucho forjó la leyenda de una ciudad rica en medio de la selva, lo que provocó que el dinero fluyese hacia Manaus. Algo parecido a lo que había ocurrido con la plata en Potosí, en Bolivia. Ya formaba parte de la historia el hecho de que en su teatro actuó el mítico Caruso el día de la inauguración, y que la Paulova no pudo llegar a tiempo el día que debía bailar ante la rica burguesía. El teatro era un símbolo del poderío económico de la ciudad del caucho. Fue construido sobre una estructura de hierro fundido y adornado con lámparas, muebles y cuadros traídos especialmente de Francia y Portugal. Su colorista cúpula estaba recubierta de mosaicos de Alsacia y los murales fueron pintados por un pintor italiano llegado de Padua.

Era asimismo parte de la historia que los ricos mandaban a lavar su ropa a Lisboa, que se consumía más champán que en París, que los adoquines de las calles principales eran traídos de Portugal y que el edificio de la aduana fue importado enterito de Escocia. La mayor cantidad de edificaciones antiguas subsistía todavía en torno al puerto: una zona con callejuelas llenas de hoteles baratos, almacenes al por mayor y pequeños restaurantes, habitada por vendedores ambulantes, mutilados, pordioseros, prostitutas, navegantes, viajeros, guías turísticos... El ajeteo era continuo. En uno de los múltiples puestos compré el uniforme típico brasileño: un bañador (por tres reales, menos de un euro) y unas sandalias de las de meter el dedo gordo del pie.

Manaus, zona franca desde el año 1967, semeja cualquier ciudad portuaria, aunque a ello hay que añadirle que Manaus es una ciudad en medio de ninguna parte, lo que la convierte en punto de aprovisionamiento para muchos habitantes de los pequeños poblados del Amazonas. En su enorme mercado de hierro se vende las frutas y los pescados más increíbles, se pone vacunas contra la fiebre amarilla, se compra artesanías indígenas, y si se puede se roba a algún turista despistado.

Como no sabía dónde estaba la casa del contacto del CIMI que me había facilitado Egydio, paré en un puesto policial a la entrada de la ciudad para llamar por teléfono. Al cuidado de ese puesto estaba sólo un hombre: Jarylson. Tomamos un poco de café y charlamos. Le sorprendió mucho mi viaje y que a tan sólo dos días para la Nochebuena yo estuviera lejos de mi familia. Me dejó llamar por teléfono a Teresa, del CIMI, pero no había nadie en su casa.

—¿Ya comió?

—No, todavía no —le respondí.

Jarylson me dio la comida que le facilitaban para su turno de veinticuatro horas.

—Estoy cansado de comer siempre lo mismo, prefiero comer lo que me prepara mi mujer — me dijo.

Devoré el arroz con pasta y la carne. Un vagabundo pasó al lado del puesto y rebuscó en un cubo de basura. Jarylson lo llamó. También tenía para él otro plato de comida. En silencio, el vagabundo y yo comimos de la generosidad de Jarylson. Cinco minutos tardó el vagabundo en terminar su almuerzo. Eructó y se fue.

Yo me quedé un poco más con el policía. En total no fue más de una hora y media. Afortunadamente ya me empezaba a familiarizar con el portugués. Podía no sólo contar mis necesidades, sino también mis sentimientos.

Al irme del puesto policial, mis ojos, igual que los de Jarylson, hacían juego con la nueva tormenta que estaba a punto de caer. Mi cabeza me atormentaba con una nueva pregunta: ¿Por qué en Europa, en el mundo económicamente más fuerte, no hay este tipo de encuentros tan humanos? ¿Qué sociedad estamos construyendo donde el hombre no se relaciona abiertamente más que con aquellos que conoce, donde el extraño es observado bajo el prisma de la desconfianza?

Teresa me esperaba en su casa. Los voluntarios que trabajaban para el CIMI disponían de una casa de acogida en Manaus en la que me podía quedar. Con Tere estaba su amigo Günter Kromer. Un tipo de complexión fuerte, que sobrepasa los cincuenta años y cuyo aspecto, en camiseta de tirantes y pantalón corto, no parecía el de un cura tradicional. Sin duda no lo era. Este sonriente y taimado alemán había estudiado antropología y había convivido con numerosas tribus indígenas. Para algunas de ellas, Günter fue el primer hombre blanco que vieron.

El día de Navidad, Günter sacó la parrilla y asó unos cuantos trozos de chorizo y de carne para nosotros. Para acercar o alejar la parrilla de las brasas había instalado un ingenioso sistema. Era accionado por una cadena de bicicleta.

Tras la comida me tenían reservado mi regalo de Navidad. Hacía diez años, un equipo de Televisión Española había contactado con Günter para grabar su convivencia con una de las pocas tribus del Amazonas que vivían de espaldas al desarrollo y que no habían tenido contacto con el hombre blanco: los deni. Günter conservaba una cinta de ese documental que fue emitido en España.

Allí se mostraba a un Günter, diez años más joven, relacionándose con los indios. En taparrabos, sin camisa y bien bronceado, se lo veía en su salsa. Lo que el documental no contaba era que, para poder tomar contacto con esa tribu, Günter estuvo más de un mes caminando por la selva. Debía ser la tribu la que lo descubriera a él. Para ello se adentró en solitario en la selva merodeando cerca de la aldea hasta que lo capturaron. Tenía que ganarse la confianza de los deni muy poco a poco.

El respeto de esa tribu a la tierra era enorme. Eran nómadas. Tras vivir un año en una zona, cultivando la tierra y cazando, se mudaban para que la tierra y todo el ecosistema pudieran recuperarse. Era una de las pocas tribus del mundo que todavía tenía instituida la cultura del suicidio. Cuando un joven iba a cazar y no lograba ninguna pieza volvía a la aldea abatido. Esa noche salía sigilosamente de su choza y se dirigía a un lugar de la selva para suicidarse. Este comportamiento era lo que atraía el interés de Günter; desde el respeto por su cultura trataba de hacerles ver que no debían actuar así ante el fracaso. En el documental tampoco se mostraba cómo los cámaras de Televisión Española, para ser aceptados por la tribu, tuvieron que despojarse de todas sus ropas. Los indios querían tocarlos y comparar sus atributos con los de ellos. La desproporción entre la gran barriga de uno de los cámaras y su diminuto sexo era lo que más sorprendía a los indios.

Al acabar la proyección miraba a Günter con otros ojos.

Él ahora estaba en otra lucha. Quería que la nueva construcción del gasoducto Urucu-Porto Velho respetase los derechos de los indios. Los inteligentes políticos analizaron durante unos meses la zona por la que discurriría el gasoducto y, al no observar construcción alguna, consideraron que era una zona baldía que podían ocupar. Esas cabezas pensantes ignoraban que las comunidades del medio y alto Cuniá no demarcaban su territorio ya que, al ser pueblos nómadas, su ocupación de las tierras era temporal. La palabra «propiedad» simplemente la desconocían.

La sabiduría indígena frente a la arrogancia de los pueblos colonizadores ya quedó patente en el año 1855. Franklin Pierce, presidente de los Estados Unidos, le propuso al jefe indio Seattle de la tribu Duwamish, del Estado de Washington, comprarle sus tierras. La respuesta de Seattle contenía tanta verdad que el paso de los años la mantiene plenamente vigente:

«El gran jefe de Washington dice que desea comprar nuestra tierra y que quiere nuestra amistad. Esto es muy cortés por su parte, pero sabemos que él no precisa de nuestra amistad. Sin embargo vamos a pensar en su oferta, porque sabemos que si no lo hacemos el hombre blanco

vendrá con armas y tomará nuestra tierra... ¿Cómo puedes comprar o vender el cielo o el calor de la tierra? Tal idea nos extraña. Si no somos dueños de la pureza del aire o del resplandor del agua, ¿cómo puedes comprárnoslo?

»Los ríos son nuestros hermanos, ellos apagan nuestra sed. Los ríos transportan nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos. Si te vendemos esta tierra, tendrás que acordarte de enseñar a tus hijos que el río es nuestro hermano y el tuyo, y tendrás que tratar a los ríos con la amabilidad con la que tratas a un hermano... Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestro modo de vivir. Para él un trozo de tierra es igual a otro, porque él es un extranjero que llega de noche y toma de la tierra todo lo que necesita. La tierra no es su hermana, más bien es su enemiga y después de conquistarla se va... Su voracidad arruinará la tierra, dejando tras de sí apenas un desierto.

»No sé. Nuestro comportamiento es diferente... El indio prefiere el suave susurro del viento sobre la superficie de un lago, y el olor del viento purificado por una lluvia de medio día o el aroma del pino... El hombre blanco parece no darse cuenta del aire que respira. Como un moribundo en prolongada agonía, él es insensible al aire fétido. Mas si te vendiésemos nuestra tierra, tendrás que acordarte de que el aire es precioso para nosotros y reparte su espíritu con toda la vida que él sustenta. El viento que dio a nuestro bisabuelo su soplo de vida también recibió de él su último suspiro...

»De una cosa estamos seguros: la tierra no pertenece al hombre. Es el hombre quien pertenece a la tierra. Todas las cosas están relacionadas, como la sangre que une a una familia. Todo está relacionado entre sí. Todo cuanto le sucede a la tierra les sucede a los hijos de la tierra. No fue el hombre quien tejó la trama de la vida. Él es sólo un hilo de ella. Todo lo que le haga a la tierra se lo hará a sí mismo... De una cosa estamos seguros. Nuestro Dios es tu mismo Dios. Y esta tierra es querida por él. Ni siquiera el hombre blanco puede evitar ese destino común».

Lucha de hamacas

Para abandonar Manaus debía buscar un barco que me llevara por el Amazonas hacia Belém. Pero al ser Navidad casi todos iban llenos.

Durante varios días acudí a los muelles para hablar con los capitanes de algunos barcos que me pudieran llevar. La guía de Brasil que tenía conmigo no recomendaba ese viaje a personas de gustos exquisitos. Durante los aproximadamente tres días que duraba la navegación, todo era compartido. Bastaba colgar la hamaca de los hierros transversales que recorrían el techo del piso inferior del barco. Los escasos camarotes privados tenían precios prohibitivos.

Encontré un barco que tenía lugar para mí, pero al echar mano de la cartera vi que no tenía dinero suficiente. Volví a la casa a por más pero cuando regresé ya se había ocupado la plaza para mi hamaca.

Alguien en el muelle comentaba que ese barco es el que se había hundido por sobrecarga hacía unos meses. Me alegré de que no hubiese sitio para mí. Parecía como si, en mi viaje, las situaciones de mayor riesgo estuviesen vinculadas a vehículos motorizados.

Al día siguiente encontré plaza en el Onze de Maio. Me despedí de Teresa, de Günter y de todas las personas que había conocido en estas navidades tan especiales, y enfilé hacia el embarcadero empujando a Quirlig. Ella era una experta marinera. Ya había demostrado cuando recorrimos los canales chilenos que no le asustaba el agua, pero ahora las condiciones eran bastante diferentes. Allí pasó los días amarrada en la bodega, acompañada de motos, coches y camiones. Ahora no había un lugar específico para ella en el barco y debería cuidarse solita cuando yo fuera al baño o al comedor.

Al llegar de los últimos a embarcar tan sólo encontré lugar para mi hamaca en la popa, donde el ruido infernal de los motores me provocaba un gran dolor de cabeza. Era fácil comprender por qué allí había sitio.

Nada más salir de Manaus y comenzar la navegación pude contemplar un espectáculo inusual: el encuentro de los ríos Negro y Solimões, que donan sus aguas al Amazonas. Durante kilómetros ambos caudales discurren paralelos, sin mezclar sus aguas, de diferentes colores, como si hubiera una invisible pared entre ambos.

Según contaban algunos pasajeros, con suerte se puede ver algunos delfines del tipo tucuxi. Pero mi fortuna se limitó a haber encontrado pasaje en el barco. Le comenté a mi vecino de hamaca la suerte que habíamos tenido por no ir en el barco de ayer, que ya se había hundido en otra ocasión.

Sonriendo, me contestó:

—Todos los barcos que navegan por el Amazonas se han hundido alguna vez. Este también.

Al ver cómo llenaban la bodega del barco con miles de kilos de mercancía y cómo las personas iban colgando sus hamacas en lugares inverosímiles, comprendí lo que me decía. En el Amazonas no había barcos, sino submarinos.

La rutina de a bordo era muy sencilla. Todo se hacía a los ojos de tus vecinos. Desayunar, comer, cenar, dormir... Tan sólo había intimidad para ir al retrete. Éste era tan pequeño como el de

un autobús, pero disponía de ducha. En aquel minúsculo espacio, contemplando la vegetación salvaje del Amazonas por el ojo de buey, hallé un buen refugio.

Al parar en Santarém, el primer día de travesía, subieron a bordo una vaca muerta que colgaron de un gancho a mi lado. Esa tarde el cocinero, que debía de ser sobrino de Jack el Destripador, fue descuartizando la vaca con un cuchillo y guardando los trozos en la bodega. Las moscas confundían mi cara con la parte trasera de la vaca. El olor dulzón a sangre y el terrible calor se mezclaban con el omnipresente ruido de los motores.

Imité a mi vecino y me fui con mi hamaca a buscar un hueco en otra parte del barco. Prefería ver la vaca en mi plato una vez que estuviese ya cocinada.

Las comidas se caracterizaban por la poca imaginación de Jack el Destripador: arroz, espaguetis, frijoles y carne de vaca con harina. La comida y la cena siempre eran iguales. Por turnos, la gente iba ocupando las dos únicas mesas con bancos corridos que estaban al final del barco. Era un buen lugar para observar las originales formas que utilizaba el sol para despedirse, si no fuera por el ruido de los motores. Era mejor subir a cubierta para contemplar la escena. Como si se tratase de una visita guiada a un museo, la mayoría del pasaje se congregaba en la cubierta para ver la película del sol. Nadie hablaba. Yo recordaba las palabras de Luis Rosales: «una puesta de sol es como ver dormirse a un niño».

El Onze de Maio se desviaba de la ruta para entrar en pequeños poblados de la selva amazónica. La llegada del barco congregaba una multitud en el muelle. Algunos afortunados pasajeros terminaban allí el viaje. Otros teníamos que continuar hasta Belém. Mi compañero de gancho era de los privilegiados. Le gustaba mi hamaca. La había comprado en Cartagena de Indias, Colombia, y efectivamente era tan bonita como las mujeres de esa tierra. Era muy colorida y confortable, pero un tanto pesada. La que él tenía la había hecho su mujer. Era de un tejido fino y fresco, idónea para soportar esos calores, y no obstante muy resistente. Él se quedó mi hamaca colombiana y yo me llevé la suya. Antes de que el barco arrancase de nuevo del muelle, vino corriendo para regalarme un bote de maíz con el que variar un poco mi dieta.

Con algo más de sitio en el barco reemprendimos la navegación. En algunas ocasiones costaba creer que estuviéramos navegando por un río. Más bien parecía un lago. No se veían los límites. Pero la tranquilidad de las aguas era tan sólo aparente. Las tormentas tropicales que me sorprendían cuando pedaleaba eran mucho peores en esta gran bañera. Como no había compartimentos cerrados en los que aguardar a que volviese la calma, la mayoría de los pasajeros nos quedábamos en las hamacas. Pero el movimiento del barco nos agitaba sobre nuestras particulares camas, lanzándonos a unos sobre otros como si fuéramos coches de choque. Bailábamos al ritmo que imponían la tormenta y las olas. Igual que pelotas suspendidas del techo por una cuerda, éramos zarandeados de un lado a otro sin clemencia. No merecía la pena que le pidiese perdón al vecino por los golpes. Rápidamente se vengaba arrojándose sobre mí. Poco se podía hacer en aquel campo de batalla. Tan sólo sacar el brazo para buscar el suelo y detener la velocidad del próximo ataque.

Cuando la tormenta pasaba, se levantaban los plásticos que se habían desenrollado de la baranda del piso superior para evitar que el agua entrase a borbotones.

No quería ni imaginar cómo se las apañarían los nativos si la tormenta los sorprendiese en sus canoas, fabricadas en una sola pieza con el tronco de un árbol. Con ellas recorrían el río. Era su único medio de transporte. Durante el día se los veía trabajar en sus huertas, pero algunos interceptaban el barco para pedir algo de comida.

Nunca había pensado que pudieran existir mendigos en este gran río. ¿Cómo era posible que alguien se acercara a la altura del barco para pedir comida o dinero? El Onze de Maio levantaba

una fuerte estela, a pesar de que su velocidad no superaba los veinte nudos.

Estaba aletargado en mi hamaca, disfrutando del lento desplazamiento de la selva ante mis ojos, cuando de repente un niño de no más de doce años, totalmente empapado, me ofreció un bote de camarones. Se había subido al barco en marcha jugándose la vida. Con sus largas y estrechas canoas, semejantes a una cáscara de plátano, estos niños esperaban a que el barco se acercase. Cuando la proa del Onze de Maio los había sobrepasado, remaban con fuerza contra la estela del barco para aproximarse a la borda. Generalmente iban dos por canoa. Uno de ellos agarraba un gancho de hierro completamente oxidado, de más de un metro de largo, y lo enganchaba en los neumáticos del barco, que hacían las funciones de defensas. En el extremo del gancho iba atada una cuerda que rápidamente se iba desenrollando hasta quedar violentamente tensada. Remolcados por un súbito tirón ya estaban unidos al barco. La pequeña embarcación apuntaba su proa hacia el cielo. El que iba sentado en la parte de atrás dejaba de remar y se agarraba a la canoa, que empezaba a llenarse de agua. El otro iba jalando de la cuerda hasta aproximarse al barco.

Viéndolos acercarse, uno parecía asistir a la creación de un nuevo deporte de aventura, el «canoing», si no fuera porque quienes lo practicaban tenían doce años y lo hacían para ganarse la vida.

Ataban la canoa a la embarcación y subían para vender sus productos. Los pasajeros del Onze de Maio abandonaban las hamacas para disfrutar de estos abordajes inofensivos. Los camarones eran de primera calidad y pensé que tal vez Jack el Destripador compraría alguno y se apiadaría de nosotros. Vano deseo.

Una vez que habían agotado todo lo que traían para vender regresaban a su canoa y, aflojando la cuerda que hacía de cordón umbilical, remaban hasta su poblado.

Pero no eran los únicos mendigos en este río. El barco representaba la civilización y el dinero, y motivaba que mujeres y niños salieran de sus casas en canoa para pedir comida. Remontaban el río hundiendo en el agua sus remos con forma de corazón, confiando que el barco les trajese riqueza. Se situaban cerca de él y, agitados por su estela, levantaban la mano para saludarnos, esbozando una artificial sonrisa. Algunos pasajeros les arrojaban bolsas de plástico que contenían pan, arroz o ropa. Cuando no obtenían nada, la mano que antes batía suavemente el aire saludando empuñaba el remo y lo golpeaba con furia sobre la superficie del agua. Me parecía que ese golpe en el río hacía peligrar la flotabilidad del Onze de Maio más que la tormenta de anoche.

Tras tres jornadas de auténtica marinería por el Amazonas, llegamos a Belém.

¡Qué ganas tenía de volver a rodar con Quirlig por la ruta! El viaje en barco, los motores y la noche de tormenta se saldaron con un horrible dolor de cabeza que no se me iba. Tenía además fiebre y la garganta inflamada.

Los bomberos de Belém me cedieron un lugar para pasar allí la noche. No sentía que era fin de año. El calor de Belém no me ayudaba a pensar que estaba en Navidad. Imaginé que los bomberos cenarían todos juntos en un ambiente de celebración. Sin embargo, aquella cena fue de las más aburridas del viaje. Por turnos, de dos en dos, e incluso en solitario, se iban acercando al comedor. El menú no difería del que había tenido en el barco. Más que la comida me importaba la compañía, pero ésta tampoco abundaba. La noche del 31 de diciembre de 2002 cené solo a las siete y media de la tarde en un amplio comedor. Escribí un poco en mi diario y a las diez de la noche decidí que el año podía darse ya por vivido y me fui a dormir.

El fuerte aire acondicionado era un enemigo más aquella noche, para conciliar el sueño. Compartía el dormitorio con todos los bomberos, quienes ya me habían advertido de que si oía una sirena no tenía que levantarme. ¡Qué cachondos!

Sin embargo el ruido que escuché esa noche era peor que una sirena. Al principio pensé que estaba soñando. Supuse que era una pesadilla producto de la fiebre. A mi alrededor escuchaba unos suspiros, cada vez más fuertes y nítidos, de una pareja haciendo el amor. Los gemidos no dejaban lugar a dudas. Tal vez era la forma en que los bomberos celebraban aquí el fin de año. Totalmente desvelado, abrí poco a poco los ojos temiendo encontrarme en medio de una orgía. Todos los bomberos estaban reunidos en un semicírculo en cuyo centro había una televisión. Estaban viendo una película porno.

—¡Eh!, español, mira para aquí —me dijo uno al verme despierto.

—No, gracias, prefiero dormir —le contesté.

Cuando terminó la película conseguí agarrar de nuevo el sueño. Para alegría de los bomberos y desilusión mía, ninguna sirena interrumpió aquella noche la vibrante actividad.

Más allá de la imaginación

La mayoría de los días que estuve en Brasil buscaba alojarme en los bomberos. A diferencia de sus compañeros de Ecuador, Perú o Argentina, que eran voluntarios y civiles, en Brasil los bomberos eran militares y profesionales. Algunos incluso llevaban pistola como parte de su uniforme. Su carácter militar traía consigo también una jerarquía que en muchas ocasiones me obligaba a pedirle permiso al capitán del destacamento. Pocas veces me negaron un lugar, porque siempre encontraba buena gente. Incluso algunos se me confesaban.

Recuerdo a un sargento de los bomberos de un pueblo pequeño del norte de Brasil. Yo acababa de llegar y me habían dado un lugar para dejar la bici y ducharme. El sargento estaba leyendo un libro. No había pasado media hora y aquel hombre ya estaba hablando conmigo, como si yo fuera su sicólogo:

—Yo la quiero, pero no sé si seguir con ella. Tenemos un hijo en común... Soy tonto, ¿verdad?

—No sé, pero si te preocupa si la quieres o no, eso es buena señal. Imagina cómo te sentirías si ahora llama alguien y te dice que tu mujer acaba de tener un accidente de coche y está grave.

Se quedó pálido. Por un momento dudé si, con mi deficiente portugués, me había entendido. A lo mejor pensaba que realmente su mujer había tenido un accidente. Se levantó de la silla y se fue al teléfono para decirle que la quería y que en cuanto terminara la guardia iba a verla. Aproveché su ausencia para hojear su libro. Era de literatura, del colegio de su hijo pequeño. En las gastadas páginas había algunos poemas comentados. Uno de ellos me cautivó. Era de Ulises Tovares y se llamaba Más allá de la imaginación:

Hay gente pasando hambre
y no es el hambre que tú imaginas entre una comida y otra.
Hay gente sintiendo frío
y no es el frío que tú imaginas entre la ducha y la toalla.
Hay gente con mucho dolor
y no es el dolor que tú imaginas entre la receta y la aspirina.
Hay gente sin esperanza
y no es el desaliento que tú imaginas entre la pesadilla y el despertar.
Hay gente por los caminos
y no son los caminos que tú imaginas entre el paseo y la casa.
Hay gente sin dinero
y no es la falta que tú imaginas entre hoy y el sueldo.
Hay gente pidiendo ayuda
y no es aquella que tú imaginas entre la escuela y la novela.
Hay gente que existe a pesar de la imaginación.

El terrible calor me obligaba a reajustar mis horarios de pedaleo. A las seis y media de la mañana el disco rojo aún no apretaba con fuerza. Debía madrugar para aprovechar esa tregua.

Pero a las doce el ambiente era tan pegajoso que parecía que si alguien encendiese un fósforo todo explotaría. El viento no refrescaba en absoluto, al contrario. Era como si un ser invisible me estuviese disparando con un lanzallamas a la cara. Nunca imaginé que extrañaría el frío que pasé pedaleando por la carretera austral calado hasta la médula. Encontrar a mediodía una gasolinera era mejor regalo que ver a una mulata bailando samba. No era yo el único que me refugiaba en esos lugares. También los camioneros abandonaban la ruta a esa hora en que el sol derretía el asfalto y calentaba en exceso los motores y la cabeza. Al igual que yo, ellos también iban provistos de todo lo necesario para sobrevivir en ruta. Se preparaban algo de comer en sus pequeñas cocinas y después se echaban una siesta de dos horas en la hamaca. El tiempo suficiente para juntar algo de fuerza con la que enfrentarse «al del lanzallamas».

Me quedaban tres días para llegar a Fortaleza. Esta ruta, alejada del turismo convencional, me ofrecía la posibilidad de tener un contacto mucho más directo con sus gentes, sus formas de vida y sus costumbres. En Fraicherinha, un pequeño pueblo, hacía tiempo que no veían a un ciclista con la casa a cuestas. El responsable del destacamento policial quería hacer todo lo posible por ayudarme a encontrar un lugar para dormir.

—Sígueme —me dijo.

Cogió sus llaves y se metió en el coche policial. Parecía que era yo el que le iba dando escolta con mi bici. Se detuvo delante de una puerta metálica de color negro. En una hoja amarilleada por el sol se podía leer: «Horario de visitas».

Aparcó el coche a la entrada y se bajó con una sonrisa. Era la estación de detención de Fraicherinhas.

—Aquí te puedes quedar el tiempo que quieras —me dijo soltando una risa.

—Espero que también pueda salir cuando quiera —le contesté.

La cárcel albergaba a diecinueve presos. Dieciocho de ellos dormían en la misma celda. La otra era ocupada por un preso de confianza. Su puerta estaba siempre abierta y solamente se la cerraban para dormir. Cada celda tenía un retrete y una ducha pero no disponía de camas. Dormían en hamacas que desplegaban por la noche y que sujetaban de unos ganchos de las paredes. Una televisión era el único mueble de la estancia. La sala tenía veinticuatro metros cuadrados de libertad limitada.

El cocinero estaba preparando la cena. Pensé que era policía; pero no, era el preso de confianza, que cocinaba para policías y presos. Todos comían lo mismo.

En el pasillo de la cárcel unos pájaros cumplían su particular condena en una jaula. Por la noche llegó otro policía para sustituir al que estaba. No traía pistola, pero sí una novela sobre el Lejano Oeste.

—Son mis favoritas.

Para los diecinueve presos yo era motivo suficiente para apagar la televisión, al menos hasta que comenzara la telenovela. Les mostré mi recorrido sobre un mapa. Se turnaban para verlo a través de la puerta de rejas. Saqué las bolas de malabares y estuve entreteniéndolos un rato. Cuando hice el número de la desaparición del pañuelo se les iluminaron los ojos. Podía sentir lo que se imaginaban.

—Oye gringo, ¿y si nos enseñas ese truco para salir de aquí? —decía uno.

El que hablaba era Vicent. Tenía veintisiete años, los mismos que la cadena que le restaba por cumplir. Llevaba once meses ahí dentro por haber sido cómplice en un homicidio.

Al día siguiente, al despedirme de ellos, Vicent insistió:

—Oye gringo, ¿y si nos enseñas ese truco para salir de aquí?

Un pájaro emitió un extraño sonido. Parecía que se apuntaba a la pregunta de Vicent.

—Reza como si todo dependiera de Dios, pero vive como si todo dependiera de ti —le contesté.

Un profesor que tuve de derecho penal nos comentaba en clase que los presos tienen la obligación moral de intentar escaparse.

Cuando me fui, el policía estaba hablando con ellos sobre la alimentación de los pájaros.

—Cambiando el tipo de alpiste tal vez canten más —le decía a un preso.

Le pregunté al policía si no se llegaba a olvidar de que estaba hablando con asesinos, violadores... Me miró y dejó caer la cabeza un par de veces.

La copia sin el original

No recordaba dónde había perdido la llave del candado de la bicicleta. Varias veces había tenido la tentación de arrancar del cuadro de Quirlig aquel alambre enroscado como una mala hierba. Una mañana fui a un puesto en que hacían llaves, a preguntar si podían abrírmelo.

—¿Tienes el original?

—Pues no, perdí las llaves.

—Yo no te puedo ayudar, pero he oído de uno que hace copias de llaves sin llaves —me informé.

Seguí sus indicaciones y fui a buscar a ese mago de las llaves. El hombre debía de ser honrado; de otro modo, podría vivir fácilmente descerrajando casas. Introdujo una ganzúa en mi candado para comprobar los dientes de sierra de su interior. Se metió dentro del taller y comenzó a fabricar una llave. Entraba y salía continuamente a la calle para verificar, en mi candado, si se iba acercando a su objetivo. En cuarenta minutos había confeccionado la llave.

—Hazte una copia, no la vayas a perder ahora —me aconsejó, riéndose.

La propia policía lo llamaba muchas veces para abrir casas y coches. Disponía de una acreditación especial que lo autorizaba a tener todas las herramientas especiales para su trabajo.

Aunque Quirlig solía dormir en libertad por las noches, aquel día la ató a un árbol, tan sólo por el placer de usar la llave. Llevaba más de seis meses sin hacerlo.

En Brasil, al ser un país con un clima tan benigno, todo el año se puede vivir con un bañador, una camiseta y unas chancletas. Con treinta y cinco grados nadie va a ir por la calle con pantalón largo y zapatos. Y aunque parezca mentira no todo el mundo tiene. Es un detalle aparentemente nimio pero que cierra puertas.

Me detuve en el Diário do Nordeste para que me hicieran una entrevista. El vigilante de seguridad no me dejó pasar y llamó por teléfono al periodista, quien salió a atenderme a la calle.

—Es que en bermudas no puedes entrar —se excusó.

—No pretenderás que ande en bicicleta con pantalón largo —le contesté. Durante todo mi recorrido por Brasil, la historia se repetía una y otra vez. Para

acceder a cualquier edificio público, como el periódico, la radio o el ayuntamiento, había que ir con pantalón largo. Muchas veces, aunque fuera con pantalón largo, me prohibían entrar con chancletas o con camiseta de tirantes. En un principio achacaba su rigor con el vestuario a un problema de racismo. Tardé en descubrir la verdadera razón de tales medidas: como todos esos edificios tenían un potente aire acondicionado, querían evitar que la gente se resfriara.

Los pescadores, al igual que yo, tampoco disponían del uniforme adecuado para relacionarse en la intransigente sociedad brasileña. Para lanzarse a la mar cada mañana no precisaban más que de un bañador. Si tuviesen más ropa acabaría empapada. Sus embarcaciones, al menos en esta parte del nordeste brasileño, eran tan simples como su vestuario y su modo de vida. Se asemejaban a grandes tablas de surf de madera, de unos cuatro metros de largo y dos de ancho, aunque mucho más pesadas. Tan sólo disponían de un habitáculo interior para ir guardando el pescado. El piloto se sentaba en un tablón que se sostenía sobre dos palos cruzados, clavados en

el piso de la embarcación. Con una mano manejaba el timón y con la otra la gigantesca vela latina de algodón que pendía del único mástil, fabricado con madera muy flexible. Si el viento arreciaba muy fuerte, mojaban la vela para que no portase tanto, lanzándole agua de mar con una especie de escudilla.

En estas embarcaciones, denominadas jangadas, se aventuraban a la mar dos o tres personas durante al menos veinticuatro horas. Cuando regresaban cargados de pesca las olas sobrepasaban la superficie de la embarcación. Su entrada en la playa la hacían surfeando sobre las rompientes que morían en la orilla. Como la jangada no tiene quilla, la empujaban por la arena sobre unos troncos colocados trasversalmente en el suelo.

Cuando llegué a Majorlandia fui directamente a la playa. Varios hombres estaban empujando una jangada que acababa de entrar. Aparqué la bici para ayudarlos. Con ese voluntarioso gesto me gané un pescado, al igual que otro que había acudido para llevar la embarcación a tierra firme. A él le dieron dos pescados; uno lo cenaría y el otro lo cambiaría por arroz. En esta parte del país, si uno no es ambicioso, puede vivir de empujar jangadas.

Uno de los marineros me dijo que tal vez podía encontrar alojamiento en la escuela. Tras darme un baño en el provocativo mar «nordestino» fui a la escuela, pero estaba en obras. El vigilante me dijo que no tenía autorización..., lo de siempre. Al menos me dejó pasar para quitarme el exceso de sal con una manguera y prepararme el pescado en mi hornillo. Rodrigo tenía cara de buena persona y se quedó preocupado por no poderme ayudar. Estaba terminando mi pez a la plancha, cuando apareció Rodrigo para decirme que su primo tenía una casa vacía en la que podía pasar la noche.

Rodrigo era capoeirista. Enseñaba a los chicos del pueblo. Ese día tenían ensayo. La capoeira es un arte ancestral, mitad baile, mitad defensa personal. Al compás que imponía Rodrigo con el berimbau, instrumento de percusión del que extraía un rítmico sonido, los chicos removían el aire con sus giros y flexiones. De manera espontánea, dos capoeiristas luchaban en el centro de la rueda formada por los demás. Cuando alguien lo deseaba, entraba al centro y luchaba con uno de los otros dos. El que no participaba salía de la rueda. No había contacto físico, todo eran simulaciones, pero realizadas con gran ímpetu. Practicaban en una explanada, con el mar como fondo, y el ruido de las olas como complemento al sonido del berimbau: tutuntuntuu, tutuntuntuu, tutuntuntuu... En lo alto, la luna se detenía a observar sus movimientos acrobáticos.

Decidí disfrutar un día más del encanto de aquel lugar. Uno de los chicos me dejó una tabla de surf y estuve practicando toda la mañana. Por la tarde anduve con Rodrigo los seis kilómetros que nos separaban de Canoa Quebrada.

Canoa Quebrada olía a «jipi estabilizado», lleno de chiringuitos comerciales y falso Brasil. Estaba anocheciendo cuando reemprendimos el regreso por la arena de la playa. La luna iluminaba nuestro avance. Sentía que conocía a Rodrigo hacía mucho tiempo. Cuando vivía instantes como aquel mi mente me preguntaba por qué no tenía una pequeña familia y vivía en un pueblo tranquilo como Majorlandia, donde todos los días era verano y el mar siempre ofrecía una ola diferente en la que deslizarse.

Brasil no es fácil

Echando cuentas de los días que faltaban hasta febrero, advertí que si afinaba un poco el pedaleo podía llegar a Río de Janeiro para el famoso carnaval. ¡Para que luego digan que la bicicleta no es un medio de transporte rápido y eficaz!

Por el camino me detuve en Igarassu, donde se encontraba la iglesia de San Cosme y San Damián, la más antigua de Brasil. Fue levantada por los portugueses en 1535. Lo que los portugueses no construyeron, ni falta que hacía, fue un aparcamiento para los coches de los turistas. Para eso estaba Dimas Tenorio. Con apenas catorce años se ganaba unos cinco reales al día (poco más de un euro) cuidando los coches. Dimas me acompañó hasta el cuartel. Debía de ser por la cercanía de la iglesia, que los bomberos de aquí eran de los más creyentes que encontré en todo Brasil.

Mientras Gerard, el cocinero, me preparaba una suculenta cena, con un litro de jugo de manga para beber, me hablaba de Dios. Cuando le conté mi proyecto me decía que era obra de Dios. Al referirle la ayuda de Rodrigo en Majorlandia lo achacaba a la intervención divina.

Para el postre llegó el sargento Brayner, que se unió al coloquio diciendo que sin duda Dios había conducido mis pasos hasta allí. Me daban ganas de ir a buscar a Dimas Tenorio para decirle que el sargento Brayner lo tenía por Dios.

Al irme por la mañana temprano me pidieron disculpas por no haberme podido atender mejor. Sin palabras.

El sol comenzaba a esconderse cuando llegué a Gaibú, un pequeño pueblo con una enorme playa. No tenía plan alguno. Caminé por el malecón y fui hasta el extremo más al sur del pueblo, para buscar dónde plantar la tienda de campaña. Aunque eran las ocho de la tarde y ya había oscurecido, la playa estaba llena de gente jugando al fútbol. Había incluso unos potentes focos alumbrando hacia la arena. De una pequeña casa que estaba situada en la primera línea de playa, la música de Djavan se expandía por el aire. Aparqué la bici y me senté a escuchar. El cansancio y el hambre fueron mitigados por la canción *Eu te devoro*.

El mar, la gente corriendo por la playa y la tranquila música me relajaban. De la casa salió una preciosa chica. Vestía un pantalón corto dos tallas más pequeño y una camiseta que había encogido en el último lavado. En silencio se sentó cerca de mí, a unos dos metros. Nos miramos y le sonreí. Permanecimos un buen rato disfrutando de la música.

—¿Te gusta esta música? —me preguntó.

—Sí, mucho.

Ella regentaba una posada en la que vivía con su marido, un belga. Silvina era tan hermosa como la música que asomaba por la ventana de la cocina de su casa. Me ofreció un cuarto para descansar por diez reales (tres euros). Ese precio, siendo barato para un turista, absorbía todo mi presupuesto para un día. Le agradecí la oferta pero era mucho para mí. Regresó a su casa, y me dejó a solas con Djavan.

Al cabo de dos o tres canciones, reapareció Silvina. Su puño izquierdo estaba cerrado.

—Tengo una sorpresa para ti. Hoy puedes quedarte aquí gratis —me dijo al tiempo que abría

la mano y me entregaba la llave de un cuarto.

La habitación era muy sencilla, pero muy luminosa. Igual que el rostro de Silvina.

—Sólo hay un inconveniente —me dijo—: si llueve muy fuerte puede entrar algo de agua en la habitación.

—No hay problema —le contesté.

Dejé la bici y me fui a dar un chapuzón al mar. Aunque eran las diez de la noche, seguía habiendo actividad en la iluminada playa. El verdadero y único inconveniente aquella noche era el marido de Silvina.

La Línea Verde es una carretera poco transitada que discurre paralela a la costa en dirección a Salvador de Bahía. En muchas ocasiones su trazado es cortado por innumerables ríos. Para atravesarlos hay que recurrir a las lanchas de los pescadores que habitan en los poblados cercanos.

Había decidido seguir la Línea Verde, porque en la carretera estaba saliendo a susto diario con los conductores. Uno de ellos, un loco que manejaba un autobús, no dudó en arrollarme. Tuve que tirarme al arcén para evitar ser embestido por su carga. Decidir cuáles eran los peores conductores de Sudamérica me llevaría más tiempo que aprender a hacer malabares con siete pelotas. Pero los brasileños serían firmes candidatos al «premio». Ayrton Senna aún no había encontrado digno sucesor.

Al seguir esta ruta por la costa podía contemplar una especie de bosques de características únicas: los manglares. Son bosques de plantas leñosas tolerantes a la sal, cuya peculiaridad es su habilidad para crecer y prosperar a lo largo de litorales protegidos de las mareas. Las raíces de estos árboles parecen moldeadas por un artesano. Dos millones y medio de hectáreas de la superficie de Brasil los ocupan estos fantasmagóricos bosques.

Estos lugares eran de una hermosura tal que no necesitaban publicidad televisiva. El cine ya les había dado bastante. Mangue Seco fue el escenario elegido para la película *Tieta do Agreste*, basada en una novela de Jorge Amado.

Para cruzar a Mangue Seco tenía que recurrir a una de las lanchas de los pescadores de la zona. El puente que unía Nangola con la población de Mangue Seco estaba terminado. Pero para fortuna de los propietarios de lanchas de Porto de Nangola, aún no se había inaugurado.

Llegué a Porto de Nangola con tan sólo algo de fruta en mi estómago. A escasos cinco metros del lugar en el que la carretera se sumergía en el río, había un restaurante. Sus propietarios eran las personas con quienes había que negociar la travesía hasta Mangue Seco. La suma de cuarenta reales por el cruce era excesiva para mi presupuesto, así que decidí esperar. Con ese dinero podía vivir más de media semana. Me entretuve jugando con los hijos de los dueños del establecimiento, que me hacían bastante más caso que sus padres.

Al ser temporada baja no había turistas y parecía que ese día no saldrían más lanchas hacia Mangue Seco. Les pedí permiso para colgar la hamaca y pasar la noche en la desocupada terraza del restaurante. No pusieron objeción.

Por un módico precio saqué mi hambre en el desocupado bar: arroz con lomo a la panela y aratu, una especie de cangrejo que se pescaba en estos manglares. Tan sólo un kilo de estos animales costaba aquí diez reales. En Salvador de Bahía la cifra se multiplicaba por tres. Para pescarlos se subían a un árbol del manglar con un palo y una lata. En el extremo del palo colocaban algo de comida y lo acercaban al agua. Con algo de paciencia y mucho equilibrio, debían esperar a que el aratu se enganchara al palo para meterlo rápidamente en la lata.

Aunque pareciera imposible, en este punto alejado de la civilización conseguí sintonizar Radio Exterior de España. Me resultaba extraño escuchar hablar en español de nuevo. La radio

me hacía mucha compañía. Ese pequeño aparato lo había comprado en un mercado callejero de Arequipa en Perú, y funcionaba a las mil maravillas. Me ponía al día con las últimas novedades locales del país que estaba recorriendo.

Me levanté a las cinco y media de la mañana para tener todo listo, por si alguna lancha pudiese salir a esa hora. Pero no estaba de suerte. La madre de Leonardo, el niño de siete años con el que el día anterior había estado jugando, me trajo un rico desayuno.

—Leonardo, antes de irse a la escuela, me pidió que te diera algo de desayunar —me dijo justificándose.

Por fin a las diez de la mañana un pescador decidió cruzarme hasta Mangue Seco. La travesía en su lancha me permitió contemplar de cerca el bosque de manglares. Pronto abandonamos el tranquilo río y salimos a mar abierto. La embarcación daba tumbos al compás que imponían las olas. En Mangue Seco la marea estaba baja, por lo que pude rodar por la compacta arena en dirección a Salvador de Bahía.

Situado sobre una hermosa atalaya al final del paseo costero, el Club Español era el lugar de encuentro de la burguesía de Bahía y de muchos españoles. Mostré mi manoseado pasaporte al vigilante de la entrada y, tras convencerlo de que Quirlig y yo éramos una sola pieza, accedí a las instalaciones. Como ya eran las cinco de la tarde, en las oficinas del club tan sólo estaba la secretaria. Hablamos en portugués, aunque su acento era raro.

—¿De dónde es usted?

—De Argentina —me respondió.

—Bueno, entonces mejor nos comunicamos en nuestro propio idioma —le dije aliviado. Explicarle mi proyecto en español me hizo suponer que me entendería mejor.

Craso error. Como no había nadie de la junta directiva, ella no podía autorizarme a dormir en las instalaciones. La única opción, tras más de una hora de llamadas infructuosas, era esperar a que cerrasen el club, a las dos de la mañana. A partir de esa hora, y como gran favor, me dejarían dormir en el sofá de la portería. La ilusión inicial por haber encontrado el Club Español se transformó en una gran decepción. Encontraba allí menos apoyo que en la inhóspita Ruta 40. El burocrático recibimiento me recorrió, como una descarga, todo el cuerpo. Un torrente de decepción se agolpó en mi garganta, y la misma soledad que me derrumbó al separarme de Christine en Chiloé vino a visitarme. No pude refrenar mi llanto.

La secretaria asistía atónita a mi reacción. No era propia de un viajero que lleva más de un año buscándose la vida por Sudamérica. Pero hay tardes, como aquella, en las que el torero no está al nivel de las reses.

Volvió a llamar al presidente y al colgar me comunicó que esa noche me pagaba un hotel.

—Mi problema de alojamiento no puede suponer un gasto para usted. Habiendo sitio para dormir en el club, creo que pagarme el hotel es excesivo. Se lo agradezco, pero no puedo aceptarlo —le dije ya más sereno.

Cuando me estaba yendo, el guarda de seguridad, a quien le conté lo ocurrido, me hizo ver que el hotel me lo pagaría la propia junta directiva. La secretaria, tal vez presintiendo que yo no lo aceptaría, me hizo creer que lo iba a costear ella.

Volví a la oficina y le dije que iría al hotel.

A la mañana siguiente conocí a los miembros de la junta directiva. Les conté mi proyecto pero de sus rostros no se movía una sola pestaña. La media de edad rondaba los setenta. Les agradecí que me invitaran al hotel, pero les pedí un lugar para quedarme en el club. Durante dos días acompañé a las cucarachas de la lavandería.

A pesar de que hice varias entrevistas en los periódicos y en las televisiones de Bahía, no

encontré un lugar adecuado donde organizar el espectáculo. Mi paciencia era continuamente sometida a pruebas por no sé quién. Aquellas palabras de «nadie te ha pedido venir aquí» volvían con indeseable frecuencia a mi mente. Brasil no estaba resultando fácil.

Sin tiempo para el último tiro

Enfilé hacia Morro de São Paulo, famoso por sus puestas de sol. De camino me detuve en el pueblo de Nazaré. Una vez más, los policías me pedían documentación que acreditase que había sido alojado anteriormente en otros puestos policiales o de bomberos. Tras debatir largamente la situación me permitieron colocar la tienda de campaña en el patio. Eran bastante distantes, salvo uno de ellos. La soldado Ana.

Estuvimos hablando toda la tarde. En el pueblo había poca actividad para la policía. Llegó su jefe, a quien le contaron la película del gringo viajando en bicicleta. Él complementaba su salario con varias plantaciones de café. Se metió en el coche y volvió con un par de paquetes para regalarme. Dejó orden de que me atendieran en condiciones, con lo que pasé de dormir en el patio en mi tienda a compartir literas con los policías.

El jefe se fue enseguida, así que continué charlando con Ana. Le encantaba el baloncesto y en general el deporte. Tal vez por eso mostraba interés por mi viaje. Cenamos juntos en la cocina, mientras sus compañeros se fueron en coche a patrullar media hora por la ciudad.

La dulzura de su mirada no hacía juego con la pistola que colgaba de sus provocadoras caderas.

El resto de sus compañeros nos había hecho lo que en baloncesto se llama un «aclarado», porque hacía dos horas que habían salido en coche.

Ana, casualmente, libraba al día siguiente por un par de días.

—Ven a Morro de São Paulo—le propuse a las once de la noche, haciendo mi último tiro.

—Me gustaría ir, pero...

—Bueno, pues vente.

(Tan sólo me quedaban tres segundos de posesión).

—Es que no sé si debo —confesó deslizando sus ojos hacia otro lado.

—¿Qué problema hay? (Dos segundos).

—No nada, pero es que...

—¿Es que qué? (Último segundo).

—Es que no sé si mi novio lo entendería.

¡¡¡Piiiiiiiiiiiiiiiiiii!!! Se acabó el partido.

Para cruzar a Morro de São Paulo había que tomar un barco. Conseguí plaza en la proa de uno a primera hora de la mañana. La travesía duraba una hora. El mar estaba tranquilo, y en el barco había bastantes gringos que, al igual que yo, se habían dejado seducir por la famosa isla.

El único vehículo en Morro de São Paulo era un autobús, que trasportaba a los turistas del aeropuerto al hotel. Eran conocidas sus cuatro playas, en las que al bajar la marea se formaban piscinas naturales. En las ruinas de lo que era una antigua fortaleza se daban cita los turistas para admirar las famosas puestas de sol.

Aunque no había ninguna Ana, fui al cuartel de la policía. Fueron extremadamente amables. Su trabajo no era ni mucho menos estresante. Patrullaban en pantalón corto por la playa; en vez de pistola llevaban un bote de crema para el sol. Uno de ellos me acompañó a ver la puesta de sol.

—Cuando tengo vacaciones me traigo aquí a mi mujer.

—¿A ella le gusta el baloncesto? —le pregunté.

—Pues no, ¿por qué?

—No, por nada.

El dulce sonido de la manga

Estaba todo el día sudando. Aunque no hiciera ejercicio traspiraba igual que si hubiese corrido una media maratón. El fuerte calor me quitaba el apetito y me encendía la sed. Jalonando todo el camino, siempre veía provocativos cocoteros que me parecían bares abiertos las veinticuatro horas del día. También había fruterías que no cerraban. Eran los árboles de manga, que en España llamamos mango. Abrir una manga me llevaba menos esfuerzo que partir un coco con el machete. Cuando encontraba un grupo de mangas me detenía para escudriñar el suelo y recoger las frutas más ricas. Había veces que me tiraba más de media hora comiendo manga. Recostado sobre el tronco pelaba la dulce fruta. De repente un golpe seco rompía la tranquilidad del lugar. Una nueva manga acababa de caer del árbol y rodaba por el suelo. Me levantaba rápidamente para localizarla y la colocaba junto a las otras víctimas. Sería la siguiente en pelar.

Esta fruta era tan dulce que me dejaba las manos totalmente pegajosas. La carne de la manga tenía además finas hebras que se colaban entre mis dientes. Después de un atracón de manga siempre tocaba el momento de la higiene: lavarse las manos y repasar con el hilo dental todos los huecos de los dientes.

La manga no era la única fruta exótica de Brasil. Había multitud de ellas que nunca antes había oído siquiera nombrar: carambola; cajú; graviola, de sabor parecido a la chirimoya; goaiaba... La más grande era la jaca. Podía pesar fácilmente diez kilos.

Casualmente febrero era época de maduración de esta fruta, originaria del archipiélago malayo e introducida en el siglo XVIII en Brasil. Rica en hidratos de carbono, era un auténtico manjar. Aprendí a comerla con un hombre que las vendía al borde de la carretera.

Intrigado por el tamaño y aspecto de la fruta paré a preguntarle. Tenía mi misma edad y era padre de dos hijos. Apostado bajo la sombra de un árbol vendía fruta a los conductores que se paraban allí. A pocos metros estaba su humilde casa con un pequeño huerto. Ese terreno era todo el mundo que él conocía. No aspiraba a conocer más.

Compartíamos la misma jaca, aunque nuestros intereses eran bien diversos. Yo estaba dispuesto a recorrer el mundo en mi bicicleta y él estaba dispuesto a no moverse de la sombra de aquel árbol. Generalmente era a mí a quien le llovían las preguntas sobre por qué viaje y dónde duermo, pero esta vez era yo el que preguntaba.

—¿Eres feliz debajo de este árbol?

—Sí, tengo todo lo que preciso —me contestó con una franca sonrisa que corroboraba su respuesta.

Terminamos la refrescante fruta y partí, en busca de mi árbol.

Estaba convencido, sin embargo, de que la felicidad no existe y de que es la propia búsqueda la que nos debe proporcionar momentos felices. Uno de ellos lo viví en Piúma, un pequeño pueblo de la región de Espírito Santo. Con poca confianza en mis posibilidades, solicité a la policía un lugar para descansar en ese municipio costero y, para mi sorpresa, me ofrecieron una cama en el propio cuartel. Acababa de terminar de ducharme cuando recibieron una llamada por radio. Un coche, que había sido robado el día anterior, había aparecido tirado en un camino cercano. Me

propusieron ir con ellos a recuperarlo. Acostumbrado a ver cómo los coches me pasaban a toda velocidad, ahora era yo el que iba en un coche que adelantaba a los demás. Comprendí una vez más lo vulnerable que era una bicicleta en la carretera.

El dueño del coche robado era un campesino que había tardado seis años en ahorrar el dinero para comprarlo y que ese día, por primera vez tras mucho tiempo, había decidido pasar el domingo en la playa de Piuma. Justo el mismo día que el ladrón había escogido para ir a robar un coche. Mala suerte.

En el vehículo policial íbamos el sargento Alcimar, su ayudante y yo. Tras más de una hora por caminos secundarios que recorrían la sierra cercana, dimos con el coche. Ya estaba anocheciendo. El camino de regreso nos llevaría por lo menos otra hora.

Pensé que tomarían algunas pruebas, como huellas o algo así, para descubrir al que lo robó. Pero directamente abrieron el coche y lo arrancaron.

Cuando les dije cuál sería el proceder normal en España, se rieron:

—Si no nos llevamos este coche ahora para el cuartel, mañana no quedan de él ni las ruedas.

Como el sargento Alcimar no tenía las llaves del coche robado, tiró de los cables para hacer un puente y lo arrancó. Regresamos al pueblo y llamamos al dueño del coche, quien, al saber que lo habían recuperado, se echó a llorar. No se lo creía. Iría a recogerlo al día siguiente. El turno de Alcimar y su compañero terminaba esa noche, así que dejaron instrucciones bien claritas a sus compañeros, de que les guardaran la indemnización que ofreciera el campesino. No podían desaprovechar ese complemento extra del salario.

Llegué a Río justo dos días antes de que la fiesta comenzara. Casi por casualidad encontré a un ciclista, André Pínola, que amablemente me invitó a su casa. Aunque André no era el mejor anfitrión para conocer Río: odiaba la playa, la samba y ni siquiera libraba esos días. Trabajaba en un periódico en el turno de noche. Irónicamente, el diario se llamaba O Dia.

Río era una ciudad de contrastes. Lindantes con las favelas se levantaban los bloques de los edificios de la gente que tenía de todo y un poco más. Desde sus seguras terrazas divisaban la miseria de las favelas. Si no deseaban seguir contemplando pobreza bajaban la persiana, con el mismo gesto con el que se cambia de canal cuando una noticia no nos gusta.

Pero pobreza y riqueza cohabitan en la cola del supermercado y se bañan en las mismas aguas. Las playas de Ipanema, Leblón y por supuesto Copacabana son el involuntario lugar de encuentro. Un escenario de hedonismo. Sobre la blanca y fina arena, se encuentra desperdigada una multitud de aparatos de uso público para hacer abdominales y otros agotadores ejercicios. La playa es también un gran mercado donde adquirir gafas de sol, bañadores, pareos, cremas bronceadoras, sombreros, tatuajes y hasta caipirinhas, el cóctel nacional de Brasil. Los únicos que ven la playa como un negocio son los vendedores ambulantes. Son también los únicos que no van vestidos con el «uniforme» de playa: En las mujeres es el «hilo dental» y en los hombres un reducido bañador con el que marcan «las diferencias sociales», que dirían Les Luthiers.

André me comentó que el carnaval tal vez no llegara a celebrarse ese año. La policía había entrado en varias favelas, porque desde éstas se estaba disparando tiros a los de los edificios circundantes. La seguridad no estaba garantizada.

Durante los tres primeros días de carnaval, sólo en el Estado de Río de Janeiro hubo setenta homicidios. Para «calmar» la situación, el secretario de Seguridad Pública de ese Estado, Josías Quintal, declaraba en los periódicos:

«Nuestros hombres están en la calle y, si tiene que haber un conflicto armado, lo habrá. Si, como consecuencia, alguien tiene que morir, que muera. Vamos a atacar con dureza».

Pero como bien sabía André, y toda la gente de esa ciudad, los más interesados en que el

carnaval se celebrara eran los jefes de las favelas. Para ellos, que su escola de samba desfilase en el Sambódromo y consiguiese el primer premio era motivo suficiente para justificar los millones de reales que invertían en ello. El carnaval era el único momento del año en el que los ricos bailaban al son que tocaban los más pobres. Igual que si fuesen equipos de fútbol de primera división, cada año se comentaban los fichajes que las escolas de samba habían hecho para aspirar al primer premio: tal portabandeira, tal mestresala... Todos sabían que el dinero para pagar todo eso provenía de la droga y del juego del bicho.

Los bichos mueven casi tanto dinero como la droga, pero no tienen efectos secundarios.

O jogo do bicho está prohibido por la ley pero sin embargo se practica en todo

Brasil. Muchas veces, cuando yo dormía en la policía o en los bomberos, les oía decir:

—Ha salido el macaco.

Cada animal representa varios números. Hay cobra, jacaré, gato, burro, así hasta veinticinco bichos. Se puede jugar al número o al bicho. Legalizar el juego del bicho haría tanto honor a la realidad como reconocer que las playas de Río son nudistas.

El carnaval se celebró, y André Pínola hasta me acompañó al Sambódromo. Dentro no, puesto que ni él ni yo teníamos los dólares suficientes para pagar la entrada. Nos quedamos fuera, que es donde estaba el pueblo. El que vivía y sentía el carnaval. Ya imaginaba yo que el verdadero carnaval de Río de Janeiro no lo retrasmítía la televisión nacional de Brasil. De los taxis bajaban con el traje a medio colocar las personas que más tarde desfilarían. Eran los tocados por la fortuna.

Para poder desfilarse hay que tener dinero o padrino. Los padrinos o madrinas son los que pagan por desfilarse. Con su aportación económica se confecciona también el traje de una persona de la favela. Junto al afortunado que tiene dinero desfila el afortunado que tiene padrino.

La música se oía bien clara desde allá afuera, aunque sólo contemplásemos diez metros del famoso cemento. Las últimas escuelas en desfilarse cada día, en torno a las seis o siete de la mañana, eran las más perjudicadas. Sus trajes estaban elaborados para brillar con la luz de los focos artificiales. Con las primeras luces del día, se producía el efecto «cenicienta» y la magia del carnaval se esfumaba.

André se fue a trabajar y yo a casa a descansar. Al día siguiente queríamos salir con el bloco Bola Preta. Los blocos son pequeñas agrupaciones musicales que recorren en un vehículo abierto una parte de la ciudad, rodeadas de gente bailando como loca. El potente sonido y los miles de litros de cerveza consumidos mitigan el sofocante calor. Los vendedores de cerveza se desplazan junto al bloco trasportando su mercancía en carritos de supermercado. Bailan y venden a la vez. También promocionan la cerveza que venden, consumiéndola.

Aprovechando que la caravana musical discurría junto a la playa de Copacabana, fuimos a ver a la Ciclofónica, una orquesta de seis músicos que interpretaba canciones en bicicleta, recorriendo el carril bici que contorneaba todo el paseo marítimo. Era su original forma de reivindicar el uso de las dos ruedas y el respeto al carril bici. Muchos de sus instrumentos los habían construido ellos. Otros simplemente los habían adaptado para poder ser tocados con una sola mano. Era un ejercicio de música y destreza.

Más o menos el mismo equilibrio que había que desarrollar para ir gratis en el bondi. El bondi es un tranvía que circula por la parte alta de la ciudad. Para los que van colgados fuera el viaje no cuesta nada. Enganchados a él como dos garrapatas, aprovechamos su recorrido para visitar el famoso Cristo del Corcovado. Esta enorme figura es el símbolo por excelencia de Río de Janeiro. En los días previos al carnaval, debido al clima de violencia que obligó al ejército a salir a la calle, los humoristas gráficos dibujaban al Cristo agujereado.

Lo mejor del Cristo era sin duda su emplazamiento. Ubicado en lo alto de la ciudad, se gozaba desde allí de una visión completa de la bahía de Guanabará. Desde esa distancia, Río parecía tranquila. La ciudad empezaba a iluminarse cuando, de pronto, un potente resplandor, como el de dos estadios de fútbol juntos, atrajo todas las miradas: era el Sambódromo. Suspendidos allá arriba parecíamos astronautas en un paseo espacial.

André Pínola me regaló un capacete (casco) para la bici. Decía que yo estaba loco por ir sin él. Lo acepté de buen grado. Si en alguna parte del viaje sentí que tenía que llevarlo era en Brasil. Para defenderme de los salvajes conductores había vuelto a utilizar la técnica del palo que hacía años había aprendido de un ciclista que conocí en Portugal. Atravesado en la parte de atrás de mi bicicleta, un palo de madera de metro y medio sobresalía hacia fuera por mi lado izquierdo. Del extremo del palo llevaba colgando un triángulo rojo que encontré tirado en la ruta y que debió de perder un camión. De ese modo me aseguraba de que no me pasaran tan cerca, porque tenían que abrirse para adelantarme. El susto me lo llevaba cuando golpeaban con el coche el palo y me desestabilizaban. Eso me ocurrió en dos ocasiones. No sé si el casco de André me hubiera salvado de un golpe tan violento.

Por eso a veces optaba por ir a contramano; prefería ver venir al enemigo de frente.

Así no me volvería a ocurrir lo que me pasó una sofocante tarde en la ruta. La carretera no tenía arcén y había tráfico en ambos sentidos. Cosa rara, el camión que venía detrás de mí aflojó su marcha hasta que encontró expedito el camino para adelantarme. Creo que estuvo treinta segundos esperando la ocasión propicia para hacerlo. Cuando me sobrepasó, me saludó con la bocina.

—Este no debe de ser de por aquí —pensé, levantando mi mano izquierda agradecido.

El camionero que iba detrás del que me adelantó, cuando observó la causa por la que durante treinta segundos había tenido que ir tan despacio, me hizo saber su irreparable pérdida de tiempo a bocinazo limpio. Pero no contento con eso, lanzó la caja de su camión contra mí. Tuve que tirarme bruscamente al campo para saludar a sus parientes, los animales.

Mi forma de rezar

Angra dos Reis es una pequeña villa cercana a Río. Es tan diminuta que cuando se construyó a sus afueras la escuela naval, tras cuatro años de trabajo, no pudo ponerse en funcionamiento porque los profesores no querían residir en el pueblo. Preferían hacerlo en la gran urbe de Río de Janeiro. Por fin en el año 1951, casi cuarenta años después de haberse terminado, se ubicó en ese imponente edificio de académica arquitectura la escuela naval.

Los terrenos en los que se asentaba eran militares y el paso por ellos estaba restringido por la noche a vehículos oficiales. Ignorando que me adentraba en instalaciones militares, le pedí al soldado de la entrada permiso para ver al capitán. Cumpliendo el rígido protocolo militar, hizo venir al oficial de guardia.

—¿Puedo colocar en algún lugar mi tienda de campaña para pasar esta noche?

—le dije.

—Estas son instalaciones militares —me contestó un tanto descolocado ante mi petición—, pero... voy a preguntar.

Imaginé la respuesta. Al cabo de cinco minutos regresó.

—No podemos permitir que arme su tienda aquí, pero puede descansar en el cuarto de los suboficiales. Si se da prisa puede acompañarnos en la cena.

Aparqué a Quirlig a la entrada del señorial edificio y fui rápidamente a lavarme para no perderme el banquete.

Los oficiales me miraban como a un bicho raro. Ellos tan blancos y uniformados, y yo luciendo mis mejores pantalones cortos sin planchar y mi barba de cinco días. La conocida dieta brasileña me esperaba: arroz, espaguetis y frijoles con carne.

El sargento Fontes fue mi sombra toda la tarde. Me explicaba en qué consistían los cursos de formación de oficiales y, como por casualidad, desvió la conversación hacia la religión. Él era evangelista y no podía perder la oportunidad de convencerme de que yo lo fuera. Aguanté como pude las ventajas de unirme a su «club», porque lo único que quería era descansar. Ese día había recorrido más de cien kilómetros y había soportado estoicamente una tormenta tropical sin poder refugiarme. Una charla sobre el dios evangélico no la necesitaba. Para mí Dios estaba en las personas que me dieron cobijo y en las que me lo negaron. Estaba en los muchos mecánicos que repararon a Quirlig y en las sabias manos que remodelaron a Maxi. Estaba también en las personas anónimas con las que me cruzaba en el camino y me sonreían, como aprobando mi vida.

Como cuenta Amin Maalouf, en su obra Samarcanda:

«¿Mi forma de rezar? Contemplo una rosa, cuento las estrellas...»

Pero eso no se lo podía explicar a Fontes, y menos en portugués. Aprovechando tres segundos de silencio en su discurso, le pedí disculpas y me fui a dormir.

Pero el sargento Fontes había visto en mí a alguien con posibilidades. Al día siguiente, ya en la ruta, cuando abrí mis alforjas encontré un papel. Estaba escrito a mano con caligrafía escolar. Era un mensaje de dos folios de Fontes para que reconsiderara mi postura y me uniera a su dios

evangélico.

Envolví en el papel el último trozo de pan del día y admiré la belleza del paisaje. No sé si era obra de Dios, de Alá o de quién, pero desde luego el hombre no había podido hacerlo. Ese camino ribereño era una de las zonas más bonitas de Brasil, regado por perfectas islas en las que abandonar los pensamientos. Al principio me detenía a cada curva para inmortalizar aquel hermoso escenario, pero pronto me cansé. Era mejor dejarlas allí que llevármelas en mi tarjeta digital de 128 MB.

El único inconveniente era la carretera sin arcén, en la que de manera agotadora se sucedían constantes subidas y bajadas. Circulaba mirando hacia atrás, como si me persiguiera alguien, porque de cualquier curva podía salir lanzado un coche y encontrarse de repente conmigo.

En la bici, como en la vida, las malas noticias llegan por la espalda.

Cansado de tener que frenar para que los autos me adelantaran, paré en un puesto de los muchos que abundaban en el camino, a preguntarle al policía si los ciclistas teníamos algún derecho a circular por las carreteras. Con pocas ganas consultó un ajado manual y me dio la respuesta: una ley del Estado obligaba a los ciclistas a ir por el arcén.

—¿Y si no hay arcén? —le pregunté.

—No puedes circular —me dijo, consciente de la estupidez de su respuesta. El arcén aparecía y desaparecía sin previo aviso. Días más tarde, por deformación profesional, consulté un Código de Tránsito brasileño en el que claramente se especificaba: «Las bicicletas, cuando no exista ciclovía o arcén, podrán circular por el borde de la rodovia con preferencia sobre los coches».

Evidentemente, no era un texto de lectura obligada para sacar la plaza de policía de carretera en Brasil. Pero si yo tenía problemas para circular por las carreteras, al menos tenía derecho a hacerlo. A Favia la echaban de la ruta.

Me la encontré sentada en una parada de autobús de la carretera leyendo un periódico como si cualquier cosa. Estacionado a su lado había un carro de dos ruedas repleto de cachivaches, como los que se utilizan para carga y descarga. Me detuve a charlar con ella.

Favia tenía aproximadamente setenta años y había pasado allí la noche. Su coquetería le impedía decirme su edad exacta. Sus ojos eran claros y luminosos como el cielo del litoral nordestino. Había trabajado más de veinte años en una oficina en São Paulo, pero se cansó y lo dejó todo por conocer el mundo caminando. De momento llevaba diez años empujando ese carro de sesenta kilos de peso por las carreteras brasileñas. Muchos policías ya la conocían y la obligaban a abandonar la carretera porque era un peligro para los coches. Cuando la carretera no tenía arcén, la echaban de la ruta.

Yo creo que su humilde y poco ambiciosa forma de vida, como una hoja arrastrada por un soplo de viento, es un peligro para la sociedad actual. El vagabundeo de Favia es una alegoría de la libertad. Y la libertad, como la belleza, duele a quienes padecen ceguera en el alma.

Ya llevábamos una hora charlando y le propuse tomar un café. Le parecía mucha molestia que yo hiciese café. No me creía cuando le decía que no me costaba nada, porque ya tenía el agua caliente guardada en el termo. Saqué el filtro de tela, eché un poco de café y le pregunté:

—Cómo lo desea la señora: ¿sólo o con leche en polvo?

Se rio porque me dirigiese a ella de manera tan educada. Generalmente las personas eran amables con ella, pero en ocasiones le negaban agua, comida o la echaban de la carretera.

Mientras tomábamos café, Favia me contaba cómo se buscaba la vida todos los días. No le importaba dormir en el campo y confesaba sin vanidad que no le tenía miedo a las serpientes. Cuando se encontraba con alguna no la mataba.

—También tienen derecho a vivir. Pero lo que no soporto son los mosquitos
—decía sorbiendo su café y apartando imaginarios bichos de su sonriente cara.

Le gustaba mucho leer, pero comenzaba a fallarle la vista y tenía un poco de reumatismo. Pensaba que, tal vez, era hora de irse a vivir a un asilo, pero no se imaginaba allí dentro. Favia era fuerte y sus brazos, de tanto empujar el carro en las cuestas, eran robustos como dos robles.

Le regalé una pegatina de Payasos Sin Fronteras y a toda costa quiso darme algo a cambio.

—Llévate una sombrilla, yo tengo dos. O un bote de champú. Este huele muy bien. No sé por qué acumulo tantas cosas. Manías de vieja, supongo —me decía mientras revolvió en su carro.

—No —le dije—, ya sé lo que quiero: Quiero una foto contigo.

—Ah, no, eso no puede ser. Estoy sin arreglar —me dijo, acicalándose.

Nos colocamos al lado de su carro y, poco antes de dispararse el automático de la cámara, me agarró del brazo. En la foto, Favia quedó tan hermosa como una novia a la salida de la iglesia.

Si pudiera ver en ese instante al sargento Fontes le presentaría a Favia: mi diosa aquella mañana.

Chopería Roma

Si todas las ciudades fronterizas son una locura, Ciudad del Este, límite de Paraguay con Brasil, lo es un poco más. Diariamente más de treinta mil personas vienen aquí atraídas por una abrumadora oferta de productos electrónicos llegados directamente de Asia.

El Puente Internacional de la Amistad es símbolo de intercambio. No creo que un solo vehículo lo atravesase vacío. Todos van cargados hasta los topes de personas o de mercancías. Pero ese animado y próspero mercado común no refleja la verdadera situación económica de Paraguay.

Avanzaba el año 1932 cuando Paraguay tocaba palmas al dictado de la Shell y Bolivia danzaba al son que tocaba la Standard Oil. El escenario para el «concierto» era la región del Chaco Boreal, un amplio desierto que contenía en sus entrañas un importante tesoro: petróleo. Llevados por los intereses económicos de ambas compañías extranjeras, dos pueblos hermanos se vieron envueltos en una guerra que los mismos combatientes no entendían. Ni siquiera tenían medios materiales para algo así. El ejército boliviano contaba en el Grupo Uno de Aviación con tres cazas y dos biplanos de observación. Aunque para engañar al enemigo los aviones tenían en el fuselaje escritos números mayores, como el 84. Así parecían más numerosos. Con tan escasos medios la guerra fue un cuerpo a cuerpo.

Unas décadas antes, Paraguay había perdido el 75% de su población en la Guerra de la Triple Alianza; y ahora hacía frente a otra guerra. No tuvo más remedio que endeudarse.

La terrible situación económica que yo veía entonces era simplemente la herencia de tanta insolidaridad internacional. El pago de los intereses de la deuda externa era la perfecta excusa para impedir que un pueblo pudiese salir adelante. La ayuda internacional era la mejor manera de prolongar el rédito del capital. El primer mundo tenía maniatada a esta parte del continente americano.

Pero esa miseria no arrinconaba la gran educación del pueblo paraguayo, que en eso me recordaba al colombiano. Siempre me trataban de «usted», aunque yo me veía como un sucio ciclista con el pantalón remendado más de diez veces. En Coronel Oviedo, por ejemplo, los bomberos me brindaron toda su amabilidad. Era admirable observar el respeto que se tenían entre los jóvenes compañeros. Muchos de ellos no tenían más de veinte años. Se trasmitían las novedades de su turno de guardia con disciplina militar.

El encargado del destacamento, Marcos Balmoriz, luchaba por conseguir nuevas máquinas para su destacamento. Los vehículos de bomberos que en Europa eran retirados por viejos, aquí aún tenían larga vida. La semana pasada tuvieron un accidente con el único vehículo del destacamento. Mientras no sonara la sirena se dedicaban a repararlo ellos mismos.

Estaba a dos días de Asunción, en una polvorienta ruta que en 1542 recorriera Cabeza de Vaca. Me detuve en Caacupé a rellenar mis botellas de agua en una gasolinera. Aunque era abril, otoño en el hemisferio sur, por esas latitudes hacía mucho calor. Un hombre vino a saludarme y, tras las preguntas de rigor, se interesó por cómo hacía para comunicarme con mi familia.

—Por Internet —le contesté.

—¿Quieres llamar a tu familia por teléfono ahora? —me soltó.

—No, gracias, les escribí un correo electrónico hace unos días.

—Si necesitas cualquier cosa...

Mi interlocutor se llamaba Mario. De pequeño vendía refrescos y pasteles por las calles de su pueblo. Más tarde condujo camiones y, «como el dinero no me asusta», acabó teniendo su propio negocio. Era dueño de varias gasolineras y tenía más de quince camiones de combustible. No llevaba chequera porque no sabía leer ni escribir, y no podría extender el número en letras.

Dormí en la oficina de la gasolinera. Mario tenía pensado llevarme a la mañana siguiente a ver un rally en que su hijo competía. El coche no aguantó dos vueltas, pero el rally era la excusa familiar para salir al campo y tomar un asado. Evidentemente la situación económica de Mario no era la de la mayoría de los paraguayos. Mario era del Partido Colorado, que ahora tenía de nuevo oportunidad para reafirmarse en el poder porque Paraguay estaba en campaña. Era evidente que ganaría el Partido Colorado de don Nicanor. Alternando períodos democráticos y dictaduras, ese partido llevaba casi sesenta años en el poder. Cuando la oposición hiciese causa común, el Partido Colorado perdería las elecciones. Pero para desgracia de la gente del Bañado Sur, un barrio de Asunción, ese día estaba lejos de llegar.

La basura del vertedero de Cateura era fuente de ingresos para muchas familias del Bañado Sur. En sus alrededores se había levantado una verdadera ciudad. Aunque las autoridades planeaban trasladar el vertedero a otro lugar, sus vecinos se oponían porque en la basura habían encontrado su medio de vida. Cuando el camión que hacía la ronda por los barrios más ricos de Asunción entraba en el Bañado Sur, los chicos corrían alborozados a rebuscar restos de comida del McDonald's para hacer su fiesta particular.

Para que la basura no enterrase la dignidad de las personas, cuatro escuelas de la asociación Fe y Alegría se habían asentado en Cateura. Como la sonrisa no venía en los paquetes de comida McDonald's, preparé mi espectáculo para ofrecerlo en el Bañado Sur. En una modesta casa improvisé el camerino y salí a escena. Previamente al espectáculo, había dejado las pelotas, los diabólos y otros elementos que solía utilizar, en varios cubos de basura. De esa manera construí mi espectáculo desde la basura, igual que los habitantes del Bañado Sur hurgaban cada día en ella.

Mi oficina de operaciones en Asunción era la Chopería Roma, lugar emblemático de la ciudad y que llevaba más de treinta y cinco años llenando los estómagos de intelectuales, artistas y políticos.

—Si las mesas hablaran... —me decía Tere, la dueña.

El local cerraba a altas horas de la madrugada. Yo lo frecuentaba por las mañanas, a una hora en la que el trajín de personal aún no era excesivo. Tere me relataba las historias ocultas de la ciudad mientras sorbía su tereré. Esta es la típica bebida de Paraguay y de la zona norte de Argentina. Se prepara con la misma yerba que para el mate, pero con hielo y con limón. Es mucho más refrescante que el conocido mate.

También utilizaba la Chopería Roma de oficina de prensa. Allí atendía a alguno de los medios de comunicación que dieron amplia cobertura al proyecto. Así conocí al corresponsal de la agencia EFE. Tenía ocho años menos que yo, pero parecía que tenía cinco más. Disfrutaba de la adrenalina que le proporcionaba la corresponsalía. Por sus venas no corría sangre sino tinta para escribir artículos. Su trepidante ritmo de trabajo contrastaba con mi largo año sabático. No envidiaba en absoluto su agitada vida de corresponsal. Yo estaba en otra onda, y mucho más ahora que podía casi oler Montevideo.

A medida que se aproximaba el final del viaje, empezaba a asimilar poco a poco todas las experiencias que había tenido. Aunque de manera breve, había podido conocer la vida de muchas

personas. Ambiciosos, desprendidos, familiares, desconfiados, soñadores, lobos solitarios... De casi todos había aprendido algo. Eran como un remanso de agua, en el que me reflejaba y veía mis propios cambios.

¿Qué hubiera sido de mí si no hubiera dejado el trabajo para lanzarme a vivir esta aventura? En cualquier día del viaje me sucedían más encuentros personales que en una semana en Madrid. Las ciudades, antiguamente lugares de encuentro, se habían convertido en lugares de aislamiento y desencuentro. Nuestra casa es nuestro refugio y una vez que hemos cruzado la puerta y puesto los pies en el ascensor nos reclinamos. En cambio viajando en bici iba al encuentro de los demás. Era como si en plena manifestación una persona decidiese dar la vuelta.

Hace muchos años hice el Camino de Santiago en España. Pero lo realicé en sentido inverso. De oeste a este. Así fue como me encontré con mucha gente. Parecía que se estuviesen persiguiendo pero nunca se alcanzaban.

Mi brújula marcaba rumbo sur, en dirección a Montevideo. Pero para llegar allí debía volver a pasar por Argentina y Brasil.

En Carapagué, cerca de la frontera paraguayo-argentina, hallé destinatario para el casco que me había regalado André a mi paso por Río de Janeiro. Aquel día podía haber dormido en el cuartel de los bomberos voluntarios pero uno de ellos, José, me llevó a su casa. En la parte de abajo su madre regentaba un negocio que tenía de todo menos clientela. Si alguien le hubiera ofrecido algo de dinero hubiera vendido hasta el mostrador. Suspiraban por irse a España a trabajar. Para ellos Paraguay representaba el pasado, no el futuro.

Con mucho amor y unos pocos fideos, su madre preparó una sopa para cenar y arregló un cuarto para que yo durmiera. José miraba extasiado el casco. Creo que André también se lo hubiera regalado a José.

Me faltaba un par de días para salir de Paraguay. Hacía fuerte viento en contra y, aunque era terreno llano, me costaba mucho mantener una media de quince kilómetros por hora. Un tractor con remolque me adelantó. No iba mucho más rápido que yo, así que aceleré y me situé detrás de él, a su rebufo. Protegido del viento podía ir a veinticinco kilómetros por hora, haciendo la mitad del esfuerzo que antes. Pero sobre todo podía ir hablando con Plácido, que iba sentado en la parte de atrás del remolque. Venía de trabajar en el campo y volvía a su casa. Estaba casado y tenía cuatro hijas a las que trataba de dar toda la educación que él no pudo recibir. Cuando llegamos a su pueblo me acompañó al ayuntamiento para buscar un refugio, pero el alcalde no estaba y su mujer se había levantado con el pie simpático. Plácido vino conmigo a la iglesia, pero el cura se iba y no tenía intención de hacer de samaritano. Por fin, en la policía, me dejaron un cuarto vacío con las ventanas rotas y sin mobiliario que me pareció el Hilton. Plácido se disculpó porque en su casa no había lugar, pero me obligó a aceptar una invitación para cenar con su familia.

Vino a buscarme a las siete de la tarde y en el trayecto me ofreció dinero. ¡Un hombre como él, que trabajaba todos los días del año en el campo, me estaba ofreciendo dinero! No podía aceptarlo, pero tampoco quería ofenderlo. Me pidió por favor que no mencionara nada de eso en la cena.

—Me mataría si se entera —me confesó pocos metros antes de llegar.

Su familia era muy tímida y su casa era realmente muy humilde. Para romper un poco el hielo saqué el payaso e hice algo de magia. Se reían como si hubiera pasado mucho tiempo desde la última vez. Plácido me acompañó a la policía a dormir y me dio las gracias por haber ido a cenar a su casa.

A solas en el desangelado cuarto, hecho un ovillo para mantener el calor de aquella fría noche paraguaya, pensaba en Plácido. Sus manos abrían la tierra los trescientos sesenta y cinco

días del año para llevar comida a casa y dar educación a sus hijas.

Romina

Al llegar a la frontera con Argentina me dijeron que estaba prohibido cruzar el puente en bicicleta. No era tan largo como el de Maracaibo en Venezuela, así que decidí atravesarlo en bici. No tenía ganas de meter a Quirlig en un coche para recorrer dos kilómetros. Una vez que tuve todos los sellos pertinentes en mi pasaporte, me subí a la bici y tomé carrerilla. Pasé el control militar a toda velocidad. Con el raballo del ojo vi a un soldado dar un bote en su silla. Un silbato parecía marcar el inicio del partido. Me faltaban tan sólo ochocientos metros para llegar al lado argentino. Podían perseguirme en coche que no me alcanzarían hasta Posadas.

Y allí tenía un buen refugio. Yiyo era amante de la bici, además de payaso. Un alma gemela por lo tanto. Formaba parte de un grupo llamado Expresión Corporal Uno, cuyo corazón era una luchadora mujer, pequeña y llena de energía, llamada Tiki. Ya antes de salir yo de España Yiyo se había comunicado conmigo por correo electrónico para ofrecerme su colaboración. Ahora era el momento de descubrir su ayuda.

Era mucho más de lo que podía imaginar, porque Yiyo vivía rodeado de un hermoso... equipo de mujeres. Arropado por el calor de todas sus integrantes pude organizar el que sería el penúltimo espectáculo, con sorpresa incluida. Cuando iba a comenzar la actuación vi un rostro familiar entre los espectadores. Era el dueño de la tienda de bicis de Rosario que me había regalado las dos ruedas para Quirlig. Estaba de vacaciones por esta zona de la provincia de Misiones y, tras leer en el diario local que yo actuaba, no dudó en venir a verme.

Posadas fue algo excepcional en el viaje. Era como si todo el trabajo que llevaba haciendo por Sudamérica durante casi diecinueve meses hubiera tenido allí concreción. No sólo tenía facilidades para hacer el espectáculo. También encontré amigos que parecía conocer de mucho antes; e incluso luna llena.

Como un gigantesco globo de aire caliente, la luna emergía al otro lado del río, abrumadora como las montañas de los Andes, amarilla como la tierra del desierto de Atacama, misteriosa como la muerte de Romi.

Romi pertenecía a esas maravillosas personas del grupo que conocí en Posadas. Sobre todo recuerdo su sonrisa; era tan prometedora como un amanecer. Ya de vuelta en España, Yiyo me escribió un correo electrónico para darme la noticia: «Nuestra amiga teatrera y comunicadora social Romina Duarte fue atropellada hoy miércoles a la mañana en Quaranta y 115 de la ciudad de Posadas».

Pocos días después fallecía a consecuencia de las heridas. Algunos pueden pensar que fue un accidente más y que ya se hará justicia. Pero esto último es difícil en la Argentina de hoy. Lo que queda es el vacío de una persona sencilla y bondadosa.

La luna llena volverá a asomarse en la costanera del río, y traerá siempre con ella la sonrisa de Romi alumbrando Posadas..., y una deuda. Una deuda que todos tenemos. La obligación de vivir una vida plena, de no quejarnos por menudencias, de aparcasr el odio y vivir lo que otros ya no pueden.

Hay personas como Carlos y Nara que eso lo tienen muy claro. Viven en Uruguaiana, un

pueblo de Brasil fronterizo con Argentina y casi con Uruguay.

Dueños de una tienda de informática, hace tiempo que han decidido vender sus bienes y lanzarse a recorrer el mundo en bici. Desde hace varios años ofrecen su casa como refugio para cualquier cicloviajero. Nada más verme, Carlos me preguntó:

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Un día —le contesté.

Me miró con cierto odio mal disimulado.

—No puedes quedarte sólo un día. Hace meses que no pasa por aquí un viajero, y ahora que llegas tu no puedes quedarte sólo un día. Por lo menos una semana.

—Bueno, ya veremos —le dije. Parecía mentira pero era yo el que ahora rechazaba ofertas de alojamiento.

Luego se lo expliqué a Carlos. Prefería decir que me quedaba un día o dos, y si veía que la cosa iba bien, prolongaba un poco más mi estancia. No quería adquirir compromisos iniciales que luego no pudiera cumplir.

—Me parece un buen sistema. Lo utilizaré en mi viaje —me respondió.

Ellos llevaban mucho tiempo preparando su gran salida. Tenían que vender sus cosas, construir una pequeña casa para la madre de Carlos en Montevideo y sobre todo buscar destino para los animales. Nara adoptaba cualquier perro que veía abandonado. La última adquisición se llamaba Mimoso. Su anterior dueño le había pegado tanto, que Mimoso no quería entrar en casa. Se quedaba en el umbral. Una tarde que yo estaba escribiendo mi diario en su casa, Mimoso entró. Cuando llegó Nara no se lo podía creer. Habían pasado tres meses desde que lo recogieron de la calle y Mimoso nunca había pasado de la puerta de casa.

Cuando uno viaja, también viaja con uno el universo

Menos de mil kilómetros me separaban del destino final. Sentía que si alargaba un poco mi mano lo podía tocar. Cuando llegué a la frontera de Uruguay, en Bella Unión, llovía; hacía viento y frío. Los policías me pidieron que abriera las alforjas para enseñarles lo que llevaba dentro.

No tenía ganas. Me senté a hablar con ellos. Estaban preparando tortas. Pero se les acabó el aceite.

—Yo tengo aceite, ¿queréis un poco? —les ofrecí.

—Si no es molestia... —me dijo el policía que estaba en la cocina.

Media hora después todos estábamos comiendo tortas fritas, el complemento ideal para un día gris y ventoso como aquel. La entrada a Uruguay no podía haber sido más rica.

La lluvia prácticamente fue una constante durante los días que estuve en Uruguay. Pero la forma de llover no era normal. Había inundaciones en toda la región. En Salto, los bomberos tenían el cuartel inundado. Todo el edificio reclamaba una reparación urgente. Era un poco la imagen de este pequeño país con forma de corazón, del que la gente huía para buscar un futuro en Europa o Norteamérica. La crisis económica Argentina se había extendido a Uruguay.

Las que no huían eran las reses, que pastaban a sus anchas por estas vastas extensiones. Uruguay era un gran zoológico sin horario de cierre.

Uno de los pocos días que salió el sol paré en un puesto policial a pedir agua. Me atendió un hombre de mirada huidiza que estaba arreglando las flores. Se llamaba Máximo y era cómplice de homicidio. En mitad de la carretera, sin rejas de ningún tipo, ni nadie que lo custodiara, Máximo cumplía condena. Llevaba once años preso, pero por su buen comportamiento los dos últimos los redimía en ese lugar, haciéndose cargo de las gallinas y las plantas.

—¿Adónde me voy a escapar, si no tengo quien me espere? —me confesó. Adoraba España, y me pedía que hablara de cualquier cosa tan sólo para escuchar mi acento. Hace años le escribió una carta a Sara Montiel, de quien estaba enamorado.

Tenía antepasados vascos y temía el día que le dieran la libertad. No sabía qué hacer con ella. Sus palabras me trajeron a la mente el día que puse un pie en La Paz.

Dejé a Máximo arreglando las flores y anduve los últimos veinte kilómetros hasta Montevideo. Aunque el terreno que me quedaba era bien llano y no estaba cansado, me detuve en el arcén.

Me senté en la hierba y me puse a reflexionar sobre lo que significaba terminar ese viaje. De todas las preguntas y dudas que tenía cuando empecé a pedalear el primer día, ninguna había resuelto. Tenía incluso más. Lo que más me extrañaba es que no estaba agotado de pedalear. No sólo física sino también mentalmente. No estaba cansado de esa vida nómada. Pero tampoco quería continuar viajando.

No en ese momento. Deseaba volver a España y prepararme para el gran viaje: la vuelta al mundo.

La acogida dispensada por el Centro Asturiano de Montevideo fue de menos a más. Cuando llegué a las instalaciones cuatro ancianos estaban jugando a las cartas y leyendo el diario. Mi ego

me había hecho pensar que al llegar habría banda de música, champaña, tarta, una rubia estupenda con un lazo y una banda cruzada sobre su pecho con la leyenda: «Para el príncipe de la carretera».

En seguida avisaron al sobrino del presidente, quien tardó menos que una ambulancia en llegar. Al igual que su tío, se llamaba Horacio; y, al igual que él, era un gran tipo. Eran las once de la mañana y lo primero que hicimos fue visitar su oficina. Horacio-sobrino repartía embutido por la ciudad, y lo que él llamaba oficina era una güisquería. La felicidad de Horacio por recibir a un compatriota se truncó en decepción cuando le dije que no me gustaba el güisqui.

Repuesto de ese golpe bajo, me dejó en el hotel en el que esos días me alojaron. El dueño era también asturiano y trataba de salir a flote de la terrible depresión económica. Era duro, para él, como para muchos otros emigrantes, haber perdido gran parte de sus ahorros por una mala gestión política. Se vinieron de España con una maleta debajo del brazo, y todo lo que aquí consiguieron fue fruto de su trabajo y empeño. No era justo que su sudado patrimonio se consumiera de la noche a la mañana.

El Bicyclown quería disponer de su último espectáculo, y en el ayuntamiento de Montevideo encontraron un barrio adecuado en el que actuar. Aquella soleada mañana pensaba, mientras me maquillaba en el despacho del director del colegio, en las palabras de Álex cerca del cerro Zapata: «Nadie te ha llamado para que vengas a Sudamérica a hacer reír. Si te sale bien es tu beneficio y si te sale mal es tu problema». Por fortuna, el último espectáculo salió perfecto.

Sólo me quedaba solucionar un pequeño inconveniente. No tenía billete de avión para volver a España.

Iberia, a quien solicité colaboración en ese aspecto, me contestó que estaban recortando presupuesto y que no podían ayudarme. Traté de imaginar cómo harían para eliminar los asientos vacíos de los vuelos que regresan a España, y de qué forma eso repercutía en un ahorro para la compañía.

No obstante, cuando meses más tarde ya estaba en España, fui a Madrid a proponerle a la responsable de programación de las películas que proyectan en los vuelos de Iberia, que compraran el DVD que edité del proyecto Kilómetros de sonrisas, para emitirlo en los vuelos. No en vano, ha sido el mío un viaje por Sudamérica y podía ser un aliciente para los viajeros descubrir lugares que no conocían. Tras ver conmigo todo el DVD sin pestañear, la responsable concluyó:

—Está muy bien hecho y es muy bonito. Pero no podemos ponerlo en los aviones —me dijo.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado humano.

El presidente del Centro Asturiano de Montevideo, tenía la solución a mi problema guardada en un cajón desde hacía cuatro años.

—Mira —me dijo con su peculiar vozarrón mostrándome una revista del cincuentenario del centro.

—Esta revista la editamos cuando cumplimos cincuenta años, y para hacerla pedimos colaboración a varias instituciones y empresas. La oficina de Iberia de Montevideo insertó publicidad en la contraportada. Como contrapartida nos ofreció un billete de ida y vuelta a España para algún asturiano. He ido un par de veces a retirar el billete, pensando en sortearlo en alguna fiesta, pero el dueño de la agencia se hacía el loco. Como yo no quiero entrar a pelearme con él, creo que nadie mejor que tú se merece ahora ese billete. Al dueño de la agencia le quedan meses para jubilarse, y vamos a perder ese billete. Mañana vas con mi sobrino a por el billete.

Cuatro años. Cuatro años llevaba ese billete esperando destinatario. Casualidad, destino,

suerte... Como afirma el escritor uruguayo Mario Benedetti:
«Cuando uno viaja, también viaja con uno el universo».

Dos meses antes de embarcarse en esta aventura, el autor trabajaba en una notaría de Madrid redactando testamentos y otros documentos hartos interesantes.

Álvaro Neil (léase «al-varonil») estudió Derecho, pero es clown de nacimiento. El ocho de octubre de 2001 aterrizó con su bicicleta y los artilugios de payaso en La Paz (Bolivia), para iniciar su proyecto **Kilómetros de sonrisas**.

Su objetivo: recorrer Sudamérica en bici ofreciendo espectáculos de circo gratuitos a las personas más humildes. Fueron diecinueve meses, cerca de treinta y dos mil kilómetros (más de seis veces la distancia entre Madrid y Moscú) y cuarenta y nueve espectáculos para más de veinte mil personas.

El proyecto fue «auto-financiado»... pero como el coche que tenía no era de lujo, sólo le dio para cinco euros al día.

Padeció en su propia cartera la última gran crisis económica argentina y el paro general contra Chávez en Venezuela. El ejército colombiano estuvo a punto de expulsarlo del país, pero su nariz de payaso le salvó el pellejo.

Atravesó la Ruta 40 en la Patagonia, el mayor corredor de viento del mundo, y pedaleó a más de cuatro mil novecientos metros por la cordillera de los Andes.



¡Gracias!

Gracias por el tiempo que le has dedicado a la lectura de Kilómetros de sonrisas. Si te gustó este libro y lo has encontrado útil te estaría muy agradecido si dejas tu opinión en Amazon. Me ayudará a seguir escribiendo. Tu apoyo es muy importante. Leo todas las opiniones e intento dar un feedback. Si quieres contactar conmigo aquí tienes mi email:

biciclown@biciclown.com

www.biciclown.com

Table of Contents

LIBRO PRIMERO

[Nadie te ha pedido venir aquí](#)
[El motor de los sueños](#)
[Un cortante silencio](#)
[La dialéctica del don](#)
[Vas a morir](#)
[Casullas con radio incorporada](#)
[La licencia de conducir de don Samuel](#)
[Primeras bajas](#)
[Una reparación milagrosa](#)
[El restaurante de Coca](#)
[La patrona de los trasportistas](#)
[El Tambo](#)
[La digestión de las despedidas](#)
[Las llantas de Bengoa](#)
[Ochenta y nueve años de vitalidad](#)
[Los pájaros hacen trampa](#)
[Carne o carne](#)
[Eso de la felicidad](#)
[Un equilibrio mortal](#)
[Un día completo](#)
[El museo de Trudy](#)
[Apuesta perdida](#)
[La peor carretera del mundo](#)
[El pan de la Patagonia](#)
[Tres preguntas incómodas](#)
[Tierra del Fuego](#)
[Donde se acaba la Tierra](#)

LIBRO SEGUNDO

[Yo estoy aquí para servirte](#)
[Palpando el euro](#)
[Adolfo Hernández,](#)
[la Vuelta a España y un frío de morirse](#)
[El termo mágico](#)
[No queda harina](#)
[Cambio ginecólogo por dentista](#)
[Sin Maxi no sigo](#)
[Ángeles con forma humana](#)
[Un hotel de cerdos](#)
[Asturianos en Santiago de Chile](#)
[El heladero del desierto](#)
[Los géiseres del Tatio](#)
[Una frutería en la frontera](#)

[Despertado por un parto](#)
[Salmonella Typhi](#)
[Doctores bola roja](#)
[Un espectáculo de milagro](#)
[La gran casa de ciclistas en Trujillo](#)
[Tres clientes para el Chimborazo, mal negocio](#)
[Cadenas para el viaje](#)
[Colombia](#)
[Unos berracos en La Línea](#)
[Salvados por la nariz de payaso](#)
[Un taller de sol a sol](#)

[LIBRO TERCERO](#)

[Aquí te puedes quedar el tiempo que quieras](#)
[Herr Chops](#)
[Un abogado vividor y un padre arquitecto](#)
[¿Dónde está el pañuelito?](#)
[Sólo un día](#)
[Você é meu filho?](#)
[Günter en taparrabos](#)
[Lucha de hamacas](#)
[Más allá de la imaginación](#)
[La copia sin el original](#)
[Brasil no es fácil](#)
[Sin tiempo para el último tiro](#)
[El dulce sonido de la manga](#)
[Mi forma de rezar](#)
[Chopería Roma](#)
[Romina](#)
[Cuando uno viaja, también viaja con uno el universo](#)